Louise Nealon

COPO DE NIEVE

AdN

Louise
Nealon

COPO DE NIEVE

AdN Alianza de Novelas

Louise Nealon

COPO DE NIEVE

Traducido del inglés por Teresa Lanero

AdN Alianza de Novelas

A mis padres, Tommy y Hilda,
por su sabiduría, su amor y su apoyo.

La caravana

Mi tío Billy vive en una caravana en el terreno de detrás de mi casa. La primera vez que vi una caravana en la carretera pensé que alguien —otra niña— me lo había robado. Fue entonces cuando me enteré de que las caravanas estaban hechas para moverse. La caravana de Billy nunca fue a ninguna parte. Está colocada sobre una plataforma de bloques de hormigón, justo a mi lado, desde el día en que nací.

Yo acudía a visitar a Billy por la noche, cuando tenía demasiado miedo para dormir. Billy decía que solo me permitía salir de la casa si veía la luna desde mi ventana y si le llevaba deseos del jardín. La noche de mi octavo cumpleaños, la imagen de una luna grande y redonda me empujó a bajar las escaleras y a salir por la puerta trasera, con la hierba húmeda bajo los pies descalzos y las espinas del seto que, al engancharse, me tiraban de las mangas del pijama.

Sabía dónde se congregaban los deseos. Cerca de la caravana, al otro lado del seto, crecían formando un aquelarre. Los recogí de uno en uno, complacida por el suave chasquido del tallo, por la savia pegajosa que salía del extremo cortado, por el leve choque de una cabeza blanca contra otra. Los rodeé con la mano hueca, como si protegiera a una vela del viento, con cuidado de que no se desprendiera una sola brizna de deseo y se perdiera en la noche.

Mientras los recogía, hacía girar las sílabas en la mente: diente de león, diente de león, diente de león. Ese mismo día habíamos buscado el término en el gran diccionario que Billy guardaba debajo de la cama. Me había explicado que provenía del francés, *dents de lion*. Los dientes de león comenzaron a ser algo bonito; los pétalos de su falda eran puntiagudos y amarillos como un tutú.

—Ese es su vestido diurno, pero llega un momento en el que

la flor necesita irse a dormir. Se marchita, parece cansada y macilenta y, justo cuando piensas que le ha llegado la hora —dijo mientras levantaba el puño—, se convierte en un reloj. —Abrió los dedos y se sacó de detrás de la espalda un diente de león que parecía algodón de azúcar blanco—. En una luna llena de esporas. En una sagrada comunión de deseos. —Me dejó soplar los deseos como si fueran velas de cumpleaños—. En una constelación de sueños.

Billy se asombró al ver el ramo de deseos que le regalé cuando abrió la puerta de la caravana. Había recogido todos los que pude para impresionarlo.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que la luna saldría por tu cumpleaños.

Llenamos de agua un bote de mermelada vacío y soplamos encima las cabezas mullidas de los dientes de león, cuyas plumas se quedaron flotando sobre la superficie como pequeños nadadores bocarriba. Cerré la tapa y agité los deseos para alentarlos, para verlos bailar. Dejamos el bote sobre una pila húmeda de periódicos que se podía ver desde la ventana de plástico de la caravana.

Billy calentó un cazo de leche en el quemador del hornillo de gas. La cocina era como un juguete que me habría gustado recibir por Navidad. Siempre me sorprendía que funcionara. Me dejó remover la leche hasta que comenzó a burbujear y a formar una capita blanca que retiré con el reverso de una cuchara. Él añadió el chocolate en polvo y yo seguí dándole vueltas, una y otra vez, hasta que empezó a dolerme el brazo. Vertimos el líquido marrón y humeante en un termo y nos lo llevamos al tejado para observar las estrellas.

Las semillas de los dientes de león tardaron días en hundirse por completo en el bote. Se mantuvieron aferradas a la superficie, colgadas de su techo de agua, hasta que, o bien se rindieron, o bien se aburrieron. Cuando el mundo ya las daba por acabadas, echaron unos brotecitos verdes, como sirenas vegetales a las que les hubiera crecido una cola bajo el agua. Billy me llamó para que me acercara a contemplar las pequeñas y obstinadas semillas, los deseos que se negaban a morir.

❄

Hoy es mi decimoctavo cumpleaños. Estoy algo nerviosa mientras llamo a la puerta de Billy. En realidad ya nunca lo visito por la noche. Noto el frío de la caravana contra los nudillos. La puerta es como la de una nevera, con un borde de goma en los laterales. Clavo las uñas en la parte blanda y tiro de un trocito que se desprende formando una tira fina como la grasa de una loncha de jamón. Se oye un ruido de papeles y unos pasos por el suelo. Billy abre la puerta y hace todo lo posible por no mostrarse sorprendido al verme.

—Vaya —dice mientras vuelve a su sillón.

—Bella Durmiente… —saludo. Esta mañana no se levantó a ordeñar y tuve que hacerlo yo.

—Sí, lo siento.

—Y encima en mi cumpleaños —digo.

—Me cago en la leche. —Hace una mueca—. No entiendo cómo el apóstol Santiago no te dejó acostada en la *leaba*.

—Él qué iba a saber. A mamá se le olvidó advertirle.

—Qué desastre de familia. Bueno, ¿y cuántas van ya? ¿Dieciséis primaveras?

—No, dieciocho castañas.

Es una pequeña victoria verlo arrugar la cara con una mueca cómica. Espero a que se vuelva para llenar el hervidor y le digo:

—Hoy han llegado las admisiones de la universidad.

Cierra el grifo y me mira.

—¿Era hoy?

—Sí. He entrado en el Trinity. Empiezo la semana que viene.

Parece triste. Entonces me agarra por los hombros y suelta un suspiro.

—Coño, me alegro muchísimo.

—Gracias.

—Que le den por culo al té —dice sacudiendo la mano—. Que le den por culo al té, mejor saco el whisky.

Hurga en el aparador. Tras un traqueteo de platos, se cae una pila de cuencos. Billy trata de detener la avalancha con la

rodilla. Me dan ganas de recoger el estropicio para tener algo que hacer, pero entonces él se levanta triunfante con una botella de Jameson.

—Feliz cumpleaños, Debs.

—Gracias. —Agarro la botella de whisky como si la hubiera ganado en un sorteo.

Nos quedamos de pie un tanto incómodos. La verdad es que no quiero que salga de mí. Se supone que soy adulta. No puedo seguir suplicando cuando quiero que algo suceda.

—Esta noche el cielo está despejado —dice por fin él.

—Y hace un frío de pelotas —digo.

—Hay una bolsa de agua caliente en el aparador, si quieres.

Billy alcanza la escotilla del techo y tira de la escalera plegable que lleva hasta el tejado. Pisotea los escalones con las botas y arrastra tras de sí el saco de dormir como un niño que se va a la cama.

Enciendo el hervidor. Los extraños objetos del interior de la caravana me escrutan. Una maqueta de madera de un aeroplano antiguo cuelga sobre su cama. Hay un hombrecillo sentado encima, como si estuviera en un columpio, con unos prismáticos en las manos. Lo bautizamos como Pierre porque tiene bigote.

La goma caliente de la bolsa de agua me caldea las manos. Subo los escalones de dos en dos hasta que el viento nocturno me salpica la cara. Es como estar en un barco. Nos metemos en los sacos de dormir y nos tumbamos sobre la chapa galvanizada que cubre el hogar de Billy. Bajo las manos, noto que el techo está frío y resbaladizo. Da la impresión de que nos hemos tumbado en un bloque de hielo. Miramos el cielo como si dependiera de nosotros que se mantuviera allí arriba.

La vista desde el tejado de la caravana es lo único que no se empequeñece a medida que me hago mayor. Oímos el roce de las pezuñas de las vacas sobre la hierba. Se acercan con parsimonia y olisquean el terreno con curiosidad. Inhalo el olor rancio y húmedo de la caravana que desprende el saco de dormir. Billy huele a cigarrillos y a gasoil. Las mangas del jersey le cuelgan por encima de las manoplas de lana. Un cerco de barba incipiente le rodea la boca hasta las mejillas y se une

con el pelo por detrás de las orejas.

—Tienes que contarme un cuento —dice Billy.

—No tengo ganas de cuentos.

—Sí tienes ganas —replica—. Voy a elegir una estrella.

Finjo apatía y jugueteo con la cremallera del saco. Me coloco el pelo detrás de la oreja y espero a que él escoja una estrella.

—¿Ves la Estrella Polar?

—No, como si no fuera la estrella más brillante del cielo.

—En realidad no lo es. La más brillante es Sirio.

—Pues me dijiste que era la Estrella Polar.

—Bueno, pues me equivoqué.

—Menuda sorpresa.

—¿Entonces la ves? ¿Te la he enseñado alguna vez?

—Solo unas doscientas veces, Billy, pero me dijiste que era la estrella más brillante del cielo.

—Es la segunda más brillante.

—¿Se supone entonces que tengo que encontrar la segunda estrella más brillante?

—Es la que está al lado de la W.

—Sí, ya sé, aquella que parece la más brillante…, pero no lo es.

—Solo quiero estar seguro de que hablamos de la misma estrella. Coño ya. ¿Ves las cinco estrellas que forman una W torcida ahí al lado?

Entorno los ojos para mirar el cielo e intento unir los puntos. Antes fingía que era capaz de ver todo lo que Billy veía. Odio el esfuerzo que supone intentar distinguir cosas y no conseguirlo. Hasta donde yo sé, es como leer braille, pero con luces que brillan a miles de millones de kilómetros de distancia. Hay demasiadas: una multitud que, al mirarme, resulta abrumadora.

Cuanto mayor soy, más empeño le pongo. Billy descompone las estrellas en dibujos e historias y hace que sea más fácil distinguirlas. La W es una de las más sencillas de ver.

—Sí, sé cuál es —digo—. La que parece una mecedora.

—Exacto —dice. Le miro el dedo índice, que señala hacia arriba para unir las estrellas con trazos suaves y rectos—. La

silla de Casiopea.

—Me acuerdo de Casiopea.

—Estupendo… Háblame de ella.

—Ya sabes su historia, Billy.

—Pero nunca te he oído contarla. —Suspiro para ganar tiempo. Los personajes comienzan a congregarse en mi cabeza —. Venga, empieza —insiste.

—Casiopea fue una reina en otra vida, la esposa de Cefeo —explico—. Él también está allí arriba. Casiopea era muy divertida. Y también era guapa, aunque a la gente le parecía rara. Llevaba el pelo suelto y siempre andaba por ahí descalza, algo que se consideraba escandaloso, porque se suponía que ella pertenecía a la realeza. Dio a luz a una niña llamada Andrómeda y la crio para que se amara y se respetara a sí misma, una idea radical en aquellos tiempos. La gente confundió ese espíritu libre con la arrogancia. Se corrió la voz de que la reina *hippie* iba descalza, de que se quería a sí misma y de que educaba a su hija para que hiciera lo mismo. A Poseidón todo eso le pareció fatal. Decidió recordarles a los humanos quién mandaba ahí y envió un monstruo marino para que destrozara el reino de su marido. A Casiopea le dijeron que el único modo de salvar el reino era sacrificar a su hija. Y eso hizo. Encadenó a Andrómeda a una roca al borde de un acantilado y la dejó allí para que muriera.

—Qué cabrona —dice Billy.

—Bueno, no tenía alternativa. Era eso o dejar que el monstruo los matara a todos.

—Los griegos estaban como una puta regadera. ¿Adivino lo que pasó con Andrómeda?

—Adivínalo.

—¿La rescató un príncipe azul?

—Por supuesto —digo.

Billy me pasa la botella de whisky. Me abrasa la garganta.

—Perseo mató al monstruo marino cuando volvía de acabar con Medusa y a Andrómeda la obligaron a casarse con él para quedar bien —digo.

—Típico. ¿Y qué pasó con Casiopea?

La señalo.

—Está allí, en su mecedora. Poseidón la ató para que diera vueltas alrededor del polo norte, bocabajo, atada a la silla, girando hasta el fin de los tiempos.

—Joder —dice Billy—. Media vida bocabajo. Eso tiene que cambiarte la perspectiva del mundo.

—Yo me marearía.

—A lo mejor al principio sí, pero acabarías acostumbrándote.

—Estoy bien así con la gravedad, gracias.

—¿Y si te tiro desde este tejado?

Empuja mi saco de dormir con tanta fuerza que me doy la vuelta y empiezo a chillar.

—¡Billy, gilipollas! ¡No tiene gracia!

—¿No eres partidaria de los tirones de orejas en los cumpleaños?

—Para ya —digo, aunque estoy contenta y a gusto. Pienso en la historia que acabo de contar y le doy otro trago a la botella. El primer sorbo de whisky ya me ha mandado a dar vueltas por el cielo.

Ir y venir

Es mi primer día de universidad y he perdido el tren. Billy insistió en que llegaría a tiempo, pero como antes de llevarme a la estación tenía que ordeñar, voy a llegar tarde. No sé exactamente a qué. Quizá tendría que intentar hacer amigos. Temo que los mejores ya estén cogidos para cuando llegue. Es la semana de orientación y he visto suficientes películas ambientadas en campus universitarios como para saber que, si me topo con mi futuro mejor amigo o con mi futuro amor, será durante el primer día.

Solo he visitado Dublín en diciembre. Billy me lleva todos los años para ver las luces de Navidad. Mi primer recuerdo de Dublín es de cuando tenía cinco o seis años, un día que esperábamos el autobús para volver a casa desde el puente O'Connell. Cuando por fin llegó, fue un alivio resguardarse del azote de la lluvia y del viento que volteaba los paraguas. Billy golpeó la ventanilla del conductor y le mostró un billete de diez euros. Lo dobló e intentó introducirlo por la ranura de las monedas como en un truco de magia.

El conductor se quedó mirándolo.

—¿Qué pretende que haga con eso?

Billy sacó el billete y se apartó para que los pasajeros que venían detrás pudieran pagar.

—Seguro que tiene un montón de cambio ahí, jefe —dijo mientras subía y bajaba la cabeza con el sonido de las monedas.

—¿Tengo pinta de tragaperras? —El conductor nos miró fijamente hasta que Billy retrocedió.

Nos bajamos del autobús, de vuelta bajo la lluvia. Después de aquello siempre cogíamos el tren.

Era extraño ver a Billy con desconocidos. No se mostraba tan seguro de sí mismo. Cuando me agarraba la mano, no sabía

si lo hacía por mí o por él.

Aun así, encontramos una forma de recorrer la ciudad adecuada para nosotros. Los años, al mezclarse entre sí, se convertían en uno solo: nos parábamos junto a la Oficina General de Correos para presentar nuestros respetos a Cúchulainn y compañía, luego cruzábamos el puente y subíamos por Dame Street hasta la pastelería de Thomas Street, donde una mujer espantosa con la piel como de hojaldre nos vendía rollitos de salchicha a cincuenta céntimos. En una ocasión, Billy le ofreció un cigarrillo a un vagabundo junto al canal. Nos sentamos con él en un banco y entablamos una de esas conversaciones superficiales que algunas personas mantienen en la puerta de la iglesia al salir de misa.

En Grafton Street, vimos una marioneta en el escaparate de Brown Thomas que aporreaba un zapato con un martillo y un clavo. Unos trenes de juguete traqueteaban por sus caminos predestinados. Billy me preguntó qué quería ser de mayor. Yo señalé a un músico callejero disfrazado de estatua de bronce y contesté que no me importaría ser como él, porque su trabajo consistía en hacer feliz a la gente. Eso o sacerdote. Él sonrió y me dijo:

—Te deseo suerte entonces.

Billy siempre quiso que mandara la solicitud al Trinity.

—Es la única universidad a la que merece la pena ir. Aunque sean unos estirados.

Me mostraba los altos muros de piedra y las rejas con pinchos de la entrada lateral de Nassau Street, pero nunca entrábamos. No creo que supiera que el edificio estaba abierto al público. Siempre pensé que el Trinity era como una *Cadena perpetua* a la inversa, donde tenías que sobornar con cigarrillos a Morgan Freeman y cavar un túnel para entrar.

El año pasado, cuando el instituto nos llevó a una feria de orientación académica, Morgan Freeman no estaba en el estand del Trinity. En su lugar había una mujer de rostro plomizo y traje sastre azul marino que me entregó un folleto, observó mi uniforme desaliñado y me dijo que para entrar en el Trinity hacía falta una gran capacidad intelectual. Se equivocaba. No hacía falta mucha capacidad intelectual. Para

entrar en el Trinity no tienes que ser listo. Solo tienes que ser cabezota.

❄

Pierdo el billete en el tren, pero no me doy cuenta hasta llegar a los tornos de salida de la estación Connolly. Me acerco a la caseta donde pone «INFORMACIÓN» y le cuento lo sucedido al hombre de detrás del cristal.

—¿Dónde te subiste? —pregunta.

—En Maynooth.

—¿Cuánto te costó el billete?

—No me acuerdo.

—¿Me enseñas alguna identificación, por favor?

—No tengo.

—¿Cómo te llamas, bonita?

—Debbie. Eh… Deborah White.

—¿Has cumplido ya los dieciocho?

—Sí.

—Bueno, Deborah, pues tienes una sanción de cien euros. —Señala un pequeño letrero en la esquina inferior del cristal donde pone «AVISO DE SANCIÓN FIJA» y me pasa un papel por la bandeja. Lo leo por encima: «Hasta veintiún días para realizar el pago… en caso de no acatar la sanción… puede ser llamado ante un tribunal… Y enfrentarse a una multa de hasta mil euros».

—He perdido el billete —digo.

—Bonita, si hubieras pagado el billete, te acordarías del precio.

—De verdad que no me acuerdo.

—Ahí ya no me meto. Enséñale la sanción al señor de los tornos para que te deje salir.

❄

La primera vez que me adentro sola en Dublín es como delincuente convicta.

❄

Voy detrás de una mujer que se dirige al trabajo. Lleva zapatillas de deporte, una falda de tubo y medias, un café en vaso de papel en una mano y un maletín en la otra. Camina como si el día se le escapara. Me mantengo por detrás, a varios pasos de distancia. Cruzamos un puente ancho que vibra bajo el peso de nuestras pisadas como para animarnos.

Llego a O'Connell Street antes de reunir el coraje suficiente para preguntarle a un policía dónde está el Trinity. Se ríe de mí y me ruborizo, odiándome a mí misma. Parto en la dirección indicada con la firme intención de aparentar que sé dónde voy.

Espero un rato junto a la verja de la puerta principal antes de pasar. Observo a la gente que entra y sale de la ratonera que conduce a la facultad y me pregunto por qué construirían una entrada tan diminuta. Me recuerda a un episodio muy perturbador de *Oprah* que vi cuando tenía seis años sin que mi familia se diera cuenta. Cuando mi abuelo vivía, la televisión era su kriptonita. Después de la comida del mediodía, se sentaba a ver el programa de Oprah, el de la jueza Judy o el de Anne Robinson, *El rival más débil*. Aquel día, un psicólogo con el pelo revuelto decía que al cruzar una puerta sufrimos un breve fallo de la memoria. El público femenino soltó un gritito y asintió con la cabeza al recordar la cantidad de veces que, nada más salir de una habitación para hacer algo, se quedaban como pasmarotes sin saber qué iban a hacer.

Después de enterarme de lo que eran capaces de hacer las puertas, no quería salir del salón, porque estaba convencida de que la memoria se me borraría. Me agarré al sillón, metí la cabeza en el hueco entre los cojines y, cuando mi madre tiró de mí para sacarme de ahí, comencé a darle patadas y mordiscos en las manos. Por la noche, acabé rindiéndome y me llevó a rastras hasta la cocina para cenar. Al cruzar el umbral me pregunté cuánto tiempo tardaría en olvidar quién era.

Esta puerta aparenta tener un poder similar. Da igual quién sea yo porque, una vez que la cruce, habré cambiado. No estoy preparada para esto. Siento como si tuviera que celebrar mi propio funeral.

Finjo que espero a alguien por si alguien se fija en mí. Miro

el móvil y el reloj mientras examino la curiosa procesión que pasa por delante. Estilo *grunge* andrógino, chaquetas cruzadas, pantalones pesqueros, jerséis de Abercrombie & Fitch, camisetas de Ralph Lauren, bolsas de tela decoradas con chapas de campañas políticas poco conocidas.

Una chica con un impermeable amarillo se baja de la bici. Es una de esas bicicletas *vintage* con una cesta de mimbre delante. No tengo ni idea de por qué lleva chubasquero. Pelo negro. Flequillo. Pecas. *Piercing* en la nariz. Parece contenta, nerviosa, pero no incómoda.

Yo llevo mis mejores vaqueros y una de las camisas de cuadros de Billy remangada. Parece que voy a plantar patatas. Veo que la chica desaparece por el agujero de entrada que desemboca en el patio delantero. Respiro hondo y la sigo.

❄

Debajo de la pancarta que anuncia «SEMANA DE BIENVENIDA», soy plenamente consciente de mi condición de novata. No sé qué esperaba, tal vez un rincón especial reservado para hacer amigos. Antes de hablar con una persona, estoy acostumbrada a saber su nombre, el de su perro y el aspecto de su padre cuando se emborracha. Hay puestos y carpas llenos de gente que parece conocerse de antes. Los distintos acentos golpean los adoquines. Deambulo como un fantasma cohibido que espera a que alguien se percate de su presencia.

—¡Hola!

—Joder.

—Perdona, no quería asustarte. —Me está hablando un aguacate con barba—. Soy de la Asociación Vegana y estamos jugando a un juego de palabras para desmentir los mitos en torno al veganismo. A ver, si digo *vegano,* ¿qué es lo primero que se te viene a la cabeza?

—Hitler.

—¿Perdona?

—Hitler era vegano. Al menos eso es lo que dicen. Seguramente sea propaganda. O chorradas que se inventa la gente.

—Ah, qué interesante. Asocias la palabra con esa idea

inventada pese a que está demostrado que es falsa.

—Lo relacionado con Hitler se queda grabado.

—¿Te plantearías ser vegana?

—No lo sé. Vivo en una granja lechera.

—En las granjas lecheras apartan a los bebés de su madre —dice. No sé si de broma o en serio—. A lo largo de los siglos, las vacas han sufrido modificaciones para el consumo humano. Son monstruos de Frankenstein, todas.

—Pero Frankenstein solo creó un monstruo —replico.

Se para a pensar en eso último un momento hasta que llega a una conclusión.

—Exacto —dice señalándome como si él acabara de cruzar la línea de meta y hubiera ganado la conversación.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Ricky.

—Ricky —repito—. Intentaré recordarlo.

—No lo harás. —Parece que va a decir algo, pero se detiene. En su lugar dice—: *Go vegan.* ¡Abraza el veganismo! —Y levanta el puño.

❄

Me sitúo al final de una cola para que parezca que hago algo.

—¿Es la cola para la matrícula? —La chica del impermeable amarillo me está hablando.

—Creo que sí —digo.

—Genial, tengo que presentarla hoy. ¿En qué carrera estás? —pregunta.

—Filología.

—Ay, qué bien. Yo también. ¿Te quedas en la resi?

—¿Dónde?

—En la residencia universitaria —añade.

—No, vivo en mi casa, a una hora de aquí.

—Ah, ¡entonces vas y vienes a diario! ¿Y qué tal la experiencia? —pregunta, como si de verdad le interesara mi bienestar.

—Bueno, hasta ahora solo lo he hecho una vez.

—Claro, qué pregunta más tonta. —Se queda callada—. Por cierto, me llamo Santy.

—Encantada, Santy. Qué nombre tan guay.

—Muchas gracias. A mis padres les encanta la mitología griega.

—Oh. —Nunca he oído que haya una griega llamada Santy.

—¿Y tú cómo te llamas? —Tiene los ojos de un tono verde que solo he visto en los videoclips.

—Debbie.

Se echa a reír.

—Perdona, es que… me ha hecho gracia que te señales.

—¿Me he señalado? Jo, no estoy acostumbrada a presentarme.

Santy es de Dublín, pero no habla como esas niñas dublinesas que tienen un acento tan pijo que parecen extranjeras. Ella suena normal. Corriente. Natural. Seguro que esconde algo malo.

—¡Santy! —Se acerca a nosotras una chica con boina. Es bajita y fornida, lleva gafas de marca y una cartera de piel marrón.

—¡Hola! Debbie, esta es mi compañera de piso, Orla. Es del condado de Clare.

—Encantada —digo mientras le doy un firme apretón de manos.

Nadie que venga del campo podrá competir conmigo. Para palurda originaria del culo del mundo, ya estoy yo. Aunque no hace falta preocuparse. Orla parece de la familia real.

—¿Qué haces ahora? —le pregunta a Santy.

—Tengo que presentar la matrícula —contesta ella.

—Estupendo, yo también. —Orla saca una carpeta de la cartera—. Creo que lo he traído todo.

—¿Teníamos que traer algo? —pregunto.

—¿No tienes los impresos? —pregunta Orla.

—¿Qué impresos?

—Se supone que hay que hacer la prematrícula por internet. Ha tenido que llegarte un correo electrónico.

—Pues no lo he visto —digo—. El internet de mi casa es una mierda.

—Ay, nena. —Orla parece apenada por mí—. No tiene ningún sentido que hagas la cola si no tienes los impresos.

Santy ladea la cabeza y me mira como si yo fuera un perro abandonado que acabara de aparecer en el jardín de su casa.

—No pasa nada, puedes matricularte cualquier día de esta semana —dice—. Aquí lo único que van a hacer es darnos condones y un silbato antiviolaciones.

—¿A los chicos también les dan silbato? —pregunta Orla.

—Pues supongo —contesta Santy—. Sería sexista no dárselo a todo el mundo.

—¿Sabéis dónde hay un ordenador disponible? —pregunto.

—¿Has mirado en la biblioteca? —Sin duda, Orla piensa que soy idiota.

—Ah, claro, perdón —digo y me disculpo antes de abandonar la cola.

—Es por allí —dice Orla mientras me señala hacia el lado opuesto.

—Gracias.

Finjo caminar hacia la biblioteca. Abro el monedero y cuento las monedas para pagar el billete de tren que me lleve de vuelta a casa.

No soy Maud Gonne

Suelto la mochila en la cocina y me voy directa al jardín. Veo que Billy está en uno de los establos a punto de darle el biberón a una de las terneras recién nacidas. Sostiene una garrafa de plástico con un tubo que sale del agujero donde debería estar el tapón. Se da cuenta de que lo miro y da varios pasos exagerados para acercarse a su víctima por sorpresa. La ternera se larga en cuanto le pone la mano encima.

—Ven aquí, cabroncete —dice mientras agarra a la vaca por la cola y tira de ella.

—Cabronceta —le corrijo—. Es una chica. Las vacas son hembras.

—El día que tenga que preocuparme por la identidad de género de los animales me tumbaré en el suelo y pediré la eutanasia. —Introduce el tubo de plástico en la boca de la ternera hasta que le llega a la garganta mientras sostiene el envase bocabajo por encima de ella. El calostro pasa de la botella al estómago del animal. Me pregunto si será capaz de saborearlo.

—Pareces abatida —dice Billy.

—Lo estoy.

—¿Cómo ha ido el día?

Sacudo la cabeza y noto que me pongo roja.

—¿Fatal?

—¿Por qué nunca me has contado que hay una griega llamada Santy? —pregunto.

—¿Cómo?

—Una chica que he conocido. Se llama Santy.

—Pues me alegro por ella —dice.

—Creí que te sabías todos los nombres de los griegos.

—¿Todos los nombres de los griegos? ¿De una civilización antigua entera? Me siento halagado.

—Siempre hablas como si te los supieras todos.

Billy se empuja la lengua contra el interior de la mejilla como si intentara hacer un cálculo mental.

—A ver si lo entiendo. Estás mosqueada conmigo porque no te he contado algo que creí que sabías.

—No, estoy mosqueada contigo porque hablas como si lo supieras todo.

—¡Hala! Vaya acusación.

Salto la verja y me siento en la paja con las piernas cruzadas.

—Y ahora he quedado como una zopenca.

—Pues sí. Y esa chica… ¿No se llamaría Xanthe? Con X. Ese sí es un nombre griego.

—Hostia puta. —Me desplomo sobre la paja. La sangre se me sube a la cabeza—. Yo la he llamado Santy, como el mote de Santa Claus.

—Bueno, ahora ya lo sabes.

—¿Cómo puedo haber vivido tantos años sin saber nada?

—«Solo sé que no sé nada.» Sócrates. A quien, por cierto, conoce mucha gente. No solo yo.

Agarro una brizna de paja y la retuerzo con los dedos. Cuando guiño el ojo izquierdo, se convierte en dos briznas borrosas.

—Odio ser idiota.

—No eres idiota. ¿Un poquito naíf, tal vez?

—Eres muy condescendiente conmigo.

—No hay nada de condescendencia en eso. *Naíf* es una palabra estupenda. Deberías buscarla en el diccionario.

—Déjalo ya.

—*Naíf* viene de *nativus* y significa natural o innato. Tiene la misma raíz que el verbo francés *naître,* nacer. —Le quita a la ternera el tubo, que ahora cuelga sobre la paja como un cordón umbilical—. Todos somos naífs. No queda otra.

—Tiene que resultar agotador ser tan profundo.

—Te he enseñado todo lo que sé —dice mientras abre la verja con un golpe metálico.

—Creo que ese es el problema.

—¿Me preparas algo de comer?

—¿Tengo alternativa? —Le tiendo la mano y tira de mí para que me levante.

Fuera del establo, pasamos por delante de tres terneros muertos apilados.

—¿Notas algo raro en ese? —pregunta Billy señalando el del medio.

—¿Que está muerto?

Le da la vuelta con la bota.

—Tiene las patas en mitad de la tripa.

—Esto es como Chernóbil —digo—. ¿Y qué les ha pasado a los otros dos?

—Eran demasiado grandes. El toro engendra unos terneros demasiado grandes como para que las hembras los expulsen. Hice todo lo que pude, pero he aquí las víctimas.

—Ah. —Asiento y trato de controlar mis emociones ante semejante información, como si el hecho de conocer el problema lo aliviara de alguna manera.

❄

Saco jamón, tomates y mantequilla de la nevera y los dejo en la mesa.

—Si digo *vegano,* ¿qué es lo primero que se te viene a la cabeza? —pregunto.

—Hitler —responde Billy.

—Me pasa lo mismo.

—Aunque lo más probable es que no fuera vegano.

—Sí, lo sé.

Empiezo a cortar los tomates cherri por la mitad.

—No solicité la beca a tiempo.

—¿Y eso?

—Soy alérgica a la realidad.

—Tendrás que solucionarlo. ¿Hay alguna posibilidad de que te pague las tasas este año?

—No puedes permitírtelo.

Llena el hervidor por el pitón.

—Y tú no puedes permitirte no ir a la universidad. Tienes que salir de aquí.

—No estoy preparada.

—¿Qué significa que no estás preparada? Tendrías que estar deseando salir.

—Bueno, pues no —digo—. Ni siquiera tenemos internet en condiciones.

—Desde el techo de mi tartana no se pilla la señal, no —coincide Billy.

—Y no tengo dinero para comprar un portátil.

—¿Ese es el problema? ¿No puedes ir a la universidad porque la banda ancha que tenemos aquí es una porquería?

—No es eso solo, son un montón de cosas más. Por ejemplo, ¿quién va a cuidar de mamá?

—Eso no es responsabilidad tuya.

—Eso lo dices tú, pero alguien tendrá que vigilarla. Y tú no eres la persona adecuada.

—A decir verdad, a ti tampoco se te da muy bien. —Se sienta a la mesa—. ¿Desde cuándo eres Teresa de Calcuta? Buscas excusas para quedarte cuando deberías estar loca por irte.

—Será solo un curso. Me tomaré un año sabático. Puedo posponer la carrera hasta el año que viene. Y hacer las cosas bien.

—Nunca hay un buen momento para empezar nada.

—Sí que lo hay. Quiero vivir en la ciudad.

—Espera. —Levanta la mano y se traga el trozo de bocadillo que tiene en la boca—. A ver si lo pillo. ¿Vuelves a casa traumatizada después de haber pasado unas cuantas horas en la ciudad y ahora quieres vivir allí?

—Solicitaré una plaza en la residencia universitaria.

—En una ciudad que te acojona.

—Ahorraré dinero durante este año. No tienes que pagarme tanto como a James.

—No temas por eso. No le pago suficiente para todo lo que hace en la granja, sin olvidar el tiempo que pasa cuidando de tu madre. Eso lo hace gratis.

—Tú dame lo mínimo para poder mudarme el año que viene.

—¿Para que lo malgastes alquilando una caja de cerillas en el centro?

—Eso es lo que hace la gente —contesto.

Se lame los índices y recoge las migas del pan integral como un niño pequeño.

—Miraré una caravana para ti.

—¿Eso es un sí? —pregunto.

—No, es una mierda pinchada en un palo.

—En cualquier caso, no pienso volver a la facultad. No puedo.

—Puedes y debes.

—No puedes obligarme.

—Dios mío, Debs, ¿tú te escuchas cuando hablas? ¿No te das cuenta de que pareces una niña mimada? Mira cómo te pones por un día en Dublín.

Echo la cabeza hacia atrás para retener las lágrimas. Siempre he sido de llanto fácil. Es algo que detesto y que me provoca aún más ganas de llorar. Resoplo varias veces.

Billy suspira, incómodo por mis lágrimas.

—Venga, vamos, déjate de historias. La barbilla alta, copo de nieve.

—No me llames así.

—Ni mi llimis isí —se burla de mí.

—Qué infantil eres —digo, pero el truco ha funcionado. He dejado de llorar. Me seco las lágrimas con las mangas de la camisa.

—Debs. —Espera hasta que lo miro—. La ciudad te da miedo. No dejes que eso te detenga. Tendrás que conocerla primero.

—¿Sabes que mi única experiencia en la ciudad es pasear por Collins Barracks y por delante de la Oficina General de Correos contigo? —pregunto.

—En mi empeño por radicalizarte. Pero tú no eres Maud Gonne.

—Ni ella tampoco. Una revolucionaria y musa irlandesa que nació en Inglaterra. ¿Cómo lo hizo? —Mojo un rollito de higo en el té.

—Su padre era del condado de Mayo. No fue culpa suya nacer en Inglaterra. En cualquier caso, se liberó de su ingenuidad.

Atrapo con la boca la galleta mojada justo cuando está a punto de caerse en el té.

—Dejó que la convirtieran en un mito.

—¿Y eso es malo?

—A mí me lo parece.

Billy se levanta y camina hacia la puerta trasera arrastrando los calcetines.

—Vas a ir a la universidad este año —dice—. Y si tengo que pagarlo, lo pagaré. —Se agacha para ponerse las botas—. Aprende a conducir y yo arreglaré lo del internet —concluye, y sale con un portazo.

Saoirse

Nuestra casa está incrustada en una curva a los pies de un monte. La llamamos la colina del Reloj por el hombre que habita la cabaña que está en la cima. No sé cuál es su nombre real ni por qué todo el mundo lo llama el Reloj. El Reloj pasa todos los días por delante de nuestra verja para ir a comprar el periódico. Nunca saluda. Huele a turba centenaria y es el único hombre que conozco que fuma en pipa. De vez en cuando James lo contrata para que se coloque en algún hueco mientras trasladamos al ganado, y entonces me veo obligada a hablar con él porque es viejo y está solo. No dice gran cosa, aunque a veces trata de adivinar mi edad. Siempre cree que soy mucho más joven y me mira con incredulidad cuando me atrevo a corregirle.

Nuestro ganado salpica el campo a ambos lados de la carretera que baja desde la colina del Reloj hasta el pueblo. El campanario de la iglesia sobresale entre las copas de los árboles. Los setos están recortados para permitir que se vea el paisaje entre las ramas de los dos robles que flanquean el camino. Frente a nuestra casa, en el interior de la curva, hay un cartel donde pone «FÁILTE» para dar la bienvenida a quienes pasan por el pueblo en dirección a otro lugar.

Antes teníamos un cartel de madera en el muro de la entrada. Billy lo talló por mi séptimo cumpleaños. En realidad yo quería un caballo, pero mi madre no lo permitió. A cambio, me dejaron que le pusiera nombre a la casa, que tampoco era nada del otro mundo. Billy hizo el cartel porque no costaba dinero. Le puse el nombre con el que habría llamado a mi caballo: Saoirse, por el chute de libertad que imaginaba que sería bajar galopando por el monte hasta la granja.

El nombre duró varios meses colgado, hasta que un coche se estrelló contra nuestro jardín en mitad de la noche. Era un

coche azul con un alerón detrás que, al chocar, salió despedido por encima del seto. Bajaba por la cuesta demasiado rápido y se resbaló con una placa de hielo de la carretera, perdió el control y se estampó contra el cartel de Saoirse. Murió un chico de diecinueve años. A veces, en su aniversario, su familia deja un ramo de lirios blancos junto al muro de nuestra entrada y vemos cómo se marchitan las flores en el sucio envoltorio de plástico.

La noche que el vehículo se chocó contra nuestro muro, tuve un sueño. Yo era un chico y conducía un coche. No recuerdo mucho del sueño en sí, pero me acuerdo del final. Hasta el último segundo no vi la curva pronunciada al final de la cuesta. Frené a fondo y sentí el hielo bajo los neumáticos. Fue un movimiento bastante grácil, a decir verdad. Entonces se me pasó por la cabeza un pensamiento bonito. El mundo me hacía girar, como una mujer que de pronto me hubiera agarrado para dar vueltas en una pista de baile y, aunque me hiciera sentir un poco idiota y un poco débil, no pasaba nada, solo era un poco de diversión y, además, cabía la posibilidad de que yo le gustara…

Mi madre dice que me desperté gritando antes de que oyéramos el golpe del coche contra el muro. Yo estaba desconsolada. El chico había muerto por mi culpa. Se me había metido a toda velocidad en la cabeza y yo había evitado que fuera al cielo. Estaba tan descuartizado como los restos del coche que encontramos en el jardín. Yo no paraba de llorar. De gritar en la cama. Mi madre hizo todo lo que pudo para consolarme.

Empecé a ir a la caravana por la noche. Una vez, Billy perdió la paciencia conmigo. Le dije que no podía dormir porque el chico seguía dentro de mí. Me dio un bofetón en la cara tan fuerte que, incluso ahora, dudo de que sucediera de verdad.

—Ese accidente no tuvo nada que ver contigo —gritó y después, tapándose la cara con las manos, me dijo que no estaba enfadado conmigo. Estaba enfadado con mi madre.

Nunca volvimos a poner el cartel de Saoirse. Billy se olvidó del asunto y yo no me atreví a recordárselo. Aún hay noches

que me siento en la cama, demasiado asustada para dormir, y espero a que el siguiente coche, el siguiente fantasma aterrice en nuestro jardín en su camino al olvido.

Putas punzantes

Miro por la ventana de la cocina y veo a mi madre en el jardín trasero, completamente desnuda, bailando sobre una mata de ortigas. Los tallos le llegan al pecho, como si fueran hojas de palmera que se sacuden para adorarla. Arquea la columna vertebral y acerca la barbilla a la parte alta de los hombros de manera alterna. Con las manos, traza semicírculos a su alrededor, como si caminara por el agua. No parece que las ortigas le estén picando hasta que sale del matorral y resulta evidente que está totalmente encendida.

Cuando los chicos entran a casa para comer, mi madre ya se ha hecho sangre de tanto rascarse. Billy finge no darse cuenta. Una vez, estando borracho, llamó a las ortigas «putas punzantes».

Mi madre le pasa la comida a James, él estira el brazo y le acaricia el sarpullido rojo con bultitos blancos que le cubre la piel.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta.

—Me ha picado una ortiga.

—¿Una? Estás llena de erupciones. ¿Te has caído encima de ellas?

—No, he saltado encima.

—¿Qué?

Mi madre le asegura que lo ha hecho a propósito.

—¿Por qué diantres haces eso?

—Tienen serotonina. Por eso pican, son agujas naturales que te inyectan una sustancia química de la felicidad. Son buenas para nosotros.

—¿Eso es verdad?

—Sí.

James se queda pensando un momento y luego asiente con la cabeza.

—Perece lógico.

—Jimmy Bobo estaría encantado de lanzarse en picado sobre una cama de ortigas contigo, Maeve —dice Billy sin levantar la vista de la patata que está pelando.

—Bueno, tampoco te pases.

—Se me ocurren formas mejores de drogarse —añade Billy.

—El placer y el dolor van emparejados, Billy —dice James.

—En su caso, van emparejadas la cogorza y la resaca —añade mi madre.

Aunque no tiene tanta gracia, la risa de James sacude la mesa.

—Como ya sabemos, hay tantos tipos de alcohólicos como estrellas en el cielo, y yo estoy contento de ser uno de los sociales. Los demás tienen la serotonina necesaria para quedarse en casa y pimplarse las botellas de vino en la cama.

—Madre mía, Billy, no te lo tomes así, era solo una broma —dice James.

—Bueno, entre broma y broma la verdad asoma.

Y así se desarrolla la comida. Mi madre y James contra Billy y yo. Siempre los mismos equipos, formados antes de sentarnos a la mesa.

❄

Nunca entenderé que mi madre me pariera. Sería mucho más creíble que yo hubiera brotado en un foso de purín, como una especie de Venus infernal, o que hubiera salido del culo de una vaca. Tendría sentido que James fuera mi padre, porque quiere a mi madre, pero él solo tenía seis años cuando yo nací. James ya venía con el mono de trabajo, marca John Deere, al salir del útero y aterrizar en una familia sin tierras. Era un chico de dieciséis años que servía pintas en el pub de su madre cuando mi abuelo falleció. Billy le pidió que viniera a trabajar con nosotros. Resultó ser un regalo del cielo: ordeñaba las vacas, arreglaba los cercados y asistía los partos de los terneros a cualquier hora de la noche. Y mi madre, que estaba devastada tras la muerte de su padre, se animaba con su presencia.

James es solo seis años mayor que yo. Fue la primera cara que imaginé al besar la almohada por la noche. Por la mañana,

cuando lo veía aparecer a la hora del desayuno, me escondía de él. En la cocina hay poco sitio donde ocultarse. Me tapaba con las cortinas, pero me asomaban las piernas por debajo; a veces, me metía bajo la mesa y evitaba tocarle los pies, pero un gran brazo peludo se abatía sobre mí para agarrarme y entonces me ponía a chillar. Una vez intenté esconderme en el perchero del zaguán trasero, pero estaba demasiado lejos de la cocina y él se olvidó de buscarme.

Quiero a James como a un príncipe de Disney. Estoy acostumbrada a separar su imagen fantástica de la real. A James no le preocupa la mala fama de mi madre. Le dan igual los susurros y los codazos en el pub cuando llega la hora del cierre y se marcha con ella para pasar la noche en su cama.

La diferencia de edad entre ellos no es tan obvia como cabría esperar porque mi madre parece más joven, y James, mayor. Billy dice que la pubertad de James duró una tarde. Es cierto. Un día era un niño y al día siguiente era un hombre hecho y derecho. Mide dos metros y es capitán del equipo local de hurling. Vamos a todos sus partidos y vemos cómo el *sliotar* cae en su mano extendida como un regalo de Dios.

❄

Nunca he sabido quién fue mi padre, pero creo saber dónde me concibieron. En uno de nuestros campos hay una tumba de corredor de la Edad de Piedra: un monumento nacional con un cartel gubernamental que advierte de que el vandalismo está castigado por ley. Es un lugar donde los jóvenes acuden a beber. Por el camino hay un cartel que dice: «PARA DISPONER DE LA LLAVE, PREGUNTE A WILLIAM WHITE (TRAS GIRAR A LA IZQUIERDA EN EL CRUCE, LA CARAVANA DE LA IZQUIERDA)». Billy es el cronista local que ofrece visitas guiadas del túmulo a los aficionados a la arqueología que se pasan por aquí ocasionalmente. El leal guardián de las llaves que a menudo se deja la puerta abierta.

Hay dos escalones de piedra que marcan el acceso desde la carretera y un camino separado del resto del campo por una valla. El montículo de hierba se levanta armonioso sobre la tierra. Tras una pesada puerta metálica, se encuentra la antigua tumba de corredor, adornada con latas aplastadas y

envoltorios de condones. En las piedras sagradas hay algunos nombres grabados y frases como *Chúpame la polla* trazadas con precisión junto a los zigzags y espirales megalíticos.

El monumento se llama Fourknocks, que viene de dos palabras irlandesas: *fuair,* que significa 'frío', y *cnoic,* que significa 'colinas'. Mi madre estaba obsesionada con el folclore de Fourknocks. En el verano de 1990, la tumba de corredor era el lugar donde los chicos iban a perder la virginidad. La única norma de mi madre era no acostarse dos veces con el mismo. Nadie me habla de las historias que circulan sobre mí, pero todos saben que estoy al corriente de ellas. Billy, el cronista local, me las contó.

El sagrario

Mi madre lleva dormida casi toda su vida. Las mañanas no pertenecen al ámbito de su existencia. Su despertador se apaga a mediodía. Suena *Downtown,* de Petula Clark, una y otra vez. Se levanta con el tiempo justo para preparar la comida de los chicos, que es a las dos en punto. Después de comer, se vuelve a la cama. Hoy es domingo, el único día de la semana que mi madre necesita madrugar para ir a la misa de diez.

Introduzco la hoja del cuchillo de mantequilla en la cerradura y lo giro hasta que oigo el clic. La puerta chirría al abrirse. La voz de Petula Clark se extiende por toda la casa. Apago el despertador y observo a mi madre, que vuelve a la realidad con un gruñido.

—Buenos días —digo.

—Buenos días.

—¿Te traigo el café?

—Sí, porfa.

He aprendido que prepararle el café a mi madre es la forma más efectiva de que no vuelva a dormirse. Cuando llego con la taza de Maxwell House, ya está sentada junto al escritorio envuelta con su manta de escribir.

❄

Mi madre se sienta al escritorio para apuntar en un viejo cuaderno lo que ha soñado durante la noche. Utiliza bolígrafo azul y se altera si no encuentra ninguno. Escribe un libro sobre los sueños desde antes de que yo naciera. Le dice a la gente que es escritora, pero nunca le han publicado nada. No tiene ningún interés en presentarse a revistas y concursos, aunque supongo que es mejor así.

Al dormitorio de mi madre lo llamamos «el sagrario» porque

la puerta está pintada de dorado y se cierra con una llave parecida a la que usa el sacerdote en misa. Mi madre no tendría reparos en dejar que el mundo se hundiera a su alrededor siempre y cuando ella tuviera su espacio propio. El sagrario podría ser una instalación artística o el vestidor de un teatro clandestino. A veces, abro la cerradura mientras está dormida para contemplarlo.

Entrar en esa habitación es como sumergirse en un libro de desplegables. Mi madre arranca páginas de los libros y las pega a las paredes. Las hojas superpuestas forman un *collage* con poemas, novelas y libros de filosofía: todos sobre sueños. Las coloca una al lado de la otra como si tratara de relacionar pistas.

Las hojas están pegadas con cinta de carrocero. Despegarlas resulta muy gratificante. Emiten un sonido como de labios cerrados justo antes de abrirse un poco a regañadientes. Levanto una página y veo que debajo yace otra capa de sueños. Tiro de la portada de uno de los nocturnos de John Field y el manuscrito entero se despega de la pared.

Del techo, sujeto por unas trenzas de pelo, cuelga un móvil de conchas de estaño con grabados de espirales que tienen un brillo celestial. Espero que tintineen cuando las toco, pero el ruido es decepcionante, como una mujer hermosa con una voz horrible.

Mi madre guarda debajo de la cama una lata de galletas descolorida, llena de postales y recortes de revistas de arte con imágenes de cuadros, y un cajón con botellitas de vino blanco que James sustrae con regularidad del pub de su madre. En el alféizar de la ventana hay una pequeña calavera de lapislázuli. Sobre el tocador, a los pies de la cama, se yergue una lámpara azul marino como una señora gorda con un sombrero de ala ancha. Su luz proyecta la sombra de mi madre en la pared de detrás: la silueta alargada acuna un cuerpo durmiente e inalcanzable.

Mi madre rara vez se atreve a salir de casa, salvo para ir a misa, al supermercado o a la oficina de ayuda social. Billy se ocupa de que cobre el paro todas las semanas —él lo llama «su beca artística»— y gestiona su cuenta bancaria. Hemos

aprendido por las malas que dejar que mi madre disponga del dinero es una hecatombe. Billy la lleva una vez a la semana para que haga la compra mientras él la espera en el coche. Hay días que vuelve al coche con un batido y un dónut, sin haber comprado nada más, y Billy tiene que mandarla de nuevo a la tienda.

La misa es la única ocasión en que mi madre hace un esfuerzo por ser normal. Mi abuelo era muy religioso. Cuando vivía, todos nos arrodillábamos en el salón para rezar el rosario por las noches. También era un hombre extremadamente orgulloso. Le gustaba que su familia fuera muy arreglada a misa, por eso mi madre relaciona la religión con la elegancia. Ya ha elegido su atuendo para la misa de hoy. Se duchará y tardará al menos una hora y media en arreglarse.

Antes de la ducha, mi madre sale al jardín descalza. Da varios pasos lentos y cautelosos por la hierba como si se subiera a un escenario. A continuación, cierra los ojos, coloca las manos junto al cuerpo con las palmas hacia fuera y se llena los pulmones con varias respiraciones largas y pausadas: inhala los efluvios frescos de la realidad y exhala su propio misterio.

Aisling

Antes dormía con mi madre en el sagrario. Después de las noticias de las nueve, mi abuelo nos mandaba a la cama. Nos poníamos el pijama y nos lavábamos los dientes. Como yo todavía no llegaba al lavabo, escupía la pasta en el retrete.

Tirábamos de las mantas para tapar la cabeza de mi madre y convertíamos la cama en una tienda de campaña. Ella me leía un libro con desplegables de *Alicia en el País de las Maravillas.* Me encantaba Alicia. El delantal blanco sobre el vestido azul le marcaba la cintura minúscula. Cuando la señalaba en el papel, mi dedo era más grueso que ella. Parecía una princesa de Disney.

Cuando Alicia veía al conejo blanco, mi madre formaba unas orejitas con los dedos y en la pared aparecía la sombra de un conejo que rilaba con la luz de la lámpara, como si un viejo proyector de películas hiciera magia. La página que menos me gustaba era la última, cuando termina la aventura y Alicia se despierta en el banco junto a su hermana. Arranqué aquella página final y se quedó al descubierto el cartón pelado.

Por supuesto, mi madre de vez en cuando cambiaba la historia mientras leía *Alicia en el País de las Maravillas*. Normalmente, eso llegaba a la par que la preocupación de Alicia: «Me pregunto si habré cambiado de alguna manera durante la noche. Veamos: ¿era yo la *misma* esta mañana al levantarme? Casi creo recordar que me sentía algo diferente. Pero si no soy la misma, la pregunta siguiente es: ¿quién soy yo?»[1].

—Alicia no es ella misma porque ha desaparecido —explicaba mi madre—. Cuando se cae por la madriguera del conejo y llega al País de las Maravillas, se separa de sí misma. Es algo que nos pasa a todos. Cuando nos dormimos, nos separamos de nosotros.

Nunca supe bien si eso era bueno o malo. La forma en que mi madre describía los sueños me recordaba a cuando Billy señalaba una estrella y yo intentaba seguir su mano.

—Ese es el cinturón de Orión —me decía él.

Yo miraba el cielo con solemnidad, sin ver nada, pero meditando acerca de la fórmula *cinturón de Orión*. Nunca veía ni a Orión ni a su cinturón, pero con el misterio me bastaba. Era mejor.

El misterio de los sueños también me bastaba. Intentaba seguir la lógica de mi madre, pero ella me soltaba la mano a mitad de camino.

❄

Mi madre solía contarme un cuento antes de dormir sobre una mota de polvo llamada Aisling que no creía en la nieve. Todas las noches, cuando Aisling se quedaba dormida, el agua fría la convertía en un copo de nieve. Al llegar la mañana y salir el sol, antes de despertarse, Aisling se derretía y volvía a ser una mota de polvo, sin siquiera imaginar que mientras dormía se había convertido en aquello en lo que no creía. Solo notaba que algo frío tiraba de ella, pero el recuerdo se quedaba entumecido, congelado. Lo consideraba el fragmento de un sueño, nada más.

Mi madre acababa el cuento y salía corriendo hacia el congelador del lavadero. Yo la seguía escaleras abajo, en pijama, descalza, golpeando con suavidad el suelo de linóleo. La puerta del congelador se abría como un ataúd y el humo se elevaba como bruma. Rascábamos los bordes con las uñas para acopiar nieve. Mi madre me decía que necesitábamos un microscopio para ver bien los copos aunque estuvieran justo delante de nuestras narices.

—¿Igual que Billy necesita un telescopio para ver las estrellas? —pregunté yo un día.

—Sí —contestó—. Solo que al contrario. El telescopio nos ayuda a ver las cosas que están lejos acercándonoslas. El microscopio nos ayuda a ver cosas que no podemos ver bien por estar demasiado cerca. Crea distancia entre nosotros. Perspectiva.

—¿Creería Aisling en la nieve si tuviera un microscopio? —pregunté.

Mi madre se quedó pensando y me contó otra historia, la del primer hombre que fotografió los copos de nieve.

—Lo llaman el Hombre Copo de Nieve. Atrapaba copos de nieve en un trozo de terciopelo negro y los fotografiaba con un microscopio unido al objetivo de la cámara. Conseguía captar la estructura de los cristales de nieve antes de que se derritieran. Pero una fotografía no es el objeto real. —Entonces añadió muy seria—: No hay manera de atrapar un copo de nieve. Y no he conocido a nadie capaz de atrapar un sueño.

---

[1] Traducción de Jaime Ojeda en *Alicia en el País de las Maravillas,* Alianza Editorial, 2020.

Chica de portada

Puedo estar un día entero en la ciudad sin hablar con nadie. Muchas veces desaparezco en el tren, en el edificio de Letras o en las calles de Dublín. Voy sola a las conferencias. Incluso compro el café en una máquina para no interactuar con la gente. Después de pasarme los dos primeros días intentando sin éxito hacer amigos, me siento mejor ahora que he tomado la decisión consciente de no hablar con nadie.

Como necesito hacer pis constantemente, la mitad del día la dedico a buscar un baño donde sentarme a hacer una pausa. Acudo a reponer fuerzas, a permitirme llorar y a calmarme lo suficiente para definir mis límites y mostrarme firme en el exterior. Me duelen los hombros de llevar la mochila. Me pongo desodorante en las axilas pegajosas y sudorosas y entre las tetas mientras leo las pintadas de las paredes. La mayoría son gritos de socorro anónimos. Noto una puñalada de responsabilidad. Una inscripción en el dispensador de papel amenaza con el suicidio. Hay otras reflexiones menos apremiantes: *¿Es raro que no disfrute con el sexo?* Alguien ha escrito debajo: *¡Aprieta el cuello del útero y relájate, chica!* Me pregunto cómo se hace eso.

Al salir del baño, me tropiezo con una chica que se dispone a entrar. Suelta un alegre «¡Perdón!» antes de pasar por mi lado. La fuerza de la colisión me ha asustado. Me siento tan poco sólida que imagino que el golpe me saca de mi cuerpo para meterme en el suyo.

—¡Espera, Debbie!

Es Xanthe. No la había reconocido sin el impermeable amarillo.

—¡Hola!

—¿Tienes tiempo para un café?

—¿Ahora?

—Solo si te viene bien…

—Ehh… Sí.

—Estupendo. Voy a mear.

❄

Xanthe sale del baño como la mujer de un anuncio de perfume. Lleva unos pantalones anchos, un jersey de punto azul y una boina que podría haber salido de la caravana de Billy, pero que de algún modo dota de unidad al conjunto.

—¿Cómo va lo de ir y venir a diario? —me pregunta mientras nos sumamos a la estela de gente que baja por la escalera.

—Muy bien —contesto.

—¿Cuánto tardas en llegar a Dublín?

—Cuarenta minutos en tren, más o menos. Pero vivimos a unos veinte minutos en coche de la estación, así que, en total, alrededor de una hora.

—¿Entonces vives en el campo?

—Sí, en una granja.

—Qué maravilla. ¿Y qué animales tenéis?

—Solo vacas. Es una granja lechera. Mi tío es el dueño.

—¿Y trabajas allí?

—Esta mañana he ordeñado.

—¡Madre mía! ¿Y cuánto tiempo tardas?

—Sobre hora y media.

—¿Has ordeñado las vacas tú sola?

—Sí, aunque James me echaba un ojo mientras limpiaba los establos.

—¿James es tu tío?

—No, es un trabajador. Mi tío no se había levantado aún de la cama. Anoche salió.

—Jaja, ¿salió un martes?

—Para Billy todas las noches son buenas.

Salimos por una puerta lateral en la que nunca había reparado. Pasa una ambulancia a toda pastilla. Me dispongo a cruzar la carretera pero ella se queda en el bordillo mirándome.

—¿Qué?

—¿Te acabas de santiguar?

Me sonrojo.

—Oh, sí. La costumbre.

—Qué adorable.

Me dan ganas de mandarla a la mierda.

—Perdona, no quería darme aires de superioridad —dice.

—No pasa nada.

—Lo que quería decir es que me parece un gesto bonito.

—En realidad no soy muy religiosa —digo.

—Ya lo sé. Bueno, no lo sé. Mejor me callo.

❄

Cruzamos la calle y entramos en una cafetería. El local está tan lleno de estudiantes y turistas que el vaho se condensa en las ventanas. La máquina de café suena como si estuvieran haciendo obras.

—¡Voy a pillar mesa! —grita Xanthe.

No sé muy bien dónde empieza la fila de gente.

—¿Estás en la cola? —me pregunta una mujer.

—No, perdón —digo y me echo a un lado.

Xanthe se acerca:

—He conseguido sitio allí.

—Estupendo, gracias. ¿Sabes lo que quieres? ¿Prefieres pasar tú delante?

Pedir comida es un infierno. Estoy muerta de hambre. Quiero comer, pero es muy caro. Xanthe pide una infusión y yo me decanto por un té y una tarta de chocolate. Le pido disculpas a la chica de la caja por no tener la tarjeta de fidelidad.

❄

Empujo el trozo de tarta hacia Xanthe.

—¿Compartimos?

—No, gracias.

—De verdad, ayúdame con la tarta.

—No puedo. Tengo alergia a los frutos secos.

—Ah…

—Sí. Antes era una de esas personas que no creen en las alergias. Pensaba que eran de gente delicada. Y resulta que soy delicada.

—¿Te gusta la menta? —digo señalando su infusión.

—En realidad no.

—¿Y por qué la pides?

—Intento acostumbrarme a las infusiones porque se supone que son buenas para la salud.

—Las infusiones me recuerdan a la colonia de margaritas que fabricaba de pequeña. Flores machacadas en agua. Incluso entonces no era tan estúpida como para bebérmela.

—Ahora ya me siento mejor por haber gastado cinco euros en esto.

—¿Estás de broma? —Ella señala hacia la pizarra de encima del mostrador—. Un robo a mano armada —añado.

❄

Tras una hora de conversación, ya le he contado mi vida a Xanthe.

—¿Tu madre sale con un chico de veinticuatro años?

—Sí.

—¿Qué edad tiene ella?

—Treinta y seis. Me tuvo con dieciocho.

—Buah. Tu padre también será joven…

—Mi madre nunca le ha contado a nadie quién es mi padre.

—¿Ni siquiera a ti?

Niego con la cabeza.

—A decir verdad, no estoy segura de que ella lo sepa.

—Parece una tía increíble. Verás cuando decidas casarte. Será una versión de *Mamma Mia* en la Irlanda profunda.

Xanthe abusa del término *increíble*. No le gusta hablar de sí misma. Lo único que sé de ella es que es alérgica a los frutos secos.

—¿Qué te ha pasado en los dedos? —me dice como si presintiera que estoy a punto de pillarla en su juego de preguntas.

Levanto la mano.

—Un accidente cuando era pequeña —contesto—. Me los

pillé con una puerta.

❄

Todas las primaveras, mi madre recoge juncos en el campo de al lado de casa y teje cruces de santa Brígida para toda la parroquia. A principios de febrero, lleva a misa una cesta de mimbre llena de cruces y el cura le da las gracias desde el altar.

Cuando tenía siete años, intenté ayudarla. El campo donde crecen los juncos se llama «la charca», un paraje intermedio de la infancia donde mis botas chapoteaban y nunca sabía si la hierba circundante era tierra o lago. Imaginaba hipopótamos sumergidos en el barro detrás de los juncales.

Mi madre cortaba los juncos con unas tijeras, los ataba en manojos y los metía en un saco de arpillera. Yo iba tras ella y trataba de arrancar los juncos sola, pero estaban demasiado duros. Por lo general, cuanto más intentaba agradar a mi madre, menos paciencia tenía ella conmigo, pero ese día me aguantaba porque mi abuelo estaba por allí cambiando de sitio unas vallas. Cuando le pregunté si podía ayudarla, me dejó que fuera tras ella con el saco a rastras.

Volvimos a casa con los juncos. Intenté por todos los medios no hacer ningún ruido, pero hasta mi silencio la irritaba.

—Vete fuera a jugar, Debbie.

—Pero quiero ayudarte.

—No necesito ayuda.

—Por favor, mami. Seré buenísima.

—Ahora no tengo tiempo de enseñarte.

—Pero si yo ya sé, hicimos cruces en el cole con varas de chenilla. —Le lancé una sonrisa triunfante.

Ella recogió la mesa a toda prisa y comenzó a caminar hacia su habitación con el montón de juncos contra el pecho como si fueran un bebé.

—Quiero ayudarte, mami, porfa.

Empecé a llorar y ella echó a correr. La alcancé por el pasillo y extendí la mano para evitar que cerrara la puerta, pero ella dio un portazo. Un dolor agudo se me disparó en la mano.

❄

Aquel día perdí la punta de dos dedos —el corazón y el anular — de la mano izquierda. Billy me llevó al hospital. Cuando volvimos a casa, mi madre no se hizo responsable del daño, pero me preparó una taza de té. Más tarde, por la noche, deslizó una carta debajo de mi almohada mientras yo dormía. Aunque la disfrazó de disculpa, en realidad explicaba que la situación había sido culpa mía.

Mi madre llevó ese domingo a misa las cruces de santa Brígida y el sacerdote le dio las gracias desde el altar. Al salir de la iglesia, los feligreses las cogieron para llevárselas a casa y las pusieron encima de la puerta para proteger su hogar.

Donde sueña el agua

Mi madre convenció a James para que nos llevara a la playa. Llueve y hace viento. Un día de perros. A ella nunca se le ocurriría ir a la playa un día de sol. Cuanto peor tiempo hace, más le entusiasma la idea de bañarse en el mar. El rayo de Zeus le mete la idea en la cabeza y el trueno la azuza. Hoy, el día es lo bastante malo como para que mi madre quiera ir y lo bastante inofensivo como para que James acceda a llevarla.

—Gira a la izquierda. ¡A la izquierda! —dice mi madre mientras pulsa el intermitente de James.

—Te refieres a la otra izquierda, ¿no? A la derecha.

—¡No! ¡La izquierda!

—¿Quieres conducir tú, Maeve?

Mi madre se zafa de la mano de James, posada sobre su rodilla. Ahora se tratan con desdén. Por lo único que discuten es por Violet. Violet es un Toyota Starlet morado del 98. Un día Billy fue a hacer recados y volvió con Violet. Mi madre reza novenas todos los años cuando se acerca la época de la revisión. Siempre consigue que la pase raspando y que James vuelva a casa con el certificado en la mano, dándole golpecitos al capó con una sonrisa de oreja a oreja, como un padre orgulloso. A mi madre le gusta Violet. Pero no le gusta conducirla.

Jacob, el perro de James, es capaz de manejar un coche mejor que mi madre. Mientras James conduce, Jacob se sienta en el regazo de su dueño y jadea feliz con la lengua fuera y sacando la cabeza por la ventanilla. No puede ser más bobo. Se supone que es un perro pastor. Cuando era cachorro, James no paraba de decir que resultaría de gran ayuda, pero a medida que crecía se volvió cada vez más gordo y perezoso. Si fuera humano, Jacob sería modelo, es decir, uno de esos tíos que no necesitan esforzarse lo más mínimo. La mala dieta y la falta de

ejercicio no estropean su atractivo. Ha heredado buenos genes. Tiene algo de husky, con el pelaje espeso y brillante, blanco y negro con una pizca de marrón. También tiene unos ojos enormes y dorados.

Pero, Dios, a veces la caga a unos niveles colosales. Una vez se puso a perseguir a las vacas por el campo en mitad de la noche y las asustó tanto que rompieron dos vallas eléctricas y acabaron pisoteando el cementerio y cagándose en las lápidas y en las flores. Esa noche, cuando Billy me despertó para decirme que las vacas habían echado a correr hacia el cementerio, me imaginé a las terneras espachurrándose la cadera para pasar por la verja lateral, con los ojos saltones y la mirada avergonzada, como las mujeres corpulentas que se quedan atascadas en los tornos del metro. Aun así, delante de James no se puede hablar mal de Jacob. Lo defiende casi tanto como a mi madre.

James lleva intentando enseñar a conducir a mi madre desde que tengo uso de razón. Técnicamente, mi madre sabe conducir. Entiende de coches como la gente que se obsesiona con las guerras mundiales: habla de ellos de forma abstracta, pero eso no implica que quiera estar dentro de uno. Levanta el capó y es capaz de identificar todas las piezas y explicar su función. Pero si le pides que encienda el motor, se paraliza. Se pone en guardia. James dice que es un miedo irracional, aunque ella asegura que es racional. Cada cierto tiempo repiten la misma discusión.

—Maeve, si te frustra tanto mi forma de conducir, ¿por qué no llevas tú el coche?

—No lo haces bien.

—¿Y por qué soy yo quien conduce y no tú?

—Porque eres capaz de ver las divisiones entre las cosas. Yo no. Cuando miro por el parabrisas, no veo las líneas que separan unas cosas de otras. En mi mente todo se funde.

❄

Mi madre solo ha conducido una vez y fue para ir a misa. No fueron más que doscientos metros, pero para ella fue un momentazo. Aparcó el coche delante de la iglesia y le dio a

James un abrazo enorme. Él la besó en la coronilla.

Después de misa, cuando giró hacia la entrada de nuestra casa, tomó mal la curva y estampó el coche contra el muro, justo en el mismo sitio donde murió el chico de diecinueve años. Llevamos a Violet al taller y se recuperó, pero mi madre nunca se repuso. Después de aquello, James dejó de darle clases de conducir.

❄

Al llegar al aparcamiento, se me encoge el estómago. Odio el esfuerzo que supone venir a la playa. Me repele la idea de tener arena entre los dedos de los pies. Por el contrario, mi madre se revuelca por la playa. Se echa arena por encima. Varios días después, se mete la mano por dentro del pantalón y sonríe al descubrir que tiene arena entre los cachetes del culo.

Lo único que supera la pasión de mi madre por la arena entre los cachetes del culo es su amor por el mar. Siempre dice que es increíble que el cuerpo se ajuste a la temperatura del agua. En cuanto roza el agua con el pie, se le despiertan los pulmones. A medida que se sumerge, recita los nombres de los niveles oceánicos: «Zona fótica, zona mesopelágica, zona batial, zona abisal… —Espera hasta estar lista para meter la cabeza y entonces susurra—: Zona hadal de Perséfone, la reina del invierno».

❄

Mi madre dice que le encanta nadar en el mar, aunque en realidad no nada. No sabe. Solo se queda de pie. James, tras cometer el error de regalarle un curso de natación las Navidades pasadas, intentó no mostrarse decepcionado al verla volver a casa enfurruñada tras la primera y única clase a la que fue. No le gustaba al monitor, dijo.

—Y teníamos que llevar un condón en la cabeza… Un chisme de látex que me arrancaba el pelo. El agua no tenía vida. Y todo el mundo me miraba.

—Pues no vuelvas —le dije.

—¿Crees que James lo entenderá?

—Claro que sí —dije, aunque deseé que no lo entendiera.

Albergaba la esperanza de que discutieran por eso. Pero, por supuesto, James lo entendió. Incluso le pareció entrañable que a mi madre no le gustara nada que los demás la vieran en bañador. Esa fue otra: mi madre tuvo que comprarse un bañador para las clases porque, cuando se baña en el mar, va desnuda, como Dios la trajo al mundo.

❄

James siempre me insiste en que los acompañe, pero la idea de bañarme en bolas con mi madre me supera. Intento no mirarla mientras se despelota, pero no consigo apartar la vista de esa barriga plana, de los hoyuelos que se le forman en la base de la columna, de la curva de la espalda, de los pechos extrañamente lozanos. El poco vello púbico que tiene es fino y rubio, como los pelos de los brazos.

James no se desnuda. Al menos hasta entrar en el agua. No sé qué pasa después, si ella le arranca el bañador o no. Se besan. Mi madre lo envuelve con las piernas y los brazos. A él le encanta.

❄

Vengo a la playa por las conchas. Los alféizares de nuestra casa están cubiertos de botines marinos: conchas de berberechos, de navajas, de vieiras, de almejas, de buccinos, de bígaros… En el baño hay un cuenco de cauris. Mi madre guarda las mejores conchas para el alféizar del sagrario: una chirla, varias caracolas alargadas y unas coquinas que se abren como si fueran las alitas de una mariposa de porcelana. Una vez robé una caracola pie de pelícano del sagrario y la metí debajo de mi almohada. Cuando me desperté a la mañana siguiente, había desaparecido. Lo único que quedaba era un diminuto rastro de arena. Imaginé que el hada de los dientes me la había arrebatado de la mano y la había devuelto al sagrario, donde debía estar.

Una vez encontramos un caracol pala. Mi madre me dijo que, si me lo ponía en la oreja, oiría el mar. Después me contó

que lo que en realidad se oía era el sonido de mis latidos, el mar dentro de mí.

❄

La marea está baja. A mi madre y a James les llega el agua por las rodillas, pero las olas son de las que estallan: muros que, al derrumbarse, intentan abatirlos. Miro hacia abajo y empiezo a examinar el revoltijo de conchas. Unas son finas como cáscaras de huevo; otras, gruesas como dientes. Echo un vistazo a las navajas, los mejillones y los berberechos: los peones del mar. Si fuera pequeña, ya tendría las manos llenas —por entonces, todos y cada uno de los berberechos eran una maravilla—, pero ya soy una experta y solo me detengo a inspeccionar los ejemplares más curiosos. Algunos en realidad no son conchas. Son cristales de botellas de cerveza que, arrastrados por el mar, se desprenden de su forma original. Creo que una vez encontré un hueso. Me dio miedo enseñárselo a Billy por si me decía que era algo más corriente.

❄

Estoy pensando en el chico que se queda al fondo en misa. Para él, sentarse es demasiada entrega. Él es mucho más guay que eso. Prefiere quedarse rezagado y recalcar su agnosticismo. En misa tonteo con él. Bueno, intento tontear. Le lanzo miraditas. Cada vez que consigo establecer contacto visual, siento pánico y aparto la vista. Es algo estúpido, aterrador. En el fondo, bochornoso.

Estuvimos en la misma clase en el instituto, pero nunca llegamos a hablar. Aún me empeño en evitarlo. Cada vez que nos vemos obligados a interactuar, temo romper algo entre nosotros, como si me asustara adentrarme en la realidad. Tampoco he sido muy original al echarle el ojo, porque le gusta a todo el mundo. De manera que, aunque nunca hayamos entablado conversación, estoy enfadada con él por haberme convertido en un estereotipo.

Todas las mañanas dejábamos las mochilas juntas cerca de las taquillas. Me gustaba pensar que se pasaban todo el día una

al lado de la otra. Resultaba reconfortante. Ahora que el instituto ha acabado, echo de menos aquello. Billy siempre decía que *exámenes de fin de ciclo* era un concepto muy triste. Acabar el instituto conlleva un tipo de duelo extraño.

A quien más echo de menos es al chico con el que nunca hablé. Su ilusión permanece entre las paredes del instituto y se va deteriorando como un mausoleo del recuerdo. El único modo de resucitar su ensoñación es verlo en misa y transportarlo a lugares como este, la playa. Miro a mi madre y a James e intento imaginarnos a él y a mí. En la vida real soy incapaz de hablarle, pero, ahora, en mi imaginación, me desnudo para él. Lo beso en el mar.

Me agacho para recoger una pluma blanca. Es pequeña y tupida. La envuelvo en un pañuelo de papel y me la meto en el bolsillo como si me ofreciera a mí misma un secreto que guardar.

❄

Me siento en la toalla, sobre el muro de piedra, con las rodillas contra el pecho. El viento mueve la capucha de mi chaqueta hacia un lado y me hace sentir como en una tienda de campaña. Mi madre y James salen del agua temblando y cogen las toallas. James echa a correr hacia el coche para traer cosas.

—¿Qué tal el agua? —pregunto.

—Increíble —contesta mi madre.

—Fría de cojones —grita James.

James saca del maletero una gran bolsa de la compra. Sándwiches cortados en triángulos y envueltos en papel de aluminio con patatas Tayto de queso y cebolla. Una tetera. Un paquete de galletas Digestive de chocolate. Dos termos con agua caliente. Llena la tetera y coloca el gorro de lana de mi madre a modo de cubretetera.

Mientras mi madre se viste, dejo de mirarla y meto las patatas Tayto en el sándwich. Ella se abrocha la cremallera de la chaqueta de borreguito. Lo último que se pone es el gorro de lana que se ha calentado en la tetera.

—¿Hay conchas buenas, Debs? —pregunta James.

—No están mal.

—Antes he visto varios buccinos preciosos —dice mi madre.

—Pero estaban algo estropeados.

—¿Te acuerdas de cuando me llamaron del colegio por el cuento sobre la playa que escribiste? —pregunta mi madre.

—Sí. —Me sorprende que se acuerde. Estoy impaciente por ver cómo lo convierte en una anécdota divertida para James.

❄

Yo tenía unos ocho años cuando mi madre me pilló con un puñado de conchas en la playa. Le pregunté si podía llevármelas y me contestó que solo si aprendía cómo se llamaban.

—Los nombres son mágicos —dijo—. Es importante que las cosas tengan nombre; de otro modo, no existen. ¿Te imaginas que yo te llamara Fiona o Louise? —Sacudí la cabeza y mi yo de ocho años se aterrorizó al pensar en otros yoes.

A la semana siguiente, llamaron a mi madre desde el colegio para que fuera a hablar con la profesora sobre una redacción mía titulada *Mis vacaciones de verano*. En mi emocionante aventura, me pasaba varios días en la playa recogiendo e identificando conchas hasta que mi madre me llamaba para decirme que volvíamos a casa. Cada vez que mi madre me llamaba por un nombre distinto, como Fiona o Louise, me dividía en dos y mi homóloga de nombre incorrecto se sumergía en el mar. Al final de la historia, el número de muertes era considerable. La profesora había subrayado una palabra en la página y me pidió que la pronunciara. «Suicidio», dije orgullosa de conocer una palabra tan culta.

Tras la reunión con la profesora, mi madre llegó a casa con una sonrisa en los labios. Preparó té para las dos y hablamos de mi redacción como si yo ya fuera mayor.

—Las niñas… habría sido mejor decir que se sumergían en el océano —dijo—. No en el mar. —Asentí—. En el océano —insistió—. Queda mejor océano.

—Océano —repetí.

—¿A que sí? Se nota el sabor de la palabra en la boca.

❄

Aquella noche me dejó una carta debajo de la almohada. Estaba escrita con una caligrafía agitada. La he leído tantas veces que me la sé de memoria, aunque no estoy muy segura de lo que significa:

> Océano. Dilo en voz alta. Se nota el sabor de la palabra en la boca. La palabra océano viene del titán griego Oceanus, una gran masa de agua que circundaba la tierra. El agua, sin importar la parte del mundo donde esté, al final siempre encuentra el camino para regresar a su cuerpo, donde se duerme mecida por el aliento constante de las olas. El océano es donde sueña el agua.
>
> Cuando nos quedamos dormidos, vamos a un lugar donde las palabras se disuelven y pierden su significado, como la lluvia que cae sobre el océano. En cuanto la lluvia alcanza el océano, deja de llamarse lluvia. En cuanto el soñador entra en el sueño, ya no existe. Solo existe el sueño.

Bendiciones

Cuando llegamos de la playa, James se marcha a ordeñar y nosotras nos pasamos una hora y media preparándonos para el Domingo de Difuntos. Todo el mundo baja al cementerio para la misa nocturna al aire libre. Este acontecimiento resulta tan curioso como arduo, una mezcla entre un peregrinaje silencioso y el concierto al aire libre más aburrido del mundo. Permanecemos de pie durante una hora junto a nuestros parientes muertos y observamos con disimulo las demás tumbas para ver si están bien mantenidas.

Las lápidas están dispuestas en filas. En lo alto de la colina hay una gran cruz de madera —de cuatro metros por dos— del mismo tamaño que la que fue arrastrada hasta el Calvario, según dicen. Antes era un crucifijo con un Cristo a tamaño real, pero unos capullos lo robaron y solo dejaron la mano izquierda clavada en la cruz.

Para el sacerdote es su primer Domingo de Difuntos y se nota. Se tambalea sobre el altar provisional, levantado sobre el remolque de una Ford Transit. Pero es buena persona. El padre John es filipino y menudo. La comunidad no tardó en aceptarlo porque es afable y capaz de ocultar su inteligencia, una especie de Louis Theroux santo. El equipo de fútbol gaélico se las ingenió para convencerlo de que entrenara con ellos. Resultó ser un rápido delantero lateral. Se le ve feliz cuando sale a beber con los chicos los sábados por la noche y bromea diciendo que los espera en misa a la mañana siguiente.

La bendición de las tumbas es siempre un desastre, pero este año va especialmente mal. El coro intenta hacer pasar por himnos varias canciones de Leonard Cohen. El *Hallelujah* resuena por unos altavoces bastante chungos. Llega la estrofa que habla de atarlo a una silla de la cocina. James le da un codazo a mi madre, le susurra algo al oído y ambos comienzan

a reírse bajito, sacudiendo los hombros.

Por supuesto, la gente ya ha tomado buena nota de que James está junto a la tumba de mi familia, no de la suya. Como acabó de ordeñar tarde y nuestra tumba está más cerca de la puerta del cementerio, se ha colocado con sigilo al lado de mi madre. Shirley, su madre, tiene cara de mosqueo, pero jamás se le ocurriría decirle nada.

Estoy celosa de ver a mi madre al lado de James. Parece la solemnidad personificada, ahí de pie, tan alto, con esos hombros anchos y esas manos grandes y fuertes. «Nuestro Jimmy Bobo tiene las manos como palas», dice siempre Billy. Mi tío es el único que le acorta el nombre: Jim, Jimmy o Jimmy Bobo. Cuando lo llama James es con ironía, por lo general para meterse con mi madre. Es un asunto de poder, creo. Al oírlos hablar, cualquiera pensaría que James es el dueño de la granja. Él es quien da las órdenes y toma las decisiones. Los hombres que llaman a la puerta trasera nunca preguntan por Billy, siempre por James. Antes de eso preguntaban por mi abuelo. Aunque Billy lo prefiere así. Cuando algo va mal en el campo, no es culpa suya.

Estamos junto a la tumba de mis abuelos. Me llamo como mi abuela, Deborah. Es raro ver tu nombre escrito en una lápida. Me dijeron que mi abuela murió dormida. Lo de la sobredosis lo descubrí después. Nunca se dijo de manera explícita, pero se sobrentendía por las cosas que contaba Billy cuando estaba borracho y se ponía sentimental.

Luego me enteré de lo que Betty, la sacristana de la iglesia, le dijo a Billy una noche justo antes de cerrar el pub. Betty es una mujer nerviosa y menuda, con aguante nulo para la bebida. Billy trataba de emborracharla un poco cuando, sin venir a cuento, ella comenzó a gritar que Debbie White era una puta del demonio y que tendrían que haberla enterrado en suelo profano. Billy se puso tenso y le contestó que, si decía media palabra más sobre su madre, tendría que elegir una ventana por donde lanzarla. En el pub todavía lo llaman el Ventanas.

Ahora el padre John se va de gira, baja los escalones del remolque para rociar las tumbas con agua bendita. A la

nonagenaria señora Coughlan la han aparcado junto a la tumba con su silla de ruedas y un edredón hasta la barbilla. Da la impresión de estar lista para que la arrojen junto a su marido.

Billy no es religioso. Esta es la única misa del año a la que asiste, con el fin de venerar la tumba de sus padres. Se cerciora de que esté limpia y de que las flores tengan agua. Les lleva una flor de pascua para Navidad. Ahora mismo la tumba está adornada con una maceta de prímulas amarillas. Las prímulas eran las flores favoritas de mi abuela.

❄

No estoy aquí por mis abuelos, sino para ver al chico que se queda al fondo en misa. Lo he visto entrar con su familia. Lleva una camiseta del Waterford y vaqueros. Está demasiado moreno para el verano irlandés. Ha tenido que estar fuera. Miro hacia la tumba de su abuelo. El chico está oculto detrás de una lápida, pero entreveo su codo. Un codo sagrado, si es que existe tal cosa.

Como si notara que lo miro, aparece de repente y aparto la vista. Acabo cruzando la mirada con mi antigua profesora de piano, que sonríe y baja los ojos hacia sus pies. Me siento mal por no devolverle la sonrisa. Audrey Keane tiene el cuarto de baño más bonito que he visto en mi vida. Me pasaba la mitad de la clase de piano yendo al baño. Tuvo que pensar que tenía graves problemas de vejiga. Recuerdo hundir el índice en la cera de las velas perfumadas de encima de la cisterna, meter luego el dedo bajo el grifo y maravillarme al no sentir el agua.

Billy dejó de llevarme a clase de piano después de que alguien le contara que Audrey Keane había ido a rehabilitación. En nuestra comunidad es socialmente aceptable ser alcohólico, siempre y cuando no recibas tratamiento. La afición a la bebida aquí es una forma de supervivencia. Si Audrey se hubiera quedado callada y hubiera seguido bebiendo en casa, aún impartiría clases de piano para niños. El problema de Audrey fue admitir que tenía un problema, y el problema era el alcohol, eso que todo el mundo adora.

Por mucho que me esforzara, no me imaginaba a mi

profesora de piano borracha. Por la noche me quedaba despierta en la cama y comparaba la imagen de aquella señora de voz suave, dedos elegantes y ropa inmaculada, que tan pacientemente me enseñaba a tocar la escala en do mayor, con los hombres barrigones de ojos vidriosos que conocía del pub. Después de la rehabilitación, comenzó a descuidar su aspecto. Se dejó el pelo gris. A mí me parece que le queda bien. Me pregunto cuánto tiempo llevará sin beber y si lo habrá dejado del todo.

La luna ha aparecido pronto. Su forma creciente se ha deslizado por el cielo como una moneda al salirse de su ranura. Noto una gota de lluvia en la mejilla y reniego del mal tiempo por haber irrumpido antes de que acabe la misa. Espero más lluvia, pero esta no llega. Parece un detalle significativo, un pedacito de nube que cae del cielo como una bendición.

Disgustados

Pierdo el carnet de estudiante, la cartera o el teléfono al menos una vez al día. Siempre es igual. Me palpo los bolsillos. Busco en el abrigo. Vacío la mochila. Mis pensamientos vuelan, mi cerebro se agobia y no puedo respirar bien. Siento que la cara me arde. Se me hace un nudo en la garganta, me tiemblan las manos y me desconecto de todo. Echo a correr o me pongo a caminar deprisa hacia quién sabe dónde. He faltado a clases por buscar mi carnet de estudiante. Me pasé un día entero sin comer hasta que encontré el móvil en el departamento de objetos perdidos de la estación Connolly. Le di un abrazo al camarero que encontró mi cartera en el baño de un Starbucks. Los reencuentros son emotivos, sobre todo después de una larga separación. Miro los objetos y prometo que esta vez será diferente. Que los cuidaré. Como un padre en quien no se puede confiar, juro que nunca jamás los volveré a dejar atrás.

❄

El chico del mostrador de seguridad ya debería conocerme, pero aún tengo que señalarme en la ristra de carnets perdidos exhibida tras la ventanilla.

—Soy esa —digo. En la foto parezco una niña.

Lo desliza por la bandeja.

—Muchas gracias —digo—. No volverá a ocurrir.

Le da un sorbo al café y se vuelve para seguir charlando con el chico que está a su lado.

En cuanto noto la tarjeta de plástico en la mano, soy capaz de respirar otra vez.

Me dirijo hacia la galería junto a la puerta corrediza, pero acaba de terminar una clase y tengo que detenerme para dejar pasar a un reguero de gente. Se ríen —todos—, se lo pasan

fenomenal mientras yo avanzo sola a trompicones, presa del pánico y olvidando cosas por ahí.

Ni siquiera sé por qué pierdo la calma. No hay nada por lo que asustarse tanto. Me paso la vida extraviando objetos y encontrándolos después. Empiezo a creer que una parte de mí lo hace a propósito. He entrado en un círculo vicioso. Es una forma rutinaria de autosabotaje.

Voy al baño para hacer una pausa. Me pongo en la cola y me miro de refilón en el espejo. Tengo ojeras. Estoy cansadísima de reprenderme constantemente. Desde que empecé la universidad duermo mucho más, pero eso me hace estar aún más cansada. Empiezo a competir con mi madre en el ámbito del sueño. Anoche dormí catorce horas y estoy deseando meterme en la cama en cuanto llegue a casa.

Me llevo las manos a la cara para refrescarme las mejillas. Una mujer sale de uno de los cubículos. Me apresuro para entrar en el baño libre y borrar de mi vida el resto del mundo. Me siento en el váter y espero hasta sentirme de nuevo bien.

❄

Los bancos de detrás del edificio de Letras están reservados para los grupos cerrados, para los fumadores y para las palomas madrugadoras que vienen en busca de comida. Hasta ellas me intimidan.

—¡Debbie!

Tiene que ser Xanthe. Mi única amiga. ¿Amiga? ¿Conocida? ¿Persona que sabe mi nombre? Me doy la vuelta, pero no la veo.

—¡Debbie!

—¡Ah, hola!

Está sentada en uno de los bancos con un chico que la rodea con el brazo.

—Debbie, este es Griffin.

—Encantado, Debbie. —Griffin me tiende la mano y yo se la estrecho. Me quedo allí sin saber qué hacer hasta que me señala hacia el otro lado del banco—. Siéntate.

Tomo asiento. Parece una entrevista.

—¿Estás en primero? —pregunta señalando mi antología de literatura americana Norton.

—Sí.

Asiente.

—¿Sabes que ese libro lo puedes conseguir en las tiendas de segunda mano por unos… diez euros?

—¿En serio? ¡Acabo de pagar por él un riñón y medio en Hoggis Fidges! —Se echan a reír—. O como coño se llame. —Me sonrojo al darme cuenta de que he dicho mal el nombre de la librería.

—Puedes devolverlo.

—Qué pereza. Además, para ser justos, fueron muy agradables conmigo. Y me pusieron un montón de sellos en mi tarjeta de fidelidad.

—Eso es verdad. Cada vez que voy me dan ganas de comprar la tienda entera. No hay nada como el olor de un libro nuevo —dice Xanthe.

Griffin huele mi mochila.

—Huele a caro —dice mientras sacude la ceniza de su cigarrillo.

—¿También estudias Filología? —le pregunto.

—Oh, no, por Dios. Mi idea es conseguir trabajo después de la universidad. Sin ánimo de ofender. Estoy en el último año de Física.

—Suena divertido.

—Lo es.

—Griff es un genio —dice Xanthe—. Pasó los *schols*.

—¿Qué son los *schols*?

—Son unos exámenes que hice en segundo. Cualquiera puede presentarse. Si los haces bien, te pagan la matrícula, el alojamiento y la manutención. Y te dan un dinero de bolsillo. Está muy bien.

—Ah. —Tomo nota mental de presentarme a esos exámenes y sacarlos cueste lo que cueste.

Griffin parece el hijo adolescente de uno de los Beatles. Tiene una pelambrera de rizos bastante generosa. Sobre el pecho peludo le cuelga una medalla.

—¿De dónde eres, Griffin?

—De Ardee, en el condado de Louth.

—No pareces de allí.

—Vaya, gracias.

—Tenemos un herrador que es de Ardee.

—¿Cómo dices?

—Un herrador. No sé cómo se llama. Pero tiene un acento gracioso.

—No sueles conocer a mucha gente nueva, ¿verdad? Te saltas la parte en la que explicas que vives en una granja y pasas a hablar directamente del herrador. —Parece que se ha propuesto avergonzarme.

—¿Y qué plan tienes después de graduarte? —pregunto.

—Después quiero especializarme en oceanografía.

—¡Vaya! ¿Cambio climático y esas cosas?

—En la tesis examinaré las glaciaciones, cómo se formaron los casquetes glaciares y por qué comenzaron a retroceder.

—Mira qué bien.

—También es tutor —dice Xanthe, su portavoz oficial.

—A veces. No pagan bien, pero me da para la comida y la bebida.

—Deberíamos ir a beber algo —dice Xanthe—. Debbie, vente con nosotros.

—No puedo, tengo que irme a casa. James cumple años.

—Ah, estupendo. Bueno, no te preocupes, la próxima vez. —Se vuelve hacia Griffin—. Vente conmigo a beber algo.

—Necesito ir a casa y cambiarme —dice Griffin.

—Qué tontería, estás muy bien así.

—Me gustan tus vaqueros —le digo.

—Gracias. —Se toca las rodillas a través de los rotos de sus pantalones negros—. Son nuevos, de Tommy Hilfiger. En la etiqueta ponía que son pantalones que estaban disgustados, algo así.

—Qué existenciales, ¿no?

—Tú sí que me das disgustos. ¿No sería *desgastados?* —dice Xanthe y le acaricia el pelo—. ¿Cuánto te han costado?

—No me acuerdo. ¿Doscientos pavos?

—¿Sabes que esos vaqueros los puedes conseguir en las tiendas de segunda mano por unos… diez euros? —le digo.

—¡Toma! —Xanthe le da un golpecito en la barriga con el puño.

Él sonríe, pero no se le ocurre qué responder.

Me despido y me alejo con la sensación de haber ganado algo.

Veinticinco

La cabeza me pesa por el alcohol y la dejo caer. Me desplomo en la tapa del váter hasta tocarme la parte interna de los muslos con la tripa. Desde aquí abajo veo una parte de mí que afeité por primera vez hace unas horas. Antes solo la recortaba un poco: agarraba los pelos con los dedos y los estiraba como haría una madre para cortarle el pelo a su bebé. Me pregunto si las demás también parecen una gallina desplumada después de la deforestación: todo rosa con puntitos rojos. En los labios aún quedan algunos pelos que no pude cortar con la cuchilla, son como los del extremo de la trompa de un elefante. Sobresale una especie de lengua. Nunca me había dado cuenta de su presencia. Cuesta creer que siempre haya estado ahí, asomando entre las barbas.

Ojalá hubiera otras chicas en el baño conmigo, de esas que se apelotonan en tu mismo cubículo para apurar las botellitas de alcohol que llevan en el bolso y turnarse para hacer pis. Me parece un desperdicio afeitarse para que nadie —ni siquiera un grupo de chicas borrachas— lance una mirada furtiva y vea lo presentable que he quedado. Por lo general, en esas situaciones me bajo las bragas en el último segundo y cierro las piernas para taparme o espero fuera y forjo una falsa amistad con la limpiadora que, sentada en su taburete, reparte cuadraditos de papel higiénico y custodia su colección de desodorantes y caramelos de menta.

De todos modos, tampoco tengo amigas. Algunas de las chicas del instituto me soportaban como a un gato callejero. Solo conseguí juntarme con el grupo que se reunía detrás de los módulos prefabricados, aunque allí también había chicos. Pero eso no duró más que unos cuantos meses. Empecé a irme con ellos porque me enrollé con un chaval de ese grupo y, cuando se echó novia, seguimos siendo amigos de la forma en

que se puede ser amiga de los tíos. Él intentaba meterme Skittles en la boca hasta que la novia lo puso firme. Entonces todos empezaron a ir a la tienda para comprar el almuerzo y, como me daba miedo seguirlos, comencé a quedarme allí sola leyendo.

Examino lo que acabo de expulsar de mi interior antes de tirar de la cisterna. Una espumilla burbujea por encima del líquido dorado como en una pinta de cerveza. Consigo sentarme en la tapa del váter y empiezo a mover el pelo, primero para darle volumen y después por puro entusiasmo hasta que me doy un golpetazo contra la pared.

El baño del pub Cassidy tiene el encanto de un establo en invierno. Un pájaro ha construido su nido en una esquina del techo y rocía sus cagadas por los azulejos de la pared. Sin embargo, veo que Shirley ha tirado la casa por la ventana y ha puesto una pastilla de jabón nueva por el cumpleaños de James. Al grifo del lavabo se le ha salido la caperuza, de manera que hay que girar un clavo oxidado para que salga el agua fría. Como tiene truco, la mayoría de la gente se achicharra con el agua caliente. Junto al lavabo hay un espejo de cuerpo entero. Me sorprende lo embarazada que parezco cuando me pongo delante. Se me olvida meter barriga. Llevo un vestido negro, ajustado y sin tirantes, y unos tacones que ya me han hecho rozadura.

La luz del baño es criminal. Mi pelo está lacio y grasiento. Tengo los ojos negros y la cara blanca, pero de cuello para abajo estoy naranja a parches por culpa del autobronceador. Tengo un grano en la rodilla. Es al intentar reventarlo cuando me percato de los pelos que me dejé sin afeitar. Lo más triste es que intentaba estar guapa esta noche. Hice un verdadero esfuerzo. Ocupé una gran parte del espacio de mi cerebro en decidir qué ponerme. Llevo días, incluso semanas, preparándome física y mentalmente.

Le doy un sorbo a mi vodka con limón y vuelvo a mirarme en el espejo. Eso me ayuda. Narciso tenía que estar borracho cuando se enamoró de sí mismo.

Salgo del baño y me planteo la posibilidad de buscar a mi madre, pero no quiero que me haga partícipe de sus peleas con

Shirley. Mi madre quiere colocar en una mesa la tarta que ha preparado para James, pero Shirley insiste en dejarla aparte porque ella ya tiene una tarta de verdad. La tarta de mi madre es tremenda. El 2 está hecho entero con patatas cocidas, y el 5, con ocho rebanadas de pan integral, los grandes amores en la vida de James. La verdad es que mi madre ha cocido hoy mismo las patatas para que estuvieran recién hechas y, además, se ha ofrecido muy amablemente a servir la tarta y a pelar las patatas o cortar un trozo de pan para quien quiera probarla. Shirley dice que eso podría dar pie a una batalla de comida que interrumpiría la fiesta y que le destrozaría el pub.

Shirley y mi madre nunca se han llevado bien. Dejando de lado que mi madre haya engatusado a James, siempre ha habido una especie de competición extraña entre ellas. O de celos. No lo sé. Ambas reclaman atención masculina y Shirley recibe mucha detrás de la barra. La gallina clueca que hay en ella no ve con buenos ojos que mi madre se acerque de manera furtiva a los clientes y los distraiga hasta que acaba la noche. Una broma recurrente es que la hora de cierre llega antes cuando mi madre está en el pub.

Busco a Billy entre la gente. Estudio los rostros de las mujeres con la intensidad de un quiromántico, como si por su expresión pudiera saber si se depilan solo las ingles, si son más de dejarse una pequeña pista de aterrizaje o si les va más el rollo brasileño. Llego a Alanna Burke y me la imagino toda rellena de silicona por debajo de los vaqueros de cinturilla alta. Empezó a hacerse la cera en los brazos cuando estábamos en cuarto de primaria.

Me pregunto si alguien percibirá que estoy pelada ahí abajo. Aún queda una ligera sombra que no he podido eliminar por más precisión que he intentado tener con la cuchilla. Si un chico deslizara la mano por debajo de mis bragas de algodón, se encontraría con algo muy parecido a la barba incipiente de un hombre.

❄

Y, Dios…, ahí está.

El chico que se queda al fondo en misa.

❄

Me acerco a la zona de la barra donde se ponen los viejos. Espero que me esté mirando. A lo mejor, si finjo que no existe, se fija en mí.

—Ehhhh, Debbie. —Un chaval borracho me aborda y me agarra del hombro para no tambalearse. Es uno de los Condron, creo. Tendrá unos trece años.

—Hola —le digo a la mano que está en mi hombro.

Tiene las orejas rojas por la vergüenza, pero el alcohol le ha soltado la lengua.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos enrollemos? —pregunta.

Me zafo de su mano y le contesto:

—Ven a buscarme cuando te hayan crecido los huevos.

Su panda de amigos se empieza a reír y, como noto que me sonrojo, decido alejarme. El corazón me late más rápido de lo que debiera después de una confrontación con un niño de trece años. Es obvio que se ha corrido la voz entre las jóvenes generaciones de que me enrollaría con cualquier cosa que tenga vida. Solo tienen que preguntarme o pedirle a un amigo que me pregunte.

Beso a los chicos por curiosidad y sé cuándo es su primera vez. Por lo general lo es, incluso ahora que tenemos dieciocho años. Es sorprendente. Algunos me usan como conejillo de Indias. Otros creen que me pueden agarrar una teta o meterme la mano por el pantalón, hasta que les paro los pies. Me limito a realizar actividades aptas para todos los públicos. Una vez me pidieron que replicara el beso bocabajo de Spiderman. Un día que llovía, un chico me mandó un mensaje durante el recreo para quedar conmigo detrás de los módulos prefabricados y besarnos bajo la lluvia. El aliento le apestaba a chicle y al terminar me dio las gracias mil veces. Me preocupaba no ser capaz de decirle que no si me lo volvía a pedir. Ese es el problema. Una vez que aceptas, luego es muy difícil decir que no. He besado a muchos chicos que no me atraen solo porque me daban pena. Propicio un instante en que su fantasía se hace realidad. Sin embargo, es triste, porque esa

realidad resulta ser sosa, decepcionante. No soy la chica de ensueño que tienen en mente. Yo solo he tenido fantasías con una persona, y se queda al fondo en misa.

Algunos de esos chicos son muy tiernos. Tom Murphy se quitó las gafas antes de besarme, las plegó y las colocó encima del alféizar de un modo que parecían observarnos. Me agarró la mano y me acarició la mejilla antes de empezar. Teníamos catorce años. Ese es, seguramente, mi beso favorito. Nunca he besado a un chico que me atraiga de verdad. No sé lo que se siente al hacerlo.

❄

La música se detiene y el DJ llama a James para que reciba sus veinticinco besos. Por su vigesimoprimer cumpleaños, James se fue de vacaciones a Estados Unidos y mi madre siempre ha lamentado que no celebrara los veintiuno como Dios manda. Probablemente sea la primera persona de la historia que tiene una fiesta de veinticinco cumpleaños inspirada en el número veintiuno. Se forma una cola de chicas y, aunque me planteo por un momento la posibilidad de participar, sería raro besar a James, aunque fuera en la mejilla. Está flanqueado por una pareja de chicos de su equipo de hurling. Llegamos al veintitrés, luego al veinticuatro. James se levanta y llama a mi madre para el beso número veinticinco.

Dulces sensaciones

Inicio sesión en Facebook y vuelvo a visitar el perfil de Xanthe. Xanthe Woods (2345 amigos). Yo tengo 71. Y porque he tirado la casa por la ventana y me he puesto a aceptar peticiones de gente con la que llevo sin hablar desde primaria. Peluqueros. Entrenadores personales. El otro día acepté a una organización llamada Poder de Dios con objeto de mejorar la cifra. Me estresa tenerla ahí delante, justo al lado de mi nombre.

Xanthe no parece tener problemas a la hora de cuidar su imagen en la red. Su foto de perfil no es una versión aumentada y pixelada de su cara feliz, faltaría más. Xanthe no es tan básica. Ha elegido el retrato en blanco y negro de un ave alzando el vuelo. Reviso sus fotos de perfil anteriores. La parte de atrás de su cabeza en contraste con el cielo azul. Un plano en picado de ella con las piernas cruzadas sobre la hierba mientras lee *Middlemarch* con una margarita detrás de la oreja.

Lo más probable es que siempre haga lo mismo: que, cuando vea a una persona varias veces en la vida real, la busque en internet y le pida amistad virtual. Me la imagino intentando averiguar los apellidos de la gente nada más conocerla.

Recibo una notificación y se me pone el corazón en la boca. Ojalá se me dieran mejor estas cosas. Es de Xanthe:

Hola, Debbie! Hemos quedado unos cuantos para salir a beber, por si quieres venir. Si para ti es mucho lío volver a casa, puedes quedarte en mi casa. Sin compromiso! Vamos hablando, X.

¿La X es una equis de beso o una equis de «mira qué forma más guay de abreviar mi nombre»? Le contesto:

Me parece estupendo! Dónde vives?

❄

Xanthe vive en un apartamento en James Street, encima de una tienda erótica llamada Dulces Sensaciones. El negocio se publicita como «tienda para adultos y cine». Intento no imaginar cómo será el cine. Antes de llegar, me avisa de que se ha instalado un vagabundo en el portal. Cuando llego, me alivia ver que ya no está. No sé cómo funciona el telefonillo, así que le envío un mensaje: «¡Hola! Estoy abajo.» Varios minutos después, me abre el portón verde. Va en bata y tiene el pelo aún mojado de la ducha.

—¡Hola! ¡Me alegra que hayas podido venir! —Me sonríe para llenar el espacio en que deberíamos abrazarnos.

—Gracias por acogerme, ¿seguro que no hay problema en que me quede?

—¡Pues claro que no! El sofá es muy cómodo. Espero que estés a gusto.

—Seguro que sí, muchas gracias. —Echo un vistazo a las paredes sucias color crema y a la moqueta marrón raída del descansillo—. No sé por qué creía que vivías en la residencia universitaria.

—Ah, ojalá. No, mi padre compró este apartamento cuando no estaba la tienda erótica debajo. Pensó que sería una buena inversión.

—¿Tu padre se dedica al negocio inmobiliario?

—Jaja, no, pero le encantaría. Esta es su única propiedad, aparte de nuestra casa familiar. Es médico. Ahora mismo está trabajando en Urgencias, en el hospital de aquí al lado.

—Guay. —Sonrío educadamente.

—Sí. Lo siento, tenemos que subir por la escalera, el ascensor está averiado.

—No pasa nada, estoy en pésima forma, me viene bien hacer ejercicio.

Llegamos a un pasillo con puertas. Por el ruido, se nota cuál es la suya. La puerta está sujeta con un zapato de tacón para que no se cierre. Al verlo, siento alivio. No estaba segura de si llevaríamos tacones o zapato plano.

En un dormitorio hay cuatro chicas apelotonadas en

distintas fases de preparación. Reconozco a Orla, su compañera de piso. Griffin está en un rincón ocupándose de la lista de reproducción. No me saludan cuando entro. Hay poco espacio. No cabe ni un alma, como diría Billy. Una cocinita diminuta, un sofá que da hacia la ventana y un balcón que encajaría mejor en una prisión.

Xanthe extiende las manos.

—Mi casa es tu casa.

—A que adivino cuál es tu habitación.

—Venga.

Señalo la que está al lado del baño con una enorme colcha de ganchillo sobre la cama.

—¿Tanto se nota? —me pregunta.

—Sí —contesto.

Me sigue hacia la habitación. Hay libros amontonados contra la pared. En la mesilla de noche tiene varas de incienso, un elefante de cerámica y una cámara antigua.

—¿Es una Rolleiflex? —pregunto.

—Sí, me la regalaron cuando cumplí veintiuno.

La agarra y me apunta con ella. Instintivamente, me llevo las manos a la cara con la sensación de ser una delincuente que acaba de salir del juzgado.

—¿Tienes veintiún años?

—Ajá. Estudié un año en la Escuela Nacional de Arte y Diseño antes de elegir otra carrera. La vida padre, como ves. —Por primera vez desde que la conozco, parece incómoda.

—Qué maravilla —digo.

Me siento algo aliviada. Se le da tan bien empezar la universidad porque ya lo ha hecho antes.

—¿Qué bebes? ¿Te apetece una cerveza polaca de Aldi? Está algo caliente todavía.

—Oh, no te preocupes. He traído una botella de vino del Lidl, de esas de tres euros, que supongo que caerá como agua.

—Vale, nos hemos quedado sin vasos, pero hay tazas en ese aparador.

—Me parece perfecto.

❄

Es al quitarme el abrigo cuando las demás chicas se fijan en mí.

—Qué mono tan bonito —dice la más intimidante, y me mira de arriba abajo antes de volver al espejo para terminar de pintarse el rabillo del ojo con su delineador líquido.

—Gracias, es de mi madre.

—Mola.

La chica mira a Xanthe desde el reflejo del espejo.

—¿Vamos con las piernas al aire o tapadas?

Xanthe se encoge de hombros.

—Todavía no lo he decidido.

Por eso me he puesto un mono. Es el término medio entre llevar las piernas al aire y llevarlas tapadas. Tapadas es más informal, unos vaqueros y un top bonito. Las piernas al aire requieren más esfuerzo, hay que depilarse, broncearse y ponerse un vestido.

—Te pareces a Charlotte Rampling —dice Griffin con la cabeza ladeada. Se queda mirándome fijamente. Siento que me sube una oleada roja por el pecho y el cuello—. Con un aire a Belle Dingle, la de la serie *Emmerdale*.

—Ya está bien, Griff, no seas imbécil —dice Xanthe.

—Y tú te das un aire a Harry Styles —le contesto. Xanthe se ríe.

—Me lo tomaré como un insulto.

—¿Dónde vamos? —pregunto.

—Al Workman's, «el club del trabajador».

—¿Dónde está eso?

—En los muelles.

—Pues, por el nombre, cualquiera diría que está en una mina.

La chica intimidante se sienta a mi lado y cruza las piernas.

—Entonces, ¿vienes de una granja… granja?

—Lo contrario de una granja no granja.

Por su expresión, deduzco que ha decidido que le caigo bien.

❄

Bebo vino de un vasito para bebés que alguien ha dejado por

ahí. Es rosa chillón y tiene una Miss Princesa dibujada. Tras tres vasos, me transformo en la personificación de la Irlanda rural. Convierto el alféizar de la ventana en un tambor y enseño a todos a cantar el *Don't Forget Your Shovel,* de Christie Moore.

Xanthe se ha puesto unos pantalones ajustados de cuero rojo —de esos que a una persona normal le quedarían ridículos— y una camiseta blanca lisa. En el cuello lleva un elefante de plata. Calza unas Converse. Hasta ahora, las demás chicas han estado bebiendo en pijama. Están peinadas y maquilladas, pero esperan a que Xanthe anuncie la indumentaria elegida. En el transcurso de media hora, las chicas se van turnando para ir al baño a ponerse sus pantalones negros de cuero, una camiseta y zapato plano. Me siento ridícula con tacones.

Xanthe parece no darse cuenta del poder que ejerce. Está sentada en la rodilla de Griffin y bebe cerveza polaca.

—Entonces, ¿vosotros dos estáis juntos? —pregunto. Todo el mundo suelta una carcajada. Griffin se estira y me agarra la mano.

—Eres tan ingenua… ¡Te adoro!

—¿En el campo no tenéis gais? —pregunta una de las chicas.

—¿Qué? Pero si eres guapísimo —digo.

—Pues sí. —Xanthe le revuelve los rizos—. Las chicas siempre me preguntan cuántas copas hacen falta para volverlo hetero.

—Buitres, sois todas unas buitres —dice Griffin.

Estoy enfadada sin motivo con ambos: con Xanthe por haber establecido la indumentaria informal y con Griffin porque pensé que coqueteaba conmigo. Estaba tan segura que ahora me siento estafada.

—¿Sabes que cuando nos conocimos creí que te llamabas Santy? —le digo a Xanthe—. Como de Santa Claus.

—Diossss, ese nombre te va como anillo al dedo —dice Griffin mientras mueve la rodilla para sacudir a Xanthe—. Nuestra propia Santa Claus.

Me levanto para rellenarme el vasito y Xanthe extiende los brazos y se da unos golpecitos en las piernas.

—¡Ven aquí y siéntate en el regazo de Santa Claus!

Accedo y ella me abraza por la cintura. Noto los brazos de Griffin en la espalda y retomo mi cancioncilla.

Tíos

—Levántate ya, joder.

Tengo las pestañas pegadas. Me abro el ojo con el dedo. Estoy desnuda en una cama que no identifico y alguien que no conozco me zarandea para despertarme.

—Buenos días —murmuro.

—Gracias a Dios. Oye, lo siento en el alma, pero me tengo que ir.

—Vale, adiós.

—Pero no puedo dejarte aquí.

—¿Dónde está Santy?

—¿Quién?

—Santy —digo con cara de fastidio.

El chico se agacha junto a la cama y me mira.

—He quedado con mi madre para comer y no puedo dejarte en mi cama.

—Ah.

—Por eso te agradecería mucho que te vistieras.

—Vale. —Busco mi ropa interior entre las sábanas.

—Están aquí —dice mientras alcanza mis bragas, que están al otro lado de la cama, y me las lanza a la cara.

—¿Tienes unas zapatillas que prestarme? —pregunto.

—No, no tengo.

—No puedo ir en tacones a esta hora.

—Pues vas a tener que hacerlo.

—Eres jugador de hurling. —Comienzo a recordar.

—Sí —responde con impaciencia.

—Juegas en regional.

—Jugaba en ligas menores hace tiempo.

—¿Qué tamaño de bastón usas?

—Un treinta y dos.

—Qué pequeño.

—Sí, es pequeño.

—¿Dónde juegas?

—Si llego tarde a la comida con mi madre, no jugaré más porque me romperá las piernas.

—¿Le vas a llevar la ropa sucia para que te la lave?

Sonríe al oír eso.

—Pues sí, eso voy a hacer.

—Me parece que aún es demasiado pronto en nuestra relación para conocer a nuestros padres —digo.

—Eso seguro —coincide.

❄

No hay beso incómodo de despedida. Me da las indicaciones para llegar a la estación de tren. El orgullo me impide preguntarle por qué no cogemos el mismo medio de transporte. Se saca unas llaves del bolsillo, pulsa para abrir las puertas de su Golf TDI y se aleja en dirección al centro.

La gente me mira con sorna mientras doy taconazos hacia la estación. Tengo la estimulante sensación de romper límites. De ser enigmática. Provocadora. Una diablesa. Luego recuerdo lo que me dijo Griffin anoche cuando tropecé y me caí por las escaleras del pub.

—Cuanto más baja es la autoestima, más alto es el tacón.

Supongo que pensó que estaba demasiado pedo para oírlo. El batacazo atravesó la neblina de mi borrachera.

❄

Apoyo la cabeza contra la trémula ventanilla que me lleva al centro. Miro el teléfono. Once llamadas perdidas. Un mensaje de Xanthe.

Estás bien, Debs?

Santy. Me he despertado en Drumcondra con un jugador de hurling. Ya estoy de camino a tu casa.

Jaja. Qué tía. Tengo la tetera preparada.

Noto la energía de la historia que se manifiesta en mi mente. Conocí al chico en la calle, creo que lo usé, más que nada, para apoyarme en algo. Porque al besarlo me mantenía erguida. Perdí a Xanthe y a Griffin. Me quemé el paladar con una patata frita. Estuvimos un siglo sentados en un bordillo y caminando por unas calles negrísimas bajo la lluvia hasta encontrar un taxi que nos llevara a su casa. Jugamos un partido descoordinado de hurling en el salón con sus compañeros de piso. Me desplomé en la cama y apoyé la cabeza en su pecho cálido sin pensar en nada y sin miedo a quedarme dormida.

❄

Cuando llego al apartamento de Xanthe, no hay nadie más que ella. Está sentada en la cama, apoyada en dos almohadas como una paciente en el hospital.

—Aquí huele a tío.

—Griff es casi un tío.

—¿Ha dormido aquí?

—Perdimos el conocimiento en la cama. Tal vez nos besamos. Pero da igual, es gay.

—¿Cómo de gay es? Dime la verdad.

—Muy gay. —Suspira—. Siempre he sentido algo por él. Y luego, cuando salió del armario, me invadió una especie de alivio, en plan: no es por mí, es por mi género. Qué tontería, ¿verdad?

—A mí me parece un poco capullo, la verdad.

—Ya… —Se echa a reír—. Lo dejaste bien claro desde el principio.

—Coño, ¿sí?

—Sí, Debbie. Sabe que lo consideras un tío ridículo con esos pantalones rotos y caros.

Me encojo de hombros.

—Bueno, anoche me la devolvió.

—¿Qué te dijo esta vez?

—Se rio de mí por llevar tacones. Dijo algo sobre la correlación entre la autoestima baja y los tacones altos.

Xanthe frunce el ceño.

—Yo no lo tendría en cuenta. Griff es muy guasón. Y a veces

se pone celoso.

—¿De qué?

—De que eres una chica atractiva que gusta a los chicos. Griff tiende a enamorarse de los hetero. Tardó mucho tiempo en aceptar su sexualidad. De hecho, aún trata de aceptarla.

—Oh.

El silencio se rompe con el ruido del hervidor, que tiembla y se sacude antes de apagarse.

—¿Tomas el té con leche? —pregunta Xanthe.

—Vivo en una granja lechera.

—Ah, aunque es leche de avena, ¿vale? No tengo otra. Pero sabe muy bien, está dulce.

—Sí, está bien. ¿Eres intolerante a la lactosa o algo así?

—Jaja, no. —Se sonroja—. En realidad soy vegana.

Suelto un gritito de sorpresa fingida.

—¿De verdad?

—Sí, intento no sacarlo mucho a relucir.

—No te pega.

—Lo sé, somos como los nuevos testigos de Jehová. Pero cambiando de tema, ¿qué tal tu chico, el jugador de hurling? ¿Era simpático?

—Sí. Me pidió el número de teléfono pero le di uno falso —miento.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No tenemos nada en común.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre les gusto a los chicos con los que no tengo nada en común.

—A lo mejor no te das a ti misma la oportunidad de conocerlos.

—Puede. ¿Y tú? —pregunto—. ¿Algún tío?

—En realidad hay uno. Lo conocí la semana pasada y nos escribimos. Nada serio, pero es simpático. Estudia Fisioterapia en el University College Dublin. Otro jugador de hurling, pero no tiene fotos suyas en internet, lo cual me parece un poco extraño. Solo tiene fotos de hurling. —Teclea la pantalla y le da la vuelta al móvil para mostrarme una foto—. No se le ve

porque tiene el casco puesto.

—Lo conozco —digo. Es el chico que se queda al fondo en misa—. Fuimos juntos al instituto.

—¡Madre mía! ¡Me parto! ¿Y cómo es?

Espero que no oiga cómo me late el corazón en los oídos.

—A ver, no lo conozco. Creo que nunca hemos cruzado una palabra.

—Bueno, pero ¿te gusta?

—¿A qué te refieres?

—Como persona, ¿te cae bien?

—Tú lo conoces. Seguro que sabes más que yo.

—¿Juega de defensa central? Me dijo que jugaba de defensa central.

—Pues seguro que sí, pero llevo siglos sin ver un partido. —Sigo su trayectoria en el periódico local. El domingo pasado marcó 1-5 como delantero.

—Parece bueno. No para de hablar del tema. Se lo toma muy en serio.

—Sí, sin duda.

—¿Lo has visto jugar alguna vez?

—Seguro que sí. Muchos de los tíos del equipo son buenos jugadores. Van con los palos a todas partes, incluso a misa. Los dejan fuera de la iglesia antes de entrar y los recogen cuando acaba la comunión.

—¡Ay, no me digas! ¿Va a misa? ¡Qué mono!

—Sí, bueno, tampoco hay mucho que hacer por allí. Más que nada es una reunión social para observar a los vecinos.

Xanthe sonríe.

—Vives en el siglo XIX.

—A veces sí.

—De locos. Vale, me encanta. Mañana vamos al cine. Le preguntaré si te conoce.

—Ah, no, no le preguntes. A ver, sabemos quiénes somos, pero él no me conoce.

—Estoy convencida de que le caes fenomenal. Tu pueblo tiene pinta de ser muy guay.

—Gracias. Bueno… —digo señalando el baño—. Voy a hacer pis.

—No hace falta que me informes —dice Xanthe.

—¿Que te informe de qué? —pregunto.

—De que vas a hacer pis, de qué va a ser.

—Ay, perdona. Es la resaca —digo mientras cierro la puerta del baño.

El corazón me palpita en la cabeza. Me tiemblan las manos. No estoy llorando por un chico al que apenas conozco. Es la resaca, me digo. Tiene que ser eso.

Tren

Aunque podría haber cogido el tren para volver a casa en cualquier momento, llego a la estación en hora punta. El vagón está hasta arriba. Hace un calor de mil demonios. La gente deja que invadan su espacio personal. Manos que se estiran para agarrarse a las barras y pasamanos amarillos; dedos, hombros, caderas y bolsos que se apretujan unos contra otros. Antes de que el tren haya siquiera salido de Connolle, ya he tenido más contacto físico con todos estos desconocidos que con cualquier miembro de mi familia.

Veo el destello de una bolsa de deporte de la Asociación Atlética Gaélica que entra en el tren y siento que me da un vuelco el corazón, pero no es él. Me permito imaginar qué habría pasado si hubiera sido él. Nos habríamos saludado. Habríamos hablado de cualquier cosa. O tal vez habríamos cruzado la mirada durante un peligroso segundo antes de apartar la vista y el mundo se habría reajustado. Nos habríamos quedado de pie, uno junto al otro, sin decir nada, y yo me habría preguntado si él oía el latido de mi corazón y si sentía el mismo hormigueo vertiginoso en el cerebro.

Una mujer bien vestida se precipita hacia el interior del vagón con unas botas hasta la rodilla y se abre paso a empujones hasta los asientos para discapacitados.

—Estoy embarazada —proclama.

Sé que todo el mundo está pensando lo mismo. Tan embarazada no debe de estar. Si lleva tacones, cielo santo. Seguramente la gente del vagón ha recibido la noticia antes que sus familiares y amigos.

Siento lástima por los tres jubilados y por el hombre con muletas de al lado. Una septuagenaria le cede el asiento a la mujer. La autoproclamada embarazada se sienta, cruza las piernas y saca una revista. Veo que un hombre calvo chasca la

lengua y sacude la cabeza. Me pilla mirándolo y aparto la vista. Ya he aprendido, por las malas, que es mejor no aliarse con desconocidos a quienes les gusta quejarse.

He acabado aplastada contra un hombre atractivo vestido con traje. Es esbelto pero musculoso. Parece un Action Man si Action Man hubiera nacido y se hubiera criado en las afueras de Galway, tal vez en una de las áreas de habla mayoritariamente gaélica. Me fijo en sus pectorales bajo la camisa blanca ajustada —tan ceñida como un corsé—, cuyos botones parecen en tensión. Es una de las pocas personas del tren que no lleva auriculares ni está pendiente del móvil. Mira el suelo fijamente.

El tren se sacude al reducir la marcha para detenerse en la siguiente estación. Me choco con él y murmuro una disculpa, pero ni siquiera se da cuenta de mi presencia. Nuestros hombros aún se rozan. Estoy cansada. Apoyo la cabeza contra el asidero vertical amarillo y comienzo a adormecerme.

❄

El tren da un frenazo y me despierto con la cabeza en su hombro.

—¡Lo siento mucho! —digo mientras me aparto rápidamente.

—No pasa nada. —Tose y se alisa la camisa—. Yo también me he dormido.

Siento que me sonrojo. Ni siquiera lo he mirado a los ojos, pero es como si hubiéramos visto demasiado el uno del otro. Se mueve hacia la puerta. Estamos en Maynooth. El tren anuncia que es la última estación. Aprieta el botón verde luminoso y se abren las puertas.

Ahora lo miro con otros ojos. Lo evalúo como cuando tratas de identificar a un actor que interpreta a un personaje distinto en otra película. Entra en contexto y encaja en mi marco de referencia. Acabo de despertarme después de estar dentro de su cabeza. Y ahora sé cómo lo va a hacer. Lo piensa todos los días en el tren de vuelta a casa. Planea el mejor modo de matarse.

Sucederá en algún momento del mes siguiente. Le pondrá

alguna excusa a su mujer embarazada, que estará tumbada en en el sofá con su perro viendo *Juego de tronos*. Ella está acostumbrada a que su marido salga de noche a conducir un rato. Incluso lo anima a hacerlo. Cree que le sienta bien salir de casa. No ha vuelto a ser el mismo desde que se vio obligado a dejar el entrenamiento para una ultramaratón a causa de una lesión en el ligamento cruzado. Se dará uno de esos paseos en coche durante los cuales apaga la radio y empieza a gritarse a sí mismo. Se echará a llorar y lo único que le proporcionará alivio será acabar con todo. Un volantazo brusco que lo saque de la carretera. Se asegurará de que así sea. Hará que parezca un accidente para que no le resulte tan duro a su familia.

❄

Ignoro el impulso inicial de tocarle el hombro. ¿Qué podría decirle? ¿Algún tipo de mensaje críptico? ¿O le doy un abrazo? Todos los supuestos que imagino son demasiado dramáticos para el final del trayecto diario de vuelta a casa. Así que lo veo desaparecer por el torno junto al resto de la gente.

Pesadilla

Nos persiguen. Estoy en un grupo grande de gente desconocida a la que reconozco, como a veces sucede en los sueños. Doy por hecho que voy en cabeza porque no me detengo a ayudar a los demás. El sueño traquetea como si se hubiera enganchado en el movimiento de sus engranajes y luego me atrapa con fuerza.

Estoy en una cueva. Nos han encadenado juntos, somos una ringlera humana que arrastra los pies hacia un tanque de agua. Nos sumergen en él. Está caliente, como fuego líquido. Lo atravieso a nado y llego desnuda a una playa. Una niña pequeña me coloca sobre los hombros una manta isotérmica, como si acabara de terminar una maratón, y me hace un gesto para que espere en una fila de gente quemada por el sol.

El ambiente es como el de la consulta de un dentista dentro de un balneario. Espero a que me llamen para que me atienda una mujer con un sombrero cónico. Me quita la manta y me inspecciona. Entonces agarra un bisturí y, con mucho cuidado, me corta por la línea del nacimiento capilar.

Comienza a arrancarme la cara, que ahora está inmersa en un grito. De la parte de atrás del cráneo se me desprende un casco de pelo como la cáscara de un coco partido. El bisturí avanza lento y metódico, e intenta que la capa de piel que va desde la coronilla hasta las plantas de los pies permanezca intacta.

❄

Me despierto gritando y tocándome la cara. Estoy en la cama de mi madre. Ella tira de mí hacia su lado del colchón y le da la vuelta a la almohada para que esté fresca. Me abraza y me acuna, me arrulla con un susurro. Lloro tanto que no entiende lo que digo, pero no dejo de repetirlo: «Había un hombre dentro de mí, había un hombre dentro de mí, había un hombre

dentro de mí…».

Caracola

Me despierto de nuevo agarrando algo frío y duro junto a la oreja. Es una concha marina que por lo general está en el tocador de mi madre: una caracola más grande que mi mano, con espirales blancas y unos labios rosas muy abiertos que forman una boca. Meto los dedos. Su interior es suave y casi húmedo, su exterior es seco como un cuenco de cerámica antiguo.

—Buenos días. —Mi madre está sentada en el extremo de la cama.

—¿Y esto? —pregunto con la concha en la mano.

—A veces la uso. —Se encoge de hombros—. No te la he puesto en la mano, solo la he dejado al lado de la almohada, pero tú la has cogido y te ha calmado. Tenías un sueño muy agitado. —Me pone el dorso de la mano en la frente—. Tienes fiebre.

Me siento resacosa.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Eso da igual.

—Tendría que estar en la facultad.

—¿Te acuerdas de cómo llegaste aquí?

—Tuve una pesadilla —digo.

—Sí —dice, y se estira desde el otro lado de la cama para agarrarme la mano—. Soñaste el sueño de otra persona.

Me siento en la cama.

—Ah, ¿sí?

—No pensarías que te lo habías inventado, ¿verdad?

—Por Dios, mamá, ya está.

Me mira de cerca como si me hubiera pillado masturbándome.

—Sé que sabes que esa pesadilla no era tuya.

Me vuelvo a tumbar y me pongo la almohada sobre la

cabeza.

—Tengo que ir a la facultad.

—Son las dos de la tarde.

—¿Qué? ¿Por qué no me has despertado?

—Tenías mucho sueño que recuperar.

—Mamá, por favor, déjame en paz.

—Estás en mi cama.

—Vale. Pues me voy. —Aparto las sábanas y saco las piernas de la cama—. ¿Me has drogado?

—¿Qué? ¿Por qué iba a drogarte?

—Da igual —digo.

—¿Por qué dices eso?

—Mamá, lo siento. Por favor. He tenido una pesadilla; me gustaría olvidarla y dejar que el día, o lo que queda de él, transcurra con normalidad.

—Pero es que tú no has tenido esa pesadilla. No era tuya. Viste un sueño, lo presenciaste. —Me mira—. «Había un hombre dentro de mí».

—¿Me has guardado algo de comer? —pregunto con la intención de cambiar de tema.

Se deja caer en la cama.

—Hacía mucho tiempo que no tenías uno de estos sueños.

Las náuseas en la boca del estómago desaparecen en cuanto salgo de la habitación. Imagino un pasillo lleno de puertas por las que tengo que pasar antes de salir hacia la caravana de Billy.

Levantarse

Llamo a la puerta de la caravana, pero Billy no está. Hay un portátil abierto en la encimera. Es un MacBook plateado con un salvapantallas azul que lanza definiciones de palabras como peces deslizándose por una pasarela de modelos en el fondo del mar. Toco el panel táctil y la pantalla se ilumina con el mundo de faldones azules de Facebook. El ordenador está conectado a una cuenta que no reconozco. La foto en miniatura es la de un hombre con ropa de los años cuarenta, como un farsante de otra época. Pincho en ella. Me aparece el retrato en sepia de un muchacho antiguo con chaqueta de *tweed*. El edredón de la cama inferior de la litera se levanta y aparece Billy de entre las sábanas.

—«¡Magnífico mundo nuevo que tiene tales habitantes!»

—¿Te haces pasar por Patrick Kavanagh en Facebook? —le pregunto.

—Solo mantengo vivo su espíritu contestatario.

—¿Por qué?

—Me pregunté quién sería el miserable cabronazo que se levantaría de entre los muertos para trasladarse al ciberespacio. Dudé entre él, Stalin y las cejas de Yahya Khan.

—Ah, claro, superlógico.

—Ven aquí —dice mientras sale corriendo hacia el exterior de la caravana. Lo sigo hasta la puerta. Extiende los brazos y hace una genuflexión hacia la antena parabólica del tejado de la casa—. ¡Contemplad! Os traigo una nueva dimensión. O el prisionero que vuelve arrastrándose a la caverna para adorar sombras nuevas y más brillantes.

—¿Cuánto te ha costado?

—¿Qué he oído? ¿Acaso un «Gracias, Billy, dejaré de pedirte cosas ridículas y aceptaré el privilegio de ir a la universidad»?

Sonrío.

—¿Ese portátil es mío?

Billy sacude la cabeza.

—Mujeres… Vamos a compartirlo. Tengo que actualizar mis miserables perfiles.

—Pero pedazo de pringado, ¿por qué no pones tu verdadero nombre? En fin, olvídalo. ¿De dónde has sacado tanta pasta?

—De trabajar a destajo o de dormirme en el tajo. —Billy sonríe—. Tu madre me ha dicho que te has pasado todo el día en la cama.

—Anoche caí como un tronco. Estaba muerta. No he sido consciente de cuánto he dormido hasta que me he despertado en su cama.

—¿Te acabas de despertar? ¡No está mal!

—Sí. Tuve un mal sueño.

Billy me mira.

—No se lo habrás contado a tu madre.

—Bueno…

—Dios mío, Debbie. Por eso estaba tan subidita. No la motives, joder.

—No se lo he dicho, se ha enterado ella sola.

—Ah, ¿sí?

—Me he despertado en su cama. He tenido que llegar sonámbula. No es que haya ido corriendo a contárselo.

—Hombre, está claro que eso es lo que has hecho.

—No controlo lo que hago mientras duermo.

—Ya estamos. Escucha, Debs, hazte un favor y no recuerdes los sueños. Te lo pido. Hazlo por mí.

—¿Y cómo lo hago?

—Muy fácil. No sueñes. A mí me funciona.

—¿Te refieres a que no recuerdas lo que sueñas?

—No, no lo recuerdo. Y tú tampoco deberías, si supieras lo que te conviene.

—Parece un consejo sanísimo. Ignora tus sueños.

—Míralo de esta manera, Pocahontas. El río se divide en dos y tú estás en tu pequeña canoa. Puedes tomar la ruta fácil y tranquila o la revuelta. Pero luego no me vengas llorando si acabas aferrada a una mente naufragada como la de tu madre. Está enferma, Debs. No dejes que te arrastre consigo.

—Me da miedo dormirme de nuevo.

—Cuando eras pequeña, te metió el miedo de Dios en el cuerpo al decirte que eras un prodigio que presenciaba sueños. Me costó muchísimo no partirle la cara.

—No me acuerdo de eso.

—Mejor. No le hagas caso. —Me da una palmada en la espalda—. Venga, vete a comer algo. Pero vuelve luego y enséñame a usar YouTube.

Baño de leche

Temo irme a dormir. Me dan ganas de salir y llamar a la puerta de la caravana, pero ya no soy una niña pequeña. Tengo que dejar de buscar la luna llena desde la ventana de mi habitación. Intento perderme en mi teléfono, pero internet va lento. El lado frío de la almohada me hace sentir la cabeza como flotando en el agua. Entonces recuerdo la vez que mi madre me dio un baño de leche.

Bajo las escaleras con sigilo y me pongo sobre el pijama uno de los abrigos de Billy. Abro la puerta trasera y siento el alivio del viento nocturno en la cara. La linterna de mi móvil ilumina el establo y hace que parezca un castillo de plata. Agarro la lata y un cubo vacío.

La leche sale en un remolino de seda y golpea el fondo del cubo. Siento que alguien me agarra el codo y, al darme la vuelta, veo que un ternero me está chupando el brazo. Se retira al fondo del establo. Estiro la mano y muevo los dedos. Se acerca de nuevo, con la cabeza inclinada, y me huele. Por fin, me da un lametón en la punta de los dedos y deja que se los meta en la boca.

La succión se vuelve más brusca a medida que aumenta la frustración por no obtener la ansiada leche. El interior de su boca está cálido. Palpo las rugosidades en la superficie del paladar. Saco la mano, que ahora está pringada con una telaraña de saliva que se extiende entre los dedos.

Llevo el cubo pesado hacia la puerta trasera apoyándolo en la pierna. En el campo, una de las vacas berrea. Me acerco con la linterna y veo que está arrodillada, pariendo, y que el ternero sigue en el saco amniótico. Sé que eso es malo. Normalmente el globo rosa se rompe y se queda colgando del trasero de la vaca durante varias horas hasta que cae al suelo y Jacob se lo come. Veo que la vaca expulsa el saco como si

fuera un calamar gigante. La burbuja viscosa se desliza por la hierba. Lo único que hace falta para que reviente es un empujón o un golpe. Sé que debería llamar a Billy, pero no podría explicarle qué hago en el patio a estas horas. Estoy tan cansada que ni siquiera estoy segura de que esto esté sucediendo.

❄

Subo las escaleras despacio para no derramar la leche. Lleno la bañera con agua caliente y vierto la leche, que se extiende como el humo bajo el agua. En la superficie flota un ramo de lavanda seca con los tallos superpuestos. Mi madre antes usaba unas hierbas muy bonitas con la cabeza blanca que crecen en el jardín y parecen ramitas de velo de novia, pero me provocan sarpullido.

Una vez que tuve una pesadilla horrible, mi madre me dio un baño de leche. La desperté al subirme a su cama y frotar los pies fríos contra sus piernas dormidas. Hubo un momento en que contuve la respiración, cuando ella abría los ojos, pero no me regañó. Me sacó de la cama y me llevó al cuarto de baño, donde me pidió que me desvistiera mientras ella ordeñaba leche en el establo. Me quedé allí, en la paz de las primeras horas del día, sobre las baldosas frías del cuarto de baño, y observé, con los brazos cruzados sobre mi pecho plano, el agua que salía a borbotones de los grifos. La piel de la nuca se me erizaba en oleadas. La luz amoratada lo teñía todo de azul.

Mi madre volvió con un cubo lleno de leche y un puñado de margaritas del jardín. Las hice girar en la bañera y observé sus paraguas blancos, que se balanceaban bocabajo con las puntas de los pétalos coloreadas de púrpura.

Intentó enseñarme a aguantar la respiración bajo el agua. Duré medio segundo antes de volver a subir y salpicar el agua fuera de la bañera. Me volvió a sumergir la cabeza, pero le mordí el dedo, me sacó de los pelos y quitó el tapón. Vi que el desagüe se tragaba las cabezas de mis margaritas.

—¿Estás contenta? —gritó, y sus voces resonaron en las paredes del baño. Yo chillaba—. Tienes que mantener la cabeza debajo del agua —me ordenó—. Te ayudará con los

sueños.

Así que me esforcé más. Permanecí sumergida hasta que unos destellos de colores cálidos me agujerearon los párpados. Cuando emergí, me ardía la garganta, pero mi madre volvía a estar de buen humor. Recogió los botones amarillos y esponjosos de las margaritas y me los frotó por la espalda trazando círculos. Después me secó con una toalla con movimientos bruscos y rápidos:

—Después de esto vas a dormir fenomenal —dijo mientras su aliento me hacía cosquillas en el vello de la oreja—. Fenomenal.

Y tenía razón. Después de aquel baño de leche, los sueños desaparecieron.

❄

El agua lechosa me quema el dedo, luego todo el pie, hasta llegar a la barbilla y formar un lago alrededor de mi cuello. La nata sube a la superficie, donde se condensan unas islitas blancas. Desde la bañera se elevan unas figuras de vapor y me enrosco la cadena del tapón en el dedo gordo cada vez más fuerte hasta que alcanzo el nivel justo de dolor.

Permanezco en el agua con las piernas dobladas hasta que las yemas de los dedos se me arrugan como las de una sabia anciana. Las rodillas, fuera del agua, se me quedan heladas. Juego a ser un cadáver en un ataúd o una novia desnuda, y me aprieto el ramo de lavanda contra el pecho. Me froto el ramo por el cuerpo, me retuerzo para llegar a la parte posterior de las piernas, me acaricio toda la piel. Las flores me hacen cosquillas en la cara.

❄

Estoy en la ducha quitándome la leche del pelo cuando me abandono al llanto. Es un alivio, un consuelo, como tocarme el cuerpo antes de dormir para asegurarme de que sigo ahí, de que sigo siendo yo, de que aún estoy viva.

Escalera de caracol

Me despierto con una carta debajo de la almohada. Mi madre tuvo que oír anoche el agua del baño. Abro el sobre y una pequeña concha rueda en mi mano. La reconozco inmediatamente. Es una de mis favoritas. La llamamos «escalera de caracol» por la estructura que presenta su interior.

> Las conchas ayudan. Recógelas en la playa. Límpialas en el lavabo del baño. Guárdatelas en el bolsillo como talismanes. La cóclea escucha. Las conchas son fósiles del pensamiento, sueños osificados. Saben lo que es abandonarse a uno mismo y dejan atrás una cámara de resonancia de hueso frío a la espera de que otros habiten su cráneo.

Sostengo la pequeña concha blanca en la palma de la mano. Desde fuera parece un sacacorchos. Dentro hay una escalera en espiral que aguarda la caída del sueño por sus escalones.

Teoría de la Literatura

Lo único que estoy aprendiendo en la universidad es a ocultarme. Sobre todo, oculto a mi familia. No es que nunca hable de ellos; los menciono sin cesar en las conversaciones, disfrazándolos de personajes de un mundo que podría haber imaginado Pat McCabe. Esa es la razón de que me ponga en guardia cuando Xanthe saca un papel de mi cuaderno. Lo examina y frunce el ceño. Es la carta que me escribió mi madre. La del caracol marino.

—¿Lo has escrito tú?

—No, devuélvemelo.

Lo mira de nuevo antes de devolverlo a su sitio.

—Si lo has escrito tú, deberías enviarlo.

—No es mío.

—¿Quién lo escribió entonces?

—Mi madre.

—¿Es poeta?

Me río.

—Eso es lo que ella quisiera.

—Bueno, es un texto bastante bueno.

—Es una tontería horrible.

—No, es bueno.

No sé si trata de complacerme o de hacerme daño.

—Nadie publicaría eso.

—Pues claro que lo publicarían. Me gustaría conocerla. A tu madre.

—En Navidad la conocerás.

Xanthe va a conocer a la familia de su nuevo novio durante las vacaciones. Como él vive cerca de casa, hemos planeado ir juntas al pub la noche de San Esteban para beber whisky caliente. Ya he decidido qué me voy a poner.

❄

Esta mañana he ido al gimnasio. Mi rutina se limita a correr en la cinta porque es la única máquina que sé manejar. No tengo tanta seguridad en mí misma como para quedar como una idiota mientras intento averiguar el funcionamiento de las demás. En cualquier caso, no tomo suficientes esteroides para entrar en la zona de pesas. Temo que los pijos musculitos me derriben o me aparten de su camino de un empujón para pasar.

Corro diez kilómetros. A veces, entablo una competición pasivo-agresiva para superar a quien esté a mi lado, sobre todo si es alguien guapo. Siempre esprinto el último kilómetro, sin importar lo agotada que me sienta, solo para demostrarme a mí misma que todavía existo. El corazón me envía su mensaje con insistencia. Estoy aquí. Estoy vivo.

❄

He quedado con Xanthe y Orla en el edificio de Letras después del gimnasio. Estamos haciendo un pícnic con un variado de patatas fritas y unos panecillos integrales. También compré un poco de humus para mi panecillo.

Sería mejor si Orla no estuviera. Las conversaciones son mejores cuando Xanthe consigue quitársela de encima, pero, si viene, la toleramos, aunque quede mal decirlo. Xanthe intenta convencerme de ir a clase de yoga.

—Me encantaría hacer yoga —digo—. Pero… es algo muy… de clase media.

—Tú eres de clase media —dice Xanthe.

—No, de eso nada. Soy granjera.

—Y una mierda. Compras humus en Tesco. Acéptalo. Eres de clase media.

—Bueno, tú también.

—Sé que soy una privilegiada. Lo he asumido y he aprendido a ser agradecida. Intento no odiarme a mí misma.

—Pero en el pueblo no consideran que mi familia sea acomodada ni nada por el estilo —señalo.

—Ah, ¿y qué? Tienes dinero suficiente para ir a la

universidad y comprar vino barato las noches de fiesta y una bolsa de patatas fritas antes de volver a casa.

—Eso es verdad —digo.

—Ser de clase media no te hace mala persona.

—Solo te convierte en una mimada.

—Bueno, tenía pensado ir a yoga, pero mejor me regodeo en la culpa de mi privilegio por ser de clase media —se queja Xanthe.

—No estoy diciendo eso.

—¿Qué estás diciendo entonces?

—Nada. No me hagas caso —digo.

—¿Qué tienes ahora? —pregunta Xanthe mientras recojo mis cosas para irme.

—Teoría de la Literatura.

—¿Te refieres a Vocabulario para Pajilleros?

—Tampoco vas muy desencaminada.

❄

Las clases son complicadas. Al final de la última sesión, la profesora nos preguntó si creíamos que los estructuralistas franceses tenían razón, tras lo cual se produjo un largo silencio en el que todos tratamos de ser invisibles. Varias cabezas valientes se movieron de forma imprecisa, sin llegar a asentir ni a negar, como cuando no estás segura de la ortografía de una palabra y garabateas una letra encima de la otra. La profesora suspiró y dijo: «Todos estamos controlados por el lenguaje. ¡Yupi!». Los alumnos empezamos a mirarnos en busca de la reacción apropiada. Aunque no estábamos seguros de si era sarcasmo, nos reímos de todos modos.

Esta semana, estamos aprendiendo a aplicar la teoría psicoanalítica a un texto. Los demás cada vez tienen más confianza en sus interpretaciones. La clase se ha convertido en una partida friki y vertiginosa de un juego de insinuaciones.

—Es obvio que Holmes y Watson son amantes.

—Estoy de acuerdo, el texto está repleto de símbolos fálicos. O sea, la pipa, la pluma, el hecho de que compartan un cigarro.

—¿Qué te parece, Deborah Martha? Te llamas Deborah

Martha, ¿no? —La profesora se ha dado cuenta de mi silencio. Cometí el error de incluir mi segundo nombre en el formulario de inscripción, lo que me hace parecer aún más pueblerina.

—Debbie —digo.

—¿Qué opinas de la lectura psicoanalítica de Arthur Conan Doyle, Debbie?

—Bueno… Si nos ponemos a buscar pollas por todas partes, acabamos encontrando unas cuantas. —Me arde la cara. La gente se ríe.

—Un argumento lógico. —La profesora sonríe.

—Bueno, es una opinión… Una opinión que no está respaldada ni por el texto ni por la crítica secundaria. —Esto lo dice un tipo que durante la semana del marxismo argumentó que vivimos en una sociedad sin clases.

—¿Qué opinas tú…, Nicòlo? —La profesora le pregunta al tipo que todavía no ha hablado, un italiano guapo que fuma cigarrillos de liar fuera del edificio de Letras. Parece recién salido de una novela de Elena Ferrante.

—Disculpe, ¿cuál es la pregunta? —contesta.

—¿Crees que es útil ver pollas por todas partes? —le pregunto.

—No —responde con cara de alivio—. No, diría que no.

Batman

Me da a mí que Xanthe está demasiado cómoda con la bata puesta.

—Entonces…, ¿no salimos? —pregunto.

—No me apetece —dice Xanthe—. Quiero ir a la biblioteca por la mañana.

—Vale.

No le apetece salir porque tiene novio.

—Lo siento —dice ella.

—No tienes que disculparte. No pasa nada.

—Podrías pedirle a Orla que salga contigo —sugiere.

Miro hacia la habitación de Orla. Su puerta siempre está cerrada.

—¿Orla? ¿Está en casa?

—No lo sé.

—Es como si vivieras con un fantasma.

—Shhhh, que a lo mejor sí que está.

—¿Va a venir él aquí? —pregunto—. Me puedo ir a casa si queréis un poco de espacio.

—No, no seas tonta. Suelo ir yo a su casa. El University College está en la quinta puñeta, pero aquello es más agradable que este antro.

—A mí me gusta este antro.

—Gracias.

❄

Me estoy tomando razonablemente bien esto de que Xanthe esté con el tío que me gusta de toda la vida. Como casi nunca lo menciona, le pregunto cómo va su relación. Me burlo de ella. Sonrío, me río, pero nunca me atrevo a llamarlo por su nombre.

No soy capaz de dormir por la noche. Antes fantaseaba con él para sentirme segura y así coger el sueño. En mi imaginación dirigía varios guiones que siempre terminaban igual. No con besos ni nada parecido, sino con mi cabeza en su hombro o con su brazo rodeándome, esos primeros pasos tentativos hacia la intimidad.

Oscilo entre la furia y el odio hacia mí misma, y la indignación y el enfado hacia él. Una parte muy fea de mí piensa que está utilizando a Xanthe para darme celos, pero no es más que mi ego, que se sumerge en interminables madrigueras de conejo con la intención de hallar algún indicio de lo improbable: que él también piensa en mí.

❄

He adoptado la rutina de acumular el buen comportamiento como si se tratara de cupones para conseguir una noche de fiesta gratis. Salir por la noche significa beber, y para mí eso es como tomarme unas vacaciones de mi cabeza. Agradezco el olvido que me proporciona. El aturdimiento. Cuando pierdo el conocimiento, no sueño. Me despierto con resaca, pero la resaca es predecible. Sé cómo me voy a sentir. Frágil, pero también que soy yo misma. Una versión mía agradable, tranquila e infantil que piensa que un vaso de agua es lo más milagroso de la tierra.

Griff bautizó a mi *alter ego* con el nombre de Taz porque dice que llevarme a casa al final de la noche es como intentar meter un demonio de Tasmania en un taxi. La mejor manera de lidiar con Taz es dejar que salga al menos una vez a la semana. Xanthe dice que es como sacar a un perro a pasear. Toda la energía acumulada se libera y, al final, acaba por cansarse.

Las salidas nocturnas suelen acontecer casi siempre los miércoles. A veces también salimos los lunes o los martes, pero los miércoles son fijos. Excepto esta noche. Daba por hecho que saldríamos, así que llevo todo el día esperando el momento. Toda la semana, incluso.

—Creo que algunas de las chicas del pueblo van a ir a Coppers —digo.

—¡Ah, pues deberías ir!

—Es que me da un poco de pereza, si te soy sincera.

No he tenido noticias de ninguna de las chicas del pueblo. Barajo la posibilidad de salir sola. Aunque saliera con Xanthe, probablemente nos perderíamos la una de la otra en la pista de baile.

—Te has traído las cosas para salir y tal. Arréglate aquí, coge un taxi y quedas con ellas allí.

—Es probable que, para cuando llegue, ya estén borrachas. Habrán bebido en el autobús —digo.

—Pues pillas una botella de vino en la tienda y te la bebes aquí mientras te preparas. Yo me encargo.

—De acuerdo —digo.

—¡Genial! ¡Qué ilusión!

❄

Las noches de fiesta no basta con ir guapa. También tienes que sonreír en la proporción adecuada. Si no, se te acercará algún tío para decirte que alegres la cara. Eso es lo que me sucede en la zona de fumadores. Se presenta un chico como mi comediante particular y me pone la mano en los lumbares. No sé por qué me río de sus chistes malos. Cuando se inclina para meter boca, le digo que tengo novio.

—No, no tienes —dice.

—¿Y por qué me lo iba a inventar? —pregunto.

—Porque no te gusto.

—Eso no es verdad —miento.

—Mira, guapa. Solo te falta llevar un cartel de neón que diga: «abierto al público». No pasa nada. Pero acepta un consejo del tío Mike. Sería mejor que no dieras esperanzas. Tendrías que haberme dicho hace un buen rato que me largara. Puedo gestionar el rechazo, ya soy mayorcito.

—O sea, que no puedo hablar con los hombres si no anuncio primero que tengo novio.

—Ah, pero acuérdate. —Levanta el dedo—. No tienes novio. —Me guiña un ojo y me da una palmadita en el brazo—. Que pases buena noche.

El chico más guapo de la pista de baile lleva una camiseta

de Batman. Me he mezclado con un grupo de enfermeras que he conocido en la cola del baño. Pensaba que el chico se decantaría por una rubia alta de piernas eternas. Pero me mira a mí.

El chico espera el apoyo de los demás, que se parecen a la *boy band* Westlife, antes de mover ficha. Sus amigos trazan un diagrama de Venn para acercarse a nosotras y él me agarra la mano fingiendo ser Shane. O Nicky. O Kian. En cualquier caso, no es Mark. Apuesta por el abordaje teatral. Lleva una pajita negra detrás de la oreja, doblada como si fuera el micrófono de Britney Spears. Es gracioso, alto y encantador, y probablemente ya se habrá enrollado con la mitad de las chicas de aquí. Pero le sigo la corriente y ya se comporta como si estuviera enamorado de mí.

—Besas muy bien. —Es lo primero que me dice cuando salimos a tomar el aire—. ¿Quieres que nos vayamos a otro sitio?

❄

Insisto en comprar antes unas patatas fritas en Babylon. Charlo con los camareros. Les prometo una visita a la granja y un tutorial sobre ordeñar vacas. Me regalan una botella de agua con la bolsa de patatas fritas y un sombrero de papel. El chico me coge de la mano asombrado por mis dotes de conversación.

—¡Qué buena gente eres!

—No te hagas el sorprendido, entrenador Roy Keane —le digo.

—Me refiero a que, al final, eres una tía sensata. No hay muchas por aquí.

Es de Cork, estudia algo raro en el University College de allí.

Se queda en casa de un amigo, así que no podemos ir allí. Decido que voy a llevarlo a casa de Xanthe. Estoy demasiado sobria para irme a dormir.

❄

Soy consciente de que camino por la cuerda floja de las

expectativas. Nunca he tenido relaciones sexuales, pero él no tiene por qué saberlo. En el pasado se lo he contado a algunos chicos y siempre me han mirado como si fuera un bicho raro. Algunos no me creen porque resulta fácil enrollarse conmigo. No me importa morrearme con ellos. Besar todavía parece algo limpio e inocente. Incluso romántico. Besar es jugar a hacer cosas de mentirijillas. Es reconfortante. Cuando sobrepasas ese punto, ya no es actuar. Es peligroso. Significa dejar entrar a alguien más.

❄

—Solo para que lo sepas. No voy a acostarme contigo —le advierto.

—Madre mía, no estaba dando por hecho…

—Bueno, la mayoría de los chicos dan por hecho cosas.

—Oh, Dios mío, no.

—Y también me quedo en casa de una amiga, así que, si volvemos allí, compartiremos el sofá. Y lo único que quiero es dormir.

—Pues estupendo. Me encantaría dormir contigo. Me refiero a dormir de verdad.

—Lo que quiero decir es que hoy no vas a echar ningún polvo.

—Eres toda una dama, Debbie. Una dama de pies a cabeza. —Me besa la mano.

❄

Se sienta en el asiento delantero del taxi y entabla una amable conversación con el taxista. Cuando salimos, insiste en pagar. Jack está grogui en un saco de dormir en el portal. Xanthe lo conoce del voluntariado que hizo en una asociación benéfica para las personas sin hogar. Los lunes lo invitamos a comer y es quien se muestra más cómodo en la mesa. Nos ha hablado de su problema con el juego, pero nunca menciona la bebida. Cuando Xanthe empezó a darle dinero, le dije que se lo puliría todo en alcohol y drogas, y ella me contestó: «Yo también lo haría si durmiera en la calle». La semana pasada me dijo que

me parecía a su hija.

Mientras busco en el bolso la llave de Xanthe, Batman se agacha y mete un billete de veinte euros en el saco de dormir de Jack. Así que cuando entramos, le doy un beso que parece de verdad. Porque lo es.

Cuando empieza a hablar, le hago callar.

—¡Perdón! —susurra con fuerza al tropezar con la bicicleta de Xanthe en la entrada.

Entonces vuelvo a besarlo para que no hable. Nos tumbamos en el sofá y me desabrocha el sujetador con una mano. Aun así, estoy a gusto hasta que se dispone a desabrocharme los vaqueros.

—No, no, acuérdate de lo que he dicho —digo mientras le aparto la mano.

—Perdona, perdona.

Se quita la camiseta de Batman y los vaqueros e intenta bajarme de nuevo la cremallera de los míos.

Me echo a reír.

—No, a ver, no puedo.

—¿Tienes la regla o qué?

—Sí —miento.

Se lo piensa.

—No me importa.

—Pues a mí sí.

Pone ojos de cachorrito.

—Porfa.

—No.

Se sienta de nuevo en el sofá y suspira mirando el techo.

—Me estás matando.

—Lo siento —contesto—. Pero ya te lo advertí.

—Lo sé, lo sé. Es que es duro. Nunca mejor dicho. —Se señala la entrepierna.

Es como un niño pequeño, pero lo encuentro encantador, así que le doy un beso como si lo estuviera compensando por algo. Tira de mí para que me acerque. Luego se baja los calzoncillos y me empuja por la nuca.

—No, no —le digo.

—¡Ah, venga ya! —exclama—. Joder, no puedes ir por ahí

trayéndote tíos a casa para luego no hacer nada.

—Te dije que lo único que haríamos sería dormir.

—¿Y por eso me besas así? Me estás poniendo las pelotas azules. No tienes ni idea de lo que duele.

Se enciende la luz de la cocina. Xanthe está en la puerta medio dormida.

—Debs, ¿estás bien?

—¡Santy, lo siento mucho! —Le lanzo una sonrisa apagada —. No quería despertarte.

—Qué tal —dice el chico subiéndose los calzoncillos.

Ella lo ignora.

—No te preocupes, solo he oído voces. ¿Va todo bien?

—Hola. ¿Cómo te llamas? —pregunta él.

—¿Y quién eres tú? —Xanthe frunce el ceño.

—Perdona. Estoy bastante borracho. Tu amiga me ha traído aquí a tu casa y —se pone las manos alrededor de la boca y susurra—, no es culpa mía, pero no quiere sexo. Lo cual está bien. No pasa nada, pero es un poco calientapollas.

—Entiendo tu dolor —dice Xanthe mientras recoge su camiseta de Batman y sus vaqueros.

—Eres muy guapa —susurra.

Xanthe abre la ventana y lanza la ropa a la oscuridad de la noche.

—¡Oye! —grita él, poniéndose de pie—. ¿Por qué coño haces eso? Puta zorra psicópata.

Se acerca a ella y temo que la golpee, pero Xanthe se mantiene firme. Están cara a cara.

—Sal de mi casa —dice ella.

—¿Sabes qué? No merecéis la pena. —Retrocede y recoge la cartera y los zapatos—. Hostia, menudo par de fulanas sois las dos.

Tropieza con la bicicleta al salir y cierra de un portazo.

❄

—Gracias —digo mientras sollozo en su hombro.

—Shhh… —Me da un beso en la cabeza y me mece adelante y atrás—. Ven a dormir a mi cama.

Me lleva de la mano y me da un paquete de toallitas

desmaquillantes. Me miro en el espejo. Tengo rímel por toda la cara.

—Gracias —digo con voz entrecortada.

Tardo un buen rato en desmaquillarme para sentirme limpia.

—¿Estás bien? —pregunta Xanthe.

—Sí.

—Debbie, no puedes hacer eso.

—Lo sé, ha sido una estupidez. Lo siento mucho.

—No pasa nada. No me importa que traigas chicos a casa. Eso es fabuloso. Pero ándate con más ojo, ¿vale?

—Pensé que era un chico majo.

—Los chicos majos no se comportan así.

—Has estado brutal.

—Lo sé.

—Tienes que enseñarme a actuar así.

—Lo haré. —Me da una taza de té.

—Dios mío, te quiero —le digo.

—Yo a ti también te quiero.

Notas

Hoy nos dan las notas de los trabajos y todo el mundo hace como si no le importara. Parece que hayamos olvidado que si hemos entrado en la carrera es por ser gente de sobresaliente que se alimenta de la validación externa. Muchos de mis compañeros de clase han conseguido puntos suficientes como para estudiar medicina. Hacemos bromas sobre nuestras familias, que lamentan nuestra falta de cabeza para hacer algo más útil. «Sé alguien en la vida —le dijo a Orla su madre—. Ve a la universidad para ser alguien.» Pienso en lo que podría ser yo y oigo a Billy que me susurra «catedrática» al oído. Solo de pensarlo se me abren las carnes. Es como decir que me gustaría ser un viejo con traje de *tweed* que lee a Shakespeare y fuma en pipa.

Estamos saliendo de una clase sobre *Los cuentos de Canterbury* cuando un tipo con jersey de cuello vuelto se acerca corriendo a Xanthe, le pone las manos en los hombros y le dice:

—Ya han salido.

Se reajusta las gafas y sale pitando hacia la Facultad de Filología.

—Necesito ir al baño —digo.

Xanthe me aprieta la mano.

—Te espero.

❄

En la parte interior de la puerta del baño hay una pintada, debajo de un anuncio del veinte por ciento de descuento en depilación de la zona del bikini, que dice:

Por mucho que me esfuerce,

no consigo pasar del notable alto.
¿Qué estoy haciendo mal?

El nudo de ansiedad del estómago se me tensa. He logrado esconder mi incapacidad para leer una sola palabra de ficción desde que empezó el curso. He descubierto en mí un talento oculto para las cosas absurdas. Acudo a los seminarios armada con datos triviales sacados de SparkNotes. Asimilo el desarrollo de la trama y las descripciones de los personajes como si fueran datos científicos, encantada de asumir el papel de charlatana sofisticada. Es fácil hacer reír a la gente con un poco de material recogido de internet. Me sorprende lo airosa que salgo al hablar con fluidez sobre textos que no he leído.

Estoy acostumbrada a que me digan que soy lista. En secundaria era fácil estudiar porque no cuestionaba la información que me daban. Si el libro de historia me hubiera dicho que Hitler ganó la guerra, me lo habría creído. Los hechos me resultan incomprensibles hasta que los convierto en partes de una historia. La fotosíntesis y la genética no tienen sentido fuera del ámbito de la ficción. Ignoraba cualquier aplicación práctica de lo que me enseñaban porque, de todos modos, luego lo olvidaba.

La verdad es que soy tonta, pero puedo hacerme la intelectual en los exámenes. La noche antes de una prueba, me metía en la cabeza los detalles de la historia que tenía que contar. Paseaba arriba y abajo por mi habitación como un actor que recita su texto. Al día siguiente, vomitaba la información sobre el papel y salía del aula con la memoria completamente limpia de todo lo que supuestamente había aprendido. Cuando sacaba sobresaliente en un examen, me sentía validada. Servía para que los profesores me quisieran. Servía para gustarme a mí misma.

No sé estudiar en la universidad. No te dan las respuestas como en el examen de selectividad. El primer trabajo que teníamos que entregar era sobre literatura americana. En la introducción, expliqué que cuando era pequeña vi *Pocahontas*. Incluso puse la referencia a la película en la bibliografía. Me sonrojo al imaginar la risa del profesor al leerlo. Pero supongo que resultaría original. Nos dijeron que sacar sobresaliente

significa que has hecho una contribución al pensamiento académico. ¿Y si lo que necesita el rancio mundo académico es un poco del fulgor de Disney?

❄

Xanthe y yo caminamos del brazo hacia la Facultad de Filología. No queremos tener las expectativas demasiado altas. Hemos barajado la posibilidad de obtener un notable alto. Nos conformamos con eso. Es difícil sacar sobresaliente, pero un notable alto es alcanzable. Nos abrimos paso entre la multitud y escudriñamos los resultados: solo hay un par de notables bajos. La gran mayoría son notables altos, como era de esperar. Hay un sobresaliente en la parte superior de la lista y un aprobado que todo el mundo sabe que pertenece al alumno veterano, que es el único que tiene el valor suficiente como para hacer preguntas estúpidas en mitad de clase.

Encuentro mi número de alumna. El instinto me dice que pase el dedo para asegurarme de que sigo la línea correcta, pero hay demasiada gente alrededor y mi nota nada en medio de un mar de notables altos. Hay un notable bajo cerca de mi número de alumna. Aparto la vista con rapidez. Me digo a mí misma que no debo mirar. Seguramente desparecerá, como un perro callejero. No voy a mirarlo. No me pertenece.

—¿Estás contenta? —le pregunto a Xanthe.

—Sí —dice—. ¿Y tú?

—También. Como encuentre al empollón que ha sacado el sobresaliente le voy a meter la cabeza en el retrete. —Xanthe pone la misma cara de vergüenza que tenía cuando me contó que era vegana—. ¡Cabrona, eres tú! —digo tan alto como para que todos me oigan y se den cuenta de que es ella. Es la mejor.

—Para —dice dándome un codazo.

—Bueno, si alguien merece estar enfadada, esa soy yo.

—Un notable alto es una nota estupenda.

—Pero no es un sobresaliente —le digo—. Eres la puta ama.

❄

La terapeuta comienza a presentarse, pero la ignoro. Sigo

pensando en el guarda de seguridad de abajo y en cómo me ha mirado. Quiero creer que intentaba adivinar qué me pasaba. Me he encerrado en uno de los baños para echar unas lagrimitas rápidas antes de dar mi nombre en recepción, donde me han proporcionado un formulario de registro.

Me he dado cuenta, mientras me autocalificaba del uno (nunca) al diez (siempre), de que ni siquiera estoy extraordinariamente deprimida. Mi media ha sido de cinco o seis sobre diez. Parece ser que tanto la vida como los exámenes de ortografía de la escuela primaria se califican en una escala de diez, aunque estos últimos son más fáciles de puntuar: o aciertas o te equivocas. Resulta más difícil decidir hasta qué punto me identifico con tópicos como «Siento que he fracasado», donde me he adjudicado un modesto cuatro. Me he puesto un dos sobre diez en la afirmación «Tengo problemas para conciliar el sueño o para mantenerlo», ya que no tengo ningún problema en conciliar el sueño ni en mantenerlo, el problema está en el sueño en sí. «No reconozco mis sueños como propios» no aparece como opción, ni tampoco «Creo que mi madre me ha lavado el cerebro y me está arrastrando poco a poco hacia su propia locura».

La terapeuta me pregunta por mi familia. No menciono la larga relación de mi madre con las enfermedades mentales porque no creo que influya en el hecho de haber sacado un notable bajo, que es la razón por la que he venido a terapia. Luego habla de los trastornos del estado de ánimo. Cuando se centra en la ansiedad, dejo de morderme las uñas. La acusación me provoca rechazo. *Ansiedad* es una palabra ostentosa para la preocupación, pero la preocupación no es una enfermedad. *Depresión* es una palabra ostentosa para la tristeza, un sinónimo más potente. Me perdonaría haber sacado un notable bajo por estar deprimida, pero no por ser alguien que se ahoga en un vaso de agua. Aún no ha salido el tema de la depresión. Entre los estudiantes, es como una epidemia. La depresión es como el notable alto de las enfermedades mentales y la terapeuta ni siquiera la menciona.

Lo intento de nuevo.

—Es que… siento que no disfruto de la vida tanto como

antes. No consigo enfrentarme a la carga de trabajo que tengo. Estoy cansada todo el tiempo.

Me hace un gesto de comprensión y abre los brazos como si estuviera a punto de dar una charla TED.

—La universidad es dura, ¿verdad? Todo el mundo habla de las fiestas y de la libertad. De encontrarse a uno mismo. De descubrir la identidad propia. Pero nadie habla de los trabajos, de la sensación de estar sobrepasado.

—Sí, lo sé —le digo, pero ella sigue hablando sin prestarme atención.

—Imaginemos que vamos caminando por Grafton Street. —No logro imaginar ninguna situación que me obligue a caminar por Grafton Street con esta mujer—. Y a lo lejos ves a un amigo. Dime el nombre de uno de tus amigos.

—Orla —digo para ascenderla del puesto de conocida fastidiosa.

—Estupendo, pues vas y le dices: «Hola, Orla», pero Orla no responde y pasa de largo. —La terapeuta me mira como si hubiera ideado la escena más dramática del universo hipotético—. ¿Cómo te sentirías en esa situación?

—Eh… ¿Aliviada?

—¿Qué pensamientos te pasarían por la cabeza?

—Que así no tendría que hablar con ella.

—¿Algún otro pensamiento o emoción?

—Eh… Confusión, tal vez.

Asiente con la cabeza.

—¿Y por qué motivos te sentirías confusa? —Traza un círculo con la mano que sugiere que estoy cogiéndole el tranquillo.

—¿Porque parece que no me ha reconocido?

—Ah, interesante, entonces parece que llegamos directamente a esa conclusión. ¿No pensarías que estaba enfadada contigo o que te ignoraba de manera deliberada?

—No lo creo, ¿no?

—Eso está bien. Este es uno de los ejemplos donde la terapia cognitivo-conductual o TCC puede resultar útil. En la TCC aprendemos que nuestros pensamientos están directamente relacionados con nuestras emociones. Reconocemos el

pensamiento y cómo nos hace sentir. Podemos tomar ese pensamiento —dice mientras agarra el aire con la mano— y analizarlo antes de acudir directamente a las emociones.

Saca un folleto y lo abre por una página que parece un diagrama del ciclo del agua.

—Así que ver a Orla en la calle —dice, y rodea con el bolígrafo azul las palabras «SUCESO DESENCADENANTE»— conduce a «PENSAMIENTOS» como ¿por qué no me ha saludado?, ¿está enfadada conmigo?, ¿no le caigo bien?, que llevan, a su vez, a «SENTIMIENTOS» de confusión. —Me señala —. O de ira o de tristeza. Por contra, si cambiamos ese pensamiento por algo más positivo, como que probablemente no me haya reconocido o que tenga muchas cosas en la cabeza, entonces cambiamos las emociones que rodean ese pensamiento y esa interacción.

—Pero lo contrario también podría ser cierto —le digo con el ceño fruncido—. Podría ser que lo hiciera porque me odia.

—Sí, pero la probabilidad de que sea eso es escasa. Lo más racional es que no te haya visto.

—Que es lo que he pensado en primer lugar.

—Exactamente. —Cierra el folleto. En la portada hay un dibujo en blanco y negro de una chica tras la reja de una cárcel. Tiene una nube sobre la cabeza. Está lloviendo. En la nube está escrita, con letra regordeta, la frase «ANSIEDAD SOCIAL»—. Aquí va un poco de información para casa. Tiene algunos ejercicios que pueden resultarte útiles.

A estas alturas, ya espero una advertencia de no meterme lápices de colores por la nariz.

—La ansiedad generalizada afecta a uno de cada diez estudiantes universitarios —dice, deslizando el folleto por el escritorio.

Genial, pienso. No solo es ansiedad, también es generalizada.

—Es muy común —añade—. No eres ni por asomo la primera persona que ha venido hoy a mi consulta que la padece. —Me sonríe—. Bueno, antes de que te vayas, necesito que completes una encuesta en línea, es cortita.

Me deja sentarme en la silla de su escritorio. Es otra prueba

del uno al diez, esta vez con afirmaciones sobre cuánto ha cumplido mis expectativas la sesión. Siento que se cierne sobre mi hombro, así que le doy a todo el diez de diez y le doy las gracias efusivamente al salir.

—Me alegro —dice—. Te deseo la mejor de las suertes y recuerda que hay que ir día a día. Lo importante es el viaje.

Pregunto en recepción si debo pedir una cita de seguimiento. El recepcionista mira la pantalla del ordenador para comprobar lo que ha dicho la terapeuta sobre mí y dice:

—No, dice que estás bien.

Antes de salir hago una parada en el baño para tomarme una pausa y echarme a llorar otra vez.

Sanación

Una mujer con un cochecito de bebé recorre con gesto tímido el camino que conduce hasta nuestra puerta trasera. La envío a la caravana. Hace tiempo que Billy no recibe visitas. Imagino que al entrar lo pilla en calzoncillos, bebiendo whisky y ojeando uno de los periódicos viejos que tiene almacenados. Espero que no esté borracho.

Billy es curandero a su pesar. Es algo que forma parte de la familia desde hace generaciones. Si da la casualidad de que conoces a un hombre que conoce a un hombre que a su vez conoce a un hombre con la capacidad de sanar a la gente, bueno, es posible que te manden con Billy. Es lo que hay. Los demás suelen tomárselo muy en serio. Billy dice que apenas se lo cree, pero es una práctica que no hace daño a nadie. Por lo general, la gente se marcha sintiéndose mejor. Él a veces se lo toma completamente a broma; sin embargo, tiene un buen historial. La gente acude a él para todo tipo de cosas: bebés con cólicos, víctimas de quemaduras, granjeros con tiña, adolescentes con verrugas o eczemas, incluso hombres de mediana edad con problemas de gota o de espalda.

❄

Oigo que la mujer sale de nuestra finca y me dirijo a la caravana. Espío a Billy, que guarda el anillo de bodas de su abuelo y la oración escrita a mano que utiliza durante la consulta. Cuando se da cuenta de que estoy allí, parece avergonzado.

—Qué hay —dice.

—¿Cólicos? —le pregunto.

—No, tenía un eczema grande con la piel descamada alrededor de las orejas.

Billy no da citas ni acepta dinero, pero algunas personas están tan agradecidas que le envían regalos. La mayoría son mujeres que se han quedado hechizadas con la caravana y con él. Ven las baratijas que recopila y quieren contribuir a su colección. Una mujer llamada Julie le regaló un tocadiscos caro. He perdido la cuenta de las cosas que son regalos y las cosas que Billy ha conseguido por su cuenta: portavelas, un enano de jardín, una pequeña mecedora de latón. Guarda la mayoría de las postales en una caja, aunque sus favoritas las pega en la pared junto a la cama.

—Hoy he ido a ver a Deirdre —dice sentándose en su sillón.

—Ah —respondo.

Sé que no debo preguntar cómo está. Solo he ido una vez con Billy, cuando era muy pequeña, a visitar a mi bisabuela. Recuerdo que estuve sentada en el invernadero de la residencia de ancianos del convento comiendo galletas Kimberley rancias y bebiendo té con leche en una taza y un platillo de porcelana. Una monja no mucho más joven que Deirdre la trajo en silla de ruedas y la colocó frente al televisor, nos lanzó una sonrisa tensa y nos dejó con ella. Aunque los actores de la serie *Home and Away* la miraban, ella tenía los ojos fijos a media distancia. De la boca le colgaba un hilo de babas. Billy se lo limpió con un pañuelo de papel, pero enseguida apareció más saliva. Deirdre no se dio cuenta de que tenía visita. No creo que supiera que había alguien más en su mundo.

—Si algún día acabo así —me dice ahora Billy—, coge la escopeta.

—Diría que te quedan unos cuantos años —contesto.

—También te puede pillar joven. Un inicio precoz. Mira a tu madre.

—¡Billy!

—¿Qué?

—¡Mi madre no tiene alzhéimer!

—Poco le falta.

Lleno la tetera. Billy intenta cambiar de tema.

—¿Has tenido exámenes antes de Navidad?

—No, solo trabajos.

—¿Y te ponen nota?

—Sí.

—Entonces querrás que te pongan una A.

—Bueno, aquí el sistema de puntuación es distinto al de la escuela —le explico mientras noto que se me calienta la cara —. No hay A y B. Hay sobresaliente y notable.

—Bueno, entonces no queremos notables.

—Si pudiéramos evitarlo, sería estupendo —digo, intentando no sonrojarme.

—Tengo toda la fe en ti. ¿Cómo se saca sobresaliente?

—Sacando más de un siete.

—Seguro que será coser y cantar. En el colegio sacabas muy buenas notas —dice.

—Sí, pero eran cosas de niños —contesto.

—Todo son cosas de niños.

—Sí, claro.

—Te lo digo totalmente en serio. Si no le puedes explicar a un niño lo que estás pensando, no vale la pena pensarlo —añade.

La tetera empieza a hervir y escupe por el pico. Saco una bolsa de agua caliente del armario.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Billy.

Señalo el techo de la caravana.

—Esta noche hay luna llena.

—Oh. —Suspira—. Hoy no me apetece mirar las estrellas.

—Vale —digo mientras devuelvo la bolsa de agua caliente a su sitio.

—¿Y ahora qué haces? —pregunta Billy.

—Has dicho que no te apetecía.

—Pero puedes subir tú sola —dice—. No necesitas que te lleve de la mano.

—¿Te estoy molestando? —pregunto.

—Me llevas molestando todos los días de tu vida.

—Gracias —Me tumbo en su cama.

—¿No vas a hacer té? —me pregunta.

—No, no pensaba hacerlo. —Miro al techo—. ¿Quieres uno?

—Me encantaría.

—Estupendo. —Me levanto de la cama y me acerco a la tetera de nuevo.

—James hoy ha sacado un ternero que ha nacido vuelto del revés —dice Billy.

—¿Cómo que «vuelto del revés»?

—A ver —Billy junta las manos—. Todo lo que tenía que estar dentro —abre las palmas de las manos como un libro abierto— estaba fuera. Era como si alguien hubiera cogido un cuchillo, lo hubiera abierto en canal y le hubiera sacado todos los órganos. Tenía las cuatro patas pegadas como si estuviera colgado en el matadero. Cuando Jimmy Bobo introdujo la mano en la madre para palparlo, pudo meter los dedos entre las costillas y agarrarle el corazón y todo.

—¿Y el corazón latía?

—Sí. Todavía estaba vivo dentro del útero. Pobre animal. James llamó al veterinario. Al final fue una cesárea.

—¿Y sobrevivió?

—¿Has visto alguna vez un ternero vuelto del revés por ahí?

Saco las bolsas de té de las tazas y las tiro a la basura. Billy se pone un poco más de leche por si está demasiado caliente y lo sopla antes de darle un sorbo. Odia quemarse la lengua.

—Qué locura —digo.

—Sí, el veterinario dice que es el segundo caso que se encuentra en veinticinco años. Sin embargo, no es el caso más extraño con el que me he topado yo.

—¿Y cuál fue?

—El de una vaca preñada de gemelos. Aunque no presencié el parto. —Levanta las manos—. Pero entré a ver cómo estaba y acababa de parir. Había un ternero perfectamente sano a su lado al que ignoraba por completo. En su lugar, lamía una bola de pelo azul-grisácea. Era como un balón de fútbol reventado: sin orejas, sin ojos, sin cabeza, sin extremidades, sin ningún rasgo definido. Y ahí estaba la vaca, sin parar de lamerlo.

—¿Estaba vivo?

Billy me mira fijamente.

—¿Has visto alguna vez una bola de pelo dando vueltas por ahí?

—Perdón —digo.

—No estaba vivo, pero lo había estado en el útero.

—¿Lo mismo que el ternero vuelto del revés?

—Sí.

—¿Y el ternero gemelo estaba bien? —pregunto.

—¡Estaba estupendo! Totalmente normal. Todo en su sitio. Pero con el otro me acojoné.

—¿No tenía cabeza?

—Nada.

—Pero tendría corazón.

—Sí. Tuvo que tenerlo para desarrollarse y para que le creciera pelo. Pero me hizo pensar: ¿qué determina que algo esté vivo? O sea, ¿esa bola de pelo estaba viva por ser capaz de vivir en el útero?

—¿Sería capaz de soñar? —me pregunto en voz alta.

Billy se reclina en el sillón, cruza las piernas y exhala.

—Es una buena pregunta —dice—. Quién sabe si soñaría.

Toma de fuerza

Voy dando tumbos con el tractor para esparcir estiércol. Los muelles del asiento chirrían y el tanque suelta mierda por la parte de atrás. Entonces todo se ralentiza y el sueño continúa a trompicones, como si se atascaran algunos trozos. La cabeza aún me va a toda velocidad, pero el tractor no tira bien. Y al intentar bajarme para revisar la bomba de vacío, siento como si me moviera por debajo del agua.

En cuanto veo girar el eje de la toma de fuerza, el tractor vuelve a acelerar hasta que todo se mueve a cámara rápida. Siempre me han acojonado esos ejes. Me aterrorizan. He perdido la cuenta de la cantidad de personas que he conocido en el mercado de productores a quienes uno de esos ejes les arrancó un brazo o una pierna tras quedarse enganchadas en ellos. El tubo parece tan inofensivo como un chisme giratorio de plástico salido de un huevo Kinder, pero como se encuentre con un hilo suelto de tu camisa, te atrapa. Es lo más parecido a un agujero negro que verás jamás.

Estoy comprobando la bomba de vacío porque el tractor no funciona bien. Al agacharme, se me suelta uno de los auriculares de la oreja y, mientras cae, alargo el brazo para agarrarlo, pero la máquina me atrapa: se sacude, se ríe, se burla de mi piel y de mis huesos mientras me engulle poco a poco por su garganta, hasta que…

❄

Mi madre me llama para comer. Me despierto en la cama dando una patada como para no caerme. Levanto la cabeza de la almohada y el sueño se me esfuma por la oreja. Está enfadada porque los chicos no han vuelto del campo. Suponemos que Billy sigue en la cama, pero no es propio de James llegar tarde a comer. Mi madre le pela las patatas para

que estén listas cuando llegue y cuida la presentación del plato antes de introducirlo en el horno a baja temperatura para que no se enfríe. A continuación, coloca dos patatas sin pelar en el plato de Billy y lo cubre con film transparente para que se las coma después.

—James ha ordeñado solo esta mañana —me informa mi madre, mientras se sienta a comer—. No ha querido despertarte.

Tomo un sorbo de leche.

—No es culpa mía que Billy se quede dormido.

Se encoge de hombros y sigue machacando zanahoria y mezclándola con patata.

—Era solo para que lo supieras.

Miro la comida que me ha preparado; mi plato no es tan bonito como el de James ni tan chapucero como el de Billy.

La forma en que está dispuesta la comida me resulta familiar, incluso perfecta, como si la cantidad justa de guisantes y zanahorias se congregaran junto a la patata. Estoy segura de que he visto este mismo trozo de salmón antes. Acabo de tener un incómodo *déjà vu*.

Es como ver un programa repetido en la tele, salvo que en este caso soy yo quien está dentro, soy yo la tele, y veo la pantalla con mis propios ojos.

Justo en ese momento, como si estuviera todo orquestado, se oye un golpe en la puerta de atrás y veo desde dentro de mi cuerpo que me levanto de la silla y me dirijo hacia la entrada, hacia un Billy sin aliento que, jadeando, gritando, dice que James acaba de tener un accidente. Se le ha quedado el brazo atrapado en el eje de la toma de fuerza. Nos pide que llamemos a una ambulancia y mi madre corre hacia el teléfono gritando «Ay Dios, ay Dios, ay Dios». Billy se va a toda prisa hacia el campo con un puñado de paños de cocina.

Yo no me muevo. Sé lo que ha ocurrido. Acabo de soñarlo.

❄

Billy dice que a veces, si las miras directamente, las estrellas pueden desaparecer. Para ver lejos es mejor la visión periférica. Si intento mirar el sueño de forma directa,

desaparece. Solo cuando no lo amenazo se acerca y coquetea con los bordes de mi mente. Pienso en círculos para atraerlo.

Doy vueltas alrededor del sueño en busca de las piezas ausentes, pero no sé dónde termino yo y dónde empieza James. Él gritó pidiendo ayuda, pero la única persona que estaba lo bastante cerca como para oírlo era Billy, que estaba durmiendo en la caravana. Cuando Billy se despertó, James ya había perdido demasiada sangre.

❄

Tal vez podría haberlo salvado si hubiera prestado atención a ese sueño.

El velatorio

No sabemos si somos bien recibidos en el velatorio, pero decidimos ir de todos modos, por James. Me preparo muy deprisa y vago por la casa en busca de algo que hacer. Limpio la cocina y el salón: saco los cubos de la basura, barro, paso la aspiradora, lustro la repisa de la chimenea y las vitrinas por dentro y por fuera. Cuando mi madre sale del baño envuelta en vapor y con una toalla en la cabeza, decido lavarme el pelo yo también.

Abro el grifo del agua caliente al máximo y me froto la piel. Cojo una cuchilla y me afeito las axilas y las piernas. Dudo antes de acercármela a la entrepierna para afeitármela también.

Después de la ducha, me visto y voy a ver cómo está mi madre. Se encuentra de rodillas frente al espejo que hay sobre el alféizar de la ventana, junto a la cama. Se inclina hacia su reflejo con un par de pinzas y trata de arrancar un pelo suelto del extremo de la ceja izquierda. Como no atina con la raíz, arranca todo lo que hay alrededor y se despoja de la mayor parte del espeso pelo que le enmarca el lado izquierdo de la cara. Las pinzas arrancan los pelos y le pellizcan la carne dejando atrás una estela de marcas rosas. Le lloran los ojos y le aparecen unos puntitos de sangre en la frente.

—¿Mamá?

Se sobresalta.

—No sabía que estabas aquí.

—Si quieres te maquillo.

—Si quieres tú…

—Sí, me he arreglado demasiado pronto —digo, aunque ya se nos ha hecho tarde—. Así tengo algo que hacer.

Me entrega las pinzas. Me arrodillo a su lado y examino los daños. Sus cejas parecen los garabatos que un niño ha dibujado

por error y está empezando a borrar. Escupo en un algodón y hago que lo sostenga sobre el ojo para que deje de sangrar.

Mi madre ha vaciado todo su armario encima de la cama. Observo los diferentes conjuntos: una camiseta blanca de algodón y unos vaqueros azules, una camisa blanca de hombre y una chaqueta de punto gris, y el jersey de punto rojo, el favorito de James. Él lo llama «el suéter rojo».

Le pongo un pegote de crema hidratante en la frente, en las mejillas y en la punta de la nariz; su tacto es frío, parece yogur.

—Mucho corrector bajo los ojos, por favor —dice mi madre.

—Sí. —Aplico la pasta sobre las zonas oscuras—. ¿Quieres correr el riesgo de ponerte rímel?

—¿Quiero parecer humana? Sí, por favor.

—Pero es que no tienes rímel resistente al agua…

—Debbie, ponme rímel. Estaré bien. Llevo pañuelos.

Los ojos de mi madre son prácticamente marrones, pero en el ojo izquierdo tiene una grieta y la mitad es azul claro, como si hubiera otra persona dentro de ella tratando de abrirse paso.

—Mira hacia arriba. —El cepillo de la máscara se aferra a las pestañas y hace su magia.

—¿Pintalabios?

—Hay uno rosa bastante soso. Ese.

—Ya casi estás —digo mientras saco un lápiz para dibujar el trozo que le falta a la ceja izquierda.

—¿Podemos tomar un trago antes de salir? —pregunta mi madre con un hilo de voz.

—Claro.

—Parece mentira que se haya ido —dice.

—Ya…

Nuestra mirada se cruza. Es el momento de contarle lo del sueño. Pero no lo hago.

❄

El velatorio de James tiene lugar en el pub de su madre justo al mes de su vigesimoquinto cumpleaños. Esquivamos a las mujeres que, de un lado para otro, intentan aligerar el ambiente con té y galletas servidas en platos de papel. El local

se está llenando. Veo a Billy en su taburete de la barra y arrastro a mi madre hacia él.

—¿Dónde está? —pregunto.

Billy señala con la cabeza hacia la pecera que separa la mesa de billar del resto del local.

—Al alma iluminada a la que se le ha ocurrido poner el ataúd sobre la mesa de billar habría que meterle un tiro.

—¿Lo dices en serio?

—Según parece, Shirley quería que estuviera allí.

—Shirley no sabe lo que quiere. Todavía está conmocionada.

—¿Cómo está ella? —Ladea la cabeza hacia mi madre, que sigue agarrada de mi mano. Tiene los dedos de la otra mano metidos en una mata de pelo enredado que se pasa por la cara.

—Hemos bebido un poco en casa —le explico.

—Puede que no haya sido la mejor idea.

—No empieces.

—Solo digo que puede que el alcohol no sea lo más inteligente…

—Mira quién fue a hablar.

Eso lo deja mudo.

—¿Cómo está Shirley? —le pregunto.

—Bueno, te lo puedes imaginar…

—Quiero decir, ¿cómo ha estado contigo?

—Fenomenal, ya me he acercado a darle el pésame.

—¿Crees que…? —Me detengo y vuelvo a empezar—. ¿Crees que Shirley te echará la culpa?

—¿Porque ha sucedido en nuestra granja? No creo. Aunque tampoco creía que pondría a su hijo muerto en una mesa de billar y fíjate. Pero no es conmigo con quien tiene un problema.

—¿Crees que podemos acercarnos al ataúd?

Billy tarda un momento en responder.

—Sí, claro. Cuida de ella.

—Eso intento.

❄

Me acerco a la pecera y noto que los dedos de mi madre se

tensan en mi mano. El agua es de color azul oscuro y contiene una metrópolis de plástico que parece construida con Lego. Antes había peces —un pez ángel blanco y negro llamado Guinness y una pareja de carpas doradas llamadas Gin y Tonic —, pero era cuestión de tiempo que la gente empezara a verter en la pecera chorritos de sus homónimos. La poca luz que sale de las lámparas halógenas en las esquinas del tanque forma vetas eléctricas en el agua y proyecta el azul hacia el otro lado del cristal, de modo que a veces parece que te estás tomando una copa en un acuario.

Nos unimos a la fila de personas que se acercan al ataúd. La mesa de billar está cubierta con un mantel blanco. Una niña con la cara embadurnada de chocolate sale de debajo de la mesa y se hace una capa con el mantel antes de colarse entre la multitud que espera para presentar sus respetos.

Shirley está de pie junto a la mesa de billar, en la parte superior del ataúd abierto, acariciándole el pelo a su hijo. Cuando la gente le da la mano, parece dolida, como si la molestaran. Su exmarido no está junto al ataúd. Imagino que le ha prohibido pasar de la pecera y que está en algún lugar del pub, rebajado a la misma categoría que los demás asistentes.

El ataúd de James ocupa casi toda la mesa de billar. Está cubierto con un sudario desde el pecho hasta abajo. Lo han vestido de traje con camisa blanca y corbata negra. Una de las mangas está vacía por el accidente. Sobre el pecho, una mano solitaria descansa con una ristra de cuentas de rosario entre los dedos. La camiseta del club de hurling cubre el fondo del ataúd, junto con una medalla del condado y un trofeo de jugador del año que ganó en el baile de Navidad.

Estoy al principio de la cola para despedirme y soy consciente del poco tiempo que tengo. Le acaricio el dedo índice desde la punta de la uña hasta el nudillo. Su piel está fría y grasienta, como el sombrero de un champiñón. Me dan ganas de levantarle los párpados para ver las lunas muertas que yacen en las cuencas. Ojalá pudiera quitarle la ropa para examinar el muñón del brazo. Tiene el cuello hinchado y le salen unos pliegues rollizos que me recuerdan a los hombrecillos de pan que fabricaba con la masa que le sobraba

a mi madre en el cuenco de mezclas. Resulta extraño que James viviera dentro de este muñeco de cera que tenemos delante y ante el que nadie sabe bien cómo actuar.

Me acerco a darle la mano a Shirley y ella me abraza.

—Ay, cielo. —Así es como me llama siempre: *cielo* o *tesoro,* porque nunca se acuerda de mi nombre—. Está bien, tesoro, la culpa no es tuya. Nunca te culparía —me susurra al oído.

—Lo siento, Shirley. —Me separo de ella y me doy la vuelta para que mi madre sepa que sigo a su lado, pero ya no está.

❄

El equipo de sonido instalado en la esquina del bar emite un chirrido de acople. El padre John golpea el micrófono con la mano. No está en condiciones de dirigir el rosario. Se afloja el cuello de la camisa con el dedo y se lleva el puño a la boca para acallar un eructo.

Un silencio confuso desciende sobre los presentes, como si no fuéramos capaces de decidir si aún tememos al diablo o si, simplemente, hemos sido bendecidos con una amable tolerancia irlandesa hacia la gente que dice tonterías. El padre John cierra los ojos y apacigua la agitación de su cabeza.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

—Estamos aquí reunidos para consolar y acompañar a la familia Cassidy en estos momentos tan difíciles…

La voz monótona del padre John me lleva a fijarme en la multitud y, como era de esperar, el chico que se queda al fondo en misa aparece con su chándal de la Asociación Atlética Gaélica, como si Dios lo hubiera llamado. Es estupendo verlo de nuevo. Es estupendo que me vea.

Diviso a Mark, el hermano pequeño de James, que sale por la puerta lateral y decido seguirlo. Me digo que necesito aire fresco.

Los coches no están aparcados, sino más bien abandonados fuera del pub. Comparado con las calles de Dublín, nuestro pueblo es poco más que una intersección accidental de carreteras perdidas. Mark está sentado en la grava, apoyado en la pared, con los hombros encorvados y las rodillas contra el

pecho. Me siento a su lado.

Inspira como si acabara de salir del agua.

—Coño, Debbie, no te había visto. ¿Qué tal vas?

—No voy mal. Oye, lo siento…

—Gracias.

—Ha venido un montón de gente.

—Por mí se pueden ir todos a la mierda, la verdad. No lo digo por ti, claro, pero es que…

—Ya, ya.

Nos quedamos callados un rato.

Salgo de mi ensimismamiento. Mark apaga el cigarrillo en la grava. Empiezo a levantarme, pero me pone la mano en el brazo y vuelvo a sentarme. Dejo que me bese. Me concentro en el mecanismo de su boca contra la mía. Su lengua se mueve y tensa la barbilla. Nuestros labios se juntan y él hace ruiditos de succión, como si fuera un ternero. Presiono contra su boca con ganas de absorber el vacío de su interior, pero él se aparta.

—Perdona —digo.

Me doy cuenta de que está enfadado consigo mismo… y conmigo. Me levanto e intento sacudirme la culpa de los vaqueros.

Al volver a entrar, me tropiezo con su novia fuera de los aseos.

—Perdona —vuelvo a decir.

❄

El nivel de ruido en el interior del pub ha disminuido hasta convertirse en la rezonga de una multitud que espera el comienzo de la misa, excepto por unos gritos que llegan desde detrás de la pecera. Los murmullos se hacen entonces más fuertes y la gente se gira para mirarme. Un hombre que no reconozco se acerca y me dice:

—No quiere salir del ataúd.

Todos me miran fijamente a la espera de una reacción. Me dirijo hacia la pecera hasta que veo a Shirley, que, llorando a los pies del ataúd, le grita a mi madre, que está tumbada encima de James. Mi madre se ha tendido sobre su cuerpo y se ha colocado sobre el pelo los dedos rígidos de la mano que le

queda a James. Por la cara le corre un grueso chorro de rímel que mancha la camisa blanca del difunto. El empleado de la funeraria agarra a mi madre por la pierna, la única parte de su cuerpo que logra separar del cadáver. El hombre tiene la mirada vacía, como si estuviera esperando a que alguien le diga qué hacer.

Me acerco a toda prisa y pongo la mano en la cintura de mi madre. Me subo a la mesa de billar y me inclino. Sus músculos están tensos, bien agarrados a James. Tiene los párpados cerrados, pero los mueve.

Me acerco a su oído y le susurro:

—Mamá. —Noto que abre los ojos. Su cuerpo se pone rígido y vuelvo a intentarlo—. Venga, salgamos de aquí y vayámonos a casa.

Le rodeo la cintura con los brazos y la ayudo a incorporarse. Ahora está sentada a horcajadas sobre James. Levanta el peso muerto de la mano de James y se acerca los nudillos a los labios. Billy me echa una mano para levantarla y bajarla al suelo. La agarramos cada uno por debajo de un brazo y cargamos con ella a lo largo del camino que se ha abierto ante nosotros.

Oruga

A la mañana siguiente del velatorio, me encuentro a mi madre acurrucada en un sillón del salón con la edición desplegable de *Alicia en el País de las Maravillas* en el regazo. No se percata de la existencia de nada ni nadie más allá de las páginas del libro. Permanece en ese mismo sillón varias semanas. Empieza por hojear en silencio el mundo que tiene entre los dedos, pero a medida que pasan los días se detiene en una página concreta: la de la oruga.

La comida de la nevera empieza a estropearse. Tiro tomates y arándanos con barbas de moho. A las patatas del zaguán trasero les crecen tentáculos. Billy sabe que es mejor no venir a cenar, así que se larga al pub y Shirley le prepara un bocadillo. Me pide que lo acompañe. Le echo la bronca. Estoy ordeñando más que nunca. Finjo estar enfadada, pero es un alivio salir de casa.

En la universidad es la semana de repaso y no hay clases. Me siento culpable por no estudiar hasta que veo en Facebook las fotos de la gente esquiando y cenando al aire libre en villas italianas. Xanthe está en un retiro de yoga en Nepal. No deja de enviarme fotos suyas haciendo el pino y meditando en la cima de una montaña. Me pregunto quién hará las fotos. Publica citas de autocuidado y motivación en sus historias de Instagram. No le cuento lo de James. Sigue sin parecer real. Tampoco quiero utilizar su muerte como una especie de drama personal.

Xanthe me escribe:

Debs! La meditación ha sido todo un descubrimiento para mí. Deberías intentar meditar en la granja. x

Contesto:

Llevo años meditando en la granja.
Lo llamamos «ordeñar vacas».

Cada vez que entro en la habitación, asusto a mi madre. Intento hacerme notar sin sobresaltarla. Exagero mis movimientos y doy fuertes pisadas en el suelo como si estuviera en un escenario. Cuando eso no funciona, tarareo la melodía de *La gran evasión*. Creo que surte efecto hasta que me doy cuenta de que ha dejado de reparar en mi presencia por completo.

Le preparo infusiones y le llevo cigarrillos. Le sirvo una copa de vino con la intención de sacarla de su trance, pero ni siquiera la toca. La gente aún se siente incómoda y no me pregunta por ella, pero ya tengo preparada la respuesta para cuando haya pasado el tiempo. «Se las apaña bien», diré. Y será verdad. Se las apaña bien para fumar cigarrillos y romper tiras de cartón de un libro infantil con desplegables. Arrancó la oruga completa de la página, la hizo trizas y aún juega con los trocitos que sostiene en el regazo, pero al menos hace algo.

Me arrodillo a su lado para darle de comer con la esperanza de que me mire, ansiosa por que diga algo. Le da una calada al cigarrillo y me mira como si no existiera.

Exhala una nube de humo en mi cara.

—¿Quién eres?

—Debbie, mamá. Soy Debbie.

Sacude la cabeza.

—¿Quién?

❄

Decido llamar al médico cuando se termine el plato de zanahoria con patata que le he machacado y mezclado con mantequilla y leche. Cuando deja de comer, decido que lo llamaré mejor cuando trague lo que tiene en la boca. Después de que se haga pis encima, consigo marcar el número, pero cuelgo antes de que contesten. No tengo palabras para explicar lo que le pasa.

Escaleras

Confundo el martilleo en los tímpanos con mi propio pulso hasta que me levanto de la cama. El ritmo regular cobra más fuerza. Proviene del rellano de la escalera. Me aturde. Lo único que quiero es volver bajo el edredón para amortiguar el ruido, pero los golpes ya están dentro de mí. Cada vez que creo que han cesado, se produce otro.

Abro la puerta de mi habitación y salgo sigilosamente. Mi madre está tirada en el suelo al final de la escalera. Su pelo se extiende sobre el último escalón. Levanta la cabeza, tiene los ojos perdidos en el ritmo de lo que está haciendo, los dientes apretados parecen lápidas rotas, astilladas y amarillas, y están hundidos en un charco de sangre. Baja los ojos para asegurarse de que tiene los dientes alineados con el borde del segundo escalón. Su boca destrozada se prepara para la nueva colisión y vuelve a desplomar la cabeza.

Llego a la escalera a tiempo de impedir que lo repita. Le abrazo la cabeza y le levanto la barbilla hacia mí. Tiene los labios hinchados, frágiles, azulados y ensangrentados como el pescado crudo. Se le ha astillado una paleta y la otra se le ha caído y ha dejado un agujero inflamado en la encía. Las lágrimas brotan de sus párpados desnudos. Se ha quedado sin pestañas y cejas que arrancar, pero levanta una mano y se tira de unos mechones de la cabeza. Le aparto el brazo y le acaricio la mano. Tiene una calva en la coronilla, suave y vulnerable como la fontanela de un bebé. Los agujeritos del cuero cabelludo me miran. No sé qué hacer.

El olor a sudor me llega al fondo de la garganta. La levanto y la subo a rastras por las escaleras. Intento cargar su peso sobre la espalda, pero no se agarra a mí. No logro mantener el equilibrio. Se desploma contra la pared y la empujo para sostenerla, pero no tengo tanta fuerza. Vuelve a caerse.

❄

Por fin, llegamos al baño. La siento contra el lateral de la bañera. Inclina la cabeza hacia un lado y después le rueda hasta el pecho. Le quito los pantalones y descubro que tiene unas costras secas de sangre menstrual pegadas al vello púbico que cuelgan formando manojos que se descascarillan como ceniza. Corto los mechones con unas tijeras de uñas y los recojo para tirarlos a la basura. No deja de escupir el pañuelo de papel que restaña la hemorragia de la boca. Ahora también le sangra la nariz y se estremece si se la intento tocar.

Al llegar la ambulancia, los sanitarios empiezan a hacerme preguntas con mucha educación. Les digo que se ha caído por las escaleras. Me da igual que no me crean y que le hablen directamente a mi madre como si a ella le importara algo lo que le está pasando.

—No os oye —les digo.

Le iluminan los ojos con una linterna como en las películas.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —me preguntan.

—¿Sangrando?

—Sin responder —aclaran.

—No sé… ¿Un tiempo?

—¿Varias horas?

Niego con la cabeza.

—Alrededor de dos semanas…

❄

—Se ha caído por las escaleras —digo.

—¿La has visto caer?

—Sí —miento.

—Y no había nadie más en casa.

—No.

—¿Y tu padre?

—No está.

—¿Solo estáis tú y tu madre en casa?

—Sí. Mi tío vive ahí cerca.

—Vale, ¿y dónde estaba…?

—Estaba fuera, ordeñando las vacas. Veréis, ella ha pasado por un mal momento. Un amigo cercano falleció. Está de duelo.

—Lo siento.

—Gracias.

—¿Quién? —dice mi madre.

❄

Es como si nos hubieran descubierto. Pretenden asignarme un trabajador social, pero, cuando les digo que tengo dieciocho años, se ven con las manos atadas. Les digo que no pasa nada para tranquilizarlos. Que mi tío está en casa. No voy a estar sola. Me dicen que no me corresponde a mí cuidar de mi madre.

Me agarro a la manta isotérmica que uno de los sanitarios me ha puesto sobre los hombros. Cuando me la ha dado, me ha parecido una ridiculez innecesaria. No había escapado de un edificio en llamas ni había corrido una maratón. Ahora se lo agradezco.

No sé qué hora es. Me siento confusa al ver que fuera hace sol. Siento una especie de *jet lag,* como si hubiéramos viajado durante mucho tiempo.

Billy entra corriendo en el vestíbulo del hospital en el momento en que estoy comprando chocolatinas en una máquina expendedora.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Es por aquí —le digo mientras vuelvo a la sala—. Puede que te lleves un susto cuando la veas. Se le han saltado dos dientes y se ha partido otros dos. Se ha roto la nariz y tiene una fractura orbitaria o algo así.

—¿Una fractura de la cuenca del ojo? —pregunta.

—Creo que sí.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha golpeado la cabeza contra un escalón. Un montón de veces.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Yo qué sé! Lleva semanas sin hablar conmigo, Billy. No quiere hablar con los médicos. Dudo que sepa lo que está pasando.

Dejo que asimile la información con una mezcla de superioridad y culpa. Llegamos a la sala y rodeamos la cortina que han echado alrededor de la cama de mi madre. Cuesta saber si está despierta. Le han cubierto la nariz con una escayola. Tiene la zona de debajo de los ojos como ciruelas pasas y el párpado izquierdo cerrado por la hinchazón.

—Le van a dar el alta —le digo.

—¿Estando así?

—Dicen que puede recuperarse en casa.

—Pero si es un puto vegetal.

—Según parece, todas las constantes vitales están bien.

Billy está sentado en una silla con la cabeza entre las manos. Se levanta y suspira.

—De acuerdo —dice, como si tratara de convencerse a sí mismo—. De acuerdo.

❄

Paso dos días en casa vistiendo a mi madre, dándole de comer y acostándola. Billy irrumpe por la puerta trasera mientras la acomodo en el baño. Ve que la sujeto por la cintura al tiempo que me peleo con la cremallera de sus vaqueros. Agarra las llaves del coche.

—Vamos —dice—. No podemos seguir así.

❄

De nuevo en Urgencias, esperamos durante trece horas para ver a un médico. Al principio, la enfermera de triaje se muestra preocupada, hasta que le decimos que ya hemos estado en el hospital y que le han dado el alta.

❄

Mi madre se queda mirando al infinito mientras el médico recita una lista de opciones, la mayoría de ellas inadecuadas

para el estado en que ella se encuentra. La sugerencia más extraña es una clase de *mindfulness*. Billy y yo cruzamos la mirada.

—Por desgracia, la lista de espera para un tratamiento hospitalario sin seguro médico privado es de locos —esto último lo dice sin ironía.

—¿Y con seguro? ¿Si le hago un seguro ahora mismo?

—Bueno, no hay ninguna garantía, pero sin duda tendría más posibilidades.

—Yo me encargo. —Billy estrecha la mano del médico como si le acabara de vender un rebaño de vacas.

Mundo hotelero

Llaman a Billy para comunicarle que hay una cama libre para mi madre. Él acepta la noticia como si hubiera conseguido una reserva de hotel de última hora.

—Vale, estupendo. Muchísimas gracias. Gracias. —Me muestra un pulgar hacia arriba.

Tengo sus maletas preparadas, listas para marcharnos. Llevamos días esperando esta llamada. Cada vez que Billy se acercaba a la puerta trasera, tenía que contenerme para no salir corriendo y rogarle que volviera a llamarlos.

Cuelga el teléfono.

—Debs, yo la llevo. No hace falta que vengas. Me las arreglaré solo.

—Quiero ver cómo es el sitio.

Suspira.

—De acuerdo.

❄

Durante el trayecto en coche, no dejo de abrir y cerrar los ojos para asegurarme de que no estoy soñando. El vientre se me ha contraído con fuerza, como si intentara asirse a la realidad. Cuando cierro los ojos, estoy en casa con el olor a mierda de vaca y las conversaciones de mierda de la radio. Cuando los abro, la lluvia deforma la ciudad por fuera de la ventanilla. La estación de Heuston pasa volando; me enorgullezco al reconocerla y me aferro a ella como si fuera un hito de cordura.

❄

Todo el mundo ha oído hablar del hospital Saint Patrick, conocido popularmente como Saint Pats. Es donde acuden los

alcohólicos y los anoréxicos para rendirse. Esperaba que estuviera en las afueras, pero es un edificio de ladrillos rojos en pleno centro de Dublín.

—Fue idea de Jonathan Swift —le digo a Billy mientras aparca.

—¿Qué?

—Este sitio. Cuando murió dejó dinero para que lo construyeran.

—¿El tipo que escribió *Los viajes de Gulliver?*

—Sí, y *Una modesta proposición,* ese que va de comer niños.

—Tu abuelo tenía una expresión buenísima para cuando tenía hambre. Decía: «Me comería el culo de un niño sentado en una silla de acero».

—Qué bonito —digo.

❄

La lluvia golpea la cara de mi madre cuando la sacamos del coche. Por un momento pienso que las pequeñas salpicaduras de agua provocarán un milagro. Ella tiembla de frío, pero no es capaz de mantenerse en pie. Billy y yo, cada uno a un lado, la acompañamos hasta la puerta principal.

Traen una silla de ruedas, pero nos da impresión de que no creen que la necesite. Mientras una enfermera la acomoda en el asiento, se da la vuelta y le guiña el ojo a Billy.

—Para cuando acabe la semana, ya la tendré caminando por aquí.

Dejamos las cosas de mi madre en su habitación y la enfermera nos ofrece una visita guiada por el recinto. Entramos en varias habitaciones luminosas. Un sillón parece imponer su color púrpura en la sala. Las mesas son rotundamente azules. Dondequiera que mire, veo círculos en vez de óvalos. Los cuadrados triunfan sobre los rectángulos. Todo en este sitio me recuerda a cuando me hacían colorear dentro de las líneas en la escuela primaria.

La enfermera nos muestra la sala de música y la de arte. Hay una biblioteca. Parece optimista sobre la posibilidad de que mi madre use el gimnasio.

—Estas son solo algunas de las cosas que haremos —

comenta.

Me gusta cómo utiliza el plural mayestático para referirse a mi madre. Le queda bien.

❄

Antes de que nos demos cuenta, nos disponemos a dejar que mi madre se instale y a abandonarla en este espacio simplista. Espero a que Billy salga de la habitación antes de buscar en la maleta el caracol pala. No estoy segura de haberlo guardado, pero ahora me parece indispensable. Palpo entre la ropa hasta que noto su frialdad, el extraño y retorcido cuenco de hueso.

Le acerco el caracol a la oreja. No hay ningún cambio en sus ojos. Se lo coloco en la palma de la mano y hago que ponga la otra mano encima. Siento como si intentara convencer a un pájaro para que incube un huevo que no es suyo, como si le suplicara en silencio que adopte esta esperanza delicada y ajena.

Amor Técnico

Estoy en el sofá de Xanthe viendo pasar los créditos de *Lost in Translation* en la pantalla de su portátil. Me dijo que era su película favorita y, como yo no la había visto, la pusimos. Trata del tío de *Los cazafantasmas* y de Scarlett Johansson, que dan vueltas por Tokio mientras intentan no aburrirse. Y ya está. Me siento estúpida porque esperaba que pasara algo. Xanthe me explica por qué considera que el director es un genio. Creo que no me sé el nombre de ningún director de cine aparte de Steven Spielberg.

—No te ha gustado —dice.

—¡Sí que me ha gustado! —protesto, pero ella sabe que estoy mintiendo. No me ha quitado el ojo de encima para observar mis reacciones durante las escenas que le parecían mejores.

Se limpia la suciedad de las uñas, la recoge con la punta del índice y la sacude.

—Es la típica película que tienes que ver sola.

Me siento molesta. Se supone que ella debería consolarme. En su programación semanal, tengo el papel de la amiga afligida y necesitada. Por fin le he contado lo de James y su deseo de ser una buena amiga se ha disparado de inmediato. Me fijo en el tiempo que me ha asignado en la agenda que tiene encima del escritorio: ha tachado el voluntariado con la Sociedad San Vicente de Paúl y el yoga para pasar el tiempo viendo películas y preparándome té. Ha pulverizado bruma de lavanda sobre el sofá para ayudar a relajarme. Incluso me ha regalado una cosa que se llama «paquete de cuidados»: una caja de zapatos llena de productos para el baño, pañuelos, velas perfumadas y chocolatinas que sé que me comeré yo sola. Ella nunca come. Finge que tiene el estómago revuelto o le echa la culpa a las alergias alimentarias, pero ya he averiguado

lo que le pasa en realidad. Mientras ella estaba en el baño, he hojeado una pequeña libreta amarilla que tiene en su escritorio y he visto la lista de alimentos consumidos durante el día con sus respectivas calorías.

140 g de gachas con agua 109
Medio pomelo 52
Tortita de arroz 35
200 g de yogur de soja con miel 180
Ensalada de superalimentos 208
T2 con leche de avena 72
DIENTES LAVADOS
TOTAL: 1407

Le he dado las gracias por el paquete de cuidados con cierta torpeza. Ni siquiera le he hablado de mi madre. Se supone que estoy de luto por James, pero todavía no he asimilado que se ha ido. Si me obligo a pensar en él, no siento absolutamente nada.

Xanthe ha hecho más arreglos en el apartamento desde la última vez que estuve aquí. Durante su último arrebato consumista, se llevó todo el contenido de una tienda de plantas de interior.

—Hay tantas que me resulta incómodo —me explica—. Vi una publicación en Instagram sobre las plantas de interior más fáciles de mantener, le di y a partir de ahí la cosa se me fue de las manos. Me gasté tanto dinero que el envío me salió gratis.

Me las presenta como si fueran miembros de una familia recién formada.

Lleva los párpados pintados de amarillo y unos trazos atrevidos de delineador negro sobre las pestañas. Se ha puesto un kimono de seda amarillo que hace juego con los girasoles naturales del baño.

He visto un extracto bancario suyo en la mesa de la cocina. Tiene cinco mil euros en la cuenta. No recuerdo la última vez que mi cuenta no estuvo en descubierto. Billy me transfiere trescientos euros al mes. Antes de empezar la universidad, pensaba que eso era una pasta.

❄

Decidimos ver un episodio de *Las chicas Gilmore*. Aparece un anuncio emergente de esos que tienes que ver durante cinco segundos antes de que te dejen saltarlo.

Hay una pregunta de tres palabras que NUNCA JAMÁS debes hacerle a un hombre si quieres que sea tu novio, tu marido o algo más que un simple ligue del que no volverás a saber nada.

Xanthe se dispone a saltarlo.

—Déjalo —le pido.

—¿En serio?

—¿No quieres saber cuál es la pregunta que ese sociópata considera que jamás hay que hacerle a un hombre? —Vuelve a recostarse—. El pavo este tiene más de sesenta millones de visitas —digo.

—Me apuesto la ceja izquierda a que tenemos que suscribirnos a algo para enterarnos de la pregunta secreta.

La pregunta es: «¿_____ _____ conmigo?».

—Bueno, ya es más de lo que pensé que averiguaríamos.

Le he preguntado a MUCHÍSIMAS mujeres cuál es esta pregunta y solo una de cada cien acierta. Solo el uno por ciento.

¿Y TÚ?

¿Sabes cuál es?

En la pantalla aparece la foto de un tipo con los brazos cruzados y una ceja levantada. Su lista de credenciales incluye ser autor de varios *bestsellers,* experto en relaciones y estrella de la televisión. La página web se llama Amor Técnico. Promociona cursos sobre el acceso a la psique masculina y qué hacer para conseguir que los hombres te adoren.

—La gente se suscribe —dice Xanthe.

—Creo que sé cuál es la pregunta.

—¿Cómo era?

—Espacio, espacio, conmigo.
—Y qué crees que es.
—¿Quieres follar conmigo?
—Joder, Debbie.
—¿Qué?
—Madre mía.

❄

Me pregunto si Xanthe habla alguna vez así con él. ¿Se compra ropa interior bonita para complacerlo? ¿Intenta provocarlo? ¿Es el sexo una especie de embaucamiento? ¿Actúa para él? ¿O consiste en algo más real? ¿Te hace ser vulnerable? ¿Le ha dicho él ya que la quiere? Me trago los pensamientos. Me encuentro mal. Tal vez pueda ir al baño y vomitar los celos.

❄

—¿Te diviertes conmigo? —pregunta Xanthe.

—Claro que me divierto contigo —contesto demasiado rápido.

—No, intento rellenar los espacios en blanco. —Se ríe. La miro—. Los espacios en blanco de la pregunta.

—Ah.

—Pero gracias por confirmármelo. —Entrecierra los ojos—. A veces creo que no te caigo bien.

—¿Qué? Claro que me caes bien.

—Hmmm…

—Tengo celos de ti —admito.

—Bueno, yo también tengo celos de ti.

—¿Qué? ¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Pareces más auténtica que otras personas. Será por la granja, supongo. No estás atrapada en la burbuja universitaria. Envidio que vivas en tu casa y que estés cerca de tu familia. Yo no soportaría vivir con mis padres. Ya no.

—Pero quiero irme de casa —digo.

—¿Estás bien?

Se ha dado cuenta de que mi voz se ha quebrado y se lanza

a la yugular. Parece que ha ganado. Ha logrado su objetivo del día. Ha conseguido estar ahí para mí.

A la mierda, pienso.

—Mi madre no está bien —le digo.

—Pues claro que no está bien, después de todo lo que ha pasado…

—No, no está bien de verdad. Está en el hospital.

—Ay, Dios. ¿Qué le pasa?

—Está en el Saint Pats —digo, y suelto una risa nerviosa—. Justo allí enfrente. No está bien de la cabeza. Nunca ha estado bien. De la cabeza, quiero decir. Pero nunca la había visto tan mal como ahora.

—Ha sido muy duro para todos vosotros —dice Xanthe, frotándome el hombro.

—Yo maté a James —susurro.

—Ay, Debs, eso no es verdad. Fue un accidente.

—La culpa de que esté muerto es mía.

—Es normal que la gente se eche la culpa a sí misma después de un suceso traumático.

—No —insisto para escapar del tópico—. Yo lo vi. Lo soñé mientras sucedía. Yo estuve allí mientras dormía. Sé que parezco una loca. Sé que no tiene ningún sentido, pero yo estuve allí cuando ocurrió y pude haberlo evitado.

—Solo tuviste una pesadilla, Debs.

—La pesadilla fue real. Sucedió en tiempo real. Yo estaba allí mientras sucedía. Yo era James en el sueño. Sentí que se moría.

—Eso suena fatal. Qué horror, en serio.

—Sueno como mi madre —murmuro hacia su edredón.

—Ya está, Debs —dice, acariciándome la espalda—. Todo va a ir bien. Te lo prometo.

❄

Xanthe sigue frotándome la espalda. He llorado tanto que me siento resacosa.

—Perdóname —digo.

—No te disculpes. Lo necesitabas.

—Ahora me da vergüenza.

—¿Por qué te da vergüenza?

—Porque pensarás que estoy loca.

—No, no pienso eso. —La miro—. De verdad, no creo que estés loca —me asegura—. Eres mi mejor amiga, ¿lo sabes?

—No tengo una mejor amiga desde primaria.

—Bueno, pues no tienes elección. Vuelves a tener una mejor amiga. No puedes deshacerte de mí.

—Vale —le digo, moqueando.

—Bueno, ¿vemos *Las chicas Gilmore?* ¿Los inicios de Jess y Dean?

—Equipo Jess —respondo.

—Jess es un capullo.

—¡Pero le gusta leer!

—¡Es gilipollas!

—Todos son gilipollas. Unos idiotas egocéntricos. Aparte de Kirk… y de Lane. —Abre el portátil. El anuncio de Amor Técnico sigue en la pantalla.

—Espacio, espacio, conmigo —dice—. ¿Qué tal «Quieres casarte conmigo»? Eso sin duda los incita a hacer las maletas antes de tiempo.

—Tal vez.

—Seguro.

Pulsa el botón de inicio y nos ponemos a bailar con la sintonía, tan familiar, de *Las chicas Gilmore*.

Clases de beber

A la mañana siguiente de una noche de fiesta, Billy me encuentra desmayada en el establo de los terneros, con mi vestido ajustado y mis fieles tacones. Me lleva a casa y me mete en la cama, coloca un vaso grande de agua en mi mesilla de noche y un cubo en el suelo. Más tarde, después de que me beba el agua y vomite en el cubo, llama a la puerta de mi habitación.

—¿Debs?

—¿Sí?

Asoma la cabeza por la puerta y me sonríe.

—«Salieron de los sepulcros y se aparecieron a muchos».

—Mmmm.

—¿No te quedabas en casa de Santy? —me pregunta.

—Sí —contesto.

—¿Y cómo has llegado a casa desde Dublín?

—No me acuerdo.

—¿Cómo te has hecho ese moratón en la pierna?

Levanto el edredón y veo que tengo un impresionante hematoma morado en el muslo.

—Ni idea —respondo.

—¿Qué bebiste? —pregunta Billy.

—WKD azul.

—Madre del amor hermoso. Vamos a tener que darte unas clases sobre bebida.

—Hmmm.

—En serio te lo digo. Ningún pariente mío puede mostrarse en público bebiendo la mierda esa de *alcopops* que no son más que bazofia con azúcar. ¿Cuántos te tomaste?

—No sé.

—¿Había vodka?

—Tal vez.

—Solo podemos hacer una cosa. —Se sienta en el borde de la cama y me toma el pulso—. Te voy a recetar unas pintas de cerveza.

—No me gusta la cerveza, sabe a meado.

—Pues tendrás que acostumbrarte. Es la única manera.

—Vete, Billy.

—El domingo. A las ocho. Te llevaré al pub y te enseñaré a beber como Dios manda.

❄

El domingo ordeñamos las vacas juntos.

—¿Qué te vas a poner para ir al pub? —me grita Billy por encima de la máquina de ordeño.

—¿Temes que nuestros trajes desentonen? —le grito.

—No estarás pensando en ponerte esos zancos que llevabas la otra noche.

—Ni por asomo.

—Menos mal.

—Menudo cromo, ¿no? Entrando en el pub de Shirley con mis tacones de aguja un domingo por la noche.

—Era solo una pregunta.

—¿Crees que no tengo dos dedos de frente?

❄

Robo un jersey azul del armario de mi madre. Últimamente me pongo mucha ropa suya. Combino el jersey con unos vaqueros negros. Se me pasa por la cabeza calzarme unas botas de zorrón hasta la rodilla para cabrear a Billy, pero me decido por las botas militares. Él me espera en la puerta.

—Bueno, ¿me das el visto bueno?

—Ese calzado está bien. Parece que puedes caminar con él.

—¿Qué tienes en contra de los tacones?

—No tengo nada en contra de los tacones. Solo que cuando las jóvenes os los ponéis os transformáis en terneros recién nacidos que están aprendiendo a andar.

No se me ocurre nada inteligente que decir, así que le dejo creer que ha ganado.

—Los chicos seguramente ya estarán allí —me informa Billy.

—¿Qué chicos?

—Los chicos. No pensarás que vamos a beber solos.

—Ay, Billy, ¿con quién voy a tener que hablar?

—No vas a tener que hablar con nadie si no quieres. Lo único que tienes que hacer es aflojar el bolsillo cuando sea tu ronda.

—Te garantizo que voy a pagar solo lo mío.

Billy se detiene en medio de la carretera.

—De eso nada. Te vas a comportar como una persona civilizada. Las cosas se pueden hacer bien o se pueden hacer mal. Y te aseguro que lo del vodka es hacer las cosas mal. Lo sabrías si alguna vez hubieras visto a tu abuela como una cuba.

❄

La barra de los viejos es un rinconcito que se encuentra nada más entrar en el Cassidy a la derecha. Es un lugar diminuto reservado para clientes habituales que se sientan en taburetes de madera. En una noche concurrida, desde allí se tiene la panorámica de todo el pub, excepto de las mesas de billar que están detrás de la pecera. Es una zona VIP, como un palco en el teatro: una atalaya ideal para los vejestorios metomentodo.

—Debbie ha venido a tomar su primera pinta legal —anuncia Billy—. Shirley, ¿qué nos recomiendas?

Shirley sale de detrás de la barra y me abraza aplastando las tetas contra mi cara.

—Ven aquí conmigo, tesoro. Billy, ¿a ti qué se te ocurre?

Me miran como padres orgullosos. Billy señala un posavasos y le da la vuelta para que yo lo inspeccione. Una chica pelirroja sonríe mientras sostiene una pinta de pis.

—¿Quieres probar una de esas?

Me encojo de hombros.

—Dos Heinekens, por favor, Shirl.

—¿Cómo sigue Jacob? —pregunta ella mientras nos sirve las pintas.

—Ay, el pobrecillo no sabe ni dónde tiene la cara —dice Billy.

—Así estamos todos —contesta Shirley.

Tras la muerte de James, Shirley quiso quedarse a Jacob como mascota, pero el perro no estuvo por la labor. Cuando desapareció, llamó a Billy para que lo buscara. Él lo encontró en su sitio de siempre, en el tractor, con la cabeza apoyada en la ventana, esperando a James. Billy intentó sacarlo, pero al ver que lloriqueaba, lo dejó allí y pensó que acabaría por bajar él solo. Desde entonces no se ha alejado del tractor, ni siquiera para comer, y tenemos que llevarle allí la comida. Cada vez que subo los escalones del tractor para ponerle un poco de alimento enlatado en el plato, me invade una sensación extraña. Siento que James está allí. Es como si visitara su tumba.

❄

En una esquina de la barra de los viejos hay un apartado donde, como todo el mundo sabe, Billy se rodea de sus acólitos. En ella hay dos hombres que vigilan los culos de sus pintas.

—Tíos, Debbie; Debbie, tíos —nos presenta Billy.

Por supuesto, Billy no menciona su nombre. Se supone que debo saber quiénes son.

Está Dooley, que reparte su tiempo entre comer bocadillos, cuidar de su anciana madre y tomar pintas con Billy. El otro hombre es más joven, de unos treinta y tantos años. Es uno de los Mooney. Lo reconozco porque es ministro de la Eucaristía en misa.

Billy me acompaña hasta un asiento y me explica el plan.

—Estos tíos se han terminado las pintas, lo que significa que probablemente irán juntos en las rondas. No tenemos que preocuparnos, se cuidarán entre ellos. La única persona de la que tienes que ocuparte es de mí. He pagado esta ronda, así que espero que las siguientes sean tuyas.

Mooney sonríe.

—¿Eso qué es? ¿Billy dando una conferencia sobre la bebida?

—Es su especialidad, la verdad sea dicha —contesto.

Los hombres se ríen.

—¿Qué sueles tomar, Debbie? —pregunta Dooley.

He comprobado que está mal visto decir vodka, así que digo:

—Vino.

—Hostia puta. —Billy se frota la sien—. Bueno, vale. Una copa de vino es lo mejor para acompañar una cena o un buen libro, pero no puedes pasarte la noche bebiendo vino porque acabas fatal.

—Billy, ¿alguna vez sigues tus propios consejos? —pregunta Dooley.

—Tú calla —le responde Billy—. ¿Qué más? Escucha, hay una regla de oro a la hora de beber en un pub: si alguien te invita a una copa, se la devuelves sí o sí.

—Mi vaso lleva media hora vacío esperando a que este gilipollas me invite a otra —dice Mooney.

—No le hagas caso, Debbie, es un mentiroso —dice Dooley, pero se levanta y se saca la cartera del bolsillo trasero.

Billy continúa como si no le hubieran interrumpido:

—Si vas a lo barato y compras botellitas de alcohol, cambia el vodka por el whisky y aprende a beberlo solo. Si sientes que te sube demasiado, pide agua con gas, con hielo y lima, y finge que es ginebra. Pero nunca pidas ginebra. Es una estafa y te hace llorar. Tómate tu tiempo. Tienes que encontrar el punto exacto en el que puedas hacer el tonto sin perder del todo el control. Ahí no hay libertad. No esperes que nadie cuide de ti cuando estés tan borracha que no te mantengas en pie y, si alguien te cuida, asegúrate de agradecérselo la próxima vez que lo veas sobria, por muy avergonzada que estés. —Hace una pausa en busca de alguna señal que le indique que lo entiendo —. Hay reglas tácitas en la bebida social. Que alguien te ofrezca una copa no significa que debas aceptarla. La otra noche no fue la última vez que acabarás con un pedal del quince —añade—. Tienes derecho a uno de esos de vez en cuando, siempre que no lo conviertas en un hábito.

—¿Siempre que no acabe como tú, quieres decir? —pregunto.

A Mooney le salen hoyuelos cuando se ríe.

—Para el carro —dice Billy. Su atención se desvía cuando

Shirley lo llama para que se acerque a la barra—. Vuelvo en un minuto.

❄

Para gestionar el silencio entre Mooney y yo, rompo el posavasos y vuelvo a unir los pedacitos con mucha atención mientras finjo no darme cuenta de que me está observando.

—¿Sabes? —Hace una pausa y lo miro—. Eres clavada a tu madre.

—Eso dicen —contesto, y vuelvo a bajar la vista al puzle del posavasos.

—Fuimos juntos a clase en el instituto. Maeve White. La chica más lista que he conocido en mi vida.

Asiento con incomodidad. Habla de ella como si estuviera muerta.

—¿Cómo está? —me pregunta.

—Regular.

—La próxima vez que la veas dile que Murt Mooney ha preguntado por ella.

—Lo haré.

❄

Me siento aliviada cuando veo que Billy y Dooley vuelven acompañados de Shirley.

—Cielo, Billy y yo hemos estado hablando —dice Shirley mientras me pone la mano en el hombro— sobre qué hacer con el coche de James. Hemos pensado que a lo mejor te gustaría quedártelo para poder ir y venir de la universidad.

—Pero no sé conducir —replico.

—No eres la primera que se lanza a las carreteras de por aquí sin saber conducir —dice Billy—. Yo te enseñaré.

—Pero tampoco tengo el teórico.

—Bueno, pues será mejor que te lo saques. —Shirley parece molesta.

—Perdona, no pretendía… ¿Estás segura?

—Por supuesto, tesoro —responde.

—Gracias, Shirley.

—De nada —dice mientras quita los vasos vacíos de la mesa. Parece haber olvidado que Violet en un principio perteneció a Billy.

—Billy —digo una vez que Shirley ya no puede oírnos—. Violet lleva diez años sin pisar una autopista.

—No hace falta que llegues hasta la ciudad, puedes empezar conduciendo hasta la estación de tren.

—Pero ni siquiera tiene cinturones de seguridad.

—Ya arreglaremos eso. —Suelta la pinta y se vuelve hacia mí—. Es tu ronda.

Me levanto, aliviada de que la conversación haya terminado. Noto que los ojos de Mooney me siguen hasta la barra.

❄

A la sexta pinta, Murt Mooney y yo somos amiguísimos. Dooley y Billy se han ido al otro lado de la barra a jugar al billar. Decido confesarme:

—Me gustan tus hoyuelos.

—Tú también los tienes —me dice tocándome la mejilla con el dedo.

—En inglés, la palabra *hoyuelo* viene de *tümpel,* que significa 'estanque'. Me gusta, como si tuvieras un estanque en la mejilla. —Le devuelvo el golpecito con el dedo.

—Eres lista, como tu mami —dice.

—También son como un bache. Un bache en la cara. Un gran cráter. —Le doy más toquecitos en la cara.

Me mira.

—Venga —dice, levantándose del asiento—. Vamos a tomar un poco el aire.

Cojo el abrigo, agarro mi pinta y lo sigo por la puerta hasta la carretera. Ya sé dónde vamos.

❄

En Fourknocks, la verja está abierta. Murt habla, pero yo no lo escucho. Si no hubiéramos bebido, me daría miedo este lugar. Subo corriendo los escalones de la colina y los vuelvo a bajar

tambaleándome. Luego comienzo a dar vueltas cada vez más rápido hasta que me caigo.

Dejo que me atrape.

Entonces oigo la voz de Billy desde el interior de mi cabeza.

—¿Qué coño haces?

Murt se aparta y se levanta. Billy nos mira desde arriba.

—Billy, te juro que se me ha echado encima —dice Murt—. Yo nunca… Quiero decir, es una niña, yo solo…

—Sí, Murt, tienes razón. Es una niña.

—Billy… —Intento hablar.

—Cállate —me ordena.

❄

Caminamos en silencio hasta casa. Cuando llegamos a la puerta, Billy se vuelve hacia mí y me dice:

—Ya conoces el dicho de que se necesita un pueblo entero para criar a un niño. Bueno, pues en tu caso se necesitó un pueblo entero para concebirlo. Cualquier hombre que veas por aquí podría ser tu padre. Así que ten mucho cuidado de en qué boca metes la lengua. Por Dios, Debs. El interés de Murt Mooney en ti es cero patatero. Sigue loco por Maeve, y hace falta estar loco para estar loco por ella. No puedes ir por ahí lanzándote sobre los hombres…

—No me he lanzado sobre él.

—¿Y cómo llamas a eso entonces?

—Solo ha sido un beso.

—Mis cojones, Debbie. Solo intento ayudarte.

—¿Ayudarme con qué? Ya no soy una niña.

—¡Pues claro que lo eres! Eres una niña, joder, tienes toda la vida por delante.

—¿Por eso tengo que acatar todas tus órdenes? ¿Se supone que al final de cada lección de vida tengo que decirte: «Gracias, tío Billy, cuando sea mayor quiero ser como tú»?

—No vas a ser como yo, Debs —me contesta mientras se da la vuelta para volver al pub—. Eres igualita que tu madre.

Clases de conducir

Vuelvo a casa después de haber salido a correr y pisoteo los listones del guardaganado. Antes de salir ya me escocía una ampolla en la parte posterior del talón derecho. Me he regocijado en la creciente molestia a medida que he aumentado la velocidad. Me limpio el sudor de la frente y, con las yemas de los dedos, me arranco costras de sal impregnada en la piel. Ahora apenas puedo caminar. Entro cojeando en casa en busca de un vaso de agua. Abro la puerta y compruebo en el móvil la distancia que he recorrido. Trece kilómetros está bastante bien, creo. Estoy contenta.

—¡Hombre, Debbie!

—¡Coño!

Mark Cassidy está de pie en calzoncillos en medio de la cocina.

—¿Cómo va eso? —pregunta mientras mete la cabeza en una camiseta.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba echándole una mano a Billy en la sala de ordeño. ¿Cómo va eso? —repite.

—Muy bien —contesto—. ¿Y tú cómo estás? ¿Cómo está Deirbhle?

—Muy bien, sí —Es su novia. Ambos estamos sorprendidos de que la mencione.

—¿Sigue Billy ordeñando?

—Sí, debe de estar a punto de acabar. He tenido que irme antes porque tenemos partido.

—Muy bien —digo—. Que haya suerte.

Bajo los escalones de la sala de ordeño al tiempo que oigo a Billy golpear a una vaca con una tubería de plástico.

—¡Levántate ya, cabrona hija de puta!

La vaca se niega a subir al primer comedero. Está muerta de

miedo, paralizada por el terror. Billy sigue azotándola y ella le da una coz con la pata trasera, ya sea como acto de rebeldía o como último recurso. No lo sé. Es una vaquilla joven que acaba de parir; la placenta aún le cuelga de la cola y se balancea de un lado a otro con sus patadas. Todo su cuerpo se estremece y, por fin, cuando Billy deja de azotarla, se adelanta con delicadeza para adoptar la posición correcta.

—¿Qué hace Mark Cassidy en nuestra cocina? —le pregunto.

—Me estaba echando un cable.

—¿Por qué no me llamaste a mí?

—Porque nunca estás en casa cuando te necesito. Te busco para que me eches una mano y estás por ahí a tu rollo, corriendo. Y él se ofreció a ayudarme. ¿Qué iba a decirle, que no?

Pone la máquina de ordeñar en la primera vaca de la fila de las dóciles. El golpeteo familiar de las cuatro copas de ordeño succiona la leche de las tetas. Me pregunto si saben cuánto se les está arrebatando.

❄

Cuando Billy vuelve de fuera, pongo la tetera.

—Es un poco precipitado sustituir a James por Mark —comento—. Ya hemos matado a un Cassidy.

—A Shirley le parecerá bien.

—Me importa una mierda Shirley.

—¿Estás lista para tu primera clase de conducir? —me pregunta Billy.

—¿Cuándo es?

—Ahora.

—Gracias por avisar con tiempo —contesto a sabiendas de que la idea se le acaba de ocurrir.

—De nada. Las clases son gratuitas, pero ella quiere que la avise con suficiente antelación.

—Voy a tener que recibir clases reales antes del examen, no sé si lo sabes.

—Ah, eso es una gilipollez.

—De gilipollez nada. Tengo que demostrar que las he

recibido.

—Seguro que Murt Mooney nos las firmará. Es profesor de autoescuela.

—Y eso no será incómodo, claro.

—Será incómodo por culpa tuya, no mía.

Abre la puerta de la nevera y frunce el ceño.

—¿Qué coño es esto? —Ya ha visto el cartón.

—Leche de avena.

—¿La avena tiene tetas ahora o qué?

—Estoy probando cosas nuevas.

—Estás pagando por una leche falsa en lugar de tomarte gratis la verdadera. Creía que la universidad te haría más inteligente.

—Estoy ampliando horizontes.

Suspira.

—Te vas a escapar de esta. Vamos. Coge las llaves del coche.

❄

Violet arranca a trompicones.

—Perece que tiene gripe —comento medio en broma con la esperanza de que la clase se posponga por indisposición.

—Va a ir bien. Pararemos de camino para echarle gasolina.

—¿De camino a dónde?

—No lo sé todavía. Depende de lo bien que se te den la izquierda y la derecha.

—¿Vamos a ir por la carretera? —pregunto.

—¿Y por dónde vamos a ir si no?

—No creo que pueda ir por la carretera, Billy.

—Por supuesto que puedes. Vamos. Mete la marcha. —Lo miro desconcertada—. La primera marcha. Aquí arriba. Venga. Embraga y mueve la palanca.

—¿Cuál es el embrague?

—No me vengas con chorradas. Está en el mismo sitio que en el tractor.

—No voy a ir hasta el pueblo, Billy.

—¿Por qué no?

Imagino que me paro en mitad del puente encorvado que

lleva a la gasolinera y le doy un golpe al coche de atrás porque soy incapaz de levantar el freno de mano correctamente.

—Necesito saber a dónde voy antes de salir. Poquito a poco. Es la primera vez.

Billy suspira.

—Vale. Primero daremos una vuelta por aquí. ¿Le parece sensato a su señoría?

—De acuerdo.

—Gira a la izquierda —ordena.

—No voy a subir por el monte.

—Vale, gira a la derecha. El intermitente.

Me dispongo a poner el intermitente, pero en su lugar acciono el limpiaparabrisas. Billy hace como si no se diera cuenta. Atravieso la puerta de entrada. Todo está yendo demasiado rápido.

—Cambia a segunda —me dice, pero yo ya he perdido el control del cuerpo. Violet se revoluciona a modo de protesta—. ¡Embraga! —me ordena, y yo le hago caso. Mueve la palanca de cambios a segunda y luego a tercera.

El mundo exterior pasa por las ventanillas como una exhalación, voy tan rápido que siento como si desapareciéramos por la carretera.

—Sigue acelerando —dice Billy. Miro el cuentakilómetros. Todavía no he llegado a treinta.

La única manera de enfrentarme a esto es pensar que nada de lo que hay en el exterior es real, que todo es imaginario. Y así lo llevo mejor. Meto cuarta yo sola con la idea de que es un videojuego, pues no deberíamos movernos tan rápido por la realidad. Viene un coche hacia mí. La carretera no es tan ancha como para que quepamos los dos, pero ambos continuamos a ver quién puede más.

—Apártate, apártate, APÁRTATE, COÑO —dice Billy, pero ya he obligado al otro coche a salirse de la carretera—. Joder, ¿quieres matarme? La próxima vez que veamos un coche, te apartas tú. Y baja esos humos.

Estamos descendiendo por el último tramo de la colina del Reloj cuando aparece otro coche a lo lejos.

—Más despacio, más despacio —dice Billy.

Levanto el pie del acelerador, pero bajamos por el monte en punto muerto y me olvido de frenar. Aun así, intento apartarme.

—Hay una zanja, hay una zanja, ¡HAY UNA ZANJA!

Violet rebota en el borde de la carretera como en la serie *El sheriff chiflado* y empiezo a fundirme con el asfalto…

—¡Me cago en la leche! —Billy parece desconcertado.

Estamos —gracias a alguna especie de milagro— en la entrada de la granja. No recuerdo cómo hemos llegado hasta aquí.

—Lo siento —digo. Agarro el volante para que no vea que me tiemblan las manos—. Se me ha ido la cabeza.

Es una de las pocas veces que Billy parece haberse quedado sin palabras.

—¿La próxima clase la damos en el campo? —sugiero.

—No. —Sale y da un portazo—. La próxima vez vamos a la ciudad. A ver si así espabilas de una vez. No valoras lo que hago por ti. La universidad. El coche. Las clases de conducir. Despierta, coño.

8 de diciembre

A mi madre le van a dar el alta en el Saint Pats el próximo viernes. Está a punto de acabar el programa terapéutico de tres semanas y consideran que está lista para la siguiente etapa de la recuperación. Llama a Billy para decirle que quiere ir de compras.

—Me gustaría comprar algunas cosas en la ciudad antes de volver a casa.

—¿El viernes?

—Cuando me recojas, sí.

—¿Estás segura, Maeve? —pregunta Billy—. ¿Lo sabe el médico?

—Ha sido idea suya. Es un paso más en mi proceso de recuperación.

El próximo viernes es 8 de diciembre, el día en que Billy y yo hacemos nuestra excursión anual a la ciudad para ver las luces de Navidad. Mi madre nunca ha venido con nosotros.

—El día 8 habrá mucha gente —le advierte Billy.

—Lo sé. Por eso quiero ir. Es un paso importante para demostrarme a mí misma que puedo pasar una tarde en la ciudad.

—De acuerdo, pero ya sabes lo que dicen de ir paso a paso.

—Billy, ¿me vas a llevar o no?

—Claro que sí. ¿Hay alguna manera de que pueda hablar con el médico ese?

—No.

—Vale. Entonces, ¿el día 8?

—El día 8.

—Nos vemos entonces.

❄

Estamos sentados fuera de la consulta del psiquiatra. Quiere hablar con Billy antes de darle el alta a mi madre.

—Siento como si me hubieran llamado al despacho del director —me murmura Billy.

—El doctor Allen dice que pase —anuncia la recepcionista.

—Suerte —le digo.

—Tú entras conmigo.

—No creo que esté invitada.

—Acabo de invitarte yo. Vamos.

Cuando entramos, un hombre alto y guapo se levanta.

—Señor White —dice, extendiendo la mano.

—Billy, por favor.

—Y ella debe ser Debbie —dice el médico, y sonríe—. Encantado de conocerte.

Me obligo a mirarlo a los ojos, que son castaños, y siento que me sonrojo.

—Por favor, sentaos. Soy el doctor especialista Patrick Allen; he estado supervisando el tratamiento de Maeve. Creo que vais a encontrar un cambio significativo en ella. Ha mejorado bajo nuestro cuidado.

—Bueno, es un alivio.

—Sí. Hemos diagnosticado a Maeve de trastorno bipolar, también conocido como depresión maníaca. ¿Habéis oído hablar de él?

—¿Eso es lo del yoyó? —pregunta Billy.

—Bueno, sí. En él se alternan unas subidas anormales en el estado de ánimo, conocidas como fases maníacas, con las bajadas emocionales en los periodos depresivos. Se llama trastorno bipolar por las oscilaciones entre estos polos opuestos del estado de ánimo. A veces, los episodios graves de manía o de depresión desencadenan síntomas de psicosis. Cuando conseguimos que Maeve hablara, nos contó que un buen amigo suyo y vecino, James, había muerto recientemente. Creemos que fue su muerte lo que produjo este episodio psicótico.

—Bueno, eso se lo podría haber contado yo, doctor —dice Billy.

—Sí. En fin, hemos discutido distintos planes de tratamiento. He empezado un plan de medicación para Maeve

y tendréis que supervisarla. Es importante que se tome la dosis adecuada en intervalos regulares y, por supuesto, que siga recibiendo terapia semanal conmigo.

—¿Tengo que traerla aquí una vez a la semana? —pregunta Billy.

—Sí.

—¿Y eso es todo?

—Bueno, sí. Y tenéis el número de teléfono de mi secretaria. Si alguna vez queréis contactar conmigo, no dudéis…

—En llamar a su secretaria.

—Eso es.

—¿Y cómo me va a ayudar su secretaria si mi hermana empieza de nuevo a golpearse los dientes contra los escalones?

—Ella me transmitirá los mensajes que le dejen.

—Ajá, junto con los cientos de mensajes de los demás pacientes a los que no pueden mantener hospitalizados —dice Billy.

—Señor White, nos ocupamos de que todos nuestros pacientes reciban los cuidados necesarios.

—Llámeme Billy. Sé que no es su culpa, Paddy. Es el sistema lo que me frustra.

Billy se levanta y vuelve a estrechar la mano del médico, que nos indica que Maeve nos esperará en el vestíbulo.

—Creo que notaréis una gran mejoría en ella —insiste el doctor Allen.

❄

Mi madre nos recibe con una sonrisa avergonzada.

—Tenemos que arreglar esos dientes —dice Billy. Ella cierra la boca.

—Tus dientes están estupendos —digo yo. La llamo *mami* y le doy un abrazo fuerte y largo.

Le han quitado el yeso de la nariz y la hinchazón de la cara ha disminuido. El moratón púrpura del puente de la nariz se ha vuelto amarillo.

Billy se frota las manos y nos guiña un ojo.

—¿Estamos listos para la excursión anual de los pueblerinos?

❄

No parece real. Mi madre ha vuelto con nosotros caminando y contando maravillas de la terapia. Parece encantada con el diagnóstico. Pronuncia la palabra *bipolar* con cierto regocijo, como si se hubiera encontrado un billete de cincuenta euros en el bolsillo de los vaqueros.

—¿No es increíble? —nos pregunta con los ojos como platos —. El doctor Allen contempla la posibilidad de utilizarme como estudio de caso en su siguiente artículo.

El cariño de mi madre por su terapeuta no es una sorpresa. Ella siempre ha reclamado validación externa. Necesita que la admiren. Que la adoren, incluso. Lo que perdió en James parece haberlo encontrado en este tipo.

Agita su pastillero delante de nosotros. Suena como una cajita de caramelos Tic Tac. Es una rueda de plástico multicolor dividida en casillas triangulares marcadas con las primeras letras de los días de la semana. Podría formar parte de un juego de mesa de preguntas.

—Me hizo prometer que las tomaría —dice, apoyando la barbilla en la mano—, aunque me congelen el cerebro. ¿Sabéis cuando pillas un bache en la carretera y parece que los sesos te saltan en la cabeza? Bueno, pues es lo mismo, solo que todo el tiempo. —Levanta las manos—. Poing, poing, poing.

—Bueno, mientras funcione… —dice Billy.

—Ya veremos —contesta ella—. El doctor tiene especial interés en mi investigación sobre los sueños.

—¿De verdad?

—Le presté algunos de mis cuadernos.

—¿Le dejaste tus diarios?

—No son diarios, Billy. Es una investigación.

—Genio y figura. ¿Y no viola eso ningún código ético?

—El estudio de mis sueños ha sido una parte esencial en mi tratamiento.

—Ajá —dice Billy.

❄

Aparcamos el coche en el centro comercial Jervis. Como mi madre quiere ir a Bewley's, le digo a Billy que tiene más sentido aparcar en Drury Street.

—Sé dónde está Jervis —contesta—. Es donde vamos.

Cruzamos el puente hasta la otra orilla del Liffey y me encomiendan la tarea de guiarlos entre la multitud. Abro el paso en los semáforos. Temen que el muñequito verde pase a ámbar mientras cruzan.

—Sois como un par de turistas —les digo.

—Somos un par de turistas —replica Billy, agarrando a mi madre de la mano para llevarla al otro lado de la calle. Es bonito que se porte tan bien con ella.

Se detienen a mirar las luces de Grafton Street.

—*Nollaig Shona* —dice mi madre, 'feliz Navidad' en irlandés, y me pasa el brazo por el hombro—. Pensé en llamarte Nollaig cuando naciste.

—¿De verdad?

—Sí, pero tu abuelo no quiso. Dijo que te iban a marginar.

—De todos modos, no nací en Navidad.

—¿Y qué más da? Es un nombre bonito.

—Dublín se ha vuelto de lo más racista —grita Billy por encima del ruido del músico callejero que toca una guitarra eléctrica—. Hay una tienda que se llama Brown Thomas, aludiendo al color marrón. Aunque sería peor si aludiera al negro o al blanco. O al amarillo.

—A los negros ya no se les puede llamar negros, Billy, son «de color» —dice mi madre.

—Por Dios… —gimo.

—El término que se usa en Irlanda es *Daoine gorma*. Gente azul. No recuerdo su origen, pero tenía algo que ver con el demonio.

—¿Sabes? A veces olvido por qué me preocupa tanto lo que sale de tu boca, Billy. Pero de pronto sueltas una perlita de las tuyas… —dice mi madre.

—¿Te preocupa lo que sale de mi boca? ¿A ti?

❄

Hay cola para entrar en Bewley's. A mi madre se le iluminan

los ojos en cuanto vemos las vidrieras de colores, los suelos pulidos y el gigantesco árbol de Navidad.

—Aquí vi una vez a Sinéad O'Connor —dice mi madre con una sonrisa de satisfacción—. Se dio cuenta de que la había reconocido y me guiñó un ojo como para pedirme que le guardara el secreto.

—Luego robó una Biblia en Eason's y ya sabemos lo que pasó después —añade Billy.

—¿Quién la robó? ¿Sinéad o yo?

—Últimamente me cuesta diferenciaros.

—Me lo tomaré como un piropo —dice mi madre—. Esa mujer es genial.

Trato de cambiar de tema.

—¿Sabes que Lisa O'Neill trabajaba aquí?

—¿En Bewley's?

—Sí.

—Buah, esa sí que es buena —comenta Billy.

—¿Quién es? —pregunta mi madre.

—Te va a encantar Lisa O'Neill, mamá.

—Maeve no se fía de la música que nunca ha escuchado —dice Billy—. Prefiere la música de los muertos.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Mozart, Bach, Luke Kelly…

—Sinéad O'Connor está viva y la descubrí por mi cuenta.

—Porque era una artista muy oscura. *Nothing Compares to You* sonó hasta la extenuación en la radio durante los noventa. En aquella época su cabecita calva y molesta lloraba en las teles de todos los pubs.

❄

De camino a Henry Street, Billy empieza a proferir insultos hacia una valla publicitaria. Es de una campaña antiláctea: un cartel de una vaca que lame a su ternero. El eslogan dice: «LOS LÁCTEOS ARREBATAN A LOS BEBÉS DE SUS MADRES» y va seguido del grito de guerra «#ABRAZAELVEGANISMO».

—¿Y qué carajo quieren que hagamos? —brama Billy—. ¿Que dejemos allí al ternero para que crezca y monte a la madre? ¿Eso tendríamos que hacer? ¿Montar una puta

ganadería endogámica y deforme? ¿Rebaños de familias reales bovinas, con ubres que explotan y mastitis a diestro y siniestro? ¿Eh?

—Ni caso, Billy —digo.

Mi madre me da un codazo.

—En un minuto pasaremos por la Oficina General de Correos. Eso lo calmará.

❄

A mi madre el Spire no le impresiona lo más mínimo.

—Y Joyce ahí a su lado como un enano. —Chasca la lengua en señal de desaprobación mientras se dirige hacia el Joyce de hielo con el bastón, la mano en la cadera, el sombrero ladeado y la nariz hacia arriba. Mi madre lo mira—. «Mi amor, mi amor, mi amor, ¿por qué me abandonaste?».

Billy y yo nos miramos.

—A ver si conseguimos algo de papeo decente por allí —dice Billy, señalando con la cabeza la puerta giratoria del Kylemore.

—¿Qué dijiste que querías comprar, mamá? —le pregunto.

—Necesito unos zapatos nuevos para la misa del gallo.

—Estupendo, seguro que hay un montón de sitios donde mirar —digo para engatusarla y que se aparte de la estatua.

❄

Después dar vueltas durante hora y media por el departamento de calzado de Arnotts, mi madre compra un par de botas. Son unos botines de charol negro con tacón mediano y hebilla dorada. Se los pone para salir de la tienda y camina con ellos hasta la mitad de la calle, hace una mueca de dolor, se los quita y anuncia que quiere devolverlos.

El dependiente se pone furioso.

En cuanto entramos en la siguiente tienda, mi madre se quita los zapatos y se pasea descalza mientras mira las existencias. Todos comenzamos a flaquear. Billy está enfadado. Se niega a entrar en las zapaterías y se queda fuera con los brazos cruzados mientras charla con los guardas de seguridad.

Veo unas botas plateadas con cordones que Xanthe dice haber comprado en una tienda de caridad por diez euros. Estas cuestan ciento cuarenta y cinco. Parecen el tipo de calzado que te pondrías para una fiesta en la luna.

Me doy la vuelta y mi madre no está. Pero sus zapatos sí. No puede haberse ido muy lejos. Paso otros diez minutos curioseando mientras espero a que vuelva.

❄

Salgo a buscar a Billy con los zapatos de mi madre en la mano. Mi tío está hablando con un hombre excesivamente sociable que trabaja para Amnistía Internacional, uno de esos individuos con chaleco amarillo que he aprendido a evitar.

—¡Debbie! No te vas a creer quién es este hombre. Es pariente nuestro.

—Contigo tampoco está —digo al tiempo que empiezo a marearme—. Billy, creo que la he perdido.

A Billy se le desencaja la cara.

—¿A Maeve?

—Vaya por Dios, ¿se ha perdido tu hija? —dice el hombre del chaleco amarillo—. Si vas al mostrador de atención al cliente de Debenhams, la llamarán por megafonía.

❄

Cinco mostradores de atención al cliente y dos horas más tarde, encontramos a mi madre tumbada en un portal de Moore Street, haciendo la cucharita con un sintecho adolescente. Billy la agarra por el cogote y trata de levantarla, pero está metida en el saco de dormir con el chico, que gime y pone los ojos en blanco.

—Lo siento, lo siento —se disculpa mi madre como si se hubiera quedado dormida o hubiera olvidado levantarse para ir a misa.

Me ofrezco a ponerle los zapatos, pero Billy me dice que la deje.

—Ha llegado hasta aquí sin ellos.

❄

Nadie habla en todo el camino a casa. Reviso mi teléfono. Hay un mensaje de Xanthe:

> Espero que pases un día estupendo en la ciudad con tu madre y Billy. Os lo merecéis. xx

Billy aparca en la explanada delantera de la casa y, cuando salimos del coche, suelta:

—¿Crees que me devolverán el dinero del Saint Pats? —Doy por hecho que está bromeando, pero entonces mi madre se echa a llorar—. Esto es una PUTA MIERDA —le grita—. Y tú eres una PUTA TARADA —le escupe a la cara—. Estoy hasta los mismísimos cojones de todo esto.

—Todos estamos hartos —le digo—. Es demasiado tarde. ¿Podemos, por favor, irnos todos a dormir?

❄

Acuesto a mi madre y le dejo un vaso de agua al lado.

—¿Quieres que me quede contigo? —le pregunto.

Le tiembla el labio.

—¿No te importa?

Me meto en la cama con ella.

—Deja la luz encendida —dice mientras me abraza por la cintura y apoya la cabeza en mi pecho.

—¿Por qué has hecho eso, mamá?

Suspira.

—Cuando habéis venido a recogerme al hospital, quería pasar un día normal y agradable en la ciudad con mi familia. Lo estaba deseando. Estaba preparada para ello. Me imaginaba el café en Bewley's y las compras…

—Mamá, eso es lo que hemos hecho.

—Han sido las putas botas. Estaba siendo imposible encontrar las adecuadas. Eso me ha hecho entrar en una espiral. Pensaba que era uno de esos sueños angustiosos. Y entonces, he tratado de liberarme de ese sueño, de cambiar su dirección. Y eso he hecho. Simplemente, me he alejado.

—¿Y recuerdas lo que ha pasado después?

—Sí, claro. Pero recuerdo casi todos mis sueños. A veces, siento que solo estoy viva cuando duermo. El chico me ha pedido dinero y yo me he sentado a su lado. Nos hemos puesto a hablar…

—Mamá, ¿le has dejado…? ¿Te has acostado con él?

—¿Con el chico? —Sonríe—. Me ha sorprendido. Cuando nos hemos dormido, ha tenido unos sueños preciosos.

Alicia en el mercado

—Entonces, ¿pasasteis un buen día? —pregunta Xanthe.

—Muy bueno —le digo—. Fuimos a Bewley's, vimos las luces, hicimos algunas compras…

—¿Fuisteis a la Gran Sala?

—¿Dónde está eso?

—Ay, Debbie, ¿no conoces la Gran Sala? ¿El Libro de Kells? Los turistas guardan largas colas bajo la lluvia para verlo.

—Ah, bueno, mi madre no tiene capacidad de concentración suficiente para esperar colas.

—¡Pero no tenéis que hacer cola! Nosotras entramos gratis porque somos estudiantes y podemos llevar dos acompañantes.

—Oh, pues nunca he estado.

—¿Uno de los sitios más bonitos del mundo a tu disposición y nunca has estado?

—La próxima vez los llevaré.

—Prométeme que irás pronto. Me dan ganas de llevarte ahora mismo.

—Iré pronto, iré pronto.

❄

Estamos en el mercado de George's Street esperando a que Orla se haga el séptum en la nariz. Quería que Xanthe la acompañara para darle apoyo moral y Xanthe me ha traído con ella.

—Mira, te lo juro, esta va al club Workman's una vez y ya se cree alternativa —murmura Xanthe. Acabamos de dejar a Orla con la mujer del puesto para que la ayude a elegir un pendiente.

—Si Billy me pillara con una argolla de toro en la nariz, me mataría.

—¿Qué tal se encuentra tu madre en casa?

—Bien, bien.

Xanthe se detiene en otro puesto para ojear unos pósteres. Miro las chapas expuestas en una pizarra de corcho: los rostros de Coco Chanel, Frida Kahlo, Charlie Chaplin y el Che Guevara me miran fijamente. No logro decidir a cuál de ellos debería empezar a venerar tanto como para llevarlo encima.

Xanthe pasa la mano sobre un póster de la película *Pocahontas*.

—Mi primer *crush* fue John Smith, de *Pocahontas* —dice—. Me gustaba cómo le daba galletas a Miko el mapache y también su pelo amarillo. Muchas veces fantaseaba con nuestra boda. Imaginaba que yo también era un dibujo animado, por supuesto. Me convertía por él. Luego me hice mayor y descubrí que era un mentiroso compulsivo.

—Y encima con la voz de Mel Gibson.

—Sí. No fue buena elección.

Pasa el póster de *Pocahontas* y llega al de *Las brujas,* de Roald Dahl.

—Qué librazo —dice.

—Es increíble.

—La película estropeó el final convirtiéndolo de nuevo en niño —añade.

—Totalmente. Ese ratón y esa abuela contemplando la muerte inminente de ambos. El final feliz que todos merecemos.

—¿Cuál es tu libro favorito? —pregunta Xanthe.

—*Alicia en el País de las Maravillas*. No, espera… En realidad no. Te va a parecer una gilipollez…

—No, dime.

—Mi libro favorito es un libro con desplegables de *Alicia en el País de las Maravillas* que mi madre me leía de pequeña. Nunca he leído el de Lewis Carroll. Lo he intentado, pero… no me gusta la forma en que narra la historia de Alicia. Sé que suena presuntuoso, pero es como si se quedara atrapada en la narración.

—Bueno, Alicia le debe su existencia a un matemático excéntrico aficionado a entablar amistad con niñas —señala

ella.

—Exacto —digo yo—. Pero, en realidad, Alicia no debería pertenecer a nadie, y menos a Lewis Carroll. Ella existe independientemente de él.

—Solo que él la inventó —argumenta ella.

—No la inventó.

—Sí que lo hizo, si lo piensas —insiste—. De todos modos, creo que estás complicando tu relación con Alicia.

—Puede ser. Fue Billy quien me hizo pensar así. Todo empezó con los mitos griegos. Me contó que no pertenecían a nadie.

—Pero lo de los mitos es diferente. Todo el mundo sabe que no pertenecen a nadie.

—Sin embargo, en algún momento tuvieron que pertenecer a alguien. En cualquier caso, él me contaba historias de los griegos sin parar, pero eran historias suyas. Y luego me hacía repetirlas. Y me decía que en eso consistían, que no eran de nadie.

—Billy tiene que ser fabuloso.

—Tiene sus momentos.

Xanthe agarra un sombrero de copa de uno de los puestos, un reloj de bolsillo de otro y se pone una pipa en la boca.

—El Sombrerero Loco —dice señalando el sombrero—, el reloj de bolsillo del Conejo Blanco y la pipa de agua de la Oruga, más o menos. Elige uno.

—¿Por qué?

—Te regalo uno por Navidad.

—No, de eso nada. No nos regalamos cosas por Navidad.

—No seas Grinch —me regaña.

—Me da a mí que el Grinch no tenía dinero.

—Bueno, vale —dice ella con un suspiro mientras devuelve el sombrero a su sitio.

Me pregunto qué le regalará a su novio por Navidad. ¿Un bastón de hurling? ¿Calcetines y calzoncillos? No, Xanthe no es tan básica. ¿Y qué le regalará él? No creo que se le dé bien comprar regalos.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—¿Cuál es tu libro favorito?

—Es una pregunta imposible.

—¡Si tú me lo acabas de preguntar a mí!

—No esperaba que contestaras.

—Míralo así: si solo pudieras leer un libro en el resto de tu vida, ¿cuál sería?

—*Éramos unos niños,* de Patti Smith.

—¿Quién es Patti Smith?

—Madre mía, Debbie…

❄

Casi hemos dado la vuelta completa al mercado cuando vemos el puesto de fotografía, con las típicas fotos turísticas de Dublín: una panorámica desde el puente Ha'penny, las puertas de estilo georgiano, la estatua de Oscar Wilde… A continuación, la exposición pasa a centrarse en fotos del mar, con un montón de berberechos y mejillones en una playa gris tapizada de algas. En la esquina de la foto, sonriendo, hay una dentadura postiza.

—Casi nadie se fija en ella —dice el hombre del puesto cuando Xanthe la señala.

Ella le sonríe.

—¿Habéis oído hablar de la playa de Cristal? —pregunta el hombre, y señala otra foto panorámica, más grande y más cara, de una playa rodeada por la nieve, solo que en lugar de guijarros hay joyas relucientes que brillan en la bahía.

—Hostia —dice Xanthe.

—La bahía de Ussuri, en Rusia. En la época soviética, era un vertedero de botellas y cristalería rota.

—Espera, ¿todo eso es cristal?

El tipo asiente con la cabeza.

La foto de la playa se transforma en un caleidoscopio del tiempo, un *collage* de años de erosión. Imagino que el mar acuna los cristales vacíos, los pule y los abrillanta como hace el equipo de peluquería y maquillaje con un actor que se prepara para la alfombra roja. Al final, están listos para presentarse como joyas, una belleza congelada en el tiempo.

—¿Es suya la foto?

—Sí, la hice cuando volvía de Japón. Paso mucho tiempo

allí. En realidad, mi especialidad es la fotografía de la nieve. —Señala una colección de fotos de copos de nieve.

—¿También son de cristal?

—No, eso son copos de nieve.

—¡No puede ser!

—Es macrofotografía.

—Guau.

Xanthe compra la foto enmarcada de la playa de Cristal y un par de fotos de copos de nieve.

—Son un buen regalo de Navidad —le dice el tipo. Actúa como si le estuviera vendiendo una ganga mientras las envuelve—. Aquí os dejo mi tarjeta por si tenéis alguna duda —dice con un guiño.

La foto enmarcada es tan grande que tengo que ayudarla.

—Ese tipo te estaba desnudando con los ojos —le digo.

—¡No, qué dices!

—Xanthe, no podría haber sido más obvio.

—Solo quería vender sus obras. Son geniales. No sabía que los copos de nieve fueran así —dice ella.

—¿A qué te refieres?

—Creía que solo tenían ese aspecto en los dibujos animados.

—Espera, ¿qué?

—Sí, igual que les ponen caras sonrientes a los animales o los visten con ropa humana. Creía que la nieve eran solo puntos.

Suelto una carcajada.

—¿Qué pasa? —pregunta Xanthe.

—¿Hablas en serio?

—¡Sí!

—No puedo creerme que la única persona que ha sacado matrícula en nuestro curso no sepa cómo es un copo de nieve.

Xanthe se ríe.

—Pensé que era un dibujo animado.

—Sería un diseño bastante elaborado para un dibujo animado.

—Eso es verdad.

—No me imagino a nadie que vaya por la vida sin conocer el concepto del icónico cristal de nieve de seis puntas.

—Vale, soy idiota, lo siento.

Miramos en silencio un perchero con camisetas.

—Mi madre me leía un cuento sobre un copo de nieve que no creía en la nieve —le explico.

—Estoy deseando conocer a tu madre.

—Ya la conocerás. Billy ya está haciendo la broma de que Santy va a venir por Navidad.

—Jaja, genial. Me muero de ganas.

Una mujer sale del puesto de *piercings* y Orla aparece tambaleante por detrás.

—Vuestra amiga se ha desmayado —dice la mujer.

—Ay, Dios, ¿estás bien? —pregunta Xanthe.

Orla hace una mueca.

—Me desmayé antes de que entrara la aguja.

❄

A la vuelta, nos detenemos en una tienda para que Orla compre Lucozade.

—¿Quieres que vayamos a la Gran Sala? —pregunta Xanthe.

—No, tengo la cita con el médico… —digo.

—¿Qué te pasa? —pregunta Orla.

—Nada, es solo para la píldora —digo, y espero que no note que me sonrojo.

❄

La última noche que salimos, Xanthe tuvo una pequeña crisis. Bebió tanto en las copas previas que vomitó en el taxi y tuvimos que volvernos directamente a casa. Lloraba mucho y no paraba de decir que se odiaba. Le quité el mono nuevo y le puse el pijama. Griff le hizo beber un gran vaso de agua, la metimos en la cama e intentamos animarla diciéndole que no tenía motivos para odiarse. Que era guapísima, que tenía talento, que era inteligente y divertida.

Entonces Griffin se pasó un poco de la raya.

—A ver, no me malinterpretéis. Debbie, tú eres atractiva para ser una chica corriente de pueblo, pero, Xanthe, tú podrías ser una modelo de Victoria's Secret. No hay

comparación.

—Agradezco tu sinceridad y estoy totalmente de acuerdo —dije. Xanthe puso mala cara—. ¿Por qué te mosqueas? Te estamos echando flores.

—Tú tienes mucho que agradecerle, Debs —dijo Griffin—. Los chicos se acercan para estar con Xanthe y terminan acostándose contigo.

—Pero si no me acuesto con ellos —rectifiqué con un movimiento de pelo por encima del hombro—. Soy una dama.

—Ya. Eso lo dirás tú.

—¿Cómo? Lo digo en serio. No me acuesto con ellos. Nunca me he acostado con nadie.

Se produjo un silencio desconcertante y luego Griff se echó a reír.

—Ya. Xanthe, ¿has oído eso? Quiere convencerme de que es virgen cuando se ha acostado con un tío distinto cada vez que hemos salido.

—Vuelvo a casa con ellos —le corregí—. Pero no me los tiro.

—Debbie —dijo Xanthe, hipando—, los besas muy… apasionadamente. No tiene nada de malo, pero los chicos se excitan mucho y eso suele ir a más en la cama… Y luego los arrastras hacia el dormitorio, así que…

—Pero siempre les advierto de que no va a pasar nada.

—Guau. —De repente, Xanthe estaba sobria—. Oye, Debbie, has tenido relaciones sexuales antes. Yo lo he visto. En ese sofá.

—Chicos, no he llegado a hacerlo. Lo juro. Pasan cosas, pero nunca entra.

—He visto cómo entra —dijo Xanthe.

—¿Qué? ¿Tienes gafas nocturnas y un par de prismáticos?

—¡No los necesitaba! Por Dios, Debbie. Pensé que usabas protección. Tendrías que ir a hacerte una revisión.

—¡No la necesito!

En ese momento me doy cuenta de lo grosero que es llevar a los chicos a casa de Xanthe. Lo hago porque me aterroriza la posibilidad de encontrarme con su novio al volver. Con frecuencia me imagino la escena: yo tratando de dormir en el

sofá y ellos en la habitación de al lado.

—No sé por qué los traigo aquí. Lo siento mucho —murmuré.

—Dios, no te estoy echando la bronca por traerlos, ¿eh?

—Es una grosería por mi parte —añadí.

—No, me parece estupendo. Pero… resulta preocupante que no te acuerdes de lo que pasa.

—Sí que me acuerdo. No pasa nada.

—Debbie, ve al médico. Pide cita. Que te hagan una revisión de enfermedades de transmisión sexual.

—Ni que fuera una prostituta.

—Yo también creo que deberías ir al médico, Debbie. Solo para estar segura —insistió Griff. Parecía que le hiciera gracia y le preocupara al mismo tiempo.

—Nadie ha dicho que seas una prostituta —dijo Xanthe—. Pero tienes que darte cuenta de lo que sucede cuando estás borracha. Lo estás tapando. Te lo digo porque te quiero. Pide cita, anda. Hazlo por mí.

❄

Ojeo las revistas mientras intento que no me absorba el programa de Jeremy Kyle que se está retransmitiendo en la tele de la sala de espera. He mentido a la recepcionista y le he dicho que me dolía el oído. Estoy considerando seguir con la farsa del dolor de oído porque no sé muy bien cómo abordar el tema. El apuesto médico que esperaba que no me tocara por fin me llama por mi nombre.

—¿Qué te trae por aquí? —dice mientras me recibe en la consulta.

Espero a que cierre la puerta y las frases ensayadas se me borran de la mente.

—Eh, bueno, antes de nada, debo disculparme. Le he mentido a la recepcionista diciéndole que me duele el oído porque me daba un poco de vergüenza.

—Vale, no pasa nada.

—Quería saber si hay alguna prueba que pueda hacerme para saber si he tenido relaciones sexuales o no. Ya sé que es una petición extraña, pero es que no estoy segura. —Las

palabras salen con rapidez y tropiezan unas con otras. Me quedo mirando sus zapatos.

—¿Ha habido algún incidente? —dice con suavidad.

—Eh… Unos cuantos.

—Una agresión, quiero decir.

—No, por Dios. Es solo que a veces, cuando bebo, no me acuerdo de nada.

Da golpecitos con el bolígrafo en el escritorio.

—Bien, de acuerdo. Es prácticamente imposible saber si alguien es sexualmente activo a través de un examen físico.

—Claro. Lo siento, es una estupidez. No debería hacerle perder el tiempo.

—No, no. Sin duda hiciste bien en venir a hablar conmigo. Podemos hacer varias cosas. Puedes reservar una cita en la clínica para que te hagan un análisis de enfermedades de transmisión sexual. Lo más probable es que no haya nada de que preocuparse. También puede ser una buena idea empezar con algún tipo de anticonceptivo. Ya hablaremos de esas opciones. Pero lo más importante —dice mientras apunta un número de teléfono en el recetario—: creo que te vendría bien hablar con un terapeuta. Es un servicio gratuito y funciona fenomenal.

Agarro el papel. Me habla de la marca de anticonceptivos que considera mejor para estudiantes como yo. Me da la receta y me recuerda que tengo que concertar una cita en la clínica. Le doy las gracias. No pido cita ni relleno la receta. Tampoco tengo intención de llamar al teléfono.

Erizo

Hay un erizo atrapado en el fondo de la rejilla para el ganado. Me agacho para mirar el cúmulo de espinas en una esquina del foso. Imagino su deambular de la noche anterior, a oscuras, con el hocico por delante, acarreando su capa de pinchos y rozando la hierba con las patitas antes de caer por uno de los huecos entre los barrotes metálicos.

—Pedazo de idiota —digo mientras me acuclillo para verlo de cerca.

No se le distingue bien. A su lado yacen otros dos erizos, muertos hace poco. Los cadáveres, desplegados, muestran el vulnerable vientre. Parecen mucho más relajados que su amigo, aún vivo.

Estoy tumbada bocabajo y lo miro a través de los barrotes de su prisión. Se oyen unas pisadas en la hierba y el crujido de los barrotes bajo el peso de una bota. Billy se agacha a mi lado.

—¿Qué miramos?

—Ahí —digo, señalando el rincón.

—Pedazo de idiota.

—Ya…

—Deberían estar hibernando. Es un diciembre suave, aunque va a nevar en un par de semanas.

—Gracias, Servicio Meteorológico Nacional.

—Voy a por la pala larga del cobertizo para intentar sacarlo. A veces se hinchan tanto que no caben entre los barrotes.

—No, no vayas a por la pala —digo, y le agarro del brazo antes de que se mueva—. Es mejor que lo dejemos ahí. No podemos sacarlos a todos.

—Es un bicho enorme. Tardará al menos un par de días en empezar a morir de hambre.

—Eso es lo que les pasó a los otros, pobres, y ¿dónde estabas tú cuando necesitaban que los sacaran?

—No sabía que fueras una sádica, Deb.

—No soy sádica, pero estas cosas pasan a cada rato. No puedes pretender arreglarlo todo.

Billy se levanta y empieza a pasearse por encima del guardaganado.

—Entonces, ¿no tengo permiso para sacar a ese pobre erizo y librarlo de la muerte?

—No, no tienes permiso, ni tampoco lo tienes para convertir esto en un chiste. Porque no tiene gracia.

—Ya me doy cuenta —dice—. Pero es que pareces un poco…

—¿Un poco qué?

—Nada. Dejaré al erizo en paz. ¿Debería pedirle perdón?

—Vete.

Se va y yo me quedo tumbada sobre el asfalto, pensando en el nudo que tengo en el estómago. Observo cómo se inflan las púas bajo el guardaganado hasta que soy capaz de sentir el pinchazo agudo de las agujas en mi interior.

Manga de mago

Me despierto con sed. Tengo la cara sudorosa y pegada al sofá de cuero de Xanthe. Al despegarla, hace un ruido como de velcro. La cabeza aún me da vueltas por el alcohol. Me estoy acostumbrando al sonido de la ciudad por la mañana: el zumbido del tranvía, su campana de aviso que parece repicar en mi cabeza.

La puerta de la habitación de Xanthe se abre con un chirrido. Me doy la vuelta y veo a Griff, que, con aire tímido, está junto a la entrada de la cocina.

—Buenos días —le digo.

—Buenos días —murmura mientras se echa el pelo sobre la cara—. Se supone que tengo que dar una clase dentro de quince minutos.

—Que vaya bien.

—Es demasiado tarde para enviar un correo diciendo que se cancela, ¿verdad?

—Yo diría que sí.

—Ya. —Se huele las axilas—. ¿Tienes desodorante?

—Aquí no.

—¡Xanthe! —grita, y se dirige de nuevo al dormitorio.

❄

Cuando él ya se ha ido, Xanthe entra en la cocina con sigilo, preparada para la confrontación.

—¿Qué coño haces? —le pregunto.

—No ha pasado nada, obviamente.

—Tienes novio.

—Griff es gay.

—¿Os habéis enrollado? —Se queda callada—. ¡Tienes novio!

—Para. Ya lo sé.

Suspiro.

—Te está utilizando, Xanthe. Sabe que puede meterse en tu cama siempre que quiera y eso no es bueno para ninguno de los dos.

—Solo ha sido un abrazo —insiste.

—¿Solo eso?

—No lo sé. —Le paso una taza de té—. ¿No trajiste a nadie anoche?

—¿Y ese tono de sorpresa?

—Está bien… ¿Es un avance?

Estoy a punto de ofenderme, pero me doy cuenta de que es una de las pocas veces en que después de salir con Xanthe no traigo a un desconocido al apartamento.

—¿Qué tal el otro día en el médico? —me pregunta.

—Bien, bien.

—¿De qué hablasteis?

—De mi salud sexual. —No puedo decirlo sin sarcasmo.

—¿Has descubierto si…, ya sabes, si tuviste relaciones?

—Estoy empezando a recordar. Por ejemplo, un día, por la mañana, me levanté muy dolorida. Y sangraba. Pero no sé si fue por…, en plan, los dedos o…

—¿En serio que no te acuerdas?

—No. A ver… el alcohol tuvo algo que ver. Pero también me desconecté del cuerpo. Como cuando sales a correr pero te olvidas de que estás corriendo, más o menos. E, incluso después, estás sudada pero no recuerdas la carrera en sí.

—Supongo que el sexo se convierte en algo automático cuando llevas un tiempo teniendo relaciones, pero ¿la primera vez? ¿No recuerdas tu primera vez?

—Ni siquiera sé si fue la primera vez. —La miro—. No me crees.

—No es que no te crea, es que… no tiene sentido.

Imagino que la primera vez de Xanthe fue por la mañana, con la suave luz del sol. Seguro que él le preguntó si estaba bien y ella fue tan encantadora como Reese Witherspoon en la escena aquella de *Crueles intenciones*. ¿Sería hace poco? ¿Con él?

—¿Cuándo fue tu primera vez? —pregunto.

—Todavía no lo he hecho.

—Oh.

—Cuando la gente me pregunta, digo que sí, que he tenido relaciones. Casi me lo creo. Estuve a punto con Griff, pero no pude. Todavía se burla de mí.

—Capullo.

—Al echar la vista atrás, me alegro de no haberla perdido con él.

—Tampoco es un don, eh. La virginidad, quiero decir.

—Lo sé, pero él podría haberlo usado para manipularme.

—Solo si se lo hubieras permitido —añado—. De pequeña me frotaba contra el reposabrazos del sofá del salón. Mi madre me pegaba cuando me veía hacerlo, como si fuera un perro. ¿Te acuerdas de la primera vez que, ya sabes, te tocaste?

—Es que creo que lo hago mal.

—No hay manera de hacerlo mal.

—Sí, lo he buscado en Google y seguro que lo hago mal. Tampoco ayuda el odio que siento hacia mi vagina.

—¿Qué buscaste en Google? —pregunto.

—Cómo masturbarse —murmura Xanthe.

Saco el portátil de la mochila.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Estoy buscando la palabra *masturbación*. Quiero ver de dónde viene.

—Friki.

—¿De pequeña no te interesaba la etimología? Era mi pasatiempo favorito. Huy. Del latín, siglo XIX. Origen desconocido. Vaya. ¿Sabes qué aparece como sinónimo de masturbación? Autoabuso.

—Joder.

—Entonces ¿qué estás haciendo mal? —pregunto.

—No puedo tocarme directamente. Tengo los genitales más asquerosos del mundo.

—Venga ya, no seas egocéntrica. Todos los genitales son asquerosos.

—Los míos son los peores —puntualiza.

—¿Cómo lo sabes?

—Son una manga de mago.

—¿Una qué?

—Búscalo en Google.

—¿Es algo de *Harry Potter?* —pregunto.

—No, no tiene que ver con *Harry Potter*.

Solo aparece en el Urban Dictionary.

—«Cuando a una dama la han embestido muchas veces y la vagina se le ha expandido tanto que parece no tener fin.» La frase tiene tela.

—Lo sé.

—Qué tíos… —resoplo—. ¿Una vagina colgona? ¿Están de coña?

—No tiene gracia. Los labios… es como si colgaran hacia abajo. Qué vergüenza.

—¿Y cómo te masturbas entonces?

—Pues a través de las bragas. No me queda otra. No puedo tocarme. Algunas personas se corrigen los dientes torcidos; yo, si pudiera cambiar algo de mí, elegiría tener unos labios normales. Una ranura para las monedas.

—¿Qué te crees que eres, una máquina expendedora?

—Te lo digo en serio. No imagino que alguien más me vea.

Me sorprende y me alivia un poco que su novio no la haya visto desnuda.

—La gente no suele inspeccionar ahí abajo —le digo.

—Me di cuenta de lo deformada que tenía la vulva en secundaria, después de una clase de educación sexual. No se parecía en nada a la del diagrama. Me entraron ganas de cortar el labio que sobresalía. Llegué a robar las tijeras quirúrgicas de mi padre y a colocar la hoja fría contra la parte sobrante. Pero al final no pude, no fui tan valiente.

—Dios mío, Xanthe. ¿Sabes que en algunas culturas les hacen eso a las niñas?

Ella asiente con la cabeza.

—¿La mutilación genital femenina? Sí. Y en nuestra cultura dejan que nos la hagamos nosotras.

Vaca loca

Sorprendo a mi madre sentada a oscuras en la cocina. El portátil abierto le ilumina la cara de azul. Resulta un poco chocante, como si encontrara a Jacob tratando de marcar el número de teléfono de un servicio de comida a domicilio.

En cuanto me ve, cierra el portátil.

—No sabía que supieras manejarlo —le digo.

—Estaba investigando —dice ella, apartando la mirada.

Me siento a su lado y al abrir el portátil espero ver algo sobre los sueños, pero en su lugar me encuentro con la página de Wikipedia sobre la enfermedad de las vacas locas.

—Creo que lo he contraído.

—¿Cómo?

—El virus de la encefalopatía espongiforme bovina. Ya sabes que también puede infectar a los humanos. Los síntomas cuadran bastante.

Me estiro para agarrarle la mano.

—Mamá, no tienes la enfermedad de las vacas locas.

—Joder, nadie se cree nada de lo que digo.

—No digo que no te crea.

—Soy quien mejor sabe qué pasa en mi cuerpo.

—Vale, ¿y está mal que diga que a lo mejor no tienes la enfermedad de las vacas locas?

Se cruza de brazos.

—¡Pero podría tenerla!

—Sí, pero la posibilidad es pequeñísima.

—Lo único que hay que hacer es comer carne infectada, cosa muy posible. Sé que es absurdo, pero cada vez que veo carne me dan ganas de vomitar.

—Bueno, ¿y si dejamos de comer carne durante una temporada? ¿Qué te parece?

—¿Podemos hacer eso?

—Sí, claro que podemos —digo.

—Me parece bien, sí. Pero ¿y Billy?

—¿Qué pasa con Billy?

—¿Qué pasa con sus comidas?

—Que se joda, comerá lo que le pongamos.

Miro las otras pestañas que tiene abiertas. Está leyendo artículos académicos en JSTOR sobre las vacas.

—De acuerdo, ¿y jamón tampoco? —dice mi madre, y parece dudar sobre su futuro vegetariano.

—¿El jamón te incomoda? —le pregunto.

—La verdad es que no.

—Entonces, jamón sí.

—Gracias. ¿Qué comeremos entonces?

—Mi amiga es vegana. Le pediré recetas.

—Pero eso es mucho esfuerzo. ¿Y estofado?

—Bueno, el estofado también lleva carne.

—Pero ese tipo de carne no me importa. Un filete, por ejemplo, sí.

Nunca he visto a mi madre comer un filete.

—Vale, me parece bien —digo.

—Gracias, Debbie.

—No hay de qué.

❄

Hay unas vacas bajo el agua. Son tres: una blanca, una roja y una negra. Llevan grilletes en las patas traseras y están sobre un monte que se eleva bajo el mar. Cuando emergen del agua, se les saltan los ojos.

❄

Me despierto y trato de recordar más del sueño. La parte anterior a lo de las vacas submarinas… Había destellos de páginas web. Era como si hubiera estudiado para un examen y procesara la información. Sin embargo, me resultaban familiares. Contenían datos sobre las vacas.

Abro el portátil y compruebo el historial de internet. Me parece que he visto destellos de las páginas web antes. «Es

bueno que las vacas que están de parto coman algas»; ese era uno de los datos. «La papada de la vaca es el pliegue de piel suelta que cuelga del cuello o de la garganta»; ese era otro. «La palabra *cumhall* procede del irlandés antiguo *cumal,* que significa 'esclava'.» Esto me recordó al guerrero celta Fionn MacCumhaill, a quien conocía por las historias que nos contaban en la escuela. Fionn (que significa 'bello' o 'blanco'), Mac (que significa 'hijo de') y Cumhaill (que significa 'esclava'). Pensé en mi apellido, White, que significa 'blanco'. Sin embargo, antes de irme a dormir no sabía nada de esto. Es mi madre quien leyó toda esta información, no yo.

La lógica me persigue y yo me alejo de ella. Es imposible que haya caído en la madriguera de la mente de mi madre mientras dormía.

Café

Mi teléfono vibra.

Es Xanthe:

Estás disponible para un café?

Le contesto:

Siempre. Nos vemos en el Starbucks?

Estoy en la cafetería hípster de South William Street.

Me manda la ubicación. Me entran unas ganas enormes de decirle que mejor nos veamos en el Starbucks, como de costumbre. Allí conozco a los empleados y las interacciones con ellos no son incómodas. Hasta hace poco no conseguía llamar al café normal «americano grande» sin sonrojarme como una idiota.

Tengo que mentalizarme antes de entrar en un territorio nuevo. Me dirijo hacia la cafetería siguiendo el punto azul de Google Maps.

❄

Son solo las cuatro de la tarde, pero ya está anocheciendo. La ciudad se sume en una niebla azul oscura. La cafetería hípster está al lado de un local de sushi. Tiene lucecitas decorativas en el exterior.

❄

Tardo un rato en que alguien se fije en mí. Le pido un americano a una chica con un corte de pelo asimétrico y un montón de piercings en las orejas. Coge mi dinero y me pasa

un papel plastificado. Lo miro. Es un mapa de Centroamérica donde solo aparece el nombre de Guatemala. Me siento en la mesa y se lo enseño a Xanthe.

—¿Qué hago con esto?

—Cuando tu pedido esté listo, gritarán Guatemala.

—¿Mi comanda es de Guatemala?

—No.

—¿Y qué tiene que ver Guatemala con esto?

—Nada. Es una forma de saber de quién es cada café.

—¿Por qué no te preguntan tu nombre, como en Starbucks?

Se ríe.

—Te encanta Starbucks.

—Es que tiene más sentido.

—El café de Starbucks sabe a mierda, Debbie.

—¿Por qué te lo tomas entonces?

—¡Porque tú siempre quieres ir allí!

—¡Guatemala! —grita alguien.

Levanto el mapa plastificado y me ponen el café delante.

La taza es un poco más grande que una huevera, con un asa tan pequeña que resulta inútil. Me siento como si estuviera en una merienda de muñecas hípster. Xanthe está mirando a la nada.

Se está limpiando las lágrimas de las mejillas como si no tuvieran nada que ver con ella.

—¿Qué te pasa?

Sacude la cabeza.

—Nada.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Algo te habrá pasado —digo, entregándole la servilleta que venía con mi café. Me parece increíble que tenga el valor de llorar en un lugar público.

—No, no ha pasado nada —insiste, limpiándose las mejillas —, solo he tenido un mal día.

—Pero —digo y miro todas sus bolsas— has ido de compras.

—Sí. —Se echa a reír—. Siempre voy de compras cuando tengo un mal día.

—Siempre estás de compras.

—Exacto. —Suspira—. Me siento como una mierda y no sé por qué.

—Pero tú no eres una mierda. Eres todo lo contrario a una mierda.

—Gracias.

—En serio.

Empieza a sacar cosas de las bolsas y las pone en la mesa. Un libro de *mindfulness* para colorear, un diario de estado de ánimo, un *bullet journal,* un maletín de pintura, velas, varitas de incienso, bombas de baño, aceites esenciales, pijamas, mascarillas, un tratamiento relajante para pies, calcetines mullidos. Lo último que saca es un libro de autoayuda. Le da la vuelta para que vea el título. Se llama *Superar la depresión*.

—Tengo depresión. —Resopla—. ¿Por qué es tan difícil decirlo?

Imagino que la cafetería al completo se habrá convertido en un público expectante que se pregunta qué voy a decir, pero al mirar a mi alrededor veo que todo el mundo está ocupado con sus cosas.

—Ay, Santy. —Alargo la mano y le agarro los dedos.

Dejo que me cuente sus problemas. El terapeuta que le cuesta ochenta euros la hora y que, según parece, coquetea con ella. Sus quejas sobre los cuadernos de terapia cognitivo-conductual y meditación. El retiro de yoga al que fue durante la semana sin clase, donde lloró todo el tiempo, aunque no se lo contó a nadie porque no quería que nadie sospechara su secreto, el terrible secreto de que a veces está un poco triste.

Me dan ganas de sacudirla. Me dan ganas de darle un bofetón de sentido común en su cara bonita. Me dan ganas de decirle que no puede estar deprimida. El diagnóstico del médico tiene que estar equivocado. Si yo no me he ganado el título de la depresión, ella tampoco. Porque ella es mucho menos desdichada que yo. O debería serlo.

Nieve

Llevamos dos semanas con nieve. Me alegra tener una excusa para no ir a la universidad. En el Facebook de Griff hay un vídeo de una legendaria guerra de bolas de nieve en Front Square. Veo que la gente, con las mejillas sonrosadas, se pavonea por el campus vestida a la última moda de esquí. La euforia de los rostros me produce ansiedad. Creo que nunca me sentiré como una estudiante. Si estuviera allí, me escondería en la biblioteca hasta que todo hubiera terminado.

Billy sigue intentando sacarme de casa, pero le digo que tengo muchos deberes de la facultad. Se supone que debo escribir un ensayo sobre *Jude el oscuro*. De vez en cuando me pregunta cómo le va a Jude y yo intento impresionarle con mi respuesta. No ha leído el libro, pero conoce lo esencial. Eso me da licencia para convencerle de todos los disparates que trato de ordenar en mi cabeza.

Quiero hacer bien el trabajo porque me gusta la profesora. Tiene el pelo corto y rosa, trae pasteles a clase y no es condescendiente, a diferencia de los demás. Nos habla como si nosotros también pudiéramos enseñarle cosas.

En la clase de presentación de Thomas Hardy, dijo que estaba harta de enseñarlo.

—Pues a mí me gusta —dije con un hilillo de voz petulante.

Ella me miró y me dijo:

—A mí también me gustaba cuando tenía dieciséis años. —Entonces se llevó la mano a la boca como si hubiera dicho una barbaridad—. No tengo ni idea de por qué he dicho eso. Perdonadme.

No entendí por qué necesitaba disculparse. Antes de la siguiente clase, me llamó por mi nombre:

—Debbie. He pensado en lo que te dije la semana pasada y por qué lo dije. Siento mucho haberte tratado con

superioridad.

—No pasa nada —contesté.

—Cuando tenía tu edad, también me gustaba Hardy. Pero luego, cuando crecí, me di cuenta de que trata a sus personajes de manera injusta. En todos los personajes de Hardy, sus deseos están por encima de sus posibilidades. Por eso estoy enfadada con él, porque todos tienen sueños inalcanzables.

—Sus sueños eran tan gigantescos como insignificante era su entorno —respondí. Era una frase que me había llamado la atención al buscar citas de *Jude el oscuro* en Google.

—Exactamente. —Sonrió.

Más tarde, cuando se cruzó conmigo al salir de clase, me dijo:

—Lee *Tess*. Te va a encantar.

❄

Como no podía ir a clase, le envié un correo electrónico donde le explicaba el motivo de mi ausencia aludiendo a mi pobre condición de pueblerina. Ella me contestó ofreciéndose a tomar un café conmigo después de la nevada para repasar algo de la materia que me había perdido. Pero entonces todo el país se paró. La universidad ya lleva una semana cerrada, así que la profesora se habrá olvidado de mí. Me digo que no importa. Hablar con ella de tú a tú solo serviría para que se diera cuenta de que soy una idiota.

❄

Ordeñar ha sido una pesadilla. Me he pasado la mañana fuera, a oscuras, de madrugada, intentando descongelar los tubos de la ordeñadora con un soplete. Sin Mark Cassidy no saldríamos adelante. Ha sido un regalo del cielo: limpia los cobertizos y alimenta a los terneros. Billy ha salido con la excavadora para intentar despejar la carretera y que la gente pueda llegar así a la tienda. Ayer fue en el tractor a comprar provisiones para Shirley y le trajo a mi madre una caja de minibotellas de vino del pub. Ella, sorprendida, se lo agradeció con un susurro.

❄

Mi madre está luchando contra la claustrofobia. Gran parte de su recuperación se ha basado en estar al aire libre y reconectar con la naturaleza. Por lo general, sale al exterior en pijama nada más despertarse. Luego pone los pies descalzos en la hierba, cierra los ojos y respira. Es lo que se llama conexión con la tierra o *grounding*. Billy y yo estamos de acuerdo en que eso es mejor que dejar que le piquen las ortigas. Cuando empezó a nevar, se empeñó en seguir su ritual matutino. Quitó la nieve de su parcela de hierba con una pala. Luego pilló la gripe y se rindió.

❄

Mi madre no puede asistir a las citas médicas en la ciudad. El psiquiatra debió hartarse de sus interminables llamadas telefónicas, así que le recomendó una terapeuta local. Muy local. Vive al otro lado de la carretera.

—¿Audrey Keane? —Billy frunce el ceño—. ¿Es loquera?

—Es psicoterapeuta, sí —dice mi madre.

—¿Audrey Keane, mi antigua profesora de piano? —pregunto.

—Sí —insiste mi madre—. Y se supone que es buena.

—Joder, Maeve. No puedes ir con Audrey Keane. —Billy suspira—. Es que… está demasiado cerca de casa.

—Billy, no estoy bien. Necesito hablar con alguien.

—Bueno, habla con tu hija, que la tienes aquí mismo.

Lo fulmino con la mirada.

—Se ha portado muy bien con la tarifa. Solo me cobrará cincuenta —dice mi madre.

—¡Cincuenta euros! —grita Billy—. ¿Cuántas botellas es eso?

—Es un precio reducido.

—Se supone que tengo que darte cincuenta pavos de mi dinero para que vayas a contarle tus cosas a la vecina. ¿Y qué gano yo con todo esto?

—Por favor, Billy.

La hace sudar un poco antes de dejar un billete de cincuenta en la mesa de la cocina y salir a ordeñar.

Mi madre se ducha y se seca el pelo. Es la primera vez que la veo maquillada desde el velatorio.

—Estás muy guapa —le digo.

—Gracias. —Sonríe y luego cierra la boca, avergonzada de sus dientes—. Nos vemos luego.

—Que vaya bien.

❄

Tres horas más tarde, estoy sentada en un sillón esperando a que vuelva. Mi madre abre la puerta y se sobresalta al verme.

—¡Dios!

—Perdón —le digo.

—No pasa nada, es que no te esperaba.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto.

—Muy bien —dice mientras se deja caer en el sofá—. Ha sido muy agradable hablar con alguien fuera de mi cabeza, no sé si me entiendes.

—Te entiendo. ¿Te ha hecho tocar el piano?

—Jaja, no.

—¿Sabes qué era lo que más me gustaba de las clases de piano?

—¿Qué?

—Ir al baño. Audrey Keane tenía el baño más espectacular que he visto nunca. Era mágico. Iba al menos dos veces por sesión. Velas encendidas. Música relajante. Toallas a juego. Un paraíso.

—No he llegado a verlo.

—Pues no sabes lo que te pierdes.

—No recordaba que hubieras recibido clases de piano —dice mi madre.

—Le pedí a Billy que me dejara ir porque las niñas del colegio iban. No duré mucho. Audrey Keane es toda una dama, eso sí.

—Sí que lo es —coincide—. De hecho, se ha ofrecido a verte para una sesión, si te apetece. Creo que podría venirte bien.

—Lo pensaré.

Almeja blanca

Intento recordar el aspecto del jardín de Audrey Keane bajo toda esta nieve. Hay un seto de laurel bien recortado y un arco lleva hacia el estanque. Las luces de Navidad están encendidas y el rosal sigue ahí, con los pétalos de color rosa congelados en la nieve. Tuve que esperar a que Billy se fuera al pub para escaparme. Dejó el billete de cincuenta para mi madre sobre la mesa de la cocina y ella me lo dio a regañadientes, como si le estuviera robando una sesión.

Audrey abre la puerta. Huele a agujas de pino, a canela y a algo horneado.

—Pasa y caliéntate. —Audrey me agarra de la mano y cierra la puerta—. Debbie —dice mirándome como para comprobar que soy yo—. Me alegro de volver a verte.

—Me encanta tu pelo —le digo. Su melena se ha vuelto de un precioso tono plateado—. Estás igual. —Sonrío.

—¡Tú sí que has cambiado!

—Gracias. —Sonrío de oreja a oreja. Deseo gustarle con todas mis fuerzas.

Ella agarra mi chaqueta, el gorro, la bufanda y los guantes y los coloca sobre el radiador.

—Pasa, pasa —dice y abre la puerta de la izquierda.

La nostalgia me empuja hacia la sala del piano, al fondo del pasillo. No sé por qué imaginaba que la sesión tendría lugar en la misma habitación donde aprendí las escalas mayores y menores, pero Audrey me conduce hasta el salón invernadero. Junto al fuego, dos sillones enfrentados esperan a que los ocupemos. Una manta de nieve azul cubre el techo de cristal. Parece como si estuviéramos bajo tierra.

Audrey aparta la pantalla de la chimenea, abre la caja de latón y utiliza las pinzas para echar un poco de turba en el fuego. El latón brilla como el oro.

—¿Quieres té, café o chocolate caliente?

—Un té estaría muy bien.

—¿Flojo o fuerte?

—Fuerte. Con una gota de leche, por favor. Una gota grande.

—Coge las galletas que quieras. El baño está en el pasillo. Es la segunda puerta a la derecha.

Sale y cierra la puerta. Tardo en sentarme porque no sé cuál es mi sillón. Echo un vistazo a la estantería. Me gusta que tenga la saga de *Harry Potter* junto a los libros de terapia.

En una mesita junto al fuego hay un cuenco de terracota con conchas, un plato de galletas de mantequilla que huelen como si acabaran de salir del horno, dos vasos de agua y una caja de pañuelos de papel. Cojo un par de almejas blancas del cuenco: dos conchas unidas. Les doy la vuelta y examino su dibujo. Unos semicírculos azules las cruzan. Las abro. Las dos mitades se rompen en mis manos y se derrama un poco de arena sobre la mesa. Todavía estoy limpiándola cuando Audrey vuelve a entrar.

—No te preocupes, esas conchas tienen mucha arena —dice mientras coloca mi taza de té sobre un posavasos—. Tu madre hizo lo mismo.

Toma asiento y yo la sigo, como si estuviéramos en una entrevista de la tele.

—¿Aquí empieza el psicoanálisis?

—Exacto —dice—. ¿Has visto antes a alguien como yo?

—No. —Miento porque creo que es más importante ser educada que ser sincera.

—Bueno, yo he asistido a muchos tipos de terapia —explica —. Algunas fueron más útiles que otras. A veces, nada más empezar con la primera sesión ya sabía que no iba a volver a la segunda. —Me lanza una mirada conspiratoria—. Se pueden utilizar todas las técnicas de los manuales, pero, en resumidas cuentas, la terapia no es más que dos personas hablando en una habitación. Yo intento entenderte. Así que siempre abordo la primera cita con el cliente como una sesión de prueba. Si al final de esta sesión sientes que no soy la terapeuta que necesitas, no hará falta que me pagues. Eso ha sucedido

muchas, muchas veces. No pretendo gustarle a todo el mundo. Y te seguiré estrechando la mano en misa cuando haya que darse la paz.

Me río demasiado fuerte.

—Muy bien.

—Todo lo que me digas se queda dentro de esta habitación. Nunca te abordaré en la tienda para hablarte de nuestras sesiones. Cuando me encuentre contigo fuera de esta sala, seré tu antigua profesora de piano. No hay mucha gente por aquí que conozca mi ocupación actual.

—Billy se sorprendió al enterarse.

A Audrey parece hacerle gracia:

—Billy y yo íbamos juntos a clase en el colegio.

—¿De verdad? Tú pareces mayor.

Levanta las cejas.

—¿Es por las canas?

Me tapo la boca con la mano.

—Ay, madre. Quiero decir más sabia. Mucho más sabia.

Audrey no dice nada. Le doy un sorbo al té para tener algo que hacer. Vuelvo a cruzar las piernas. Me miro las manos apoyadas en el regazo. Me inspecciono las uñas.

—Bueno —dice ella—. Para nosotras es difícil empezar de cero porque ya nos conocemos. O, mejor dicho, creemos que nos conocemos. He pensado que sería buena idea contarte dos cosas que probablemente sabes de mí y otra que no sabes. Luego te pediré que hagas lo mismo. ¿Te parece bien? —Asiento con la cabeza—. De acuerdo. Las dos cosas que creo que sabes de mí son bastante obvias. Soy profesora de piano y mi padre era el farmacéutico del pueblo.

—Me acuerdo de él —digo. El señor Keane se jubiló hace mucho, pero aún lo recuerdo detrás del mostrador con su bata blanca. Parecía amargado y hablaba por la nariz.

—Algo que quizá no sepas de mí es que me formé como médica. Estudié Medicina en la universidad, pero una vez que obtuve el título estuve mucho tiempo sin ejercer. Con veintitantos años me diagnosticaron una depresión y pasé una temporada en el hospital. Entonces empezó a interesarme la psiquiatría y, en fin, así es como acabé en este campo.

—Ah. —Me cuesta encontrar una respuesta adecuada.

—¿Hay algo que sepas de mí y que creas que me he dejado en el tintero?

—Sí. Que tienes un baño maravilloso.

—¡Ja!

—El baño más mágico del universo —digo.

—Gracias —dice ella—. Ahora te toca a ti.

—Vale. Bueno, ya conoces a mi madre. Y si has hablado con ella un rato, ya sabes lo de los sueños. —Intento calibrar su reacción, pero mantiene una expresión neutra—. Algo que quizá no sepas de mí es que tengo miedo de seguir el mismo camino que mi madre. Tengo miedo de quedarme atrapada en casa toda la vida y no poder enfrentarme a la realidad. Y si no hablo pronto con alguien de ello, siento que este miedo me matará —digo, mirándome las manos—. A ver, no es que sea una suicida. No tengo pensamientos suicidas ni nada por el estilo.

—Entiendo —dice Audrey—. Hay algunas cosas que has omitido y que yo conozco de ti. Tenías una relación cercana con James Cassidy, que murió hace poco. Sé cómo le ha afectado eso a tu madre. Y también habrá sido un gran golpe para ti. Me imagino lo difícil que habrá sido para todos. Y a veces corres por la carretera con un trote muy decidido. Además, parece que tienes una relación muy estrecha con tu tío.

—Ajá —digo.

—¿Qué opina Billy de que vengas aquí?

—No sabe que he venido.

—¿Y quién te ha dado el dinero para venir?

—Billy cree que es mi madre quien ha venido, no yo.

—Entonces, si decides venir con regularidad, ¿el dinero será un problema?

—Bueno, ya se ha portado muy bien conmigo al matricularme en la universidad este año…

No le cuento cuánto se enfadaría si supiera que estoy hablando con ella, aunque creo que lo sabe.

—De acuerdo. Bueno, por ahora, si decides volver a verme, no habrá honorarios. Así me sentiré más cómoda trabajando

contigo.

—Ay, no, eso sí que no, no podría.

—No te parece bien.

—No. O sea, te lo agradezco un montón, pero tú me estás proporcionando un servicio.

—¿Y qué tal si me limpias el baño a cambio?

—Pero eso no cubriría tus honorarios.

—No sabes lo mucho que detesto las tareas domésticas.

Me echo a reír.

—¿Te estás ofreciendo a ser mi señor Miyagi?

—Una versión más joven y con mejor pelo. —Extiende la mano—. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —respondo.

A pesar de que el fuego arde frente a nosotras, tiene las manos frías.

Primeras impresiones

No estábamos seguros de que Xanthe consiguiera llegar hasta aquí con tan mal tiempo. Los trenes y los autobuses siguen sin funcionar. Su novio la recogió la mañana de San Esteban en el Range Rover de su padre para llevarla a conocer a la familia.

Me manda un mensaje para decirme que viene a ver la granja.

No la esperaba tan temprano. El fregadero está lleno de platos y nos hemos quedado sin papel higiénico.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda. —Cojo unos cuantos platos sucios y los pongo en el fregadero.

Le devuelvo el mensaje:

Nos vemos en la iglesia! xx

Fuera está soleado. El frío se me mete en el pecho y me quema los pulmones. La nieve hace que todo parezca celestial. Es como si hubieran extendido una sábana sobre el pueblo para tapar todo lo aburrido y enfatizar la narración del hogar idílico que he construido en la universidad. Casi parece un engaño.

Veo que espera junto a la entrada del cementerio. Me divisa a lo lejos y ambas nos saludamos con la mano. Lleva un sombrero negro de piel sintética y un abrigo burdeos. Sostiene algo que, al acercarme, resulta ser una cesta.

Hacemos eso que hacen las chicas cuando no se han visto en mucho tiempo: nos miramos fijamente con cara de incredulidad, luego nos abrazamos y chillamos todo lo fuerte que podemos durante el mayor tiempo posible.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú?

—¡Estás estupenda!

—¡Tú estás guapísima!

Ambas sabemos que es ridículo, pero el guion está para seguirlo.

—¿De dónde has sacado ese abrigo? —pregunto.

—De la tienda de Oxfam.

—¿Quién dona un abrigo así? ¿Anna Karénina?

Observo la imagen que ha elegido dar ante la familia de su novio. Xanthe se las ha apañado para encontrar una peluquería abierta a pesar de la nieve. Se ha cortado el flequillo y va peinada a la perfección. Debajo del sombrero lleva unas orejeras de terciopelo negro. Está preciosa. Yo llevo el pijama debajo del chándal y una chaqueta de esquí de Aldi que he cogido del armario de orear la ropa.

—¿Dónde vas con esa cesta? —le pregunto.

—Es un detalle.

—Ay, Santy, ¡es enorme!

—Bueno, por algo me llaman Santy.

—Gracias. No tenías que traer nada —digo.

—Me encanta estar aquí.

—¿Ya has hecho el gran *tour* del pueblo?

—No.

—Pues aquí tenemos la iglesia, la escuela y el pub. —Los señalo todos a la vez—. Fin de la visita guiada, se aceptan propinas.

—¿Ese es el pub donde vamos esta noche?

—Sí, el Cassidy.

—Parece la casa de alguien.

—Lo es.

—¿Y tú vives por aquí?

—Sí, justo a la vuelta de la esquina, por el monte donde gritan los niños. Billy ha abierto temporalmente uno de los campos para que los chavales lo usen como pista de esquí.

—Oh, Dios, qué guay.

—¿Qué tal el día de Navidad? —pregunto.

—Muy bien. Por la mañana fui como voluntaria al albergue para gente sin hogar.

—Ah, claro.

—Creo que mi madre se enfadó conmigo por no estar en

casa cuando ella estaba. Tuvo que ir a trabajar por la tarde, así que nos quedamos Kevin de *Solo en casa* y yo haciéndonos compañía.

—¿Y tu padre también trabajaba?

—Pues no lo sé. Papá no vive con nosotras.

—Ah, vaya. Lo siento.

—No, no pasa nada. ¿Dónde están tu madre y Billy? —me pregunta ella antes de que me dé tiempo a preguntar otra cosa.

—Mi madre está durmiendo, pero Billy tiene que andar por aquí.

Cruzamos el guardaganado y Jacob acude de inmediato para poner el hocico en la entrepierna de Xanthe.

—Jacob, déjala.

—Qué perrito tan bueno. —Xanthe intenta mirarlo a la cara, pero él insiste en meterse entre sus piernas.

—No es malo —digo. Cuando empezó a nevar, Jacob por fin salió de la cabina del tractor para dormir en el establo. Ha recuperado el peso que perdió tras la muerte de James y vuelve a parecer el mismo de siempre.

Cojo la cesta de Xanthe para ponerla en la cocina. Intento analizar la casa a través de sus ojos. Nuestra cocina es oscura y húmeda, casi tan pequeña como la de su apartamento en el centro. Las conchas del alféizar parecen vajilla sucia. Algunos de los tiradores de los armarios de madera se han caído y el suelo de linóleo está combado y levantado por algunas zonas.

—¡Qué casa tan bonita!

—Ahora mismo está hecha una pocilga —digo—. ¿Quieres ver la caravana antes o después del té?

—Antes, por favor. ¿Puedo ir al baño?

—Sí, pero… Lo siento mucho, nos hemos quedado sin papel higiénico. Abro los armarios buscando papel de cocina o algo para ofrecerle.

—No pasa nada —dice mientras saca un paquete de pañuelos del bolsillo de su abrigo—. Puedo usar esto. ¿Dónde está?

—Arriba. La primera puerta a la izquierda.

❄

Oigo tirar de la cadena y respiro aliviada porque al menos la cisterna funciona. Tamborileo con los dedos sobre la mesa mientras espero a que vuelva. Entonces oigo un murmullo de voces. Subo la escalera, pero es demasiado tarde. Mi madre ya le está mostrando el sagrario a Xanthe, que mira las paredes mientras se pasea como si estuviera en el Louvre.

Me dispongo a valorar los daños.

—Xanthe, esta es mi…

—Qué habitación tan increíble. —Xanthe se da la vuelta para inspeccionar una página de *Finnegan's Wake* pegada al armario—. Es un placer conocerte, Maeve.

Actúa como si se hubiera reunido con el papa. Mi madre se tira de las mangas del suéter rojo de punto para cubrirse las manos. Observa con aire desconfiado a Xanthe, que toquetea los objetos divinos del sagrario. Es una habitación impresionante, sobre todo si se compara con el resto de la casa.

—Qué preciosidad —susurra Xanthe al tiempo que vuelve a colocar en su sitio la calavera Sebastian.

—Tu abrigo es precioso. —Mi madre la mira con una mezcla de admiración y envidia.

—Muchas gracias —sonríe Xanthe—. Debbie me ha dicho que eres escritora, ¿no?

Mi madre frunce el ceño.

—¿Eso te ha dicho?

—¿Qué escribes? —pregunta mientras se coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Mi madre parpadea—. Perdona, supongo que es una pregunta imposible de responder.

—Escribo sueños. —Mi madre se apresura a coger los montones de cuadernos de debajo del escritorio.

—Xanthe, creo que es mejor que salgamos a ver a Billy —digo, pero mi madre ya le ha pasado el cuaderno de Aisling para que lo hojee.

—Escribo los sueños que me vienen —explica mi madre—. Casi siempre se resisten a la forma narrativa, por eso a veces intento grabarlos en audio o dibujar su aspecto y ciertas imágenes destacables.

—¿Haces esto todas las mañanas? —Xanthe retira la silla y se sienta junto al escritorio—. Debbie, ¿te importa que me

tome aquí el té que me ofreciste antes?

Suspiro.

—Mamá, ¿tú quieres té?

Mi madre se muerde el labio.

—Hay té *earl grey* en la cesta que he traído —dice Xanthe.

—Me apetece uno de esos —murmura mi madre.

—¡Estupendo! A mí también —dice Xanthe hojeando las páginas del diario de mi madre—. Gracias, Debs.

❄

Cuando vuelvo, mi madre ha encendido un poco de incienso y están hablando de taichí y sanación de los chakras.

—De verdad, Maeve, te cambiará la vida. —Xanthe coge la taza de *earl grey*—. ¿Lleva leche? —pregunta.

—¿Lo querías con leche?

—No pasa nada, me lo tomo así.

—No, tengo leche de avena en la nevera —le digo—. Mamá, ¿tú también lo quieres con leche?

—Sí, por favor.

Salgo ruidosamente de la habitación y bajo las escaleras para seguir haciendo de camarera.

❄

Una hora después, siguen hablando de sueños. Mi madre ya se ha soltado y habla sin tapujos; a veces se ríe y deja que Xanthe vea los huecos donde deberían estar sus dientes.

—En serio, Maeve, creo que eres un referente —dice Xanthe agarrándole la mano—. La gente tiene una visión muy reducida de la realidad. Solo de vez en cuando vislumbramos la imaginación compartida en el arte o en la música.

—Bueno, la gente teme ser ignorante —dice mi madre—. Y se siente incómoda con la idea de que, cuando entramos en los niveles más profundos de un sueño, nos liberamos de nosotros mismos. Nuestra sociedad está muy encadenada a la idea del individuo. La verdadera inspiración viene de fuera de nosotros,

de lo comunitario, de lo que no conocemos, de lo que solo existe en los sueños. Mozart componía directamente a partir de estados oníricos. Kafka solo escribía por la noche. Hasta la estructura molecular del ADN se descubrió en un sueño. —Levanta las manos como diciendo: «¿Qué más pruebas necesitas?».

—Por cierto, creo que ya va siendo hora de salir —digo—. Xanthe todavía no ha visto la granja.

—¿Quieres venir con nosotras? —le pregunta Xanthe.

Fulmino a mi madre con la mirada.

—No, voy a escribir un poco —contesta, y le suelta la mano —. Me has servido de inspiración.

Reprimo las ganas de poner mala cara. Antes de irnos, Xanthe garabatea en la portada del cuaderno de Aisling una lista de recomendaciones de libros, el nombre de un curso de yoga y su número de teléfono.

❄

—¿Va a venir Maeve al pub esta noche? —me pregunta cuando le muestro el camino a la caravana.

—Es probable que no.

—Podría pasarme horas hablando con ella.

—Le caes bien.

—Bueno, no esperaba que fuera tan… —Xanthe detiene el paso—. Tu madre es increíble. Lo sabes, ¿verdad?

—Se le da bien hablar de chorradas.

—Creo que lo que dice tiene mucho sentido.

—Se nota que no tienes que vivir con ella —contesto.

❄

Al abrir la puerta de la caravana vemos a Billy añadiendo una lata de Heineken vacía a la torre que hace de árbol de Navidad.

—Billy…

—Shhhh —dice, levantando la mano mientras coloca la lata en lo alto de la torre. Se vuelve hacia nosotras—. Esta debe de

ser Santy.

—Billy. —Xanthe le da la mano—. Encantada de conocerte.

Billy me mira.

—Tiene un apretón de manos sólido.

—Sin demasiada fuerza, pero con firmeza. Y, sobre todo, nada de flacidez en la mano —dice Xanthe.

—Oh, la flacidez en la mano es el Judas de los apretones. Nunca te fíes de quien te lo dé así.

A Xanthe le tiembla la sonrisa. Me doy cuenta de que está nerviosa. Se lleva las manos a la espalda y se pasea para inspeccionar el interior de la casa de Billy mientras finge no reparar en mi mirada.

—Xanthe. Te imaginaba rubia —dice Billy.

—De bebé tenía el pelo claro.

—Te llamas igual que una cordillera extraterrestre.

—Los montes Xanthe, en Marte, creo —añade ella.

—Una mujer en Marte. Bendita sea.

—¡Ostras! —grita y se arrodilla para mirar bien el interior de la caja de cartón que está sobre la cama.

Me acerco para ver qué hay dentro. Es el erizo.

—Ese es Edward —dice Billy.

—¡Qué mono!

—Me alegra que le guste a alguien. Debbie quería matarlo.

—Yo no quería matarlo.

—Le cuesta mucho respirar —dice Xanthe.

—Lo sé. —Billy se agacha junto a ella—. Cualquiera diría que fuma dos cajetillas diarias. Tiene un golpe en el hocico, supongo que es por eso.

—¡Mira qué patitas!

—Sí, son mucho más largas de lo que uno imagina. —Billy señala la línea que separa las púas y el vientre—. Esos músculos son muy fuertes. Acarrear ese montón de púas es como llevar un vestido de noche carísimo. Cuando nuestro Edward necesita moverse rápido, esos músculos le levantan el vestido para poder huir deprisa.

—Mi tío es un David Attenborough de la vida —digo.

—¿Cómo conseguiste meter el piano aquí? —pregunta Xanthe.

—No me tires de la lengua. —Suspiro—. La mitad de las teclas no funcionan, está desafinado y nadie lo toca.

Xanthe pasa los dedos por las teclas y se sacude las pelusas de polvo que se le quedan pegadas.

—Esta chica sabe tocar —dice Billy.

—Ay, no —responde ella.

—Se le nota en la postura. —Billy me da un codazo. Parece como si siguiera hablando del erizo—. Cuando se sienta, se pone tiesa como un palo.

—Sin compromiso, Xanthe —digo.

—No sé qué tocar.

—Toca lo que quieras.

—No toques nada triste —dice Billy.

Le doy un puñetazo en el brazo.

—Toca lo que quieras —insisto.

Las teclas del piano son de un color crema sucio, un color de uñas manchadas de nicotina. Xanthe coloca los dedos y deja que esbocen una melodía al tiempo que inclina la cabeza hacia ellos.

—¿Cómo se llama esa pieza? —pregunta Billy.

—Se llama «Dawn». Es de la banda sonora de *Orgullo y prejuicio*.

—¿Esa donde actúa Keira Knightley?

Xanthe deja de tocar y lo mira.

—¿Eres fan de Keira?

—Bueno, no le vendría mal comerse un par de bocatas de jamón.

Xanthe se echa a reír.

—Billy, no está bien hacer comentarios sobre el peso de las mujeres —le digo.

Él le hace un gesto a Xanthe levantando la vista hacia el cielo.

—Sigue —le pide—. Eres una auténtica Marianne Dashwood.

—Xanthe es más bien una Jane Fairfax —le corrijo.

—No me digas que lees a Austen. —Xanthe deja de tocar de nuevo y se lo queda mirando fijamente.

—Es su nuevo vicio —digo.

—No tiene nada de malo —dice Billy—. Esa tía es un genio.

Hay algo especial en la forma en que Billy mira a Xanthe, como una luz en el fondo de sus ojos que hacía mucho tiempo que no se encendía.

Los Doce Pubs

Xanthe llega al pub con un jersey navideño que tiene un reno con nariz de pompón, una falda ajustada de cuero negro con medias transparentes y unas botas hasta la rodilla. Cuando veo que viene sola, me siento aliviada a la vez que decepcionada. Me había mentalizado para verlos juntos.

—¿Dónde está tu novio? —le pregunto.

—Viene más tarde —dice ella mientras pasa al rincón y se coloca a mi lado.

—¿Qué vas a tomar? —pregunta Billy.

—Creo que una Heineken.

—Esta es de las mías —dice él—. ¡Shirley! Otra pinta por aquí cuando puedas.

Nos preparamos para una larga velada. Durante la noche de San Esteban se celebra la fiesta local de los jerséis navideños: una recaudación de fondos, a la que todo el mundo llama Los Doce Pubs, para el club de la Asociación Atlética Gaélica.

—¿Tú participas en Los Doce Pubs? —pregunta Xanthe.

—Uf, no, qué va —dice Billy—. Demasiado ejercicio.

El pub de Shirley está en una isleta formada por el cruce de tres caminos. Algunas personas instauraron la tradición de, después de cada pinta, dar una vuelta alrededor del local para considerarlo un nuevo pub. Solo los más resistentes dan doce vueltas, pero se lo toman muy en serio.

—Yo podría dar un par vueltas por las risas —digo—. En realidad es muy divertido cuando los niños siguen por aquí. Se lo toman muy en serio.

—Se achispan a base de refrescos —dice Billy.

—¿A qué hora empieza?

Billy se gira y le suelta un bramido a Shirley.

—¿A qué hora arranca esto, Shirl?

Ella se acerca y deja la pinta de Xanthe al lado de Billy.

—A las siete.

—Shirley, esta es Xanthe, la amiga de Debbie de la universidad.

—Encantada —dice Xanthe.

—Hola, cielo. —Shirley le da una palmadita en la cabeza y recoge de la mesa los vasos vacíos.

Xanthe saca el móvil. Supongo que quiere estar segura de que él vendrá antes de las siete. El corazón ya me late con fuerza.

❄

Xanthe interroga a Billy sobre el ordeño.

—¿Tienen nombre las vacas?

—No, tienen números.

—¿Y las distingues?

—Sé cuáles son por las tetas.

Xanthe suelta una carcajada.

—No lo digo por hacerme el gracioso —dice Billy—. Es así.

—Xanthe es vegana —le informo.

Billy levanta las cejas y respira hondo.

—No estoy en contra de todos los lácteos —aclara ella.

—Pero si tienes una camiseta que dice: «Mi leche de avena libera a todas las vacas del establo».

—Me parece bien que los ganaderos rurales se ganen la vida. Y a tus vacas se las ve bien —le dice a Billy.

—Las cabronas viven mejor que nosotros —refunfuña Billy.

❄

Billy empieza a interpretar el papel del tío generoso y se niega a que paguemos las bebidas.

—¿Qué pasa con aquello de las rondas? —le pregunto cuando me dice que guarde el dinero.

—Es Navidad —responde, como si fuera yo quien se ha pasado todo el invierno enfurruñada y quejándose de la cantidad de trabajo que hay en la granja.

Xanthe y yo lo observamos mientras se dedica a recorrer el bar para felicitarle las fiestas a todo el mundo.

—Es como un político —digo.

—Es genial.

—Da vergüenza.

—Debbie, no sé cómo decirte esto, pero tu tío es muy mono.

—¿Qué? Uf. Para. Es un viejo.

—No es tan viejo. Y lee a Austen.

—Lo obligué a ver varias pelis de época conmigo. Y es viejo.

—No es tan viejo.

—La-la-la-la-la, voy a borrar esta conversación de mi memoria.

—Bueno, pues me callo.

—Tienes novio —le recuerdo.

Se ríe.

—Tengo derecho a tener un novio y a que me gusten otras personas.

—Pero Billy no —le digo—. En serio, para ya.

—Bueno… —Xanthe trata de cambiar de tema—. Entonces, ¿Maeve no viene?

—Para ella es duro venir al pub este año después de lo de James —le explico—. Shirley es la madre de James y, en fin… Mi madre y Shirley no se llevan muy bien.

—Entonces ¿está sola en casa?

—Sí, pero ella disfruta de su propia compañía.

Xanthe da muestras de que va a decir algo, pero luego decide no hacerlo.

—¿Qué tal la Navidad? —pregunta.

—Hemos sobrevivido, que no es poco.

—¿Tan mal ha ido?

—Este año intenté cocinar un pavo. Bueno, primero quise preparar una cena vegana, pero Billy se negó en redondo. Y nunca comemos pavo en Navidad.

—¿Y qué coméis entonces?

—Pollo frito con crema.

—¿En serio?

—En serio —digo.

—¿Con qué más?

—Con patatas cocidas y judías.

—Suena regular.

—Lo sé. Por eso intenté tomar las riendas este año. En cualquier caso, no sé qué hice, pero no era comestible. Terminé dándoselo a Jacob. Estaba encantado.

—¿Y entonces qué comisteis? —pregunta.

—Patatas y judías.

—Madre mía.

—Y unos gofres de patata para acompañar.

—Oye, no es Navidad sin al menos dos tipos de patatas —dice Xanthe—. ¿Y cómo fue la cosa con los regalos?

—Pues bastante bien, para sorpresa mía. Billy me compró un montón de cosas al azar: un gel de baño, un perfume… Me preocupa un poco. También se ha comprado un par de alpacas para él.

—¿Qué? —Xanthe golpea la mesa con ambas manos.

—Sí, las compró en una granja del norte a través de DoneDeal. Pero le dijeron que de momento no podrían entregárselas por culpa de la nieve. —Saco el móvil y le enseño una foto de las dos alpacas mirando a la cámara como si fueran osos de peluche con cuello de jirafa y un corte de pelo alocado.

—Son adorables.

—Ya les hemos puesto nombre. El del mohicano en la cabeza es Jacksy y la del ojito guiñado es Mildred.

—¡Un chico y una chica para que tengan alpaquitas! —exclama con una sonrisa.

—Uy, no, no creo que Billy haya llegado a plantearse eso. Todavía no me creo que las haya comprado. Este año se le ha ido un poco la olla gastando dinero.

—Qué generoso.

—¿Cómo fue la reunión con tus suegros? —pregunto.

—Genial. Parecen encantadores. Aunque todo es un poco raro. He invertido mucho tiempo y energía en prepararme para causar buena impresión. No sé. Es como si él me estuviera exhibiendo y yo fuera algo nuevo y reluciente que se ha encontrado por ahí.

No tiene ni idea de cuántas chicas en este pub matarían por que él las presentara como su novia ante sus padres. De hecho, ya tienen fichada a Xanthe. Alannah Burke la miró de arriba abajo al entrar. Aunque estoy celosa de Xanthe, también me

siento orgullosa. Mirad a la preciosa mujer que ha decidido ser mi amiga. Miradme. La chica que no tenía amigos en el colegio, la zorra que siempre considerasteis sucia y rara está ascendiendo en el mundo. Ser amiga de Xanthe me hace sentir más limpia y presentable, pero también deprimida hasta un punto insospechado porque, por mucho que me esfuerce, nunca seré tan buena como ella.

—¿Él viene luego? —pregunto.

—Sí. Es raro que no lo hayas conocido todavía.

—Y no puedo hacerle las preguntas típicas, como de dónde eres y esas cosas —añado.

—Jaja, por favor, pregúntaselo.

—Pensará que soy boba.

—En realidad dijo que eras la persona más inteligente del instituto.

—Bueno, eso es mentira —digo, aunque estoy encantada. Por la forma en que Xanthe me mira, casi juraría que ella también está un poco celosa de mí.

❄

Xanthe quiere ir a jugar al billar con Billy, pero Murt Mooney anda por allí y temo que Billy me suelte alguna barbaridad sobre él delante de ella.

Nos acercamos a la barra. Saludo a Mark cuando pasa con una bandeja de bebidas.

—¿Quién es ese? —pregunta Xanthe.

—El hermano de James. Ahora trabaja con Billy.

—Nunca me has hablado de él —dice, levantando las cejas —. Parece simpático.

—Mark es como un hermano. No lo tocaría ni con un palo de escoba —digo.

—No he dicho nada.

—De todos modos, tiene novia.

Levanta las manos.

—No he dicho nada.

Son más de las siete. Los participantes de Los Doce Pubs ya van por la tercera vuelta y sudan con sus jerséis de lana. Unos cuantos encargados de hacer cumplir las normas se enfadan

con los del grupo de al lado, que siempre se olvidan de sacar a los elfos invisibles de las pintas antes de beber.

Xanthe vuelve a comprobar el móvil.

—¿Es él? —pregunto.

—Sí. Esto de salir le pone un poco nervioso. Es porque no bebe. Teme que todo el mundo piense que es un soso. Intenté explicarle que tomarse una cerveza no tenía nada de malo, ya sabes, para ser sociable. Está un poco raro conmigo.

—¿En plan… enfadado?

—No, en realidad nunca se enfada. Solo…, no sé, se distrae. No sé si me haría caso si no le pareciera atractiva.

Me echo a reír.

—Buah, pobre Santy. No te estarás quejando de ser demasiado guapa…

—No me refiero a eso. Y a la inversa pasa igual. ¿Estaría con él si no me gustara su físico? Porque tampoco es que tengamos conversaciones increíbles.

Este dato me hace más feliz de lo que debería. Le doy un sorbo a mi bebida e intento ocultar mi regocijo. Decido que quiero emborrachar a Xanthe esta noche. Emborracharla mucho.

❄

En cuanto entra, me fijo en él. Las chicas del instituto se revolucionan al verlo. Hablan con más entusiasmo, se ríen más fuerte, se hacen fotos y aparentan una felicidad que asusta. Él trae una energía nerviosa y les da palmadas en la espalda a los chicos con los que se encuentra. Está demasiado delgado para ser jugador de hurling. Los demás chicos del equipo tienen cara de patata y parecen versiones anticipadas de sus padres. Él es todo pómulos y dedos largos. Sería una mujer muy guapa. Parece consciente de su feminidad porque, cuando se siente observado, se pone chulo. Una chica lo detiene para que se haga una foto con ella y él le pasa el brazo por el hombro, inclina la cabeza hacia un lado y la señala.

Se acerca sigilosamente por detrás de Xanthe y le tapa los ojos con las manos. Intento mirarle a la cara sin sonrojarme.

—Me pregunto quién será —dice Xanthe con sorna.

Él aparta las manos y la besa en la mejilla.

—Debbie. —Extiende la mano—. Gracias por hablar bien de mí.

—Ah, el mérito no es mío —digo, y siento que me pongo colorada. Le doy la mano.

—¿Qué bebéis? —le pregunta a Xanthe.

—¿Me traes una copa de vino blanco?

—¿Y tú, Debbie? —Me mira.

—Ah, no, estoy bien así —digo levantando el vaso.

—Dos copas de vino blanco —dice Xanthe.

—No, de verdad, estoy estupendamente. —Cuando él se va, le doy una patada a Xanthe—. No dejes que me invite a otra copa.

—Que haga lo que quiera. —Suspira—. Me siento mal por haberme quejado de él.

—No te estabas quejando, estabas diciendo la verdad. Eso está permitido.

❄

Vuelve de la barra con dos botellas de vino blanco y dos copas limpias.

—¡Te dije dos copas! —Xanthe le da una palmada en la muñeca.

—Seguro que las botellas salen más a cuenta.

—¡Madre mía, qué locura es esta! —exclamo—. Muchas gracias.

Levanta las manos.

—No me hago responsable de los estragos posteriores.

Se levanta y le sirve a Xanthe una copa con una mano detrás de la espalda.

—¿Cómo te ha ido el día? —le pregunta.

—Prefiero la casa de Debbie a la tuya —contesta Xanthe.

—Deja que adivine. ¿Tiene más libros?

—Más libros, más vacas, más diversión.

—Debbie, me ha regañado por no leer —me dice.

—¿Ni siquiera *Harry Potter*? —le pregunto.

—He visto las películas.

Las dos sacudimos la cabeza.

—No es lo mismo.

—No es culpa mía. Tengo una enfermedad. Me entra narcolepsia cuando intento leer. Me quedo grogui. No lo puedo controlar. En fin, no soy una ratita de biblioteca como vosotras.

Le lanzo una sonrisa a Xanthe. Me alegro de que al menos nos haya metido a las dos en el mismo saco.

❄

Después de la segunda botella de vino, Xanthe reúne la seguridad suficiente para ponerse a jugar al billar con los viejos. Intenta, sin éxito, utilizar el taco como un bastón de *majorette*. Billy la llama y ella vira con rapidez y casi le arranca la cabeza a Dooley.

Pensé que él se iría con los jugadores de hurling, pero ocupa el asiento de Xanthe a mi lado.

—¿Qué tal en el Trinity? —pregunta.

—Ah, bien… —Tengo la boca demasiado seca para hablar, así que trago saliva y lo intento de nuevo—. Un poco abrumador para una paleta de campo. ¿Cómo es el University College?

—Pues igual, la verdad. Es enorme. El campus tiene rotondas y todo.

—Eso no se lo habrás dicho a nadie, ¿verdad? —pregunto.

—Voy a salir en los periódicos: «Pueblerino sorprendido al descubrir las rotondas».

Me río.

Señala la barra con la cabeza.

—El padre John es un grande.

El cura está de pie detrás de la barra repartiendo patatas fritas Tayto como si diera la comunión. Los participantes de Los Doce Pubs han formado una cola ordenada y se acercan a él con las manos juntas y arrastrando los pies.

—Ay, por Dios… —digo.

—Los flipados de la juerga.

—Los flipados de Jesús y de la birra.

Un silencio acechante se cierne alrededor de nuestra conversación. Nos estamos quedando sin temas de los que

hablar.

—Xanthe es una tía guay —digo mientras la veo tomar un chupito.

—Es genial. Me siento muy afortunado de haberla conocido.

—Qué bien. —Asiento con la cabeza—. Qué bien.

—¿Sois muy amigas?

No sé si es una afirmación o una pregunta, así que vuelvo a asentir.

—Cómo está esto de lleno, ¿eh? —dice.

—La noche de Los Doce Pubs siempre está así.

Miro a las chicas del instituto, que nos están observando. Cualquiera de ellas daría una pierna impregnada de crema autobronceadora por hablar con él. Me siento molesta, no sé por qué. Me decepciona que este momento sea tan banal. Me bastan unos cuantos segundos de silencio para darme cuenta de que me aburro.

—Tengo que ir al baño —anuncio.

Parece aliviado. Se levanta para dejarme pasar. No se produce ningún roce de hombros, ninguna chispa de electricidad.

Me doy la vuelta para mirarlo de nuevo a la cara.

—¿Sabes que es la primera vez que hablamos?

Abre los ojos de par en par.

—Sí, supongo que sí.

—Sí. —Me dispongo a alejarme, pero me vuelvo a girar—. ¿Sabes?, para ser alguien con quien nunca he hablado, tengo una relación complicadísima contigo en mi cabeza. Es como un rencor que no puedo soltar… Como si estuviera enfadada contigo, vete a saber por qué.

—Ah, vale. —Asiente, pero desvía la mirada durante un segundo. No tiene ni la menor idea de lo que quiero decir.

Huyo de las palabras que acabo de soltar. Paso por delante de la gente que hace cola para pedir cerveza, por delante de las chicas del instituto, sentadas juntas con sus tacones de aguja, por delante de Billy, que le está haciendo una foto a Xanthe, quien a su vez señala el cartel sobre la estufa que dice «CALIENTACULOS».

❄

En el baño de al lado hay una chica vomitando. Respiro hondo sentada en el váter. No estoy segura de qué esperaba. Estoy mosqueada conmigo. Estoy enfadada con alguien a quien no conozco porque no encaja en mi fantasía. No sale con Xanthe para darme celos. Es un chico sincero, simpático y soso a quien simplemente no le gusto.

Le mando un mensaje a Xanthe:

Por qué coqueteas con mi tío?

Mi teléfono vibra en el suelo y aparece un mensaje de Xanthe.

Qué?

Me llama. No contesto.

Otro mensaje:

????????

❄

Unos minutos más tarde se oye un golpe en la puerta del cubículo.

—Debbie, déjame entrar.

Si no me muevo ni hago ruido, la situación desaparecerá. La cabeza de Xanthe asoma por encima de la cabina.

—¿Vamos a hablar así?

Abro el pestillo. Se mete en el cubículo y cierra la puerta.

—¿A qué venía eso?

Me encojo de hombros como una niña consentida.

—¿Qué pasa?

—Tu novio cree que soy una psicópata.

—De eso nada. Necesito mear.

Nos cambiamos de sitio y Xanthe se baja las medias.

—Dios mío —digo.

—¿Qué pasa?

—¡Tienes el felpudo poblado! —exclamo.

—¿Cómo dices?

—¡Que no te afeitas el coño! No sabes cuánto me alegro. ¿A él le gustan los felpudos poblados?

—¿Qué? ¡No! Todavía no lo ha visto.

—Ah, vale.

Tira de la cadena, se sube las medias y se recoloca la falda.

—A Billy le gustas —le digo.

—¿De dónde te has sacado esa historia?

—No me digas que no has coqueteado con él.

—No he coqueteado con él. Solo intento pasarlo bien. ¿A qué viene eso?

—A que estás coqueteando con mi tío, a eso viene.

—Es la primera vez que veo a tu familia y quiero causar buena impresión.

—Pues podrías intentar no coquetear con él.

—¿Y qué coño importa si coqueteo con él?

—¡Que tienes novio!

—¡Ya lo sé, joder! No eres dueña de la gente, Debbie. No puedes controlar lo que sienten los demás. Te juro por Dios que a veces me da la impresión de que estoy saliendo contigo.

—Anda ya, vete a la mierda, Xanthe. —Abro la puerta y me encuentro con una cola de vecinas que esperan para entrar en el baño.

❄

Intento levantar la parte de la barra que permite acceder al otro lado, pero tiro varios vasos y todo el mundo aplaude al oírlos estrellarse contra el suelo. Mark está limpiando el estropicio con una escoba y un recogedor.

Cuando me apoyo en él, me dice:

—Debbie, creo que es hora de volver a casa.

—¿Te vienes a casa conmigo? —murmuro.

—No, Debs.

—¿Me estás echando?

—Solo te he dicho que creo que es hora de volver a casa.

—De que vuelva yo —digo señalándome a mí misma.

—Sí.

—Nadie más.

Suspira.

—Quiero un vodka doble con tónica, por favor —le pido.

—No puedo servirte nada más, Debbie. Ya has bebido bastante.

—Todo el mundo en el pub ha bebido bastante, Mark. ¿Por qué la tomas conmigo? ¿Es porque te gusto?

—No, Debs.

—¿Entonces no quieres venir a casa conmigo?

—Tengo novia, Debbie.

—La última vez eso te dio igual.

—La última vez no sabía ni dónde tenía la cabeza. Mi hermano estaba muerto en un ataúd, tu madre estaba encima de él y tú te pegaste a mí como un puto sarpullido.

—Guau. —Siento que sus palabras me dan vueltas en la cabeza y me hacen sentir sobria—. Gracias.

—Lo siento. Escucha, Debs, quiero ser tu amigo. Creo que estás como una cabra, me parto contigo, pero no me gustas.

—Crees que estoy loca —digo despacio.

—Me parto contigo porque eres la leche.

—Vale.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No.

—¿Seguro?

—Sí —contesto—. Tienes razón. Necesito volver a casa.

Me da una palmada en la espalda y sonríe.

—Mañana me lo agradecerás.

❄

Xanthe me espera fumando fuera del pub.

—¡Debbie! ¿Qué cojones haces? ¿Qué te pasa?

La agarro por el codo y la aparto del grupo de fumadores.

—A mí no me pasa nada, qué me va a pasar. Tú has acaparado todos los problemas…, todo el sufrimiento.

—¿Te estás burlando de…? Eres la única persona a la que le he contado lo de mi enfermedad mental.

—«Eres la única persona a la que le he contado lo de mi enfermedad mental» —la imito sacudiendo las manos.

Me mira como si yo fuera otra persona.

—Pero si te ha faltado tiempo para contármelo —espeto—. Lo tuyo no es más que un sacacuartos. Le has pagado a un médico para que te diga que eres especial. Que estás triste y nerviosa. Estás llena de luces y sombras, Xanthe. Eres muy complicada. Tienes muchas capas. No eres solo una chica guapa.

—Estar deprimida no es algo que se elija, Debs —dice Xanthe con voz temblorosa.

—Venga ya, vete a la mierda. Tú lo tienes todo y sigues sin ser feliz. Me da igual el dinero que te gastes en hacerte la desgraciada. Eres un puto copo de nieve, Xanthe —digo, alejándome de ella—. Un copo de nieve.

❄

Entre la nieve del exterior y el alcohol de mi interior, el mundo parece irreal. Aún no siento el frío, pese a que me he olvidado el abrigo en el asiento de dentro. Me dirijo a casa y poco a poco dejo atrás el ruido del pub. Los participantes de Los Doce Pubs han convertido la nieve de la carretera en un barrizal marrón.

Jacob viene a recibirme a la puerta y lo aparto. Busco a tientas la llave dentro del bolso. Antes no cerrábamos con llave, pero últimamente mi madre está obsesionada con la seguridad. La meto en la cerradura, pero no se mueve.

—Venga ya —gimo.

❄

Me dirijo a la parte de atrás. La caravana está cerrada. Nunca antes había estado cerrada. Billy dijo que pondría una cerradura cuando contuviera algo que valiera la pena robar. Ahora siento que lo ha hecho a propósito para cabrearme.

Me subo al tejado y me tumbo bocarriba. Me pesan los ojos. Empiezo a tener frío, un frío que me sube por las piernas hasta el vientre. Me recuerda a cuando me meto en el mar: zona fótica, zona mesopelágica, zona batial, zona abisal…, zona hadal de Perséfone, la reina del invierno.

Dentro

La caravana cruje por debajo de mí. Noto un traqueteo. Ha debido de caerse algo. Araño el hielo del techo con las uñas. Me miro las manos. Las tengo muy rojas, pero no siento frío. Es como si todo mi cuerpo flotara en un globo de nieve relleno de vino blanco. Me levanto e intento enfocar mi visión inestable hacia el horizonte. Miro fijamente por encima de la nieve recién caída teñida de azul. Disfruto del glorioso momento en el que la bebida triunfa sobre la realidad. *Vale la pena beber,* pienso. *Solo por esto*.

Tengo sed. Bajo de un salto y me meto un poco de nieve en la boca. Me quema la lengua y la escupo.

La caravana sigue haciendo ruido. Me acuerdo del erizo. A lo mejor se ha escapado de la caja. Como la puerta sigue cerrada con llave, raspo el hielo de la ventana y miro a través de una rendija transparente, una grieta lo bastante grande como para distinguir que uno de los abrigos de *tweed* de Billy se balancea de un lado a otro. Amplío la rendija y me alejo de la ventana. Veo una mano.

Es la mano de Billy. Está colgado del techo. Despegado del suelo. Se balancea de un lado a otro, de un lado a otro.

—¡BILLY! —Golpeo la ventana—. ¡BILLY!

Miro a mi alrededor en busca de algo para romper el cristal. Estoy temblando. No hay nada. Nada.

Entonces aparece mi madre desde el lateral de la caravana, corriendo con un martillo. Intenta abrir la puerta.

—¡Está cerrada! —grito, pero ella ya ha salido disparada hacia la ventana.

—Apártate.

Golpea la ventana con el martillo. Rompe una capa de cristal, luego otra, hasta que el agujero es lo bastante grande como para caber por él. Se lanza hacia adelante, intenta

introducirse entre los cristales rotos y se corta las manos y la cara. Consigue entrar, se levanta y corta la cuerda. Billy cae al suelo.

—¡Voy a llamar a una ambulancia! —grito.

—No llegarán con tanta nieve.

Llamo a Shirley pero salta directamente el buzón de voz.

—No entres —dice mi madre.

—¿Está vivo?

—Se pondrá bien.

—No me mientas.

Estoy a mitad de camino, entrando por la ventana, pero ella me empuja hacia el exterior. Cuando lo intento de nuevo, me agarra de las manos y me las aprieta hasta que las siento. Ambas estamos tiritando. Me mira, se muerde el labio superior, le tiembla la barbilla.

—Te he dicho que no entres.

Me quedo fuera.

Camino en círculos. Jacob no para de saltar a mi alrededor y de chillar. Sabe que pasa algo. No puedo quedarme quieta, no puedo pensar. Pero pienso. Miro hacia el campo y echo a correr.

❄

Shirley abre la puerta del pub de muy mal humor.

—¡Billy! —Estoy histérica—. ¡Acaba de ahorcarse! Se está muriendo. Está muerto.

Shirley y Mark vuelven conmigo a casa corriendo por el campo. Shirley me pregunta cosas que no sé responder. No deja de repetir:

—Pero la ambulancia no va a llegar hasta aquí con esta nieve.

Y yo le contesto:

—Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé.

❄

La puerta de la caravana está abierta. Nos precipitamos dentro y vemos que mi madre está ayudando a Billy a sentarse en el

sillón.

—¡Virgen santa! ¿Qué hacéis aquí? —gruñe él.

—¡Estás bien! —Voy a abrazarle, pero me aparta de un manotazo.

—Pues claro, ¿por qué no iba a estar bien? —dice, mirando a Mark y Shirley, que están detrás de mí—. Chicos, estáis muy guapos.

Shirley va en camisón y Mark en calzoncillos con el abrigo encima. Ambos miran el cristal roto del suelo, la cuerda y las magulladuras del cuello de Billy. Él se sube el cuello de la chaqueta para tapar las marcas.

Mi madre murmura:

—Os dejo con él. —Y se abre paso entre Shirley y la puerta.

—¿Estás bien, Billy? —pregunta Shirley.

—Estupendamente, solo quería gastarle una broma y va la tía y despierta a la comunidad entera. —Le tiembla la voz. Tiene la cara morada y no deja de toser.

Se produce un silencio incómodo. Mark y Shirley se miran los pies.

Billy da una palmada.

—Claro que, ahora que estamos todos, podríamos hacer una fiesta.

—Billy, sería mejor llamar a una ambulancia para asegurarnos de que no te has hecho daño —dice Shirley mientras saca el móvil.

—Hay una botella de whisky en el armario y varias tazas en la parte de arriba —le indica Billy a Mark, que se dispone a sacar el whisky.

Shirley se vuelve hacia mí.

—¿Estás bien, cielo?

—Estoy bien. —Le pongo la mano en el hombro a Billy—. Billy, por Dios, déjanos ayudarte.

Billy mira mi mano en el hombro y empieza a reírse.

—No sé cómo podemos ser parientes. Qué dramática eres.

Shirley me pasa el brazo por los hombros.

—Vamos, tesoro, te acompaño dentro.

—Ha debido de tener una pesadilla —dice Billy.

Me zafo de Shirley y le doy un puñetazo a mi tío en la cara.

Es un gustazo pegarle. Veo un destello de sinceridad en sus ojos.

—¿Cómo te atreves? —le digo, y me vuelvo hacia Shirley—. Puedo entrar sola.

Nelly

Llamo a la puerta del sagrario. Mi madre la abre de golpe y me abraza.

—Siento que hayas tenido que ver eso —susurra sin dejar de mecerme entre sus brazos.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunto—. ¿Cómo sabías que iba a hacer eso?

Frunce el ceño.

—¿Me haces un favor? ¿Esperas a que termine de escribir y luego te lo explico?

—Pero, mamá…

—Te lo pido por favor. Es importante.

—De acuerdo.

Se acomoda en la silla con las piernas cruzadas y garabatea en su cuaderno de Aisling.

Me empieza a palpitar la cabeza. El sonido del garabateo me tranquiliza. Me tumbo en la cama y me quedo mirando la pared llena de palabras.

Mi madre me contaba que pegaba las páginas en las paredes para hacerlas más gruesas y así ocultarle sus secretos a Nelly, que vivía detrás del papel pintado. Nelly era un invento de mi abuela. Ella decía que, por la noche, Nelly asomaba la nariz entre el papel pintado y se metía en nuestros pensamientos mientras dormíamos.

Mi madre ha colgado un nuevo poema impreso en un recorte de periódico. Se llama «Raglan Lane», de Brendan Kennelly, escrito en respuesta al «Raglan Road» de Patrick Kavanagh.

—Un día vi a Brendan Kennelly en un banco del Trinity —le susurro a Nelly.

Mi madre se sienta en el extremo de la cama y empieza a frotarme los pies. Sus manos parecen de fuego.

—¿Le saludaste? —pregunta.

—No. Tenía caspa en los hombros de la chaqueta, mucha caspa. Su cabeza parecía crear un clima propio que hacía que nevara en septiembre.

Mi madre mete los dedos entre los dedos de mis pies y me los frota.

—Mamá, cuéntame qué está pasando.

Me tira de los dedos de los pies de uno en uno, los gira levemente y espera a que crujan antes de continuar. El dedo pequeño cruje como el cuello roto de un pájaro.

—¿Por qué fuiste a comprobar cómo estaba?

—¿Por qué crees que duermo tanto? Billy dice que él no sueña. Eso no es cierto. Sus sueños vienen a mí y yo los vigilo. Cuando me desperté de ese sueño, tuve un presentimiento. Sabía lo que pasaba.

—Le has salvado la vida, mamá.

Sacude la cabeza y me entrega el cuaderno de Aisling.

—Lo he escrito. El sueño. Lo que recordaba de él. Está contaminado por intentar definirlo con palabras, pero no puedo hacerlo mejor. Léelo. Se lee como el recuerdo de un niño. Cuando Billy sueña con su mamá, vuelve a ser un niño pequeño.

Abro el cuaderno y leo la última entrada:

Sandman

El bebé que aparece en la etiqueta del jarabe para los cólicos parece un anciano. Cuando saco la botella de su escondite bajo el fregadero, mamá canta el eslogan: «La abuela se lo contó a mi madre y mi madre me lo contó a mí».

El jarabe para los cólicos está pensado para los bebés, pero mamá dice que todos somos bebés grandes, incluso las mamás. A mí solo me permiten un dedal, pero mamá puede tomar un vaso entero porque es más grande que yo.

Soy el encargado de prepararle la bebida cuando papá se va a dormir. Ella me asignó esta tarea porque la pillé bebiendo en la cocina y no quiso que se lo contara a nadie. Mamá me explicó que no es capaz de dormirse como hace papá. Que necesita a Sandman, el hombre de arena. Y el hombre de arena soy yo.

La arena viene en unas cápsulas verdes que mamá compra en la farmacia de Keane. Se las envían desde la luna. Allí hay una fábrica donde unos selenitas diminutos meten polvo lunar en unas cápsulas de tiempo para enviárselas a mamá y ayudarla a dormir. Una vez probé el polvo lunar y sabía asqueroso. Cuando volvemos de la farmacia, mamá abre las cápsulas y vierte su contenido en el azucarero para ocasiones especiales que hay que vaciar antes de Navidad. Lo hace todo muy deprisa. Le tiemblan las manos. Rasga el envase con la uña, abre las cápsulas y vierte la arena en el azucarero.

Todas las noches le preparo mi receta especial. Preparo un vaso de vino con jarabe para los cólicos y le añado dos tapones de vodka. A continuación, disuelvo una cucharada de arena que veo desaparecer como azúcar en el té.

Mamá no duerme mucho últimamente. Y cuando lo hace, dice que tiene pesadillas. Así que todas las noches le añado una cucharada extra de arena en la bebida. Cada noche añado una más para ver si funciona. La remuevo con rapidez. No quiero

meterme en líos, como aquella vez que abrí todas las ventanitas del calendario de adviento y dejé salir a Jesús antes de tiempo.

Hay tanta arena en el vaso que ya no se disuelve. Le doy más vueltas, pero la arena se queda en el fondo como nieve recién caída. Mamá se sienta a mi lado. Brindamos —chocamos el dedal con el vaso de vino— y ella se lo bebe —entero— de un solo trago.

Razón

Salgo hacia la caravana para ver cómo está Billy. Está barriendo la ventana con una escoba y un recogedor. Los cristales son como fragmentos de hielo roto que se han colado por la ventana y él parece el conserje del invierno que trata de adecentar el lugar.

—Cuidado con los pies —dice.

—No pasa nada, llevo zapatos.

—El espectáculo ha terminado. El público ya se ha ido —dice Billy—. Gracias por traerlos.

—No sabía qué hacer.

—Bueno, ahora ya sabemos que no podemos fiarnos de ti si pasa algo grave de verdad.

—Billy.

Deja de barrer y me mira.

—¿Sí?

—¿Vamos a hablar de esto como Dios manda?

Me hace un gesto para que tome asiento.

—Ponte cómoda.

Me siento y miro los montones de periódicos viejos, la cama deshecha y la cocina cochambrosa. Billy se ha cambiado de ropa. Hay un trocito de cristal en el brazo del sillón. Lo recojo y lo hago rodar a lo largo de mi pulgar con la punta del dedo índice.

—¿De qué quieres hablar? —pregunta mientras vacía la lluvia de cristales rotos en una bolsa de basura.

—No fue una broma.

—¿A qué te refieres?

—A la razón por la que llevas ese jersey de cuello alto.

—Es mi ropa de siempre.

—Puedes fingir todo lo que quieras, pero yo sé lo que vi.

—Lo sabes.

—Sí.

—Y cuéntame. Qué sabes.

Me acerco al armario de debajo del fregadero y rebusco hasta encontrarla escondida al fondo. Levanto la botella vacía de jarabe para los cólicos.

Billy se ríe.

—¿Tu madre te ha comido el tarro con sus gilipolleces?

—Lo ha escrito todo.

—Ah, ahora la ayudas a interpretar los sueños, ¿no? ¿Vas a dedicar tu vida a dar fe de ellos? Al final te has tragado sus patrañas.

—Ya sé que no tiene sentido cuando lo digo. Me cuesta creerlo, pero…

—Pero Maeve te ha llenado la cabeza de mierda. Te lo digo en serio, Debbie, como empieces a prestarle atención, estás perdida.

—Mi madre te acaba de salvar la vida. Ella es la única causa de que sigas vivo. Y así es como se lo agradeces.

—¿Agradecer? ¿Crees que no hago suficiente por ella?

—No me refería a eso.

—¿Y cómo coño voy a hacer más por tu madre de lo que ya hago?

—Bueno, ella sabe…

—¿Qué sabe? Dime, ¿qué sabe?

—La razón de que hayas intentado matarte.

—¿La razón?

—Sí, la razón, Billy.

—¿Quieres una razón? ¿La quieres? No tiene nada que ver con mi infancia ni con mi madre ni con mis putos sueños. Tú eres la razón. Tú. Antes tú eras lo único que me hacía seguir adelante. Lo hice lo mejor que pude, en serio, pero ahora eres la hija de tu madre. Yo ya me lavo las manos. Y ahora lárgate de una puta vez.

—No te voy a dejar aquí solo.

—Vete o te echo.

❄

Mi madre me encuentra sentada fuera de la caravana. Me

castañetean los dientes, pero no siento el frío. No siento nada.

Se agacha a mi lado.

—Tienes sesión con Audrey.

—No puedo ir.

—Creo que deberías ir.

—¿Por qué todo el mundo finge que todo va bien?

—No va bien. Por eso creo que deberías asistir a la sesión. Vas con una hora de retraso, pero ya la he llamado para disculparte. Le he dicho que estás de camino.

Ofelia

Audrey me entrega una palangana llena de artículos de limpieza. Dentro, dispuestos como regalos en una cesta, hay un par de guantes de goma amarillos, limpiador de cristales Windolene, papel de cocina, un estropajo verde, una bayeta azul, una botella de Cif y otra de Pato WC.

En la mano sostiene un cepillo de dientes:

—Esto es para los rincones difíciles donde no se llega con la bayeta.

Asiento con la cabeza.

—Tómate el tiempo que necesites. Soy muy exigente.

—Entendido.

❄

Esperaba que Audrey lo supiera. Esperaba que mi madre se lo hubiera contado. Esperaba que, cuando ella abriera la puerta, me recibiera en sus brazos y me abrazara, y no me había planteado otra posibilidad porque estaba convencida de que así sería.

❄

Reviso el baño impoluto y siento que voy a explotar. Podría romper el espejo. Ver si puedo meterme de pie en el retrete, hacer equilibrio sobre un pie e intentar desaparecer tirando de la cadena. Quiero que vuelva a entrar y me vea tumbada en un baño de sangre después de haberme abierto las venas, un despliegue tan espantoso que conmocionaría a la mismísima Ofelia.

Pero en vez de eso, decido hacerme la mártir. Hago lo más radical y antinatural que se me ocurre: limpiar hasta el último centímetro del baño de Audrey.

❄

El alicatado de la ducha amenaza con derrumbarse sobre mí. Al frotar las juntas entre los azulejos marrones hexagonales, unas motas blancas se desprenden como esquirlas de concha que aplasto hasta reducirlas a arena blanca.

❄

Sigo fregando la arena de los azulejos cuando Audrey llama a la puerta.

—¿Debbie?

—No he terminado.

—Es que… —Se asoma—. Se está haciendo tarde.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¿Quieres venir a la sala de estar? Pondré la tetera.

❄

—Anoche, Billy intentó suicidarse.

Se lo digo cuando me está pasando la taza de té. La mano se le congela y el té se tambalea.

—¿Está bien?

—Sí —digo mientras agarro la taza—. Todo el mundo hace como si no hubiera pasado nada.

Audrey está de pie frente al fuego, agarrada a la repisa de la chimenea.

—Pensé que mi madre te lo habría contado —digo.

—No me ha dicho nada. ¿Billy?

Asiento con la cabeza.

—Es… Bueno, no me imagino cómo te sentirás.

—Dijo que era una broma, una broma pesada. Lo cual es mentira, obviamente. Y ahora no me habla. —Estoy llorando —. Está portándose muy mal conmigo.

—Ay, Debbie.

Lloro más fuerte cuando siento que me abraza. Me aferro a ella para asegurarme de que es real, con el temor de que desaparezca si la suelto.

Lady Bracknell

Me despierto de un sueño sin sueños. No estoy en casa. Estoy tumbada en un sofá. Creo que mi brazo está muerto porque lo veo delante de mí pero no lo siento. La mano se mueve.

—¡Ay!

—Tranquila —murmura Audrey.

—¡Lo siento mucho! —Me levanto del sofá de un salto. Me siento aún más rara al estar de pie mientras ella sigue sentada.

—Tranquila —dice mientras se endereza. Abre y cierra el puño—. Intenté llevarte a la cama, pero no quisiste. Y, bueno, como no me soltabas la mano, no se me ocurrió otra cosa mejor. Tienes un apretón de manos muy potente, hasta dormida.

—Me muero de vergüenza.

—No pasa nada. —Da una palmada—. Ahora, a desayunar.

—Ay, no…

—No me lo discutas. No te irás de aquí sin haber comido algo antes.

Sale de la habitación y me pregunto si debería seguirla. Me apesta la ropa, tengo las manos agrietadas y huelo a producto de limpieza. Me siento como si acabara de acostarme con mi antigua profesora de piano.

❄

Me acerco a la cocina sin hacer ruido. Es pequeña pero acogedora y huele a horno. Audrey suelta unas tiras de beicon sobre papel de aluminio y lo coloca debajo del *grill*. En el lateral de la nevera hay un *collage* de esquelas. Cuanto más miro esos rostros serenos, menos macabros me parecen.

—Espero que comas carne —dice Audrey mientras pone unas salchichas en la sartén.

—Ah, sí —digo—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Pues mira, si no te importa, podrías darles de comer a las gallinas.

—Por supuesto. —Me alivia no tener que quedarme ahí con un silencio incómodo—. Se las apañan bien para sobrevivir en invierno.

—Son duras de pelar. La bolsa de pienso está fuera, junto a la puerta. Llénales el cuenco, lo verás cuando salgas. —Agarra una chaqueta del perchero y me la da—. Si te pones la capucha, pensarán que soy yo, así no te extrañarán.

Ha caído otra nevada durante la noche, pero alguien ha despejado el camino que va desde la puerta trasera hasta el gallinero y solo está cubierto por una fina capa de nieve. La bolsa de pienso pesa más de lo que creía y acabo tirando de ella para arrastrarla. Veo que en el exterior del gallinero hay una gallina madura que, apoyada en una sola pata, sostiene la otra con disgusto, como una anciana que acaba de pisar un charco.

Me acuerdo de una cosa a la que jugábamos en primaria. Había un hueco en la valla que separaba el jardín de Audrey Keane del patio del colegio. A la hora del recreo, nos colábamos para jugar a atrapar gallinas. Si tenías la suerte de atrapar una, la lanzabas al aire y se volvía loca. En el fondo sabíamos que el juego era cruel, pero nos divertía mucho. Las gallinas se echaban a temblar cuando las mirábamos. Y eran muy graciosas cuando intentaban huir y graznaban para pedir ayuda.

Vierto el pienso en el cuenco. Una a una, las demás gallinas sacan la cabeza de las cajas. Una marrón se acerca corriendo con el cuello estirado y agitando las plumas.

—Eso es. —Intento acariciarla, pero se aparta de un tirón.

❄

La mesa está puesta con tazas y platillos de cerámica de Delft. Billy tiene el mismo juego de té, que acumula polvo en la caravana. Recuerdo cuando yo estudiaba el dibujo del sauce azul sobre la cerámica mientras él me contaba la leyenda de las dos palomas. El sol matutino brilla en la cubertería de

plata. Hay una bandeja con beicon, salchichas y tomates al horno, una cesta de bollos frescos, tarros de mermelada y nata. Sonrío al ver la panera con tostadas cortadas en tiras para mojar en los huevos pasados por agua. Audrey prepara café y sirve sendos vasos de zumo de naranja. Me siento elegante al sostener el mío en la mano. Me dan ganas de levantar el meñique mientras le doy un sorbo.

—¿Cómo están las gallinas? —pregunta.

—Fenomenal. Hay una que está indignada por la nieve. Parece muy refinada. Ha vuelto el pico al ver la comida como si le decepcionara no recibir caviar.

—Sería lady Bracknell —dice Audrey.

—¿Todas tienen nombre?

—Sí. Están lady Bracknell, lord Goring, la duquesa de Berwick, Algernon, Gwendolyn y Bunbury. Antes tenía más, pero se las llevaron los zorros.

—«Sé tú mismo. Todos los demás puestos ya están ocupados» —cito.

—Sí. Resulta que las gallinas y los personajes de Oscar Wilde tienen mucho en común. Una panda de neuróticos pirados.

—Al menos son nombres originales. Hoy en día cuesta ser original. —Enseguida me arrepiento de haber dicho algo tan manido.

—Yo creo que la gente es capaz de ser original, pero no siempre tiene el valor de ser quien realmente es. Lo que necesitamos es valor. El valor es tan escaso como los dientes en las gallinas.

—¿Cuántos dientes tienen las gallinas? —pregunto.

—Las gallinas no tienen dientes.

—Ah.

—Era una gracia.

—Sí, ahora lo pillo. —Me río sin ganas.

—Tengo un público difícil —dice.

—Me acuerdo de tus gallinas cuando estaba en el colegio —digo, golpeando la parte superior de mi huevo con el dorso de la cuchara.

—Estoy segura de que ellas también se acuerdan de

vosotros. Tú eras una de los que las perseguían.

—Queríamos ver si volaban.

—Recuerdo haberte visto desde la ventana de la cocina lanzar por los aires a mi lady Bracknell. Me dieron ganas de abofetearte hasta que fueras tú quien echara a volar.

—¿Por qué no me regañaste? —pregunto y noto que me ruborizo.

—Eras una de mis alumnas de piano. No quería asustarte.

—Las pobres gallinas nos tenían pánico.

—¡Y tanto! Las asustabais tanto que dejaron de poner huevos.

—¿Sí?

—Y luego la profesora me llamó para preguntarme si podía traer a toda la clase para ver las gallinas. Tuve que ir corriendo a la tienda a comprar huevos para ponerlos debajo.

—¡Me acuerdo! ¿Esos huevos no eran suyos?

—Ni uno. Y un montón de cabecitas correteando como si no hubieran roto un plato para mirar debajo de las plumas temblorosas y gritar: «¡Otro, otro!».

—Parecía que fueran máquinas expendedoras.

—Pues de eso nada. —Se ríe—. Era todo una farsa.

—¡Ja!

—Fue una locura absoluta. Salí corriendo a la tienda para comprar una docena de huevos antes de que vinierais. Cuando llegasteis, los huevos llevaban poquísimo tiempo debajo de las gallinas. Todavía estaban fríos de la nevera.

—Muchas gracias por hacer todo eso por nosotros —le digo —. Y lo siento, otra vez.

—Eras solo una niña —contesta—. Y mira lo bien que has salido.

❄

Audrey me da un cartón de huevos antes de irme.

—Puedes volver mañana y terminar el baño, si quieres.

—Lo haré.

—Te daré una escoba y un recogedor para que barras la ducha. Ayer arrancaste casi toda la lechada.

—Dios mío. Lo siento.

—Yo en tu lugar habría roto un espejo. De haber sabido el día que llevabas, no te habría hecho limpiar el baño.

—No te preocupes —digo mientras cojo la chaqueta del radiador—. ¿Crees que alguna vez dejará de nevar?

—¡Quién sabe! En la radio han dicho que es la peor nevada en veinticinco años.

—Ayer hacía doce grados bajo cero en Donegal.

—Madre mía. —Me abre la puerta principal.

—Gracias por todo.

—De nada. Escucha, ¿me haces un favor?

—¿Sí?

—Intenta hablar hoy con Billy.

—No quiere hablar conmigo —le digo.

—No tiene que ser una conversación larga. Solo pásate a ver cómo está. Creo que le vendrá bien la compañía.

—Es que no sé qué decirle.

—Habla del tiempo. —La miro—. Te lo digo en serio —insiste—. Somos irlandeses.

—Entablar una conversación sobre el tiempo con Billy es como hablar con el Servicio Nacional de Meteorología.

—Pues aún mejor. Estará en su salsa.

Suelto un gruñido.

—¿Me prometes que lo intentarás?

No cierra la puerta hasta que le digo:

—De acuerdo.

Copos de nieve

Como la puerta de la caravana está cerrada, me asomo a la ventana rota. Empujo la plancha ondulada de acero galvanizado que Billy ha colocado por dentro para mantenerse aislado del mundo exterior, del frío y de mí. El metal choca contra el piano y me abro paso por el hueco. Es como colarse en un mausoleo. Los trastos de Billy forman un alegre decorado que vuelve el ambiente aún más siniestro. Él está acostado de cara a la pared, pero no sé si duerme o me ignora.

Me digo a mí misma lo que tengo que hacer. Comprobar que aún respira. Poner la tetera a hervir. Llenar las bolsas de agua caliente y envolverlas en paños de cocina. Le pongo una bolsa en los pies y le coloco la otra bajo las manos. Voy al armario para coger un montón de sacos de dormir. Abro las cremalleras y se los echo por encima. Vuelvo a casa para coger dos estufas eléctricas. Intento arrastrar la segunda estufa por el jardín, pero las ruedas no se deslizan bien por la nieve. Como en la caravana no hay suficientes enchufes, llevo también un alargador y una bolsa con provisiones.

Abro el portátil. Entro en Spotify y pongo *The Pilgrim,* de The Gloaming. Enciendo el horno. Casco en un bol uno de los huevos que me ha dado Audrey. Aceite de oliva, miel y suero de mantequilla. Bato. Tamizo la harina, que forma una cordillera de montañas blancas. Harina integral, bicarbonato, sal, pipas de girasol y pipas de calabaza. Calabaza: la palabra favorita de una chica polaca que iba una vez conmigo en el tren. Cuando oí que se lo contaba a su amiga, me alegró el día. Los ingredientes secos dentro del bol parecen el interior de un coliseo. Añado el líquido, amaso la mezcla pegajosa con los dedos y la observo caer a cámara lenta en la bandeja.

Cierro la puerta del horno. Ya huele a caliente. Abro una pestaña de internet. Busco el tiempo en Google y me sumerjo

en su remolino, dispuesta a empaparme de información.

Pero hay… demasiada.

Vuelvo a cerrar el portátil, pongo la sartén en el quemador y enciendo el gas. Las salchichas chisporrotean. El beicon crepita. Retiro la grasa con papel de cocina y seco las tiras como si fueran niños al salir de la piscina. Casco más huevos: la yema tiembla, la clara se extiende y en los bordes se forman puntillas crujientes. Cuando están listos, saco los huevos fritos de la sartén. Con delicadeza.

❄

Le sacudo el hombro.

—Billy.

Nada. Me siento en la cama e intento que la bandeja del desayuno se mantenga en equilibrio sobre mi regazo. Examino la comida colocada en uno de los platos de porcelana del armario.

Vuelvo a intentarlo.

—Billy.

Un pedo sísmico surca el colchón.

—Hostia. —Me tapo la nariz—. Qué cabronazo.

Se da la vuelta.

—¿Esto es para mí?

—Sí —contesto—. No te lo comas si no quieres.

Olisquea.

—¿A qué huele?

—A tu pedo cervecero.

—No, es un olor agradable.

—A pan.

—Ah —dice mientras se sienta—. Gracias.

Le paso la bandeja. Parece avergonzado.

—Oye, Debs, no quería…

—Prefiero no hablar de eso —le corto.

Mira el plato de comida.

—Qué maravilla.

—No te hagas el sorprendido.

—Es que lo estoy. Escucha, ¿qué hora es?

—Dooley viene a ordeñar con Mark. Ya lo he llamado.

Me mira.

—Le dije que tenías resaca.

—Estoy estupendamente.

—No estás bien.

—Estoy estupendamente.

—Voy a pedirte cita con el médico.

—¿Con quién? ¿Con Skeletor? —dice con la boca llena de huevo.

Nuestra médica de cabecera está tan delgada que todos sospechamos que es anoréxica.

—A lo mejor es delgada por naturaleza.

—Es la muerte personificada. No pienso ir a ver a un saco de huesos. Ni siquiera es capaz de cuidar de sí misma.

—Bueno, te voy a pedir cita de todos modos.

—Haz lo que quieras.

Se come el resto del desayuno en silencio. Abro el portátil y busco en Google el nombre que se me ha venido a la cabeza. Encuentro lo que busco y giro la pantalla hacia Billy.

Estira el brazo para agarrar el ordenador. Recojo el plato y le dejo ojear la exposición de copos de nieve.

—¿Cómo has encontrado estas fotos? —pregunta.

—Había un tipo que las vendía en el mercado de George's Street y guardé su tarjeta de visita.

—Son preciosas.

—Parecen de cristal, ¿a que sí?

—Hace medio siglo llegamos a la luna. Somos capaces de modificar genes y de clonar ovejas, pero aún no sabemos cómo se forman los copos de nieve. Son perfectos. —Cierra el portátil y mira por la ventana—. Recuerdo cuando naciste. Eras tan perfecta que no me sentía digno de mirarte. Fue el día más feliz de mi vida. Y no me lo esperaba. No lo vi venir, ni de lejos. Estaba demasiado ocupado enfadándome con Maeve por haberse quedado embarazada. Y de repente apareciste. Un milagro diminuto y rosado. Tan perfecta. No quería que el mundo te estropeara.

—Bueno, ya lo ha hecho.

—No quise decir las cosas que dije.

—No puedes controlar lo que me pasa, Billy.

—Ya lo sé.

—No creo que lo sepas. Llevas mucho tiempo en tensión. Siempre intentas asegurarte de que mi madre y yo estamos bien, y te olvidas de ti mismo.

—Ay, eso es mentira, Debs.

—No es mentira. Vives en esta caravana de mierda sin apenas calefacción y bebes como un condenado. ¿Por qué no te cuidas?

—Porque maté a mi mamá. —Lo dice en voz baja.

—Fue un accidente.

—Llevo toda la vida intentando arreglarlo…, pero sabía que no estaba arreglando nada. Solo esperaba a que ocurriera otro accidente.

Lo abrazo y dejo que llore. Sus sollozos sacuden la cama y me sacuden a mí. Llora hasta que me empapa la ropa de lágrimas. Cuando se limpia los ojos con el pañuelo que le doy, veo a un niño pequeño que quería ayudar a dormir a su mamá.

El gabinete de curiosidades

Audrey toma notas con diligencia. Garabatea al tiempo que le cuento cómo me fue con Billy. Me quedo callada y escribe un poco más antes de detenerse y levantar la vista mientras yo la miro.

—Tengo que tomar notas porque, si no, se me olvida. Me gustaría que mi memoria fuera más retentiva, pero se empeña en desechar cosas.

Me dan ganas de preguntarle por qué piensa que tomar notas sobre mis interacciones con Billy ayudará en algo.

—En definitiva, no quiere ir al médico —continúo—. Le pedí cita y le dije que lo obligaría, pero no va a ir.

—Sin embargo, los copos de nieve parecieron gustarle.

—Sí, eso fue un acierto.

—Tal vez hayas dado con algo.

Se levanta del sillón y se acerca al mueble bar. Saca una botella de vino y me la da. La botella está vacía, salvo por una pequeña maqueta de un piano de cola con unas partituras y una señora de pelo plateado.

—¡Anda! —exclamo—. Eres tú.

—Sí, tengo mucho tiempo libre.

Me levanto, me acerco al armarito y saco otras botellas. Cada una contiene algo diferente: otra mujer diminuta con el pelo plateado que teje en un sillón, un poema en miniatura de Leonard Cohen encima de un caballete, unos patinadores sobre hielo que giran en un mundo invernal maravilloso. Algunas de las botellas están llenas de plumas, margaritas, mariposas y conchas marinas.

—Son increíbles —digo.

—Cuando dejé de beber, echaba de menos mi mueble bar. Echaba de menos el ritual de sacar una botella de vino, descorcharla y servirme una copa. El alivio de hacerlo. Vacié el

armario, pero al mirarlo me sentía muy triste. Era como mirar un ataúd vertical. Así que me apunté a una clase nocturna de barcos en botella junto a otras personas mayores. Nunca me gustaron los barcos, así que decidí poner cosas que sí me gustaban. Es mi gabinete de curiosidades.

—Me encanta —digo mientras inspecciono las botellas.

—Tengo que pelearme con la voz de mi cabeza, que me dice que soy patética y me recuerda que sería mucho más fácil usar el armario para lo que fue concebido. La bebida me permitía compadecerme de mí misma. Ser menos dura conmigo. Me costó mucho aprender a relajarme sin una copa o una botella de vino. Y aún me cuesta. Pero beber hacía que no me sintiera viva. Me apaciguaba o me ponía de mala leche, me mareaba o me entumecía. Bebía tanto que no era capaz de concentrarme en nada.

Saca una botella con la maqueta de un padre y una hija que señalan un pájaro en un árbol.

—Mi madre murió cuando yo tenía diez años. Cuando la visitábamos en el cementerio, venía un petirrojo y se posaba en la lápida. A veces, mi padre me llevaba a ver pájaros. Cada vez que veía un petirrojo, decía: «Mira, ahí está mamá».

—Qué bonito.

—Mi padre tuvo alzhéimer durante años antes de morir. Al final no era él. Me aterroriza que me pase lo mismo. Perder la memoria, la cabeza. Pero si me llegara a pasar, al menos alguien podrá abrir este armario para mostrarme las cosas que me gustan y quién era yo antes.

Asiento con ímpetu, sin saber qué más hacer o decir.

❄

—Es posible que hayas encontrado algo con lo de los copos de nieve y Billy —dice Audrey—. No temas averiguar más sobre ese tema. La curiosidad compartida resulta muy útil.

Diente de león

Xanthe dijo que era mejor que no nos mandáramos tantos mensajes. Que prefería hablar cara a cara. No ha cerrado la puerta del apartamento. Llamo y me cuelo por el pasillo estrecho. Me veo obligada a pasar por encima de su bicicleta, que es como un gorila destartalado que me impide el paso. Las plantas de interior que compró antes de Navidad se están marchitando. Llega un olor raro desde la cocina.

Está sentada en la cama, envuelta en una sábana de algodón egipcio color amarillo imperial. La caída de la tela hace que parezca un vestido de los Óscar. La reconozco porque vi cómo la encargaba desde una página web mientras estábamos en una conferencia sobre Virginia Woolf. Tiene un grano en la barbilla y el pelo grasiento. Es la primera vez que la veo con el flequillo despeinado.

—Hola —saludo. Me siento al borde de la cama—. ¿Orla sigue en Clare?

—No va a volver —contesta Xanthe.

—¿Por qué?

—Ha dejado la carrera.

—Oh.

—Sí, resulta que se sentía muy mal aquí. Odiaba esto. Le costaba hacer amigos.

—Me siento mal —murmuro.

—¿Qué habrías cambiado tú? —se burla.

—Probablemente nada.

Hay varios cuencos de cereales en el suelo. Reconozco los copos de trigo sarraceno con leche de almendras. Es la única clase de cereales que Xanthe se permite comer. Uno está volcado. La papilla beige se ha derramado en la alfombra y se ha secado.

—¿Cómo está…?

—Rompimos la semana pasada.

—Lo siento.

—Le dije que no había superado lo de Griff, que en parte es verdad. Y nunca seré lo bastante buena para Griff, a menos que me salgan dos testículos y una tercera pierna.

—No estoy segura de que eso funcione así. —Vislumbro en su portátil a Lorelai y Rory, que están congeladas en un abrazo —. ¿Por qué temporada vas? —pregunto.

—Por la temporada en la que me doy cuenta de que son unas narcisistas de mierda. Las dos.

—Vale. —Exhalo.

—Mi madre no me llama —dice—. Siempre soy yo quien la llama a ella. Así que dejé de llamarla para ver si se daba cuenta. Llevamos una semana y media sin hablar. Nada. Ni un mensaje para preguntarme si sigo viva.

—Seguro que está ocupada.

—Y mi padre… Él nunca me ha llamado. Si me llamara, sería porque ha pasado algo gordo. Ni siquiera sé de qué hablaríamos. Sería incomodísimo.

—Imagino que pasaría igual conmigo y Billy.

—No es lo mismo. Yo no tengo relación con mi padre más allá de la transferencia bancaria que me ingresa todos los meses.

—Estoy segura de que eso no es así —le digo.

—La semana pasada me hice un tatuaje. Quería algo simbólico. —Se da la vuelta y se aparta el pelo para mostrar un diente de león al revés: el tallo nace en la nuca y se dobla hacia el hombro izquierdo—. ¿Recuerdas lo que me contaste de que salías a la caravana y le pagabas a Billy sus cuentos con dientes de león? Mira lo que tengo en el hombro, las semillas que vuelan.

Me fijo en las manchas negras que se extienden por su hombro.

—Qué guay.

—Se supone que son copos de nieve.

—Oye, no quería llamarte copo de nieve —digo.

—Bueno, pero ¿qué te parece? Dime la verdad.

—Es precioso.

—Mientes de puta pena.

—A ver, el significado del tatuaje es lo que me da un poquito de repelús.

—No volvamos a eso. No me hice el tatuaje porque me gustara Billy. Es que… no todos crecemos guiados por un tío mágico que juega contigo y te cuenta historias, ¿sabes?

—Sí, pero ¿te haces un tatuaje que simboliza mi infancia?

—Los dientes de león no son propiedad tuya, Debbie. Asúmelo. No todo tiene que ver contigo.

—¡Yo no pienso eso!

—¿En serio? Estoy casi segura de que mi relación con mi exnovio también tenía que ver contigo.

—Vete a la mierda, Xanthe —digo mientras me levanto de la cama—. No tengo ninguna necesidad de esto, joder. —Al salir, me tropiezo con la bicicleta—. ¡Y ME CAGO EN LA PUTA BICI DE LOS COJONES! —grito y doy un portazo.

Gloria

Cuanto más limpio el cuarto de baño de Audrey Keane, más hay que limpiar. Estoy frotando la parte superior del rodapié con un cepillo de dientes. La radio suena por uno de los altavoces retro que Audrey tiene por toda la casa. Ojalá tuviéramos ese tipo de altavoces en casa. Siempre es un rollo salir de la cocina cuando la radio está encendida. No me gusta que se quede sonando en una habitación vacía. También temo perderme algo, que las voces digan alguna cosa interesante o que me critiquen cuando no pueda oírlas.

Está sonando el programa *Desert Island Discs*. Debe de ser un pódcast. Billy me asegura que por aquí no se pilla la BBC, a menos que seas protestante y que sintonices las ondas con la mente. Sonrío al oír la voz de Kirsty Young. Para Billy es la mujer ideal y la razón por la que se aficionó a escuchar la BBC en el portátil. Billy pensó que, si los escoceses podían infiltrarse en la BBC, nosotros también. Lo sorprendí pasándoselo en grande con el episodio de Seamus Heaney y me hizo callar mientras se partía de risa con la idea de ese señor paseando por su isla desierta con un par de Doc Martens amarillas.

La voz dulce de Kirsty presenta a su invitada, Gloria Steinem, de quien he oído hablar vagamente. Me gusta su nombre. Una de mis palabras favoritas es *glorioso*. Me gusta cómo se siente en la boca.

El primer disco que elige Gloria Steinem es la canción matutina de mi madre: *Downtown,* de Petula Clark. Su padre era un soñador. Tenía una caravana e iban siempre de un sitio a otro. Kirsty la convence para que hable de su madre, que era una periodista de primera, pero tuvo una crisis nerviosa y pasó una temporada en un psiquiátrico. Durante gran parte de su infancia, Gloria cuidó de su madre, que a menudo estaba

inmersa en un mundo de sueños y hablaba con voces invisibles. Entonces Kirsty recuerda lo que Gloria dijo una vez: que estaba viviendo la vida que su madre no pudo vivir.

Suelto el cepillo de dientes y me apoyo en las frías baldosas del cuarto de baño. Las lágrimas se me acumulan en las comisuras de los ojos y, cuando echan a rodar por mis sienes hasta el pelo, cosquillean como plumas mojadas.

❄

Audrey me ha dado una agenda para que planifique la semana. Hago listas de cosas que quiero hacer en el próximo mes. He reservado cita en una clínica de enfermedades de transmisión sexual, lo cual me pone nerviosa, pero probablemente sea lo más fácil de la lista. Las demás tareas me parecen imposibles. Pedirle disculpas a Xanthe. No beber alcohol. No besar a gente que no me gusta.

—Es importante recordar que, si bebes alcohol o besas a un desconocido, tampoco es un drama. Lo más probable es que vuelvas a hacerlo. Eres humana. Y eres universitaria, por lo que deberías ser flexible contigo misma. Pero tienes que sentirte orgullosa de haberte dado cuenta de que pueden ser actividades autodestructivas.

—No sé si debería contarle a Xanthe lo de Billy —le digo—. No creo que a él le hiciera gracia. Y solo conseguiría que ella se sintiera mal.

—Parece que ya has tomado una decisión —dice Audrey.

—¿No tengo que contárselo? —pregunto.

—Debbie, no estás obligada a contarle nada a nadie.

—De acuerdo.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Sí —contesto.

—No hemos hablado de los sueños. En nuestra primera sesión, dijiste que era lo que más te interesaba tratar. —Audrey vuelve a hojear su cuaderno—. Dijiste: «Tengo miedo de seguir el mismo camino que mi madre. Tengo miedo de quedarme atrapada en casa toda la vida y no poder enfrentarme a la realidad. Y si no hablo pronto con alguien de ello, siento que este miedo me matará».

—No recuerdo haber dicho eso.

—¿Te sientes preparada para hablarlo?

—Creía que habías dicho que no tenía por qué contarle nada a nadie.

—Y lo repito. Si no estás preparada para hablarlo…, no pasa nada.

—No es que no esté preparada —digo—. Es que nunca estaré preparada. No puedo explicarlo. Y temo que no me creas.

—¿Tanto importa que te crea?

—¿Estás de broma?

—¿Por qué te importa que te crea?

—Pues porque no me creo ni yo. Es un disparate absoluto. Llevo toda la vida oyendo que los sueños son una chorrada y que mi madre está loca; jamás me he planteado otra cosa. Por eso, si hago el esfuerzo de intentar explicar mis sueños, es importante que me escuches sin pensar de antemano que estoy como una chota. Es importante que alguien, quien sea, me crea.

—De acuerdo. —Audrey cierra el cuaderno y se adelanta en el sillón—. Te escucho.

—Bueno, no es justo que me pongas en este aprieto. No sé ni por dónde empezar.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Enfadada. Estoy enfadada porque me gustaría que pudieras ver dentro de mi cabeza para saber lo que está pasando. Estoy enfadada porque tengo que explicártelo.

—Ya. ¿Has pensado alguna vez en escribirlo?

—¿En escribir los sueños?

—Sí, los sueños y su repercusión en tu vida cuando estás despierta. Tu madre escribe mucho y creo que eso ayuda a sobrellevarlo.

—Mamá escribe fatal.

—Entonces, según tú, escribir está bien siempre que se escriba algo «bueno».

—No estoy diciendo eso.

—Pero te gustaría que lo que escribieras fuera «bueno», no «malo».

—Sí, claro —respondo.

—¿Y cómo sabes si lo que escribes es bueno si no has escrito nada?

—Para mi madre está bien así porque a ella le da igual lo que piense la gente.

—Que no te importe lo que piense la gente parece una liberación —dice Audrey—. Aunque quizá eso llegue con el tiempo.

—Bueno…, si intento escribir sobre esto, el resultado es desastroso. Parece que estoy mintiendo. No espero que nadie me crea y sospecho que dentro de unos años ni yo misma me creeré… Para contar una historia, aunque sea sobre mi vida, hace falta retrospectiva. Tengo dieciocho años. No tengo mucho donde retroceder. Y no puedo decir «esto me pasaba antes», porque en realidad me sigue pasando.

Audrey me mira como si la solución fuera obvia.

—Entonces no digas que te pasaba antes.

El adivino

Cuando era más pequeña, Billy siempre se iba a hacer recados. Yo me entusiasmaba mucho hasta que empecé a darme cuenta de que luego no traía nada interesante. Cada vez que James le echaba la bronca por hacerme ilusiones, Billy le contestaba: «Bien. Así aprenderá a no esperar nada de nadie. Una buena dosis de escepticismo no le hará daño».

A veces le preguntaba si podía ir con él, pero se encogía de hombros y murmuraba «Como quieras» de una forma que me daba a entender que no quería que lo acompañara. Luego fingía olvidarse de mí. Arrancaba y, cuando salía de la granja, yo echaba a correr tras él.

Así que me sorprende que Billy entre en mi habitación y me despierte tirando las llaves del coche sobre el edredón.

—Venga —me dice—. Vamos a hacer recados.

—¿Qué?

—¿Quieres venir o no?

—Sí.

—Estupendo, porque conduces tú.

❄

Tengo que apagar la radio para concentrarme. El corazón me late a mil, pero el tiempo transcurre con bastante lentitud. La suerte está de mi lado. Los cruces están despejados y no hay intersecciones confusas. Sigo las indicaciones de Billy.

—Izquierda, gira a la izquierda. —Pongo el intermitente a la derecha—. La otra izquierda.

❄

Recorremos varias carreteras sinuosas hasta que me ordena tomar un desvío con altos muros de piedra y unos portones

descomunales. El sitio se llama Ballymore Manor. Un cartel más pequeño anuncia «CARAS CONTENTAS MONTESSORI» y «GUARDERÍA: ¡INSCRIPCIONES ABIERTAS!».

Los portones automáticos se abren. Pongo a Violet en primera y enfilamos la avenida. Billy me ordena que conduzca hasta la parte de atrás de la casa. La puerta trasera se abre y una mujer nos saluda con la mano.

—Aparca aquí y no la atropelles, anda. —Se vuelve hacia el asiento trasero y coge un palo enorme.

—Pero bueno, Gandalf, ¿dónde vas con eso?

—Voy a necesitarlo —dice, y se coloca entre las piernas la rama vieja y nudosa.

Salimos del coche y recorremos el camino de grava hacia la mujer, que lleva una bata de peluche y unas zapatillas.

Los restos de sueño aún no han desaparecido de su cara.

—¿Tú eres el hombre del bastón? —pregunta.

—Exacto. Y esta es mi aprendiz —dice mientras me pone la mano en el hombro.

—Bueno, pues os enseño entonces el terreno —dice.

Nos guía hacia el jardín. Allí hay varios parterres con flores y un césped bien cuidado. Los manzanos son viejos y emanan un olor raro. La fruta se ha podrido y está llena de insectos y moscas. Hay una cabaña fabricada con palos: un tipi impresionante con tazas y platos de plástico en su interior. Una de las tazas está llena de flores machacadas. Me recuerda a cuando yo elaboraba perfume de diente de león que olía a pis.

Billy se pasea por el jardín con el palo. Lo agarra por un extremo, justo donde la rama se divide en dos como una horca. La mujer lo observa como intentando averiguar qué hace. En realidad no hace nada más que dar vueltas y detenerse de vez en cuando para agitar el palo.

—Los niños vuelven a casa llorando —dice la mujer—. Y ya sabes lo rápido que se corre la voz. La gente no quiere dejar aquí a sus hijos. Cualquiera diría que les hago todo tipo de tropelías. Es un horror. Vivimos en esta casa desde hace cuatro años y nunca había pasado nada parecido. Nunca. Tuvimos visita durante las vacaciones de verano y a los niños les encantaba el jardín; fue entonces cuando surgió la idea de la

escuela Montessori. Siempre me ha gustado estar rodeada de críos. Pero hay algo muy raro. Demasiados accidentes extraños. Este año he tenido cinco huesos rotos. ¡Cinco!

—Esta casa pertenecía a los propietarios de la caballeriza que está aquí al lado —dice Billy.

—Sí, eso es.

—Se la compraste al hijo. Él heredó la propiedad.

—Sí, Michael Corcoran.

—Y tú ampliaste el jardín hace poco.

—Exacto, para la escuela Montessori.

Billy pone la misma voz que adoptaba cuando me contaba historias de pequeña.

—Esto antes era un prado, parte de la caballeriza. El hombre que te vendió esta casa, el tal Corcoran… Su hermana, cuando era pequeña, se cayó de un caballo aquí. Tenía unos siete u ocho años. Se rompió el cuello.

La mujer suelta un grito ahogado.

—Eso me cuadra mucho.

—Antes de ampliar el jardín, esos manzanos estaban más sanos que ahora, ¿me equivoco?

—Sí, antes hacía tartas de manzana. A los niños les encantaba jugar en el huerto, pero ahora ni se acercan. ¿Cómo sabes todo eso?

—La tierra cuenta historias y yo me limito a escuchar. No soy Juan el Bautista. Estoy un poco oxidado porque hace tiempo que no lo hago. Mi padre adivinaba cosas y trató de transmitirme su habilidad, pero pensé que eran patrañas de mierda. Perdón por el lenguaje. —La mujer se ríe. Billy ya la ha cautivado—. Puedo neutralizarte el terreno, lo cual suele aliviar la tensión. La ampliación del jardín ha traído mucha mala energía relacionada con la muerte de esa niña. Los niños suelen ser muy intuitivos. Se les da muy bien captar la energía. Tengo la sensación de que eso es lo que provoca los huesos rotos.

La mujer asiente.

—Tiene su lógica.

—No prometo nada, pero intuyo que, una vez que la tierra esté curada, los árboles del huerto volverán a dar frutos sanos.

—Muchas gracias.

—No tan deprisa, que aún no he hecho nada.

—Haz lo que tengas que hacer, adelante. ¿Cuánto te debo?

—Ah, nada.

—Algo tendré que pagarte.

—No, no tienes que pagar nada. No puedo garantizarte que funcione.

La mujer parece incómoda.

—Bueno, pasa al menos a tomarte un té cuando hayas terminado.

—Por supuesto. Ahora, si nos disculpas a mí y a mi aprendiz…

—Ah, vale. Que vaya bien —dice, mientras se aleja y nos hace una señal con el pulgar levantado.

—Vamos —me dice Billy, y camina hacia el coche. Abre el maletero de Violet, saca dos postes de acero y me los da.

—¿Qué hacemos con ellos? —pregunto.

—Clavarlos en el suelo. Es una especie de acupuntura. —Saca otros cuatro postes más y un martillo.

Volvemos al césped, hacia la valla del fondo. Billy me indica dónde debo colocar los postes y los clava en el suelo.

—¿Cómo sabes todo eso? —le pregunto.

—Ni idea —responde.

—Pero lo sabías todo.

Deja de martillear.

—Es difícil de explicar. No sé cómo lo sé. Por eso hace tiempo que no lo hago. Me siento como un estafador.

—Pero tenías razón.

—Por suerte.

—Entonces, ¿ya habías hecho esto antes? ¿De pequeño?

—Sí, mi padre me llevaba con él.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Porque no me lo creía. No podía creérmelo.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

—Porque quiero recuperarme. Y me han dicho que si empezaba a hacer esto y a ayudar a la gente, tal vez me sintiera mejor conmigo mismo.

—Ah, vale. Eso es bueno, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué me has traído?

—Me han dicho que tal vez fuera buena idea compartirlo contigo. Porque, bueno, al parecer crees que estás loca. En la familia abundan muchos tipos de locura.

—¿Vas a decirme con quién has hablado?

—Con Audrey Keane.

—¿Fuiste a su consulta?

—Ella se presentó en la caravana un día sin venir a cuento y me invitó a su casa a cenar. Como no quería ser maleducado y sabía que estaba ayudando mucho a Maeve, le dije que sí.

—Y fuiste a cenar a su casa.

—Eso es.

—¿Solo una vez?

—Pues verás, es que cocina tan bien que me pareció feo no devolverle la invitación, así que la invité a cenar como muestra de agradecimiento.

—¿Dónde fuisteis? ¿Al pub?

—No.

—¿Dónde?

—No te lo voy a decir.

—¿Qué te pusiste?

—Ropa.

—¿Y hablasteis mucho?

—Pues sí. Fuimos juntos al colegio. Y su padre era muy amigo del mío. Iban a avistar pájaros juntos, y mi padre le contó a Keane lo de la adivinación. Por eso ella lo sabía.

—Es una mujer encantadora —dije.

—Es toda una señora.

—¿La vas a llevar a cenar más veces?

—Ya la llevé una vez, como agradecimiento.

—Entiendo. Pero es una mujer encantadora.

—Es toda una señora.

Amuse-bouche

Aunque seguimos de vacaciones de Navidad, me acerco a la biblioteca porque debo leer cosas para los trabajos que hay que entregar a la vuelta. El campus está tranquilo y solo interactúo con los guardias de seguridad antes de entrar en la biblioteca Berkeley. Veo que Griff sale por los torniquetes mientras yo entro, pero está demasiado ocupado arreglándose el pelo para fijarse en mí. El móvil me vibra en el bolsillo. Es un mensaje de Xanthe.

Hola. Quieres conocer a mis padres?

Me envía una dirección y me dice que nos veamos allí a las siete.

❄

El restaurante parece más de Nueva York que de Dublín. Tiene las paredes de ladrillo y unas plantas que podrían pasar por árboles. Creo que el camarero da por hecho que me he perdido al verme entrar en chándal con la mochila a la espalda. Es un hombre de unos cincuenta y tantos años que ya está cansado de tonterías y de su turno de mierda, pero sonríe con calma porque las propinas son su oficio. Me lleva a una zona al aire libre con calefactores y lucecitas. Xanthe está sentada tomando una copa de vino blanco. Estoy nerviosa, pero ella parece aliviada al verme.

—Hola —decimos a la vez.

El camarero me aparta la silla. Me quito la mochila y me siento.

—¿Algo para beber? —pregunta mientras empieza a apartarse.

—No, gracias.

Xanthe espera a que se vaya.

—Oye, lo siento…

—No. No hace falta. Yo también fui una gilipollas.

—Vale. Bien. —Respira hondo—. No creo que mi padre venga, y mi madre se está retrasando.

—Pero si solo son las siete menos cinco.

—Les dije que la cena era a las seis.

—Ah.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que oímos unos pasos. Me vuelvo y veo a una mujer con traje azul marino. Lleva el pelo bien peinado. Parece deleitarse con el ruido de sus tacones de aguja sobre las baldosas del restaurante.

—¿Qué celebramos? —le pregunta a Xanthe cuando llega a la mesa.

Tiene voz de locutora pija, de esas que cuesta ubicar. Me doy cuenta de que la montura de sus gafas hace juego con el traje: son exactamente del mismo tono de azul. Me pregunto si tendrá unas gafas distintas para cada modelito.

Xanthe se levanta y nos presenta:

—Mamá, esta es Debbie. Debbie, esta es mi madre, Jean.

Jean me da la mano, me mira de arriba abajo y se fija en mi pelo grasiento y en mi chándal.

—Dios, no me vais a decir que sois lesbianas, ¿verdad?

Niego enérgicamente con la cabeza.

—¿Y si te lo dijera? —pregunta Xanthe.

Miro a Xanthe y vuelvo a mirar a su madre.

—Yo no soy lesbiana —digo, señalándome para que quede claro.

—¿Por qué sería un problema que lo fuera, mamá? —Xanthe vuelve a sentarse, cruza las piernas y apoya la barbilla en la mano.

Jean me sonríe y toma asiento.

—A Xanthe le gusta asustarme. Le encanta el factor sorpresa. —Abre mucho los ojos al decir *sorpresa*—. Me extraña que no haya traído a su padre a cenar.

—Estaba invitado.

—Cómo no.

—Me acaba de mandar un mensaje para decirme que llega

tarde.

—Si tu padre aparece, pongo mi casa a nombre de este señor de aquí —dice, y le da una palmada en el brazo al camarero.

El camarero le dedica una sonrisa tensa.

—¿Le apetece beber algo? —pregunta.

—¿Nos trae la carta de vinos? —pide ella.

—La selección de vinos está en la parte de atrás —explica el camarero mientras le da la vuelta a la carta.

—¿Esto es todo lo que hay? —pregunta ella.

—Sí —responde él con un tono que podría haber usado perfectamente para mandarla a la mierda.

—Entonces tomaremos agua.

—¿Con o sin gas? —pregunta él.

—Del grifo está bien —contesta ella.

El camarero se va y Jean me mira como si por primera vez me considerara una persona y no un extra en el plató de rodaje de la vida de su hija.

—No me he enterado de tu nombre.

—Debbie —le digo.

—¿Y qué estudias, Debbie?

—Filología.

—¿En el Trinity?

Asiento.

—¿De dónde eres?

—Vivo en una granja en Kildare. Una granja lechera —añado por decir algo más.

El camarero vuelve con el agua y nos llena uno a uno los vasos.

—¿Puede traernos un poco de pan y unas aceitunas, por favor? —le pregunta Jean.

—Por supuesto. —Retira las copas de vino de la mesa, que al chocarse emiten el sonido de una campana cuando llama a misa.

—¿Cuántas vacas tenéis? —Jean vuelve a centrar su atención en mí.

—Ah, pues no sé. Nunca las he contado —digo de broma, pero Jean no sonríe.

Billy me ha preparado para contestar esa pregunta. Si él estuviera aquí, diría: «Eso no me lo pregunta ni el inspector de Hacienda». Preguntarle a un ganadero cuántas vacas tiene nada más conocerlo es como preguntarle a cualquiera cuánto dinero gana al año. La mayoría de la gente no se da cuenta de esto.

—Yo me crie en una granja lechera —dice Jean—. Ordeñaba la vacas antes de ir al colegio y por la tarde, cuando volvía a casa. Lo odiaba.

—Oh, no me digas. —Me da la impresión de que no suele dar esa información con tanta facilidad.

—Cuando tenía tres años decidí que sería médico.

—No me digas —repito—. Hiciste bien.

—No tenía otra alternativa —dice apretando los labios.

Me dan ganas de preguntarle por qué pensó que no tenía otra alternativa aparte de decidir estudiar una carrera siendo tan pequeña. Jean lleva dos minutos aquí y su presencia ya me resulta estresante. Conozco a este tipo de gente. Es una de esas personas que te pregunta por tu futuro y nota cuando mientes.

—¿Vas a presentarte —sacude la mano en el aire en busca de la palabra— a los exámenes esos del año que viene, Debbie?

—No lo sé —digo intentando no sonrojarme. Por la forma en que me mira, es como si supiera que he sacado un notable en el trabajo que presenté a principios de curso—. No sé si soy tan lista, la verdad.

—Sí que lo es —interviene Xanthe.

—Qué sabrás tú —digo—. Pero Xanthe sí que debería presentarse. —La señalo con la cabeza desde el otro lado de la mesa—. Sacaría matrícula.

—Lo sé —asiente Jean—. Aun así, no te garantiza nada, ¿verdad? Graduarte en Filología, quiero decir.

—Supongo que no. Claro que siempre se puede cobrar el subsidio de desempleo —digo. Me he convertido en la clase de persona que se ríe de sus propias bromas.

El camarero aparece con una cesta de pan y un plato de rollitos rosas y aceitosos rellenos de algo verde.

—No tenemos aceitunas, pero el chef ha preparado unos *amuse-bouche*.

—¿No hay aceitunas? —Jean parece perpleja.

El camarero aprieta la mandíbula y les habla a las patas de la mesa:

—Me temo que no, pero he traído unos bocados de aguacate y salmón con limón y quinoa frita.

—¿Tenemos que pagarlos? —pregunta Jean.

—No.

—De acuerdo.

❄

La cena sigue siendo tremenda. Jean devuelve el plato principal. El camarero le ofrece otro plato a cuenta de la casa, pero ella lo rechaza. El souflé de chocolate del postre es de cortesía. Me deshago en agradecimientos al camarero, lo que parece molestarle aún más.

No sé mucho de Jean, salvo que cree que el confit de pato puede estar demasiado hecho incluso cuando aún sangra. Xanthe parece impertérrita ante el comportamiento grotesco de su madre. Cuando Jean se levanta para pagar la cuenta, deslizo un billete de veinte euros debajo de un platito de té. Xanthe me lanza una cómica sonrisa torcida y me dice:

—¿Quieres venir a mi casa?

❄

Jean parece incómoda fuera del restaurante. Le pregunta a Xanthe si va bien de dinero. Xanthe asiente.

—Te dejo entonces. Avísame si necesitas algo. Encantada de conocerte, Debbie.

—Igualmente, Jean.

La vemos darse la vuelta y alejarse con sus tacones de aguja repiqueteando contra la acera.

Xanthe pregunta:

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Qué te parece?

—Menuda mujer, esta Jean.

Xanthe se ríe.

—Quiero a mi madre, pero… me cuesta.

—Ya imagino.

❄

Volvemos al piso de Xanthe en silencio. Estoy un poco aturdida. Me alegro al llegar, aliviada ante la idea de sentarnos. Ella abre una botella de vino tinto y saca dos copas del armario.

—Para mí, solo agua —le digo—. Intento beber menos.

Espero que levante las cejas o diga algo, pero no lo hace. Cojo el vaso de agua, me acurruco en el sofá de cuero y me tapo las rodillas con su manta de retales.

—Lo que no entiendo es cómo saliste de ella —digo por fin —. ¿Eres adoptada?

—En realidad creo que nos parecemos mucho.

—Qué va.

—Sí que nos parecemos. —Xanthe se sienta a mi lado y el sofá cruje bajo nuestro peso—. Aunque yo soy más de agradar a la gente. Es algo que admiro de mi madre: no siente la necesidad de ganarse a nadie. Es una cualidad poco frecuente en una mujer.

—Pero provoca activamente el rechazo de la gente. Ese camarero la habría matado. Tú no eres así. La gente te quiere.

—¿Pero me quieren de verdad? —Xanthe mira la copa y hace girar el vino—. ¿O solo les gusta cómo me presento ante ellos? Mi madre viene de una familia grande con muy poco dinero. Cuando decidió ser médico a los tres años —pone los ojos en blanco—, rechazó a su familia y todo lo que esta representaba. Ya se valía por sí misma.

—Una niña de tres años independiente —le digo.

—Poca broma.

—Me la imagino con un pelele azul marino y las gafas a juego.

—Totalmente. —Xanthe bebe un sorbo de vino y arruga la nariz—. Este vino está rancio.

—¿Está picado? ¿Le pedimos a Jean que lo devuelva? —Xanthe no se ríe—. Perdón. Me siento mal por criticar a tu madre.

—Mi madre solo… —Se acomoda en el sofá y vuelve a formular la frase—. Mi madre es muy perfeccionista. Las dos lo somos. Eso no me hace mejor que nadie. Me paraliza. Limita todo lo que hago.

—Sí que te hace mejor —la contradigo—. Eres la única de nuestro curso que ha sacado matrícula.

—Saqué matrícula porque me obligué a ir a la biblioteca todos los días. Escribí seis borradores diferentes de la misma redacción. ¿Quieres saber cómo se saca matrícula? Ríñete a ti misma. Todo el tiempo. Siente decepción ante todo lo que escribes. Dite que no vales nada si no sacas una nota alta. En realidad me gusta odiarme a mí misma. Es mi zona de confort.

—¿Crees que el resto de la gente vamos por ahí queriéndonos a nosotros mismos?

—Por eso estoy tan obsesionada con tu familia. Sois tan…

—¿Pirados? —propongo.

—Sí. Y tan bonitos.

Extiendo la mano y ella la mira.

—Estréchala —digo.

La agarra.

—Tienes un buen apretón de manos —la felicito.

—Casi perfecto.

—Bienvenida al club —digo.

La librería amarilla

Es la primera semana del segundo trimestre. Xanthe y yo llevamos diez minutos en el exterior luminoso y amarillo de una librería. Miramos a través del escaparate, más allá de nuestro propio reflejo, para ver si él trabaja hoy.

—No podemos entrar. Llevamos demasiado tiempo fuera. Va a resultar demasiado raro.

—Cómo que no —dice Xanthe—. A ver, ¿qué vas a hacer cuando entremos?

—Ehh… ¿Mirar?

—¿Y qué más?

—¿Comprar algo quizá?

—No puedes comprar nada. Eso es trampa.

—Eso también es hablar.

—Pero entonces no será una conversación. Será una transacción —añade.

—¿Puedo recalcar la ironía de que tú me digas que no compre nada?

❄

Desde que me mudé al apartamento con Xanthe, visitamos la librería amarilla con regularidad. Ella no me deja pagar el alquiler, cosa que a Billy le viene de perlas. Hemos registrado varias tiendas de caridad para decorarlo, hemos comprado un tocadiscos y estamos recopilando una pretenciosa colección de música clásica y jazz. También estamos aumentando nuestra colección de libros de segunda mano.

La librería amarilla está a solo quince minutos a pie. Es como estar en el salón de alguien. Hay una alfombra, una mecedora con una manta y cuidan mucho las plantas. Me gusta uno de los chicos que trabaja allí: el italiano de mi clase de

Teoría de la Literatura.

❄

Suena la campanilla de encima de la puerta. Él levanta la vista de su asiento tras el mostrador, nos sonríe y sigue leyendo su libro. Xanthe se dirige al rincón de los clásicos. Paso un dedo por los lomos de los libros. Mirar libros es como ir a recoger conchas a la playa un día bueno. Los quiero todos.

Me cuesta distinguir entre los libros que he comprado y los que he leído. Xanthe dice que a ella le pasa lo mismo. No queremos estanterías llenas de libros que no hemos leído, así que hemos acordado hacer una lista de «pendientes de lectura». No podemos comprar un libro nuevo si no tenemos tiempo de leerlo. Es un intento de superación personal.

—¿Puedo comprar esto? —pregunta Xanthe, mostrando un ejemplar de *La broma infinita*.

—¿Lo dices en serio?

—Perdona, mamá.

Xanthe está esperando a que entable conversación con el chico, pero yo sigo curioseando e ignorándola. Suelta un gritito.

—¡Dios mío! Debbie.

Me doy la vuelta. Está de rodillas sacando un tomo de la sección de clásicos. Le da la vuelta a la cubierta.

—¡Ay, Dios! —Me arrodillo a su lado.

Lorelai y Rory nos sonríen desde *The Gilmore Girls Companion,* una guía sobre *Las chicas Gilmore*.

—El santo grial.

—El libro ideal para la mesa de centro.

—No tenemos mesa de centro.

Xanthe lo está hojeando y toca las páginas como si fuera un ejemplar del libro de fotografías *Planet Earth*.

—¡Hay una sección entera sobre Emily!

—¿Emily? —El chico ha dejado de leer y nos mira como si acabáramos de insultar a su madre—. Emily es lo peor. Quiero decir, todos los personajes son dudosos desde un punto de vista moral, excepto Lane. Lane es la mejor.

—¿Equipo Dean o equipo Jess? —le pregunta Xanthe.

Él se lo piensa.

—Equipo dejad en paz a Luke.

Xanthe asiente.

—En eso estamos de acuerdo.

—No me malinterpretéis —dice mientras nos guarda el libro en una bolsa doble—. Yo no quería ver *Las chicas Gilmore*. Se suponía que estaba escribiendo un trabajo sobre *Ulises* y… zas, pasó sin más.

—Te entiendo a la perfección —le digo.

—Tú estás conmigo en alguna asignatura —me dice.

—Ah, sí. ¿En Teoría de la Literatura? —le contesto, fingiendo que acabo de reconocerlo.

—Sí, ya te ubico. Debbie, ¿verdad? Eres la graciosa.

Se produce un silencio incómodo mientras proceso si se trata de un insulto o de un cumplido.

—Podríamos organizar una noche de trivial sobre *Las chicas Gilmore* —dice Xanthe.

—Me parece bien —contesta él.

—Encantada de conocerte…

—Me llamo Nic —dice—. Encantado de conocerte a ti también. Nos vemos.

❄

—Es más que probable que le gustes tú —le digo de camino a casa.

Xanthe se detiene y cruza los brazos.

—Mírame. Tienes que dejar de hacerme esto, a mí y a ti misma.

—Solo digo la verdad.

—No, no es verdad. Te machacas. Y lo que es peor, me imaginas como algo que no soy.

—Sí que lo eres.

—Debbie, el único cumplido que quiero oír es que soy un buen ser humano. ¿Crees que soy un buen ser humano?

—Sí.

—Gracias. ¿Crees que eres un buen ser humano?

—Ehh.

—Mírate en el reflejo de esa ventana y dite que eres un

buen ser humano.

Miro mi reflejo.

—Dilo —me suplica Xanthe.

Miro a la chica del cristal. Tiene una expresión relajada en el rostro. No frunce el ceño. Por lo general, tengo la cara engurruñada por la preocupación, pero esta mañana me he maquillado bastante bien. Anoche dormí bien. Los sueños continúan, pero soy capaz de dejarlos ir y venir. Xanthe me compró una bolsa de muñecas quitapenas guatemaltecas que guardo bajo la almohada. Mi madre me dio una frase irlandesa enmarcada para que la pusiera en mi habitación nueva y me recordara que «Todos vivimos a la sombra de los demás»:

AR SCÁTH A CHÉILE A MHAIREANN NA DAOINE

Voy vestida con la ropa de otra persona que compré en una tienda de caridad la semana pasada. Me resulta reconfortante llevar ropa con una historia propia.

—Soy feliz de verdad —le digo a la chica del cristal—. Joder, soy feliz de verdad.

Isla de la Plata

Mi madre ganó un concurso de poesía. Lo vimos hace unas semanas en el periódico local y le dije que se presentara. El premio eran solo veinte euros, pero Audrey le sugirió que lo celebrara de alguna manera. Mi madre ha querido que vayamos todos juntos a la isla. Le pregunté si podía llevar a Xanthe y ella sugirió que invitáramos también a Audrey.

Billy se mostró escéptico con todo este asunto.

—La pobre mujer tiene que estar harta de nosotros —dijo.

—Ay, Billy, pero si solo se lo vamos a proponer como muestra de agradecimiento.

—Creo que, como agradecimiento, deberíamos dejarla en paz.

—Bueno, ya se lo he preguntado y ha dicho que sí.

—De puta madre.

—Me alegro de que te guste la idea.

❄

Mi madre y Billy iban a la isla de pequeños. En ella hay una casita con el techo de paja que ha pertenecido a la familia durante generaciones. Nuestros antepasados proceden de allí. Nos remontamos a los años veinte del siglo pasado: James y Bridget O'Donnell encabezaban mi árbol genealógico en la escuela primaria. Recuerdo que me dieron una estrella dorada por el esfuerzo que le dediqué. Mi madre lo elaboró conmigo. Siempre le interesaron mucho nuestras raíces y nuestros orígenes.

Me cuenta que me trajo a la isla de pequeña, aunque yo no me acuerdo. No recuerdo la última vez que fuimos de vacaciones. Por lo general, Billy no puede escaparse de la granja, pero esta vez Mark y Dooley nos dijeron que se

encargarían del ordeño y cuidarían de todo hasta que volviéramos.

Mamá ha planeado el viaje con minuciosidad. Escribió a su prima segunda Judy para preguntarle dónde estaba escondida la llave de la casa de campo. De vez en cuando Judy le manda cartas escritas a máquina y adjunta una carta de tarot en el sobre lacrado. Le contestó a mi madre enseguida y le dijo que la llave estaba guardada en el Buda decapitado del jardín.

❄

Audrey llega a nuestra casa completamente equipada con ropa de senderismo. Estoy esperando a que Billy se meta con ella, pero no lo hace. Espera a que llegue Xanthe para mirar a su alrededor durante una incómoda pausa en la conversación y decir:

—Bendito entre las mujeres.

Son cuatro horas de viaje en coche. Billy se ofrece a turnarse conmigo para conducir, pero quiero demostrarme a mí misma que soy capaz de llevar a Violet hasta allí. Billy se sienta a mi lado en el asiento del copiloto y mi madre, Xanthe y Audrey se hacinan en la parte de atrás.

—¿Qué pongo en Google Maps? —pregunto.

—Isla del Dinero —dice mi madre.

—¡Clin-clin! ¿Se llama así?

—Sí. Viene de una mala traducción del irlandés. Antes se llamaba Inis Airgead, 'isla de la Plata'. Pero *airgead* también se traduce como 'dinero', de ahí lo de isla del Dinero.

—Un dato curioso. Gracias, Maeve —dice Billy.

—Pues yo voy a llamarla isla de la Plata —digo.

Cuando arranco, Billy le ordena a Xanthe que empiece a cantar. Ella le complace con una interpretación de *American Pie*. Mientras Violet sube por la colina del Reloj, veo desaparecer el pueblo por el retrovisor. Billy se reclina en el asiento y susurra:

—Qué temazo.

❄

Llegamos a Tipperary antes de darnos cuenta de que Google Maps nos ha llevado por el camino incorrecto. Mi madre quiere parar en la tienda de comestibles y los demás solo queremos llegar de una vez.

—En la isla no hay tiendas —insiste.

—Mamá, la última vez que estuviste en la isla fue durante la Edad de Piedra. Estoy segura de que habrá cambiado mucho.

—Bueno, pero no creo que debamos ir si no estamos equipados. Puedes dejarme aquí y voy andando hasta la casa.

—¿Desde Tipperary? Es un camino muy largo.

—Cogeré el autobús. O haré autostop.

—La gente ya no hace autoestop, mamá. Es peligroso.

—Que Dios ayude al pobre cabrón que se pare a recogerte —murmura Billy—. No sabe lo que le espera.

—En realidad creo que Maeve tiene razón —dice Audrey—. Estaría bien llegar bien equipados.

Un silencio se apodera del coche mientras los demás procesamos que Audrey se haya posicionado a favor de mi madre.

—Hay un SuperValu de camino —dice Billy—. Podemos parar allí.

❄

Hemos tardado ocho horas en llegar a la isla. Está oscuro como boca de lobo y llueve. El viento sacude a Violet y yo aprieto el volante para intentar calmarla.

—¿Tenemos que coger un barco para llegar a la isla? —pregunta Xanthe en voz baja.

—No, hay un puente que la conecta con tierra firme.

—Por suerte —dice Billy.

Los faros del coche iluminan el rastro de hierba en medio del *bohereen,* un camino rural estrecho y sin pavimentar. Nos animamos tímidamente al cruzar un puente. Aún no estamos seguros de ir en la dirección correcta, pero mi madre insiste en que es por ahí. Cuando tomo una curva cerrada, Billy confirma que la casa está en lo alto de la colina.

—Os lo dije —dice mi madre—. Os lo dije, coño. Nadie me cree nunca.

❄

Cuando llegamos a la casa, todo está tan oscuro que tardamos un rato en encontrar las llaves. Estamos fuera, bajo la lluvia intensa, iluminando el abismo negro y húmedo con las linternas de nuestros móviles.

—¿Qué tamaño tiene el Buda? —pregunta Billy.

—No me lo dijo —dice mi madre.

—¿Cómo vamos a saber que es un Buda si no tiene cabeza?

—¿Por sus tetas masculinas? —sugiero.

—¿Por qué no las dejó debajo de una maceta? —grita Billy.

—Demasiado obvio.

—Claro, porque un Buda sin cabeza en el jardín no es nada sospechoso.

Audrey es la última en salir del coche para echar un vistazo. Durante el viaje no se sentía muy bien, por eso insistimos en que no se moviera. En cuanto sale del coche, dice:

—¡Lo tengo!

El Buda estaba al lado de la casa, junto a un saco de leña.

—Audrey, eres una crack —le digo.

Le da la llave a mi madre, que la introduce en la cerradura. Necesita varios intentos para hacerla girar. Es una puerta de color amarillo chillón que se abre en dos, como en un cuento de hadas. Mi madre abre primero la parte superior y a continuación la inferior desde dentro.

—Billy, trae algo de leña para que esté seca por la mañana —dice mi madre.

Él le hace caso. Las demás nos apelotonamos para entrar con las bolsas, aliviadas por resguardarnos de la lluvia.

—Oh, vaya. —Audrey es la primera en fijarse bien en el sitio.

Estamos en la parte que originalmente era una casita de una sola habitación. El núcleo es la chimenea. Hay una gran caja metálica llena de carbón y periódicos viejos. Los utensilios para el fuego brillan en un soporte como los pendientes largos de los gigantes.

De la puerta cuelgan unos trajes de neopreno que huelen a verano. Miro el *collage* de fotos enmarcadas en las viejas

paredes de piedra. Caras felices con gestos traviesos. Niños que construyen castillos de arena con los tobillos en el mar. Una foto de familia en la que un niño hace el tonto y saca la lengua a la cámara.

Billy aparece a mi lado y señala al niño:

—¿Reconoces ese lametón de vaca?

—¡Dios! ¡Eres tú!

—Hace mucho tiempo —dice. Señala otra foto en la que se parece más a su yo actual, donde aparece empujando a una niña en una carretilla—. Y esa eres tú.

—No recordaba haber estado aquí —digo.

—Nadie me cree —dice mi madre, y me da un beso en la mejilla.

—No, a ver… Pensaba que lo recordaría, aunque fuera vagamente.

—Bueno, es que tenías tres años.

—Tres y medio. Recuerdo que le decías a todo el mundo que tenías tres y medio.

—Eras una gordita preciosa —dice Xanthe.

—Parezco una muñeca Repollo.

❄

Mientras nos organizamos para dormir, se produce un momento un tanto incómodo. Mamá insiste en dormir en la cama individual de la habitación de los niños y Xanthe y yo nos pedimos las literas. Billy dice que dormirá en el sofá, pero Audrey se niega en redondo.

—He traído un colchón para mí. Dormiré en el suelo.

—No vas a dormir en el suelo, eres la invitada y te quedarás con el dormitorio.

Parece como si Billy la estuviera amenazando. Audrey niega con la cabeza y se mantiene en sus trece.

Mi madre da una palmada.

—Decidido: Billy se queda en el sofá y Audrey en el otro dormitorio.

—Me siento incómoda ocupando un dormitorio para mí sola —dice.

—Bueno, yo me sentiría incómodo durmiendo en algo que

no fuera un sofá —replica Billy—. Ya estoy fuera de mi zona de confort. No me hagas dormir en la cama de una casa.

—De acuerdo —cede Audrey, reconociendo su derrota con amabilidad.

❄

Tenemos hambre y estamos demasiado cansados para cocinar, así que cenamos cereales y unos sándwiches de patatas fritas.

Nos sentamos y esperamos a que mi madre pregunte si nos alegramos de haber parado en la tienda, pero se queda callada, satisfecha de saber que todos pensamos lo mismo. Coincidimos en que es hora de irse a la cama. Hace un frío que pela. Mi madre descubre una pila de batas en un armario. Huelen a cerrado, pero como son calentitas, nos abrigamos con ellas. He olvidado mi cepillo de dientes, así que uso uno antiguo que parece de paja.

Xanthe ocupa la litera de arriba. Empujo los pies contra la red de acero que sostiene su colchón.

—¿Qué coño es eso? —pregunta.

Dejo caer los pies y la red vuelve a chirriar.

—Lo siento, he sido yo.

—¿Todavía estáis despiertas? —susurra mi madre.

—No —decimos al unísono, sintiéndonos como dos niñas traviesas.

—A dormir.

❄

Me despierto con el sol que entra a través de las persianas blancas y un olor a frito. Mamá y Xanthe siguen durmiendo. Salgo de la habitación golpeando el suelo con los pies descalzos. Me da vergüenza que Audrey sea la primera en levantarse y considero que debería ayudar con el desayuno.

En la radio suena *Jack and Diane*. Billy está junto a la sartén, vestido con una bata rosa y una pipa en la boca, bailando al ritmo de la música.

Me apoyo en el marco de la puerta para observarlo. No se da cuenta hasta que digo:

—Qué, ¿haciendo el James Dean?

Casi se le caen las salchichas al suelo. Se aprieta la bata.

—¡La Virgen! —exclama.

—No, soy yo —le contesto.

—Buenos días, Debbie.

—Buenos días, Billy. ¿De dónde cojones has sacado esa pipa?

—Es mi pipa de vacaciones.

—¿Nos quieres impresionar con tus dotes culinarias?

—Tenía hambre. Por una vez no tengo resaca y no hay ninguna vaca a la vista. Algo tenía que hacer. He intentado encender la chimenea, pero no se me ha dado del todo bien.

—¿Pruebo a buscar en Google?

Se echa a reír.

—Espera a que se levante tu madre. Por ahí la llaman Hestia.

—Hestia, la primogénita de los titanes —digo.

—A quien Cronos engulló al final. Un personaje infravaloradísimo, diosa de la tierra y del hogar.

Miro la chimenea.

—En este sitio me dan ganas de tener chimenea cuando sea mayor.

—Los condados ya no permiten construir chimeneas.

—No me digas eso. Esta casa es estupenda —digo tocando las viejas paredes del salón—. Ya no las construyen como antes.

—Es como la casa de Padraic Colum.

—En realidad en ese poema no se refería a su casa, sino a la de la anciana de los caminos.

—Es verdad.

—¿Por qué dejasteis de venir aquí? —le pregunto.

—Ah, perdimos la costumbre, nada más. Cuesta mucho apartarse de la granja.

—Del pub, querrás decir.

Veo un mapa de la isla en irlandés, aunque con los términos traducidos en la parte inferior.

—Hay un mapa aquí —exclamo—. Algunos de los nombres que aparecen son graciosísimos.

Billy sale de la cocina y se pone a mi lado.

—Oileánn na nGamhna, la isla de los Terneros —digo señalando una de las que hay junto a la principal.

—Más que una isla es una roca en el mar.

—Loch na Reillige, lago del Cementerio.

—Ya sé dónde está —dice él, acariciándose la barba alrededor del mentón—. Allí organizábamos búsquedas del tesoro.

—Me gustaría echar un vistazo a alguno de estos sitios. Oileánn na Luchoige, isla de los Ratones.

—Ah, sí. Tienen una política de inmigración exclusiva para roedores —me explica Billy—. ¿Has visto el invernadero?

—¿Hay un invernadero?

—Bueno, es pequeño. Está saliendo por esa puerta, pasado el dormitorio.

Giro el pomo de la puerta con suavidad por miedo a despertar a Audrey. Cuando entro en la terraza acristalada, veo que está sentada en medio, con las piernas cruzadas, meditando.

—¡Perdón! —susurro.

—¡No, pasa! —Se ríe.

El solárium ofrece una vista panorámica de la isla. Me siento en el sofá y exhalo. Hay una pequeña comunidad de casas de vacaciones a nuestro lado. Se ve la playa detrás de las colinas, las carreteras negras azabache y nuestro jardín delantero, pequeño y descuidado.

—¿Has dormido bien? —le pregunto.

—Como un bebé. —Tiene la cara brillante y el pelo mojado.

—¿Ya te has duchado?

—Me he bañado en el mar.

—¿¡Qué!?

—Ha sido maravilloso.

Mi madre y Xanthe irrumpen en la sala. Mi madre extiende las manos para señalar la vista.

—¡Dios mío, es increíble! —chilla Xanthe.

—Audrey ya se ha metido en el mar —informo.

—¡Estás como una puta cabra, Audrey! —dice mi madre.

—Aquí estamos locos todos —le contesta ella guiñando el

ojo.

—¿A qué hora te has levantado?

—Al amanecer. No era tan temprano. Las siete.

—A esa hora me estaba dando la vuelta para seguir durmiendo —dice mi madre.

—Estoy deseando darme un chapuzón —dice Xanthe.

Mi madre suelta un grito ahogado y se agacha para coger un viejo acordeón de botones que hay detrás de una mecedora.

—No me creo que esto siga aquí.

—¿Es tuyo?

—Era de mi abuela. Tocaba en una banda de música. Solo se sabía una canción. Espera. —Mi madre esboza una mueca de dolor mientras intenta recordar con los dedos. Lentamente, empieza a tocar.

Billy entra en la habitación en bata con una bandeja de té. Lo ayudo a traer un plato de tostadas y salchichas churruscadas.

Da unas palmadas, encantado con el festín.

—Al ataque. Tenemos por delante un largo día.

❄

Llevamos a cabo un recorrido turístico por la isla. Maeve y Billy comparten el papel de guía. Lo primero es la casa abandonada. Cuando nos asomamos por las ventanas, vemos muebles y decoración de los años setenta, iconografía religiosa y, curiosamente, un calendario de Mariah Carey en el mes de julio.

Nos subimos a lo alto de unas enormes rocas en el lado más agreste de la isla y contemplamos el mar azotado por el viento. Sobre las olas hay unos enormes ribetes de espuma que, al levantarse con el aire, nos sobrevuelan como si fuera nieve.

❄

Vamos a Brian's Beach, la playa que se ve desde el invernadero. Llevo el bañador debajo de la ropa, pero no sé si me meteré en el agua.

—¿Por qué se llama Brian's Beach? —le pregunto a Billy.

—Brian era el nombre del tipo que aparcaba su caravana allí.

—¿Te inspiró para dar tus primeros pasos en el mundo de las caravanas?

—Dios mío, no. Era un viejo cabrón aterrador.

Xanthe y Audrey se quedan en bañador y corren hacia las olas. Mi madre permanece atrás conmigo y con Billy. Caminamos por la playa recogiendo las conchas que nos gustan. Yo me decanto por los berberechos más blancos que encuentro. Estoy deseando ver qué tono de gris o beige adquieren cuando se sequen.

—Me parece que tus conchas no se llevarían bien con las mías —dice mi madre.

Inspecciono la navaja lesionada y los caracoles en la palma de su mano.

—Tienes un montón de artículos defectuosos.

—Bueno, menuda esnob estás hecha —dice Billy.

—El Trinity me ha cambiado.

—En realidad esta es una afición morbosa —dice mi madre, mirando su colección—. ¿Por qué no estudiamos mejor los moluscos? Ellos son quienes fabrican estas conchas.

—Pero son asquerosos —señalo.

—Exacto. Son resbaladizos y viscosos. Preferimos esperar a que esa pequeña vida muera y desaparezca dejando un esqueleto vacío y limpio. Eso son las conchas. ¿Y si coleccionáramos esqueletos humanos como hacemos con las conchas marinas?

—¿Por qué piensas eso? —pregunta Billy.

—Es un ejemplo.

—Pues yo no lo veo así. Las conchas no son esqueletos. —Señalo el centro del caracol agrietado que sostiene en la mano —. Tienen ombligo.

A mi madre se le escapa una risita de sorpresa.

—Eso es verdad.

—Y nunca he visto un esqueleto con ombligo —insisto.

Mi madre traza con el dedo el ombligo de la concha y la abraza contra el pecho.

—Simbolizan el nacimiento, no la muerte.

—Madre mía, ya estamos. —Billy levanta la vista al cielo, aunque sé que también se siente aliviado.

Mi madre da saltitos por la arena bailando con la concha en la palma de la mano, como si fuera un amante diminuto.

Billy y yo, desde la distancia, la observamos.

—Han encontrado restos de carbonato cálcico en Marte —le cuento—. Las conchas están hechas de carbonato cálcico.

—Ya no te oye. Puedes dejar de pavonearte. —Entonces se echa a reír y sacude la cabeza—. Conchas en el espacio. Imagínate a Maeve en el espacio.

—Ya está en el espacio —le digo.

Él sonríe en su dirección.

—Nuestra cadete espacial particular.

❄

Rebuscamos entre unas matas de juncos sobre las dunas. Billy usa su navaja para cortar unas cañas con las que luego fabricará cruces de santa Brígida y se las lleva a la casa cuando se marcha para vigilar el fuego. Audrey y Xanthe salen del agua tiritando y corren hacia la carretera para ducharse con agua caliente.

—¿Nos metemos? —me pregunta mi madre.

Respiro hondo.

—De acuerdo.

Me agacho para quitarme los pantalones y me doy la vuelta para encontrarme con mi madre desnuda que salta arriba y abajo para entrar en calor. Ambas empezamos a reírnos al ver sus tetas dislocadas. Miro mi bañador de licra negro. Siento que estoy haciendo trampa, pero no me atrevo a quitármelo.

La marea está baja, pero el agua viene a nuestro encuentro. El primer contacto con ella me hace volver en mí. Chillo y me doy la vuelta para alejarme, pero mi madre me agarra de la mano. Se muestra muy paciente conmigo. Me tiembla la barbilla. Tengo las manos rojas y parezco un pavo desplumado.

Nos metemos en el agua fría. Parece que llevamos siglos caminando, pero solo nos llega a los muslos. El mar se extiende ante nosotras, reluciente como el mercurio. Las nubes son esponjosas, teñidas de púrpura y azul. Es como si camináramos

hacia el cielo, solo que es una prueba en la que estoy fracasando miserablemente.

—Relájate —dice mi madre.

—Lo siento mucho, no creo que pueda, mamá.

—Sigue respirando —insiste—. Respira con las olas. Detente donde estás ahora y escucha. Nota cómo respira el agua.

—La respiración… sigue… atrapada… en mi pecho.

—Tu cuerpo se irá adaptando. —Me alegra ver que le castañetean los dientes. Siento que nunca volveré a entrar en calor—. Estás bien. Ahora, mete la cabeza en el agua.

—No, gracias.

—Venga, lo haremos juntas.

—No estoy preparada.

Ella avanza y recita sus palabras fieles:

—Zona fótica, zona mesopelágica, zona batial, zona abisal y… —Se sumerge.

—Zona hadal de Perséfone, la reina del invierno —termino la frase por ella.

Unos segundos después sale del agua.

—Me encuentro mucho mejor.

—Me alegro.

—Vamos.

—No me digas nada más. Necesito un minuto, ya está.

Veo una ola en el horizonte y la observo acercarse hacia nosotras. *En cuanto me alcance, me rendiré,* pienso. Se cierne sobre mí. Paso por encima.

—Me cago en la leche —digo.

—Inténtalo otra vez.

—Deja de mirarme.

Espero hasta que algo se rompe dentro de mí. Doblo las piernas y me arrodillo en el mar, rendida. Llega una ola y hundo la cabeza por debajo de ella. Mi madre me aplaude. El agua me aparta el pelo de la cara. Me gotea la nariz. Noto el sabor de la sal. Estoy orgullosa de mí misma, aunque parezca estúpido.

Mi madre me salpica.

—¿No te sientes mejor?

—No —insisto.

—Sigue moviéndote.

Empiezo a moverme de otra manera bajo el agua. Las olas tiran de mí hacia un lado y hacia otro, y parece que me extiendo más allá de mí misma. Mi madre me agarra de la mano y levanta las piernas. La imito hasta que las dos flotamos bocarriba y solo vemos el cielo. Me aprieta la mano. Le devuelvo el apretón. El agua nos inunda los tímpanos. Por un momento, lo único que nos conecta a cada una con el mundo es la otra.

❄

Me zarandean en mitad de la noche. Una mano me tapa la boca y gimo presa del pánico.

—Shhh, no despiertes a nadie —susurra Billy—. Vamos fuera. Tráete el edredón.

Me tumbo en la cama un momento mientras considero la posibilidad de que esa conversación haya tenido lugar en un sueño.

Salgo de todos modos, aunque desconfiando de la realidad. Billy me está esperando.

—¿Dónde vamos? —le pregunto.

Saca un diente de león de la espalda.

—Esta noche hay luna llena. Vamos.

Una suave brisa acaricia la isla y la acuna mientras duerme. Nos acercamos hacia el sonido de las olas hasta detenernos en una de las rocas planas de Brian's Beach. Billy extiende su saco de dormir como si fuera una alfombra roja y se mete en él.

—Aquí es donde empecé a fijarme en ellas.

—¿En las estrellas? —Me envuelvo en el edredón y me tumbo a su lado en la roca.

—Cuando no podía dormir, venía aquí con mi madre —me explica—. Salíamos de casa a escondidas y nos tumbábamos. Ella elegía una estrella y me contaba una historia.

—¿Sobre los griegos?

—Sí.

Nos quedamos un rato escuchando los sonidos de la playa.

—No me gusta pensar en eso —dice Billy.

—¿En los griegos?

—No, en los sueños. Ni siquiera de pequeño, cuando mi madre nos hablaba de ellos. Maeve se los tragaba enteros, pero yo tenía celos. Apartaron a mi madre de mí. Vi lo que le hicieron. Ella era una persona con carácter, tenía mal genio, pero el hecho de no dormir lo empeoraba. Nunca salía de casa. Pensé que era más fácil ignorarlos. Después de su muerte, dejé de creer en los sueños. Me convencí de que todo estaba en su cabeza. Y así era. Mira a Maeve. Está todo en su cabeza, ese es el problema. Nadie aguanta algo así, es demasiado. Por eso me preocupo por ti, por lo que te vayan a hacer.

—He estado pensando en los sueños y, aunque la gente me tomaría por loca si alguna vez los mencionara en una conversación, no creo que sean lo más extraño de mi vida —digo—. Por ejemplo, hay osos polares en el mundo, que existen de verdad. Estadísticamente, eso es mucho menos probable a que yo entre y salga de los sueños, da igual que me pertenezcan o no. De todos modos, no estoy segura de que haya algo que me pertenezca.

—Debbie —dice.

—¿Sí?

—Cuéntame un cuento.

Agradecimientos

Gracias a todos los que han hecho posible este libro. No hay palabras suficientes para darle las gracias a mi agente, Marianne Gunn O'Connor, por creer en mí y en la historia que quería contar desde el momento en que nos conocimos. Gracias a mi profesora de Lengua de secundaria, Sarah Butler, que me animó y me orientó cuando más lo necesitaba.

Estoy en deuda con Paul McVeigh, jurado del concurso de relatos Seán Ó'Faoláin y responsable del inicio de una sucesión de acontecimientos que cambiaron por completo mi vida.

Una buena parte de *Copo de nieve* se escribió durante un taller de seis meses impartido por Seán O'Reilly y *The Stinging Fly* que me resultó de gran ayuda. Allí conocí a los miembros de mi grupo de escritura. No tengo palabras para agradecer a ese grupo las charlas, las risas, la terapia gratuita, las frases embarazosas y la mejor crítica. Gracias a mi colega Cofos.

Gracias a todos los de Bonnier Books y Manilla Press, especialmente a Margaret Stead, Clare Kelly y Katie Lumsden, con quienes ha sido un sueño trabajar. Estoy en deuda con Padráig O'Meiscill, Colin Walsh, Sophie Stein, Marcus Bradshaw y Mark Kelleher por leer los primeros borradores y por escucharme mientras divagaba.

Gracias a Ciara Conlan y a Lisa, Colm, Ollie y Jackie Conlan por todo su apoyo. Gracias a mi gran familia y a todos mis amigos por ayudarme a seguir adelante en los momentos difíciles. Muchas gracias a Mary Ellen Nagle por aceptar ser mi amiga en un festival de relatos en Cork, le deseo suerte si alguna vez se libra de mí. Gracias a Laura Sheary, Niamh McCann y Emer McGuckian por proporcionarme baños en el mar, comida para el alma y algunos de los mejores días de mi vida.

Un agradecimiento especial para Cappagh GAA and

Camogie Club, sobre todo al equipo de 2019 y a Niall Williams por mantenernos siempre al tanto.

Por último, gracias a mi familia por aguantarme. Tuve que volver a casa para escribir esta novela. A mis padres, Michael y Stephanie, Catherine y Cathal, y a Sarah, Paul y Sophie. Este libro no existiría sin vosotros. *Le grá,* Lou.

Nota de la autora

¡Hola!

Gracias por elegir *Copo de nieve*.

Este libro empezó con un sueño. Cuando tenía dieciocho años, me desperté en mitad de la noche convencida de que el sueño que acababa de tener pertenecía a otra persona. Estaba segura de que lo que ocurría mientras dormía no tenía que estar en mi cabeza. Lo sentí como una violación.

Se lo conté a mi médico. Él sonrió y pareció divertirse antes de recetarme antidepresivos. Nadie me creyó ni se tomó el sueño en serio, así que escribí sobre él. Me pasé toda la veintena persiguiendo la idea de una mujer que soñaba los sueños de otras personas. Entonces conocí a mis personajes. A ellos no les importaba mi concepto artístico. Desecharon mi idea perfecta y me llevaron a hacer un viaje salvaje. El resultado es el libro que tienes en tus manos.

Si quieres participar en una conversación más extensa sobre mis libros, puedes hacer una reseña de *Copo de nieve* en Amazon, en Goodreads, en cualquier tienda electrónica, en tu propio blog o en redes sociales, o hablar de él con amigos y familiares y en grupos de lectura. Compartir tus opiniones ayuda a otros lectores; para mí es un placer enterarme de la experiencia de la gente con lo que escribo.

Gracias de nuevo por leer *Copo de nieve*.

Un abrazo,

Louise

Título original: *Snowflake*

Edición digital: 2023

Copyright © 2021 by Louise Nealon
© de la traducción: Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-159-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

La caravana
Ir y venir
No soy Maud Gonne
Saoirse
Putas punzantes
El sagrario
Aisling
Chica de portada
Donde sueña el agua
Bendiciones
Disgustados
Veinticinco
Dulces sensaciones
Tíos
Tren
Pesadilla
Caracola
Levantarse
Baño de leche
Escalera de caracol
Teoría de la Literatura
Batman
Notas
Sanación
Toma de fuerza
El velatorio
Oruga
Escaleras

Mundo hotelero
Amor Técnico
Clases de beber
Clases de conducir
8 de diciembre
Alicia en el mercado
Erizo
Manga de mago
Vaca loca
Café
Nieve
Almeja blanca
Primeras impresiones
Los Doce Pubs
Dentro
Nelly
Sandman
Razón
Ofelia
Lady Bracknell
Copos de nieve
El gabinete de curiosidades
Diente de león
Gloria
El adivino
Amuse-bouche
La librería amarilla
Isla de la Plata
Agradecimientos
Nota de la autora
Créditos

Contents

1. Cubierta
2. La caravana
3. Ir y venir
4. No soy Maud Gonne
5. Saoirse
6. Putas punzantes
7. El sagrario
8. Aisling
9. Chica de portada
10. Donde sueña el agua
11. Bendiciones
12. Disgustados
13. Veinticinco
14. Dulces sensaciones
15. Tíos
16. Tren
17. Pesadilla
18. Caracola
19. Levantarse
20. Baño de leche
21. Escalera de caracol
22. Teoría de la Literatura
23. Batman
24. Notas
25. Sanación
26. Toma de fuerza
27. El velatorio
28. Oruga
29. Escaleras
30. Mundo hotelero
31. Amor Técnico
32. Clases de beber
33. Clases de conducir
34. 8 de diciembre
35. Alicia en el mercado

36. Erizo
37. Manga de mago
38. Vaca loca
39. Café
40. Nieve
41. Almeja blanca
42. Primeras impresiones
43. Los Doce Pubs
44. Dentro
45. Nelly
46. Sandman
47. Razón
48. Ofelia
49. Lady Bracknell
50. Copos de nieve
51. El gabinete de curiosidades
52. Diente de león
53. Gloria
54. El adivino
55. Amuse-bouche
56. La librería amarilla
57. Isla de la Plata
58. Agradecimientos
59. Nota de la autora
60. Créditos

Hitos

1. Cubierta
2. Créditos
3. Portada